

JULIANA Y. VELÁZQUEZ

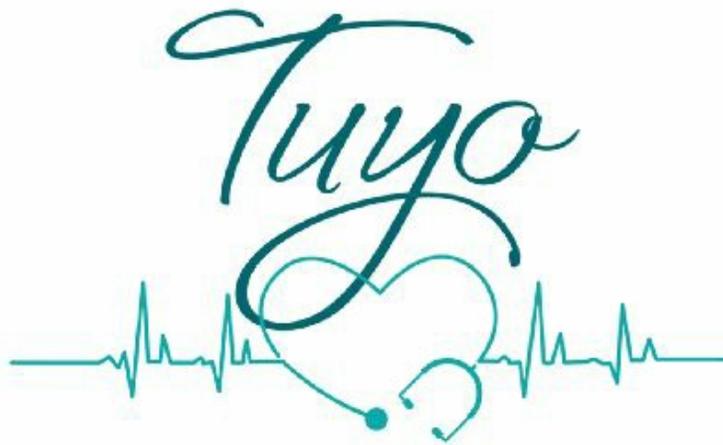
UN CORAZÓN COMO EL

Tuyo

SERIE CALIFORNIA DREAM

SERIE CALIFORNIA DREAM

UN CORAZÓN COMO EL



JULIANA Y. VELÁZQUEZ

Sinopsis



Un hombre que tiene el mundo a sus pies. Las mujeres se rinden a su encanto sin mayor esfuerzo. Sin embargo, tiene como regla no dejar el corazón en un beso.

Una mujer solitaria marcada por el pasado, a quien las cicatrices y el dolor le han borrado las fantasías. No cree en promesas de amor ni cede a la seducción.

Una coincidencia junta sus caminos.

Esa mujer que llega a su vida para ponerla de cabeza, le hace cuestionarse *cómo es posible romper su única regla sin haber rozado sus labios*. Él, cree que será fácil hacerla caer.

Pero ella tiene mucho más dentro, su mirada oscura es solo un reflejo de sus heridas. Sin embargo, la persistencia de aquel hombre amenaza con romper sus barreras.

Para el amor nunca fue tan complicado triunfar.

*«No desesperes si no me encuentras. En algún lugar estaré
esperándote. En un respiro, en un anhelo, en el pensamiento del sabio
tiempo.»*

JULIANA Y. VELÁZQUEZ.

EDICIÓN DEDICADA A:

*Olimpo
entre
Libros*

GRUPO LITERARIO

Prólogo



Su cuerpo pequeño y delgado temblaba de frío, sin ropa cálida que la cubriera, tan solo le quedaba aferrarse a sus piernas que apretaba contra su pecho, en espera de aminorar el escalofrío que le provocaba estar encerrada en ese reducido espacio. El aire en el interior era tan disminuido debido a la ausencia de ventanas o algún tipo de ventilación y un olor fétido cada vez más insoportable apenas la dejaba respirar. Sus pulmones exigían aire, se sentía asfixiada, pero no era la falta de oxígeno lo que la tenía de esa manera sino el miedo que apretaba su pecho amenazando con romperse en cualquier momento. La luz tenue que parpadeaba constantemente la ponía en un estado de nerviosismo constante. Algo le decía que nada iría bien.

Sentada en un rincón del corroído colchón de la cama, y pegada a la pared fría, pensaba en qué había hecho para estar ahí. ¿Dónde estaba la mujer que juró a su madre cuidar de ella? Llevaba días encerrada en aquel lugar húmedo. Las horas pasaban y cada vez incrementaba su desesperación. Tenía hambre y tanta sed que el dolor en su estómago era insoportable.

Recorrió lentamente el lugar con sus ojos ámbar por millonésima vez. La rodeaban cuatro paredes con la pintura deteriorada y melladuras causadas por golpes con algún metal. Una mesa vieja y rota, un sillón que en sus mejores tiempos fue verde, pero que ahora tenía agujeros por todos lados y estaba desteñido. Podía incluso escuchar cómo los roedores caminaban roían la madera, y al fondo pegado a una de las paredes estaba un retrete completamente sucio y agrietado.

Sollozó.

Unas lágrimas se asomaron por la comisura de sus ojos al pensar una vez más en su madre. La añoraba más que nunca. «Llévame contigo, no me dejes aquí», decía una y otra vez. De tanto hablar con ella misma ya no sabía si era producto de su imaginación que la viera junto a ella y abrazada a su regazo.

Apenas tenía doce años y a tan corta edad ya conocía la soledad y el miedo.

Hacía apenas unos días que su madre fue asesinada frente a ella, y después, todo fue caos, confusión y dolor. Una tarde mientras regresaba de la escuela, el único lugar seguro que existía para ella, su tía la esperaba para entregarla a la fuerza a un par de hombres que esperaban dentro del lugar donde vivían, luchó por defenderse, pero de pronto todo fue oscuridad y luego despertó sola en este cuarto.

De repente volvió de sus recuerdos al oír la cerradura de la puerta de metal ceder luego de un movimiento brusco. La misma que ella había intentado abrir más de una vez. Se puso de pie de un salto y corrió hasta la puerta esperando que su tía fuera a salvarla. Pero no fue así. Parpadeó rápidamente para acostumbrar sus ojos a la luz que se coló al abrir la puerta. Una sombra robusta se reflejó ante ella. Fijó la vista en los pasos firmes de los zapatos relucientes que hacían eco al tocar el suelo, pertenecían a un hombre elegante que usaba un traje negro. La observó ávidamente con una mirada oscura, cínica y siniestra recorriendo con lentitud su frágil cuerpo. En ese instante se sintió desnuda y expuesta.

El hombre cerró la puerta y entró de lleno en ese lugar sin emitir palabra. Su mirada se posó un instante en ella, después le miró desabotonar uno a uno los botones frontales de su saco, y luego darla la espalda para—dejarlo—encima de la mesa de madera. Ella se abrazó protectoramente y su cuerpo tembló en reacción al miedo que la embargó.

Su altura, su espalda amplia, su rostro de facciones duras, cabello negro y los ojos oscuros como la misma noche, seguramente podían engañar a cualquier mujer, pero no a una niña con el alma pura. Estaba en presencia del mismo demonio. Él se volvió para verla mientras remangaba las mangas de su camisa blanca hasta los codos. Relamió su labio inferior como si estuviese viendo un plato de filete. Ella se concentró en sus ojos y entonces lo reconoció. Una espiral de angustia le cruzó el pecho y gimió. Retrocedió con temor arrastrando su cuerpo en el suelo. Su respiración comenzó a cortarse y un miedo indescriptible se instaló en su pecho.

—Hola... —Su voz sonó calmada, grave y clara.

Ella retrocedió de nuevo sin responder.

Él inició su marcha y se acercó mientras la rodeaba lentamente y sus ojos la estrujaban. Se detuvo justo al llegar detrás de su espalda.

—Eres muy linda. —Ella dio un respingo al sentir cómo había hecho a un lado su cabello y acariciaba la curva de su cuello con el pulgar áspero—. Creo que vales el precio que pagué por ti.

La pequeña se alejó hasta el rincón con el rostro consternado. Deseaba huir.

—¿Dónde está mi tía?— cuestionó, su dulce y tierna voz apenas fue audible.

El hombre rio ampliamente, mostrándole sus dientes blancos.

—Tú solo me perteneces a mí, nada más a mí.

Ella tragó con fuerza para deshacer el nudo que se instaló en su garganta. Los ojos le escocían por las lágrimas. Entonces, no lo pensó más y corrió hacia la puerta en un acto de desesperación, tenía que alejarse lo antes posible, al tomar el pomo y girarla, su cuerpo fue estampado en la madera antes de que pudiera abrirla.

—Me la pondrás difícil ¿no es así? —musitó sobre su oreja. Su mejilla estaba aprisionada contra la madera logrando que saboreara la gota salada de su lágrima derramada, su fragancia varonil inundó sus fosas nasales atemorizándola.

Con un rápido movimiento la tomó por el cabello y la lanzó tan fuerte que tropezó con sus pies y cayó al suelo, quedando expuesta su ropa íntima. Un quejido salió de su boca por el dolor. Él se acercó a ella como un animal hambriento cazando a su presa y la volvió a tomar por el cabello para ponerla de pie.

—Tú y yo nos divertiremos como nunca, muñeca. Será tan divertido que pedirás más —Sus palabras fueron tan perversas como sus movimientos.

Elevó su mano y dio una fuerte bofetada directo en su mejilla, la carne dentro se incrustó entre sus dientes, un desagradable y nuevo sabor a metal inundó su boca. No muy conforme, la lanzó contra la pared y aprisionó su cuerpo contra el suyo. Buscó su pequeña boca y mordió con malicia sus labios, abriendo una enorme herida. Ella lanzaba puños contra su pecho tratando de liberarse. Le estaba causando daño.

—¡¡¡Ayúdenme!!! ¡¡¡Por favor!!! ¡¡¡Ayuda!!!— gritó cuándo él dejó sus labios para pasar esa sucia y ruin boca por su cuello.

—Grita todo lo que quieras, nadie te ayudará, muñeca. —El nombre con que él la estaba llamando constantemente, comenzaba a darle un miedo atroz, y sabía que quedaría marcado en ella para siempre.

Lo vio saborear su propia sangre en sus labios. Otra bofetada, y la hizo caer a la cama maltrecha. Sé tiró encima de su cuerpo, y con sus enormes manos tocó su piel desnuda debajo de su falda. Ahí dónde nadie debía tocarla. Dónde ninguna niña inocente merecía ser tocada.

—¡¡¡Mamá!!! ¡¡¡Mamá!!! —gritó desgarrándose la garganta, sin embargo, su ruego no fue escuchado.

Con alevosía rompió su blusa de un tirón, sus pechos quedaron expuestos ante él, escuchó el crujido de su falda al ser rasgada y sus ojos tuvieron un brillo macabro al ver su desnudez. Forcejeó tanto como pudo, arañó, golpeó, mordió... Pero su fuerza nunca sería suficiente.

Varios golpes en su rostro lograron que casi perdiera el conocimiento, apenas podía mantener sus ojos abiertos. Las lágrimas no dejaron de cesar por sus ojos. El sonido del cierre de su bragueta fue lo último que oyó, después, lo sintió entrar en ella abruptamente, desgarrando sin piedad su pureza.

Cerró con fuerza sus ojos para no ver lo que le hacía, y soportó golpe tras golpe que con saña él disfrutaba.

El silencio reinó en ese reducido espacio. La pequeña sólo podía escuchar su débil respiración. Entonces sintió unos dedos recorriendo su espalda con delicadeza y falsedad mientras estaba tirada y hecha un ovillo sobre la cama, su cuerpo desnudo y completamente dolorido temblaba sin control.

—Eres la mejor que he probado —susurró, posando sus labios sobre su cabello—. Te veré pronto, *muñeca*.

Dicho eso, se escuchó la puerta abrirse y el retumbar de sus pasos firmes alejarse.

Sé había ido y con él se llevó todo: su inocencia, su infancia. Los más sinceros sentimientos de una niña que creía en el amor.

La pequeña se permitió llorar a gritos, el dolor dentro era mucho más insoportable que el que sentía su cuerpo. Y lo supo, supo que su vida a partir de esa noche sería un infierno.

Capítulo 1



Conducía a toda velocidad su deportivo rojo por las calles frías de Los Ángeles. Era principios de septiembre. Esa noche oscura llovía como si el cielo fuera a caer en cualquier instante. Los transeúntes prácticamente eran nulos. Sin embargo, si alguien lo vio pudo pensar que era un chico malo interpretando un papel de película de acción. Pero no era así.

Se trataba de Sebastián Faith, el representante de deportistas más reconocido en la ciudad, el soltero más codiciado, miraba constantemente hacia el asiento trasero de su auto. Sostenía con fuerza el volante con ambas manos mientras pisaba el acelerador sin detenerse a pensar en las luces en rojo de los semáforos. Llevó una de sus manos a su cuello y con dedos desesperados se deshizo del nudo de su corbata lanzándola al asiento de copiloto. Sentía que se asfixiaba, estaba desesperado.

Otra ojeada breve al retrovisor para revisar el asiento trasero y observar el pequeño bulto cubierto con mantas.

Apretaba los dientes cada vez que escuchaba su respiración entrecortada en ese silencio donde solo se oían las gotas de lluvia golpear el techo de metal. Si no fuera por el descuido de esa mujer que debió cuidarse en su embarazo, nada de eso pasaría, pero su hija no podría llevar una vida mejor debido a su bajo peso y los problemas de asma desde su nacimiento.

Respiró profundo por décima ocasión, debía guardar calma, por él... por ella.

«Es un ataque como lo anteriores, nada más», se decía. Tenía la plena confianza de que pasaría. Porque si algo le ocurría a su pequeña Margaret, no se lo perdonaría nunca. Ella era la luz de sus ojos. La razón por la que estaba de pie cada día a pesar del adiós de la mujer que creyó el amor de su vida. Qué equivocado estaba. Pero con el paso del tiempo le agradecía que se hubiera marchado, gracias a ello supo que sería capaz de criar, solo, a su hija.

Cuántas veces le había jurado que lo amaba, que estarían juntos para siempre. Ahora tenía que notar reconocer que aquella belleza rubia, llena irreverencia y libertad de la que se había enamorado, no venía con la responsabilidad en la sangre.

Cuando Keily supo que estaba embarazada, entró en pánico. Mientras que, para él, había sido una alegría absoluta. Ella maldijo constantemente su embarazo, las fiestas cada fin de semana continuaron como si nada hubiera cambiado, incluso fumaba y bebía alcohol a pesar de los constantes reproches de Sebastián pidiendo que se cuidara. A los dos días del nacimiento de su hija, ella simplemente tomó sus cosas y se marchó dejando una nota que lo llenó de decepción.

«Lo siento, no puedo cuidar de ella, sé que tú lo harás mejor».

Luego de leerla la rompió en pedazos y nunca volvió a saber de Keily. Para su suerte no llegaron a casarse.

Sebastián no tuvo más opción que dejarla ir y continuar con su vida, aunque eso significara no enamorarse nunca más. Desde ese día en adelante, juró que nunca daría su corazón a menos

que supiera que valdría la pena.

Las llantas chillaron al frenar frente a las puertas de emergencia de uno de los hospitales privados de la ciudad. Un pie con lustroso calzado italiano se asomó primero que el resto de su cuerpo atlético cubierto con un impresionante traje oscuro. Su rubia cabellera comenzó a mojarse mientras abría la puerta trasera y tomaba en brazos a la pequeña Margaret. Gritó por ayuda al cruzar las puertas de metal del interior, de inmediato unos enfermeros con uniformes azules le ayudaron poniéndola sobre una camilla, y descubrieron el rostro de la pequeña que apenas respiraba. Él tomó a su hija de la mano y corrió junto a los enfermeros por un pasillo hacia la sala de pediatría.

—¡Avisen a la doctora McNeill! —gritó una de las enfermeras.

El eco de unas risas la atormentaba, un llanto desgarrador brotaba de lo más profundo de su alma. Varios hombres tocaban su cuerpo desnudo y al mismo tiempo a pesar de su lucha. Suplicaba, suplicaba que la dejaran. Suplicas que no eran escuchadas, piedad era lo único que pedía, sin embargo, los abusos seguían sin importarles cuánto la lastimaran.

—¡Basta! —gritó sobresaltada sobre su escritorio, despertando de otro sueño oscuro, que en realidad eran fantasmas del pasado que la seguían torturando.

Fantasmas y miedos que no desaparecían a pesar del tiempo. A pesar de todo.

Respiro con calma para tranquilizar el ritmo de su corazón desbocado. Estaba completamente mojada en sudor. Se puso de pie y se encaminó a su baño. Estando ahí, abrió el grifo de llave e introdujo sus manos dejando que el agua las helara, después acunó un poco en ellas y lavó su cara. Soltó un gemido, el agua gélida se sentía bien sobre su rostro perturbado. Se miró reflejada en el espejo y observó cómo las gotas resbalaban por su piel mientras su memoria recordaba las heridas. Sus ojos inconscientemente se llenaron de lágrimas.

«¿Por qué? ¿Por qué no podía olvidar?»

Observó sus lágrimas mezcladas con el agua y supo que jamás podría hacerlo.

Se sintió afligida y agotada. Se había obligado a trabajar por cuarenta y ocho horas sin descansar. No supo en qué momento se había quedado dormida. Sólo sabía que algo de trabajo extra la hacía conciliar el sueño sin tener que pensar en nada más.

Nashla era esa clase de ser humano que había sido golpeada tan fuerte por la vida que poder imaginar una normal era demasiado complicado e incluso erróneo. No creía en ningún sentimiento que tuviese que ver con el amor o el apego. No era como cualquier otra mujer, ella no pensaba en enamorarse, en encontrar al hombre perfecto y envejecer a su lado, una casa donde hubiese niños corriendo o una boda perfecta. Su vida era un caos de emociones, una constante lucha interna donde siempre terminaba en ese oscuro agujero del que no podía salir. Ella nunca compartiría su mierda para herir a nadie.

Unos golpes bruscos en la puerta la regresaron a la realidad.

—Doctora McNeill, la necesitamos en pediatría —dijo uno de los enfermeros del turno de guardia.

Ella olvidó su dolor y corrió hacia lo único que valía la pena, la vida de un niño.

Con cada minuto que pasaba, Sebastián se sentía más abatido, solo eran segundos los que hacía la diferencia entre la vida y la muerte de su hija.

Una enfermera abrió las puertas de una habitación, de inmediato colocaron un respirador sobre el rostro pálido de la pequeña y una aguja perforó la piel de su brazo para colocarle suero. Una de las enfermeras oprimía su pecho y checaba su ritmo cardíaco, otra quitaba su vestido de color rosado y colocaba una bata de hospital. Sebastián se inclinó y besó la frente de su hija para tratar de hacerla sentir segura, sus ojos estaban tan abiertos y asustados que pensó que eso ayudaría.

—Estarás bien, Maggie, lo prometo. —Le aseguró, mostrando una mueca parecida a una sonrisa sobre sus labios.

—¿Diagnóstico?! —Se escuchó una voz femenina clara y fuerte que irrumpía en la habitación en ese momento, y se acercaba justo a su lado para observar a Margaret.

—Ataque respiratorio, doctora, opresión intensa en pulmones y ritmo cardíaco acelerado.

La doctora observó a Margaret, después se inclinó sobre ella.

—Hola, pequeña —le hablo con ternura y paciencia—, para poder ayudarte, necesito que me digas del uno al diez, cuánto te duele respirar ¿podrías decírmelo con tus dedos?

Margaret asintió aún con dificultades para respirar, no podía pronunciar palabra así que soltó la mano que sostenía su papá. Ocho dedos levantados, extendidos en el aire. Para él fue sorprendente que ella mostrara tanta fortaleza, con tanta solo seis años era increíblemente valiente.

—¿Ocho? ¿Segura?...

Ella volvió a asentir.

—Bueno, entonces parece que tenemos una chica muy fuerte —murmuró, dulcificando su voz.

Sus miradas por primera vez se encontraron.

—Todo estará bien, papá —dijo, y él se perdió por un instante en lo profundo e intenso de su mirada ámbar.

Con aquella afirmación, Sebastián se sintió seguro y algo en su interior se encendió.

La Doctora se acercó hasta el suero, preparó una sustancia que introdujo en una jeringa y de inmediato la inyectó en la manguera que conducía hasta la vena.

—Señor, tiene que salir —pidió una enfermera.

—No, no la dejaré sola...

—Necesita dejarnos trabajar —volvió a decir la enfermera, algo irritada.

Sebastián percibió aquel disgusto en su voz, pero ni se inmutó.

—Lo siento, he dicho que no. —soltó él firmemente y volviéndose para verla con reproche.

—Enfermera Cooper, déjela que se quede, le hará bien a la niña —Intervino la doctora con voz segura, en ese duelo de necios y sin siquiera mirarlos.

Ella se dejó caer sobre el colchón a lado de Margaret y la tomó de la mano mientras decía:

—No te esfuerces más, tranquila, pasará en un instante. Mírame y sigue mi respiración ¿sí?

Margaret lo hizo, la miró fijamente y siguió la manera en la que ella respiraba. La vista de Sebastián iba de una a la otra. Esperó paciente. Fueron unos minutos en los que su hija compensó su respiración y volvió a la normalidad.

—¿Mejor ahora? —preguntó la doctora McNeill, con una ligera sonrisa.

—Sí... mejor —murmuró con voz débil.

—¡Esa es mi guerrera! —espetó triunfal Sebastián, besándole su mejilla.

—Ahora tienes que descansar. Duerme un poco, papá no se irá de tu lado ¿de acuerdo?

Margaret asintió, entonces cerró sus ojos y se quedó profundamente dormida.

Sebastián por fin respiró.

—Acompáñeme, señor —Le ordenó ella, incorporándose de la cama.

La doctora salió y Sebastián la siguió afuera.

—Soy la doctora McNeill. —Se presentó, sin extender su mano para argumentar aquella formalidad.

—Sebastián Faith. —Él sí lo hizo y esperó a que ella le tomará su mano extendida en el aire, ella la miró dudosa un segundo antes de tomarla y al hacerlo la soltó casi de inmediato, como si su toque le causara molestia.

—La hemos logrado estabilizar a tiempo —dijo, mirándole fijamente—. Pero necesito saber si su hija ha estado expuesta al frío de estos días o ha estado enferma, sabe los riesgos de un niño con asma ¿no es así, señor?

Su tono algo acusador lo consternó.

—Claro que sé de los riesgos y los cuidados que un niño con su condición debe seguir. ¿Acaso creé que soy un mal padre? —Él casi pudo sentir el palpitar de la sangre.

—En ningún momento insinué algo, señor Faith...

—Eso es lo que parece, pero para saciar sus dudas le diré que estábamos en casa, en una fiesta familiar, y de repente corrió hacia mí sin poder respirar, estaba abrigada y no ha estado enferma.

— ¡Bien! —espetó ella interrumpiéndole—. La dejaremos esta noche en observación y hallaremos la causa de su ataque. Esperemos que los medicamentos no sean el problema.

Mientras la doctora McNeill hablaba, Sebastián la observó con más detenimiento.

Su rostro le parecía conocido, ya la había visto antes. ¿Pero dónde? No pudo haber olvidado un rostro tan hermoso. Y debajo de esa bata blanca intuía un cuerpo que parecía perfecto. Era la clase de mujer de cuentos no apto para menores. Sus facciones deliciosas y peligrosamente finas; nariz recta, un montículo tan puntiagudo como la punta de un cuchillo, el labio inferior más grueso y tan rosado que tentaba a la perdición.

Todo parecía haber sido esculpido por las manos de Dios.

Pero lo que más le gustaba eran esos ojos redondos y enormes color ámbar, cubiertos con espesas pestañas. Aun así, no tenían brillo, su mirada era gélida, no había rastro de emoción en ellos. Sin embargo, su voz era suave como terciopelo, pero firme y recta como su postura. No había duda de que era de esa manera. Tenía todo para que su ego se elevará hasta el cielo. Pero no parecía notar lo que causaba al sexo opuesto... lo que causaba en él.

—Puede quedarse en la habitación. —Su voz lo hizo reaccionar de sus ensoñaciones—. Estaré al pendiente de ella. Con permiso.

Dicho eso, se alejó, dejándole con algo parecido a la admiración, pasando por una extraña sensación de inquietud.

Y sin imaginar que, con su belleza, había conquistado su corazón.

Capítulo 2



Sé incorporó abruptamente de su escritorio. Las palmas de sus manos quedaron extendidas y aferradas a la madera, dejando una marca visible de sudor en ellas. Su pecho subía demasiado a prisa, sentía cómo el corazón le palpitaba sobre su boca. Otra vez ese sueño recurrente, el recuerdo de la brutal muerte de su madre a golpes mientras ella se encontraba escondida debajo de la cama, completamente aterrada.

Las lágrimas brotaban de sus ojos como cada vez que soñaba, como todos los días, como siempre.

Era imposible que olvidará el momento en que todo había cambiado. O el rostro del hombre que se adueñó de ella durante tanto tiempo, en el daño irreversible que causó. Aún tenía impresa en la memoria cada día transcurrido dentro de aquel mugriento cuarto.

Nashla era presa del pasado. De un pasado impregnado en su piel.

«De nada sirvieron los años en terapias buscando sanar y olvidar».

Limpio sus mejillas con el dorso de su mano. La pantalla de su móvil brilló justo al lado de su computadora, y con ella la señal de una llamada entrante. En vez de tomarlo, miró el reloj sobre su muñeca marcaba las ocho y treinta. Solo había dormido dos horas.

Fue inevitable ver la cicatriz sobre su muñeca, pensar en el momento en que se hizo aquellas marcas con las que deseó poner fin a un mundo de sufrimiento. Pero el destino no fue condescendiente con su petición y le dio un rumbo distinto.

Era una de tantas cicatrices que cubría con ropa, incluso tapaba su cuello y espalda. Llevó las yemas de sus dedos hasta esa herida y la acarició lentamente. Recordó el momento en que ellos llegaron a su vida.

Stella y Mitch McNeill, un hermoso matrimonio con una hija, encontró su cuerpo tirado sobre el cemento de una banqueta en los suburbios más bajos de Texas, cuando los primeros rayos de sol se asomaban. La pareja viajaba rumbo a California y se detuvieron al ser conscientes de lo que veían, llevándola de inmediato a un hospital. Desde ese momento no se separaron ni un segundo de su lado. Días después de su recuperación, de lograr su estabilización, la policía la interrogó, no hubo mucho qué decir, habló muy poco del infierno que vivió guardándose cosas que dolían. Ignoraba el lugar donde la habían tenido cautiva por cuatro años, así que no pudo ser de mucha ayuda para encontrar a los responsables. Sin embargo, nunca pensó que con aquel atrevimiento de su parte lograría ponerle fin a tanta maldad, y con ello, tendría una nueva vida.

El matrimonio McNeill pidió su custodia a pesar de que ya tenía dieciséis años.

Ella aceptó creyendo que sería fácil volver a comenzar, pero con el paso de los días cayó en cuenta de que no era así, no demostró demasiado cariño hacia sus padres, unos padres que le habían dado el apoyo y el amor que no había tenido.

Nashla, jamás fue una chica normal que sonreía. Olvidó soñar y perdió cualquier rastro de esperanza.

Nunca dejó que nadie supiera de su dolor, ver lo frágil que podía ser. No mostraba expresión alguna de derrota. Con el paso de los años había creado un caparazón duro de traspasar. No permitió que un hombre la tocara o le mostrara algún tipo de afecto. Entre más lejos estuvieran de ella, mejor. Incluido su padre, Mitch, que a pesar de haberla amado como a una hija, nunca dejó que la sostuviera en sus brazos incluso en sus últimos días sabiendo que moriría a causa de una enfermedad.

Enfermedad que ella se hizo cargo de cuidar hasta sus últimos días, como forma de agradecimiento por lo que había hecho y por todo el amor que no supo entregar.

Stella, su madre, después de la muerte de su padre no quiso que le dejaran sola y les pidió que ambas que siguieran viviendo en la casa donde crecieron desde su mudanza a Los Ángeles. Tanto ella como su hermana aceptaron, su madre, siempre mostraba interés y un desmesurado amor por Nashla. Pero con la huella de su pasado latente ella se había jurado no apearse.

«Para qué apearse a algo o a alguien si siempre se van».

Su móvil no dejaba de sonar, así que lo tomó.

—¡Hasta qué te dignas a contestar! —reprochó su hermana Janine, un año menor que ella.

—He estado muy ocupada —respondió tan fría como siempre.

—Sé que eres una mujer demasiado ocupada —siseó Janine irónicamente—, pero sabes que también tienes una madre y una hermana que se preguntan cuándo diablos vas a venir a dormir, llevas más de dos noches sin descansar, Nashla, mamá está preocupada.

Nashla cerró los ojos por un breve segundo. Sabía de su hostilidad todo el tiempo, pero al parecer no podía remediarlo. Su hermana y madre pagaban por una condena que no les pertenecía. Se odiaba por hacerlas pasar por sus constantes rechazos, pero era algo con lo que no sabía lidiar.

—La he llamado para decirle que no iba a dormir, Janine —se excusó—, además, no tienen que gastar su tiempo preocupándose por mí, estoy bien.

—¿Cuándo dejaras de actuar con tanta amabilidad, hermanita? —preguntó Janine dulcificando su voz, ella más que nadie entendía la actitud de su hermana— ¿Vendrás a cenar? Al menos danos esa alegría.

Nashla sonrió, Janine era de las pocas personas que lograba hacerla sonreír.

—Sí, Janine. Lo prometo, iré a cenar.

—Bien, nos vemos entonces ¡Ah! Por cierto, que tu mal carácter no te acompañe a casa y trae donas contigo o no serás aceptada —exclamó en forma divertida.

Nashla sacudió su cabeza en negación mientras la sonrisa aún estaba en su boca.

Desde el primer encuentro entre ambas, Janine la recibió con la felicidad que una hermana podía sentir. Se volvieron muy unidas. Ella sabía su pasado, pero Nashla se guardó ciertas cosas por miedo a su rechazo. Su hermana era muy distinta; Irreverente, soñadora, optimista. De piel blanca y cabello rojizo. Incluso luego de pasar por varias relaciones fallidas, ella creía en el amor, tanto que se dedicaba a ser una casamentera.

Purpose Love, era su empresa dedicada a buscar parejas para los desafortunados, tenía en su lista a más de un actor, deportista, o político a quienes les había hecho conocer a su media naranja. Se había convertido en la mejor, creando una fama inigualable. Pero, sólo una persona se salvaba de ser cazada, Nashla. Janine sabía de su fobia a los hombres, así que se había mantenido al margen. La cuidaba tanto que en la universidad dónde cursaron juntas, le quitaba de encima a los que intentaban acercarse a ella.

Nashla guardó el móvil dentro de su cajón del escritorio y se incorporó. Tenía que estar al tanto de la mejoría de algunos pacientes y hacer su rutina. Caminó hasta su baño y se aseó un poco antes de salir por la puerta de su consultorio.

Revisó paciente tras paciente. Ver su mejoría y saber que ayudaba a cada niño, le causaba algo de satisfacción temporal. Sentía que hacía algo bien en su vida.

La última habitación fue la que ocupaba la pequeña con ataque de asma que había ingresado la noche anterior. Cuando entró por la puerta, la niña estaba sentada con la bandeja de desayuno sobre sus piernas. El padre sentado a su costado, sonriendo y acompañado por una mujer de unos cincuenta años. Los tres sonreían por algún chiste mal contado del padre. Él, de inmediato se puso de pie al verla entrar. La mujer rubia, guapa y con clase, le sonrió ampliamente al igual que la niña.

—Buenos días —saludó con amabilidad, quedándose al pie de la cama, ellos respondieron—. ¿Cómo te sientes, Margaret?

—Bastante bien —exclamó alegremente y sonriéndole, como sí la situación de anoche no

hubiese existido.

Ella le correspondió con una débil sonrisa.

—Me parece fabuloso, si te sientes bien podremos darte de alta hoy mismo —anunció para la sorpresa de todos.

— ¡En serio podrá irse hoy mismo! —soltó más que emocionada la mujer—. Perdón, olvidé presentarme, soy Luciana, la abuela de Margaret. —Se acercó a ella y le dio su mano que al tocarla le resultó acogedora.

—Soy la doctora McNeill.

—Lo sé. Tengo entendido que será la nueva pediatra de mi nieta.

Ella asintió.

Sebastián cerró el entrecejo, confundido. Mientras Margaret celebraba con un chillido su salida del hospital.

Su madre imaginó su confusión y se volvió diciendo:

—Había olvidado decirte que la doctora Weed se ha jubilado, así que la doctora McNeill se hará cargo desde ahora de sus pacientes. —Se volvió de nuevo hacia ella—. Es más que una fortuna que anoche usted la atendiera.

Nashla sintió la mirada de esos ojos azules recorrer su cuerpo más tiempo del que hubiese deseado. De repente se sintió incómoda, vulnerable, desnuda, temerosa. Lo que experimentaba cada vez que un hombre posaba sus ojos en ella.

—Estoy al tanto del proceso de Margaret. —Se obligó a responder pese a la mirada y lo que sentía, dirigiéndose solo a Luciana—. La doctora Weed me ha mandado su archivo médico, y he revisado el análisis de sangre que le hemos hecho, así que cambiaremos los medicamentos.

—Lo que usted crea prudente hacer. —Escuchó la voz ronca y cargada de sensualidad de él.

Nashla se encontró con sus ojos. Por fin le prestó algo de su atención. El pantalón del traje oscuro que portaba, estaba desalineado y con algunas arrugas. La camisa blanca dejaba ver el inicio de su pecho por los tres primeros botones abiertos, su cabello rubio estaba despeinado ligeramente, dando un aspecto de un perfecto seductor a pesar de haber dormido toda la noche sobre el sofá dentro de la habitación de hospital.

Hubo algo que expresó su rostro: honestidad, seguridad, lealtad, paz...

Una extraña y sorpresiva sensación en forma de escalofríos recorrió su cuerpo. Algo en lo cual no se permitió indagar demasiado.

La fuerte y agresiva mirada que sostenía de la doctora McNeill, le causó algo de intimidación, cosa que no había experimentado con una mujer. No estaba acostumbrado a recibir aquello, por lo general eran ellas quienes caían a los pies de un encantador y caballeroso Sebastián después de posar sus ojos en ellas.

La firmeza de esos ojos le hablaron de una mujer resulta, de carácter difícil y misteriosa. Demasiado misteriosa.

Se sostuvieron la mirada por un tiempo prolongado. Pero se interrumpió por la entrada de su amiga Maya. Su armonía y felicidad lo invadió todo con su llegada.

—¿Cómo está la princesa Maggie? —espetó con alegría y varios globos de colores en una de sus manos, de otra sostenía a Chad, su pequeño hijo de un año, y su hija Mila, entró corriendo directo a la cama de Margaret.

Saludó a su madre y para sorpresa de Sebastián, hizo lo mismo con la doctora McNeill con demasiada familiaridad. Como si estuviera acostumbrada a verla.

Llegó a su lado y depositó un beso sobre su mejilla entregándole al pequeño Chad en sus brazos, después se encaminó hasta la cama y abrazó fuertemente a su hija entregándole los globos.

—¡Hola, doctora! —saludó Mila, al percatarse de su presencia.

—¡Hola, Mila! La próxima semana tienen que venir tú y tu hermano a revisión. ¿Podrías recordárselo a mamá?

Ella asintió, segura.

—Créeme, Nashla, es la primera en querer venir y es solo por los dulces que le das —habló Maya de espaldas a ella.

Sebastián por primera vez escuchó su nombre.

«¡Nashla! Hermoso como ella».

—¿También es la doctora de estos hermosos niños? —preguntó Luciana, quitándole a Chad de los brazos.

—Así es....

—Ella recibió a Chad la noche en que nació —intervino Maya—. Ha sido su doctora desde que nos mudamos a Los Ángeles.

—Qué sorpresa, ahora también será la de nuestra Margarett — dijo su madre—. Entonces estará en buenas manos.

—En las mejores —dijo Maya, mientras jugaba son ambas niñas.

—Me retiró —anunció Nashla—. Haré la autorización para que puedan abandonar el hospital, más tarde hablamos del cambio de medicamentos.

Ella salió por la puerta. Las demás comenzaron a hablar. Él se quedó de pie aún asombrado por el descubrimiento.

La memoria de Sebastián por fin la recordó. Ella había entrado con toda autoridad, sacándole a él y a los demás la noche en que Maya daba a luz. Ahora sabía por qué su rostro había quedado grabado en su mente.

Se dio cuenta de que sus vidas, de alguna forma, habían estado mezquinamente entrelazadas.

Capítulo 3



Stella la observó tomar asiento en la silla frente al comedor. Su cabello estaba húmedo, era más que evidente que había tomado una ducha. Nashla miró con pereza el plato de desayuno que había preparado para ella: huevos, tocino, pan francés con miel y jamón, su desayuno preferido.

—¿Has dormido bien? —preguntó con voz dulce, notando que se iría otra vez, lo sabía por la bata que sostuvo en su antebrazo antes de tomar asiento.

—Sí.

Se acercó dejando un vaso de jugo de naranja y acarició su cabello con cuidado. A pesar de su afirmación, sabía que no era cierto. Su hija jamás conciliaba el sueño lo bastante bien como para descansar. Las oscuras marcas púrpuras bajo sus ojos, la delataron la expresión cansada en su rostro y la tristeza en su forma de mirarla.

Cinco años de terapias no fueron de ayudar a una mujer con tantos fantasmas, con tanto dolor en su interior.

Stella depositó un beso sobre su cabeza y después tomó asiento a su lado para desayunar junto a ella. La miró meter a su boca el primer bocado y masticar lento con la mirada fija en la mesa con suma atención, como si fuese lo mejor para hacer, aunque sabía que su cabeza estaba en otra parte. Cuántas veces había deseado cambiar los papeles y ser ella quien sufriera de la manera en que su hija lo hacía. De su pasado sabía lo poco que fue capaz de decirles. Aún recordaba las noches en que corría a su habitación al escuchar sus gritos luego de tener pesadillas. No se iba hasta saber que estaba completamente dormida o lo bastante tranquila como para dejarla sola. Siempre le dio su espacio, pero en ocasiones era insoportable no poder ayudar.

Hablaba lo necesario, sonreía poco.

Mientras cenaban las tres juntas la noche anterior, Janine, como siempre, no paró de alardear y reír mientras Nashla se mantuvo serena y callada. Sus hijas eran tan diferentes. Mientras una no soportaba el encierro, y vivía como si fuese el último día. La otra prefería la soledad, los libros y cuatro paredes.

Durante su adolescencia las chicas llegaban todos los días y tocaban a la puerta preguntando por Janine, pero jamás tocaron para preguntar por Nashla. Hubiese deseado que su hija, al menos por una ocasión, le hubiera dado problemas como cualquier chica de su edad, le hubiese gustado que algún chico le invitará a salir. Pero solo fueron sueños de una madre que deseaba que su hija tuviera una vida normal.

Le preocupaba la carga de trabajo que se imponía. Descansaba muy poco y odiaba cuando tomaba el riesgo de irse con el grupo de doctores que ayudaban en misiones alrededor del mundo.

Tan solo un año atrás se había ido por tres meses a Siria, donde había guerra y destrucción.

Como madre, saber que su hija corría peligro constante la frustraba, pero jamás se metía en sus decisiones, la apoyaba aun sabiendo que no las compartía.

—¿Y Janine?

—Se levantó temprano, dijo que tenía unas citas que arreglar para hoy.

Ella asintió y continuó comiendo.

—¿El domingo irás a misa con nosotras? —siseó ella esperanzada en recibir un *sí* como respuesta.

—Trataré de hacerlo, sabes que todo depende de mis horarios.

Stella colocó su mano encima de la que ella reposaba sobre la mesa. Su cabello estaba ligeramente apartado de sus hombros así que pudo observar la cicatriz sobre su cuello que quedó expuesta. Esa cicatriz que más de una vez deseó saber por qué estaba ahí. La que ocultaba tras el cabello suelto todo el tiempo.

—Trabajas demasiado. ¿Cuándo te darás tiempo para ti?

Nashla levantó la vista del plato.

—Ser doctora es lo que más me apasiona, mamá, además, no tengo nada mejor que hacer.

Stella soltó un prolongado suspiro mientras asentía. Adoraba que la llamara *mamá*, pero sus palabras sonaban tan frías y huecas que dolían.

Nashla no tenía una vida fuera de esas paredes del hospital. Su vida era caótica. Ninguna amiga, ningún hombre que le quisiera. «¿Por qué no puede ser feliz?». No quería imaginar morir dejando a su hija de esa manera. Creía en Dios, era tan devota que se consolaba sabiendo que los tiempos eran exactos y que en algún momento tendría su oportunidad.

—Me voy —anunció, poniéndose de pie.

—Aún no has terminado...

—Estoy bien, si me da hambre como algo en el hospital.

Luego se inclinó para besarle la frente, enseguida salió por la puerta dejando a su madre deseando más tiempo a su lado.

Nashla estrechó los ojos al ver a una de sus enfermeras cruzar la puerta con un arreglo de rosas blancas en sus manos.

—Le ha llegado esto, doctora —exclamó más que emocionada.

Las dejó sobre su escritorio y la vio sonreír ampliamente.

—Llévate eso de aquí —soltó, volviéndose de nuevo a su pantalla de la computadora.

—¡Pero ni siquiera ha visto quién se las manda! —Su sonrisa se borró de su rostro.

—No necesito saberlo, llévatelas o tíralas a la basura.

En vez de hacer caso a sus órdenes, ella tomó la nota que venía y la leyó:

Gracias por lo que ha hecho por Margaret, le debo su vida.

Atte. S

—¿Qué admirador secreto no pone su nombre? Es horrible quedarse con la intriga. ¿Y quién es Margaret?

Nashla mantuvo la vista sobre el monitor de su computadora, no le fue difícil saber quién era «S». Se trataba de Sebastián, el padre de su nueva paciente.

—Deja de ser tan imprudente, Fátima y llévatelas o tíralas, como quieras.

—¡¿Tíralas, doctora?! ¡Pero si son hermosas!

Nashla se volvió y dijo:

—Quédatelas si tanto las quieres, pero sácalas de aquí.

La vio abrir la boca para decir algo más, pero de inmediato se detuvo. Segundos le tomó a la enfermera llevarse el arreglo y salir de nuevo.

Ella se cubrió los ojos con las manos y dio un ligero masaje en ellos. Su personal la conocía lo bastante bien como para no sentirse asqueados por su comportamiento hacia ellos. Cansada dejó caer su espalda en el respaldo de su silla mientras se cuestionaba ¿por qué diablos ese hombre le había mandado flores? Tan solo estaba haciendo su trabajo. No necesitaba, ni quería algún tipo de agradecimiento por su deber.

—¡Doctora! —Irrumpió una nueva enfermera sacándola de sus pensamientos—. ¡La necesitan en urgencias!

Se puso de pie en un salto y salió hacer lo que mejor sabía.

Sebastián se había preguntado durante cinco días ¿por qué había enviado aquellas flores a la *doctora Misterio*? Sin embargo, por muy despistado que fuese, sabía el porqué. Durante esos días no pudo olvidarse de su nombre. No había forma de sacarlo de su cabeza. Sabía que era tonto, pero no pudo evitarlo. De algún modo quería estar presente para ella.

Desde el primer encuentro de miradas hubo algo en ella que le atrajo. Que le obsesionó más allá de la razón.

Al cruzar la puerta del hospital le comenzaron a temblar las piernas, algo nuevo en él. Ninguna mujer había causado tan impredecible nerviosismo.

—Al salir ¿podemos ir por un helado? —pidió Margarett tomada de su mano.

—Por supuesto que sí, pero primero veremos que dice la doctora ¿te parece?

Su hija asintió.

A pesar de su día tan ocupado y lleno de estrés, se había tomado el tiempo de ser él quien la trajera a su primera revisión con la doctora McNeill. Deseaba verla.

Cuando llegaron al escritorio de la enfermera, observó el arreglo de flores que él había enviado. Estaban algo secas a pesar de estar en agua. Sintió un relámpago de desilusión.

—Tenemos cita con la doctora —anunció con irritación, aunque con una sonrisa sobre sus labios.

—Margarett Faith ¿verdad? —repuso la mujer de traje azul.

Asintió.

—Pasen, los esperan.

Entraron sin llamar a la puerta.

La doctora McNeill estaba inclinada viendo algunos papeles sobre su escritorio.

—¡Hola! —Margarett saludó con alegría. Eso hizo que Nashla levantara el rostro.

—Hola, Margarett. ¿Cómo te has sentido?

—Bien, muy bien...

Su expresión se tornó tierna al verla, pero al cruzar su mirada con la de Sebastián, cambió radicalmente.

Él no borró la sonrisa de su rostro.

—Buenas tardes, doctora McNeill.

—Señor Faith. —Le saludó con frialdad.

Ambos tomaron asiento en las sillas frente al escritorio. La doctora McNeill se levantó y

caminó hasta la cama de revisión.

—¿Quieres venir aquí, Margaret? —dijo, palpando el colchón de la cama.

Su hija se incorporó y corrió a subirse con ayuda de los escalones frente a la cama.

—¿Has tenido alguna reacción a los medicamentos nuevos? —Le cuestionó a Margaret, pero él fue más rápido y respondió.

—No. Hasta ahora ninguno.

No sabía qué lo había llevado a querer fastidiarla. Pero se sintió demasiado bien.

Ella ni siquiera hizo el intento de volverse y verle. Él hubiese deseado que lo hiciera, deseaba ver la manera en que sus ojos acusadores lo retaban.

Nashla siguió escuchando el pecho de la pequeña con el estetoscopio.

Después tomó de una mesa el medidor de flujo máximo, colocó la manguera dentro de su boca y pidió a Margaret que soplara dentro del aparato, la pantalla mostró una cifra de qué tan bien estaban funcionando los pulmones en el momento de la prueba.

Sebastián se incorporó y se colocó unos pasos detrás de Nashla.

—Sopla de nuevo —pidió con toda su atención en el aparato, ignorando su presencia.

Apagó el botón y el respirador dejó de funcionar al tiempo que lo sacaba de la pequeña boca de Margaret.

—Al parecer todo está bien.

—¿En serio?! —chilló ella—. ¿Entonces papá me puede comprar un helado?

—Sí, claro que puede, pero sólo uno, no queremos que enfermes y vuelvas a recaer. Sigue cuidándote como siempre y no olvides tomar tus medicamentos.

—Eso nunca lo olvidamos —repuso él tras ella.

Nashla ayudó a su hija a descender de la cama y sin responder se volvió hacia su escritorio para tomar una paleta de un recipiente de cristal.

—Tu premio por ser tan buena paciente. Nos vemos en tres semanas, pequeña.

Margaret le sonrió con satisfacción.

—Hija ¿puedes esperarme afuera? Tengo que hablar algo con tu doctora —pidió Sebastián, observando la reacción de fastidio de Nashla.

Al quedar solos, ella actuó más nerviosa. Lo supo por la forma en que mordió el interior de su labio inferior y resguardaba sus manos en los bolsillos de su bata blanca.

Sebastián dio un paso esquivando el escritorio que se entrometía reduciendo el espacio entre ambos.

—¿Cada cuánto serán las revisiones?

—Por ahora cada tres semanas, deseo saber qué tanto le ayudan los medicamentos o si tendremos que iniciar otro tratamiento.

Nashla retrocedió un paso.

—Me parece bien. —Sebastián calló unos segundos sin despejar la vista de sus ojos—. ¿Le gustaron las flores? —Quiso saber. Estaba imaginando que podía tener una cita con ella y olvidando que las flores estaban sobre el escritorio equivocado.

—No. —Su respuesta fue fría, tajante y recelosa.

Él no pudo evitar sonreír.

—Me lo imaginé, de lo contrario estarían aquí —señaló el escritorio.

La vio estrechar sus ojos, molesta.

—No me gustan las flores, ni los chocolates, ni las cartas, ni los globos. Nada que tenga que ver con eso, y le agradecería que no lo vuelva hacer, soy la doctora de su hija, y como tal tiene

que tratarme.

—Lo sé. Siento que haya malinterpretado las cosas, solo fueron por agradecimiento.

—Agradecimiento que no necesito. Lo que hago es mi trabajo.

Su egoísmo, su altanería, no hicieron más que encender el interés por ella.

—¿Supongo que no está acostumbrada a recibir algún obsequio? —indagó más en su negativa.

—¿Qué es exactamente lo que quiere? —repuso alzando ligeramente la voz—. ¿Una cita? ¿Un acostón? Por qué le dejaré en claro algo, yo no soy como cualquiera de las mujeres que esté acostumbrado a tener, no me interesa nada con usted, ni hoy, ni mañana, ni nunca. Así que salga de aquí.

Sebastián apretó los dientes.

«*Pero qué mujer tan arrogante es*».

Por más que le atraía y fuese una mujer que le gustaría conocer, había algo que no dejaría que sucediera, ella no tendría la última palabra. Él no rogaba por caricias nunca.

—Ya que ha dejado sus puntos más que claros —soltó herido—, le diré que lo siento, no la vuelvo a molestar, pero al paso que va, no me sorprendería que ningún hombre la soporte.

No se quedó a esperar respuesta, salió con la clara decisión de olvidar ese *podría ser* que imaginó. Había demasiadas mujeres que clamaban por su atención como para perder su tiempo en una como *la doctora McNeill*.

Capítulo 4



Rezar no era parte de su vida. No creía en su salvación, mucho menos en merecer algo bueno. Nashla renegaba de Dios, así que ser creyente era algo que no importaba para ella. Las noches de cautiverio cuando se encontraba herida, adolorida y usada; pedía con los ojos elevados hacia el cielo y más veces de las que recordaba, ser salvada de todo aquello. Sin embargo, sus suplicas nunca fueron escuchadas.

Se cansó de tanto de hacerlo hasta que su fe se quebrantó. Rezar no estaba dentro de su vocabulario.

Nashla observaba la imagen de Dios colgada de una pared de piedra caliza mientras de pie escuchaba los murmullos de las plegarias que la gente hacía dentro de la iglesia. Algunos con los ojos cerrados, otros con las rodillas sobre el suelo. Creyó ser la única que no oraba.

Su madre sostenía con fuerza la mano que caía de su costado. Ella rezaba al igual que los demás. Sabía que decía alguna plegaria por ella. Stella se había empeñado en llevarla desde su adolescencia. Según decía, debía dar gracias por la vida que le fue otorgada. Que había que agradecer por lo que le fue permitido. Que de todo lo sucedido se aprendía. Pero ella se preguntaba ¿por qué tenía que estar agradecida por todo lo que le fue robado sin escrúpulos? Cuando sin piedad había sido humillada y despojada de todo en lo que alguna vez creyó. En aquel entonces era solo una niña que no entendía lo que la gente era capaz de hacer, no sabía lo que era el odio. Pero ahora, quince años más tarde, conocía a la perfección la perversión de que eran capaces algunos adultos.

La misa llegó a su fin. Nashla salió esquivando a todo aquel se interponía en su camino. Al llegar afuera, respiró profundamente el aire fresco de la mañana. Sentía que se asfixiaba ahí dentro.

—¿Estás bien? —La voz serena de su madre, interrumpió a sus demonios.

—Sí —respondió un tanto abstraída en el pasado.

Su madre se colocó justo su lado y elevó su mano reposándola sobre su frente.

—Estás sudando.

—Sólo tengo un poco de calor, pero estoy bien. —Al decirlo quitó la mano que tenía su madre sobre su frente, no era que no le gustara el tacto de Stella, pero había días en las que no soportaba el contacto físico con nadie.

El rostro de Stella se tornó tierno.

—Irás a almorzar con nosotras. —Su voz sonó ansiosa, suplicante.

—No. Tengo que regresar al hospital. —Su hostilidad hablaba de nuevo.

—¡¿Qué?! —interrumpió Janine con irritación—. ¡Pensé que te tomarías el día! Había organizado todo para que las tres lo pasáramos muy bien hoy.

—Tal vez otro día. —Se excusó Nashla—. Mañana quizás.

—No puedo mañana. Tengo una cita.

— ¿Cita? ¿Con quién?—repuso Stella.

—No es un galán, mamá. Es una conversación con un artista que busca una chica para su mejor amigo, y miren que la tengo difícil, parece que quiere a la mujer perfecta.

—Sé con certeza que podrás conseguirla —dijo Stella, rodeando un brazo sobre su cuello y besando su mejilla.

Nashla sintió una punzada de nostalgia. Jamás dejaba que su madre le expresara cariño de aquella forma. Sabía que era injusta, pero era imposible para ella sentir la necesidad de recibir afecto.

—Bueno. Me tengo que ir —anunció Nashla.

—Que te vaya bien, amor. —Su madre le sonrió.

—¡Ah! Y por favor, no quiero estarte llamando para recordarte que tienes casa ¡¿Entendido?! —exclamó Janine, divertida—. Y otra cosa, lleva a lavar esa carcacha que llamas auto, parece más viejo de lo que es.

—Deja a mi coche en paz, yo no me meto con el tuyo —replicó Nashla.

—Eso es porque el mío es hermoso.

Nashla sonrió ampliamente. Janine siempre lograba, de alguna manera, quitarle esa expresión seria de su rostro. Dio vuelta sobre sus talones para irse a su coche cuando escuchó a su madre:

—Deja tranquila a tu hermana...

—Solo estoy diciendo la verdad, mamá.

Nashla miró su Audi gris estacionado sobre la calle. Su hermana no podía estar más en lo cierto. Era metal de ruedas oxidado y viejo, pero lo bastante bueno como para transportarla a cualquier lugar y eso era suficiente.

A pesar de que cada mes ella recibía un cheque generoso gracias a su trabajo, no era la clase de mujer que gastaba su dinero en ropa de tiendas de marcas ni zapatos caros o lujosas propiedades. La cuarta parte de su dinero se quedaba en su bolsillo, pero el resto lo donaba a casas hogar, a organizaciones de niños con cáncer o mujeres maltratadas. De alguna forma, hacer caridad tranquilizaba su alma y ese mar de recuerdos dolorosos.

Al cruzar la puerta del hospital, oyó el sonido de una campana. Sonrió para sí misma. Era la señal de una batalla ganada, la última quimioterapia de un paciente que había salido triunfador. Cuando llegó al área de pediatría, un tumulto de enfermeras y doctoras estaban aplaudiendo con entusiasmo a un pequeño quién tocaba con ímpetu la campana. Sus padres, junto a él, se abrazaban mientras lloraban de felicidad.

—¡Doctora McNeill! ¡Lo logramos! —gritó Derek, su paciente, al verla. La razón por la que, a pesar de no tener turno, deseaba estar ahí.

Ella caminó hasta llegar a él y levantó su mano con la palma abierta para que él la chocara con la suya.

—No, Derek, tú lo has hecho, campeón.

Le sonrió compartiendo su felicidad. Derek se lanzó a ella rodeando sus manos sobre sus piernas, abrazándola y mostrándole amor. Nashla le correspondió, se permitía ser ella misma, mostrarse sin miedo solo con sus pacientes, una expresión de afecto de ellos que le daban verdadero amor, ese que solo un niño con el corazón noble puede mostrar. Ese del que estaba convencida que no existía en su interior.

—Y el Lobo dijo: *¡Soplaré y soplaré hasta y tu casa derrumbaré!*

—¡Eso es mentira! El lobo no es tan fuerte como para tirar una casa —interrumpió Margaret, recostada sobre el brazo de Sebastián.

Él sonrió por la astucia de Margaret, ambos estaban encima de la cama mientras que le contaba un cuento para dormir, como cada noche.

—Yo lo soy...

—Sí. Tú sí porque eres muy fuerte y grande, pero lo del lobo no es cierto, él se ve debilucho. Mira. —Señaló la imagen impresa en el libro.

—Sí, es cierto, soy tan fuerte como un león —alardeó él con diversión—. Y te diré que en un cuento todo puede pasar, cariño. —Sebastián dejó sobre la cama el libro que sostenía en sus manos y se lanzó al estómago de Margaret para hacerle cosquillas.

La pequeña reía haciendo que se escuchara en toda la habitación, y a él le llenaba el corazón oírlo.

Para Sebastián, era más que necesario estar al lado de su hija en todo momento. Con el paso del tiempo, mientras ella crecía, preguntaba por su madre. Él se odiaba por inventar cosas que no sucederían. Le decía que volvería, que estaba en un viaje largo y que pronto la conocería, pero su hija era tan inteligente que comenzaba a dudar de sus palabras. Sabía que de alguna forma le hacía daño, pero no sabía de qué forma decirle que la había abandonado.

—Ahora ¿qué te parece si dejas de interrumpir a papá y usas tu imaginación para que te puedas dormir? —dijo al dejarla rendida.

Ella asintió acomodándose de nuevo entre sus brazos.

Él siguió contando la historia con muecas y divertidas formas de hablar, hasta que Margaret cayó en un sueño profundo. Sebastián se incorporó con cuidado de no despertarla y la cubrió con el edredón de princesas de su cama. Después depositó un beso sobre su cabeza.

—Mira cómo ha quedado tu camisa. —Escuchó la voz de su madre desde el marco de la puerta—. Vamos, dámela para arreglarla, que dirán de ti si te ven así.

—Dirán qué soy un excelente *cuentacuentos*, mamá. Así está bien, no te molestes.

—Como tú quieras, no te rogaré. Y no te preocupes por nada, ve tranquilo a hacer tus negocios, que yo cuido de mi pequeña con mi vida.

—Eso lo tengo más que claro— se acercó hasta ella y le abrazó besándole la frente.

Sebastián adoraba a su madre. Le había enseñado todo lo que sabía sobre ser un buen padre, jamás lo dejó sólo, siempre estaba a su lado cuando la necesitaba. Sin hablar de que era su mejor consejera en sus días de derrota.

—Nos vemos más tarde. —Se encaminó hasta las escaleras de mármol de su enorme y lujosa residencia y las bajó.

Tomó su saco negro del sofá y lo pasó por sus brazos, después salió para ir a la cena que tenía con un nuevo socio. Un hombre dueño de una marca de calzado deportivo con el que negociaba un contrato multimillonario con un deportista que representaba.

El lugar escogido para la reunión era un restaurante conocido por su excelente comida italiana, en el área metropolitana de la ciudad sobre una terraza y con vista a los enormes rascacielos.

Mientras esperaba sentado en su mesa, bebiendo de su copa de vino rosado, notó las furtivas miradas de una morena en otra mesa, acompañada por una rubia. Ambas eran atractivas, pero algo en la morena llamó su atención. Los lascivos ojos verdes le hablaron de una mujer dueña

de sí misma. Tal y como a él le gustaban. Sin ataduras. Sin compromisos. Sólo sexo.

Pensó en que tal vez la noche podía terminar bien.

—Buenas noches —soltó una voz grabe, ronca y segura.

Sebastián se puso de pie y tomó la mano extendida del hombre.

—Buenas noches, señor Reed —contestó, tomándose el tiempo para inspeccionarle.

El hombre portaba un traje oscuro que dejaba ver la delgadez de su cuerpo y sus amplios hombros. Era alto, de piel tostada. Unas visibles canas ensombrecían los costados de su cabello azabache. Unas pronunciadas arrugas se asomaban por la comisura de sus ojos, unos tan negros y profundos como la noche. Tenía un aire de elegancia y seducción a flor de piel. Todo el contexto hablaba de un hombre que lo tenía todo. De un tipo con experiencia.

Se le conocía por ser el dueño de media ciudad. Empresas de marcas deportivas e infinidad de hoteles en el país. Era duro y astuto con sus rivales. No había persona que no hablara de su poder, ni uno solo que expresara su admiración. Aunque para Sebastián hubo algo perverso en él.

— ¡Señor! —habló uno de sus guardaespaldas tirando de una silla hacia atrás para que tomara asiento.

Él lo hizo con gentileza, después cruzó una pierna sobre la otra, dejando una de sus manos reposada sobre ella y mostrando un anillo negro con un triángulo en él sobre su dedo.

—Me han hablado muy bien de usted, espero que no se equivoquen. —Se atrevió a decir con osadía.

Sebastián no hizo más que alzar la barbilla con orgullo, dispuesto a retarle.

—Sí, eso dicen las malas lenguas, veamos qué tanto son ciertas —dijo, tomando asiento frente a él.

Reed le mostró una forzada sonrisa. Parecía obtuso al hacerlo.

—Llámame John, es mejor que me llames por mi nombre si haremos negocios a largo plazo. ¡Y bien! ¿Tienes al chico perfecto para mi marca?

—Por supuesto, John, por eso estamos aquí. Es un novato, lo bastante atractivo para llamar la atención de la prensa y de cualquier mujer.

Está vez, John enarcó una ceja con interés.

Su conversación se prolongó más tiempo del que plantearon. Al irse Reed, Sebastián no solo había conseguido que su representado obtuviera el contrato, sino que se abrieron otras posibilidades de negocio a futuro. Así que se verían las caras muy a menudo.

Al quedar solo en la mesa, Sebastián se incorporó y caminó hasta la de la mujer que aún le observaba. Ella también había quedado sola.

—Es un placer saber que tengo su mirada sobre mí. —Coqueteó sin más, mirándola desde arriba al llegar.

—Eres demasiado atractivo como para no hacerlo —contestó ella con voz cargada de sensualidad, meneando ligeramente sus hombros para exponer sus pechos por debajo de aquel vestido color vino.

Él recorrió su cuerpo: curvas pronunciadas, caderas generosas y pechos maduros, llenos de ese embrujo que fascinaba a los hombres.

—Sebastián. —Extendió su mano para presentarse.

—Salma. — Ella tomó su mano, pero él, con la galantería de la que era dueño, la llevó a sus labios y la besó.

— ¿Te parece sí terminamos esta conversación en un sitio más privado?

Fue al grano, no necesitaba de palabras cuándo sabía lo que ambos querían.

Salma le mostró una sonrisa mientras mordía su labio inferior.

No tardó mucho en decidir. Se puso de pie al instante en que escuchó la proposición. Era evidente que moría por estar entre sus brazos.

Salma lo llevó a su departamento, un lujoso pent-house en Beverly Hills. Y resultó ser hija de un congresista, dueña de su propia marca de ropa.

La luz que se filtraba a través de las enormes ventanas, dejó expuesta la perfección de su cuerpo. Salma había dejado caer el vestido color vino hasta sus pies en cuanto cruzaron la puerta de metal.

Sebastián se acercó y la besó con profunda intensidad, mientras que ella, con desesperación, lo despojaba de su traje. No necesitaría llevarla hasta una cama para lograr su cometido, la tomaría ahí, en el sofá. Pero él no contó con que, al estar acariciándola, su mente le jugaría mal, imaginando a la doctora McNeill. Su rostro se reflejó en esa mujer, y él cerró sus ojos deseando que fuese ella. Sabía que era una sandez, pero su cuerpo percibió aquellas imágenes con demasiado placer.

—¿Me llamarás? —cuestionó Salma, tirada sobre el sofá viéndolo vestirse—. Tal vez podemos volver a pasarla bien.

—Sí, por supuesto —mintió sícnicamente, abotonando el último botón de su saco.

Sebastián tenía una regla simple: jamás tenía un encuentro sexual o una cita, más de dos veces con la misma mujer. La razón: mantenerse alejado del amor. No quería sentimentalismos con nadie.

Se despidió con un beso tierno sobre los labios agradeciéndole por la noche y salió de ahí.

Al subir a su coche, pensó en lo que le había ocurrido. Dejó el motor encendido mientras se preguntaba ¿por qué había pensado en ella? ¿Y por qué había dejado que esa imagen se mantuviera mientras tocaba a Salma durante su encuentro? Le atraía, claro que lo hacía, pero no era para más.

Puso en marcha el auto y se prometió frenar ese deseo.

Ella había dejado claro que no estaba en el menú.

De alguna manera sabía que no era mujer para él.

Capítulo 5



Su firma quedó impresa en una nueva contratación para el equipo de los Raiders. Sebastián sonrió complacido. Esa mañana se encontraba en una junta de directivos para los negociar con los jugadores que se contratarían en la nueva temporada de la NFL. Desde que Esther y Maya le habían vendido acciones, hacía un año, tenía la obligación de estar en cualquier reunión respecto al equipo.

Transcurrieron tres días desde su encuentro con Salma, dónde había imaginado tener a la Doctor. McNeill, en vez de a esa atractiva mujer. No podía negar el haber disfrutado con aquello. Pero había prometido que no volvería a ocurrirle. Quedó claro que ella no estaba interesada y las cosas parecían irle bien desde entonces, marchaban normalmente, no había pensamiento, ningún rostro fantasma en su cabeza. Se dijo que podía continuar como siempre.

Enloquecer por una mujer no era lo suyo.

Sus ojos pasaban de Esther hacia un directivo, su absurda discusión por un chico que intercambiarían por otro y la excesiva cantidad de dinero que esto se llevaría era abrumador. Sin embargo, estaba de lado de Esther. Esa sabelotodo nunca se equivocaba.

—¡Es mi última palabra! —repuso ella con autoridad—. Si es lo mejor para el equipo estoy dispuesta a pagar lo que sea, tenemos la cantidad.

—Y mucho más por cualquier otro jugador — intervino en su defensa, Maya.

—¡Esto es una locura! ¿Qué pasará si no aporta nada al equipo? Perderemos demasiado — soltó más que molestó uno de los directivos.

—El que no arriesga, no gana, Fred —siseó Sebastián, interrumpiendo y sonriéndole con ironía desde su asiento.

Algunos murmullos se compartieron entre ellos. Unos de acuerdo, otros no. Al final de la junta, Esther y Maya habían salido triunfadoras, los contratos en los que arriesgarían esta temporada se llevarían a cabo.

—Tan astuta como siempre, cariño —La elogió Peter, y se inclinó para besar en los labios a Esther, antes de salir detrás de los directivos.

—Hay momentos en los que pienso por qué diablos están aquí —musitó Esther para sorpresa de Sebastián y Maya, quiénes eran los únicos ahí dentro.

—Necesitamos de ellos, como ellos de nosotros, hermana, somos un equipo no lo olvides —replicó Maya, acariciando su mano.

—No sería divertido siendo solo nosotros, necesitamos con quién pelear de vez en cuando — exclamo él con diversión, logrando que ambas se relajaran.

Esther se puso de pie y se despidió, dejando a Sebastián y Maya solos dentro de la sala de juntas.

Sebastián vio a Maya buscando algo el interior de su bolso, después de un momento lanzó frente a él una tarjeta blanca de presentación con las palabras, *Purpose Love* escritas.

—¿Qué es esto? —dijo, tomándola entre sus dedos.

—Tienes una cita hoy en la noche. —Le sonrió como si hubiese hecho una travesura.

—¿Cita? ¿Y se puede saber con quién y por qué?

—Porqué ya me cansé de verte solo, querido amigo.

—Así estoy perfectamente, y si necesitara a alguien, soy lo suficientemente capaz de conseguirla yo solo.

—Por supuesto que puedes, pero por una extraña razón siento que estás indeciso, así que te ayudaré. Margaret necesita de una presencia femenina en tu vida. Tu madre necesita una nuera, y tú una mujer que te enamore.

—¡Oh! Claro que no... No quiero ni pedí tu ayuda para eso.

De repente, las puertas de la sala se abrieron y apareció Caín.

—Por tu grito creo que ya lo sabes —anunció él sonriente, llegando hasta Maya para besarla detenidamente y con más pasión de la que Sebastián hubiese deseado presenciar.

—¡Santo Dios! ¡Qué asco! —exclamó en tono de broma—. Su pegajoso amor me enferma.

Caín y Maya por fin pusieron punto final a sus besos. Ambos compartieron una mirada con complicidad. De éstas que solo los verdaderos enamorados entienden. Una punzada de envidia lo invadió. Sebastián, a pesar de negarse a enamorarse de nuevo, extrañaba esa cercanía con una pareja. La calidez que un amor podía dar.

—¿Puedes creer lo que quiere hacerme? ¡Ayúdame! Haz algo con tu mujercita.

—Lo siento amigo, pero sabes que cuando se le mete algo a la cabeza, es imposible incluso para mí hacerla razonar.

—No estés quejándote como un bebé ¿quieres? Llama a la chica y te dirá dónde será tu cita. Luego nos cuentas cómo te fue.

Le guiñó un ojo y le sonrió ampliamente, al tiempo de arrastrar a Caín con ella y salir los dos por la puerta, dejándole con la duda de si llamar o no.

Pero lo hizo...

El sonido de la cerradura de su consultorio, interrumpió su concentración en el libro de medicina que leía. Nashla lo cerró estrechando sus ojos con suspicacia al ver a su hermana frente a ella. Janine cerró la puerta y la vio desde su posición.

—Tú aquí. ¿No que odias los hospitales?

—Hay ocasiones en las que suelo pasar por alto eso, más cuando mi integridad está en riesgo —dijo con sarcasmo, dejándose caer en una de las sillas.

La notó nerviosa, pensativa y molesta. Janine nunca iba al hospital, mucho menos desde la muerte de su padre. Haber estado tanto tiempo dentro de uno mientras la enfermedad lo consumía, había sido devastador para ella.

—¿Qué tienes? ¿Le ha ocurrido algo a mamá? —Nashla alzó la voz, preocupada.

—No. Claro que no, está en casa sana y salva. La que no lo está bien soy yo, y necesito de tu ayuda o me cortarán la cabeza.

—Dime para qué necesitas mi ayuda.

—Un favor. Uno solo. —Su voz apenas sonó como un murmullo.

—¿Cuál?

—¿Estás ocupada el resto del día? —Janine evadió la respuesta cuestionándola con otra.

Nashla llevó sus ojos a su reloj sobre su muñeca.

—En una hora iba a casa. —Janine asintió pensativa—. ¡Vamos! Dime qué favor necesitas que haga por ti. Me está preocupando tu evasiva.

Janine se tomó su tiempo antes de hablar, tan solo la miraba fijamente.

—Que te hagas pasar por una de mis citas —soltó, cerrando sus ojos al tiempo que salían las palabras de su boca.

Nashla abrió los ojos tanto, que sintió que salían de su rostro.

—¡¿Qué cosa has dicho?!

— ¡Lo sé! Es una locura, lo sé. Pero no tengo a nadie más que me ayude. Tú eres mi única salvación.

—¿Y los cientos de mujeres de tus citas? ¿Y tus amigas? —Nashla se puso de pie abruptamente.

Janine también lo hizo a la defensiva.

—¡¿Crees que no las busqué?! Lo hice, pero todas mis citas ya están programadas, otras me cancelaron y mis amigas, te recuerdo que unas están casadas y las otras son demasiado tontas para ser como la chica que busqué. Sin embargo, tú serías perfecta, apenas por media hora.

—¡No! Es mi última palabra, no tengo y no quiero ayudarte con eso, tú más que nadie sabe por qué, Janine, me pides demasiado.

Nashla se sentía herida. Su hermana sabía casi todo sobre su infierno, parecía no importarles que no soportara la presencia de un hombre.

—Sé que te estoy pidiendo demasiado, pero te juro que solo será esta vez, no volveré a pedirte, es más, no te lo pediría si no necesitara de ti. —Su voz sonó suplicante—. Será media hora, es hablar, hará preguntas tontas sobre ti, tú solo respondes, no te tocará, excepto el saludo de manos y, sobre todo, yo estaré ahí, Nashla, no te dejare sola con él.

Janine caminó hasta dónde estaba y dejó caer sus rodillas frente a ella.

—Te lo suplicó...

—Janine levántate, no me hagas esto, suplicar es de débiles. —La tomó de sus hombros y la puso de pie.

—No entiendes que de esto depende mi vida, mi empresa, amo lo que hago, Nashla. —Ella comenzó a llorar—. Además, no me hagas recordarte que me debes un favor.

Enseguida recordó a qué favor se refería; al médico que no la dejaba tranquila en sus primeros inicios de guardia. Janine al saberlo, le coqueteó hasta que logró quitárselo de encima.

—¿Me estás chantajeando? —Estrechó sus ojos con una ligera irritación.

—Puede —repuso con descaro, sorbiendo escandalosamente por la nariz.

—Sí no recuerdo mal, no fue tanto sacrificio. Estabas más que feliz —musitó con un ligero enojo.

—Era guapo, pero un completo idiota.

Nashla llevó una de sus manos sobre su frente la y masajeó con la yema de los dedos a la vez que cerró sus ojos. Esa conversación le estaba causando jaqueca.

—Te lo ruego. —Oyó de nuevo suplicar a Janine.

Abrió los ojos y se rindió.

«¿Qué harías por ella, por tu única familia?».

Tal vez por una única ocasión haría a un lado sus propios miedos.

A las siete de la noche se observaba reflejada en el espejo de la pared. Se veía distinta, demasiado. No solía vestir de esa manera, nada que estuviera tan ceñido a su cuerpo y dejara ver lo que no quería mostrar. Janine le había prestado un vestido y tacones de su propio closet.

Cuando lo había visto sobre su cama, habían discutido de nuevo, pero terminó cediendo. También la había maquillado un poco, lo necesario para que sus ojos resaltaran y su piel se iluminara. Su insistencia por recoger en un moño alto su cabello oscuro le resultó fastidioso. No deseaba exponer sus cicatrices sobre el cuello a nadie, mucho menos exhibirse así.

—¡Estás lista! —Janine interrumpió sus pensamientos.

—Sí —siseó casi audible al tiempo de volverse para mirar a su madre y hermana en el umbral de su habitación.

—¡Dios, hermana! Si tan solo te vistieras así todo el tiempo, te ves bellísima.

—Con mi ropa de siempre estoy mejor —soltó en un gruñido tosco, y refiriéndose a sus jersey y blusas que cubrían sus brazos.

Su madre le sonrió con timidez, pero en sus ojos podía apreciar lo mucho que le agradaba verla así, vestida como una mujer.

—Bueno, ya es hora. ¿Qué esperamos?

Janine salió de su recámara.

Nashla al llegar junto a su madre dijo:

—Tu hija es demasiado fastidiosa. A veces siento que me cae mal — ironizó, mostrando apenas una mueca parecida a una sonrisa.

Su madre entendió su ironía y no hizo más que reír.

— ¿Te confieso algo? Me pasa a mí también. Gracias por ayudarme, cariño.

Nashla asintió y después salió de la habitación rumbo a un nuevo destino marcado para ella. Iba rumbo a conocer a quien se convertiría en algo más que un extraño.

Capítulo 6



La ansiedad no era algo que supiera manejar... Estaba algo más que impaciente. Se concentraba viendo el interior del vaso de agua fría sobre la mesa para aminorar la sensación de idiotez que sentía por sí mismo. Sebastián nunca había recurrido a ningún tipo de ayuda profesional para encontrar a una mujer. Pero se excusó diciéndose que podía salir una buena enseñanza de esa noche. La palabra *diversión*, retumbaba por su cabeza constantemente. Tal vez podía terminar en la cama con su cita, disfrutando a una nueva conquista que después desecharía.

Sus ojos recorrieron el elegante y magnífico restaurante que la casamentera había elegido para el encuentro. Su mesa estaba en la parte exterior, sobre el césped. Había algunas luces que colgaban de los pequeños pilares que sostenían el cerco de hierro, cubierto con enredaderas que dividían la arena y la grama. La vista al mar era preciosa y la brisa del anochecer estaba como fiel acompañante nocturno. Parecía un buen lugar para impresionar y conquistar a una chica. Aunque para su fortuna eso no pasaba por su cabeza. Nada de sentimentalismos le venía perfecto a su vida desde hacía años.

Elevó su mano y con la yema de sus dedos acarició un pétalo de la rosa roja sobre la mesa, la rosa que la mujer había pedido que llevara para reconocerle. Entonces, sus ojos percibieron una imagen acercándose, levantó la vista y el aliento se quedó estancado en su garganta, nunca imaginó que ella pudiera estar frente a él en ese lugar.

—Buenas noches. Usted debe ser el señor Faith —saludó cortésmente una rubia, debía ser la casamentera, pero sus ojos prestaron atención a la mujer a su costado, *la doctora Misterio*.

Sebastián quedó pasmado, no creía en las casualidades, sino en el destino. Si algo cambiaba en su vida, era porque estaba marcado para que sucediera, incluso para mejorarlo y creado para un fin. Que estuviera frente a Nashla después de que le costara tanto sacarla de su mente, debía tener una razón.

Puso toda su atención en ella, atento a su expresión. Su semblanza no demostró nada, ni una pisca de sorpresa, disgusto o irritabilidad por su presencia. Fue lo contrario, su mirada ámbar mostró su esplendorosa belleza resaltada con el maquillaje sobre ellos. Inevitablemente sus ojos recorrieron su cuerpo. Estaba más que diferente. Se veía sensual, arrasadora, hermosa.

Su indumentaria poco favorecedora y la bata blanca fueron reemplazadas por un elegante vestido negro que dejaba desnudos sus hombros. Se ceñía tanto a sus caderas y cintura que no dejaba nada a la imaginación lasciva de cualquier hombre. De un hombre hambriento como él. Sus largas piernas bronceadas y definidas quedaron expuestas y enseguida pudo imaginarse recorriéndolas con sus manos. Su cabello estaba recogido dándole un aspecto seductor y dejando ver su cuello tan delicado como una rosa. De pronto, sintió la garganta reseca. Nashla era la clase de mujer deseable que quitaba el aliento.

—Sí. Soy yo. —Se obligó a decir, a pesar de tener la mente descontrolada.

—Mucho gusto, soy Janine Thomson —Él tomó la mano que le extendió sin prestarle atención, Nashla lo tenía absorto—. Ella es Nashla McNeill, su cita— continuó ella al soltar su mano y sonriendo mientras se ponía detrás de ella.

Nashla extendió su mano para saludarle, parecía haber perdido la memoria o estar dispuesta a no decir nada respecto el desafortunado encuentro en el consultorio. Haría lo mismo, haría las cosas fáciles, no diría nada si su recompensa era tenerla cerca.

—Señorita McNeill —siseó, tomando su mano con delicadeza e inclinándose para depositar un ligero beso sobre ella.

El simple rose al sentir la calidez de su piel sobre sus labios lo desarmó por completo. Encendió su propia piel, dejándole una fascinación sobrenatural.

—Buenas noches —respondió ella sin despegar sus ojos de él, sin embargo, su arrogancia estaba presente en esa mirada.

—Tomemos asiento —propuso Janine.

Él, intuitivamente caminó hasta Nashla y se ubicó detrás para deslizar la silla y que tomara asiento, ella lo hizo. Por primera vez pudo notar una cicatriz detrás de su cuello, cicatriz que iba desde la parte trasera de la oreja, pasando por la curva del cuello y desapareciendo bajó el vestido. La piel de la cicatriz estaba tan marcada y rojiza que le sorprendió, dejándole completamente consternado. De igual forma actuó formal con la la casamentera cuándo logró reaccionar de su estado de estupor.

Al tomar asiento en la silla frente a Nashla, la señorita Thomson habló:

—Espero que no haya esperado demasiado.

—No. No lo hice. Soy demasiado consiente del tiempo que una mujer necesita para quedar tan bella, he aquí el resultado —siseó en un intento de ser gracioso y por llamar la atención de Nashla. Tenía su atención puesta solo en ella. De alguna forma no podía apartar sus ojos de ella, mucho menos después de lo que había visto sobre su espalda.

Janine soltó una ligera risita. Era una mujer fácil de divertir. Nashla, en cambio, puso los ojos en blanco. Los halagos no parecían ser de su agrado.

—Es usted muy comprensivo con las mujeres, y es sensato de su parte.

—Soy un caballero, ante todo —alardeó mostrando una sonrisa y, tan seguro de sí.

—¿Y a qué se dedica señor, Faith? —habló de nuevo la pelirroja casamentera, él hubiese deseado escuchar la voz de la doctora. Pero sus labios parecían no querer despegarse.

—Soy de todo un poco, representante, abogado, hombre de negocios, etc. — Al terminar posó sus codos sobre la mesa y juntó sus dedos algo ansioso—. Y qué me puede decir de usted, señorita McNeill. ¿A qué se dedica? —preguntó, deseoso de escuchar su respuesta.

Ella respiró profunda y cansadamente antes de decir:

—Soy doctora. Ejerzo la pediatría y la cirujana es mi especialidad.

Él asintió fingiendo no haberlo sabido antes.

—¿Le molestaría que la llame por su nombre de pila? —cuestionó de nuevo, deseando que eso no se detuviera, y con una pisca de esperanza por fin conocerla.

—No suelo dejar que un extraño me llame por mi nombre —repuso, su voz altanera había vuelto. Sebastián sonrió para sus adentros, era inevitable no extrañar eso en ella.

—Por supuesto que puede —intervino Janine ante la negativa de Nashla—. Es más, le diré que su nombre tiene un bello significado.

—¿Ah sí, y cuál es? —Sebastián enarcó una de sus cejas con incredulidad, en dirección a Nashla.

—Significa: *ojos hermosos*.

—Estoy totalmente de acuerdo con el significado. —Su voz grave, apenas sonó en un murmullo.

En ese instante fueron interrumpidos por uno de los meseros del restaurante. Sebastián fue el encargado de pedir champán rosado. Janine mantuvo una conversación fluida en la mesa con buen humor. Pero él no prestaba demasiada atención. Unos segundos después regresó el mesero con tres copas y la botella dentro de una cubeta de metal con hielo. Sirvió mientras que se daban miradas furtivas entre Nashla y él.

Cuando Sebastián y Janine llevaron a sus bocas las copas para beber el dulce sabor del champán, él pudo ver a través de la copa cómo Nashla solo miraba el interior.

—¿No te gusta el champán, Nashla? —Le habló por su nombre de pila ignorando su comentario anterior.

¡Joder cómo deseaba susurrarlo sobre su oído mientras la tuviera desnuda! Las imágenes bañaban su mente.

—No bebo alcohol —repuso de manera hosca.

—¡Oh! Disculpa, si lo deseas podemos pedir algo diferente para ti.

—No, se lo agradezco, estoy bien.

Sebastián no hizo caso a su negación. Elevó la mano para llamar de nuevo al mesero, cuando este estuvo frente a la mesa, Sebastián insistió:

—¿Una limonada estaría bien?

Nashla asintió forzada.

La mirada de Janine pasaba de uno a otro.

El mesero de inmediato volvió con el vaso de limonada. Nashla bebió el primer sorbo. Mientras que Sebastián era víctima de la conversación espontánea de Janine, que no paraba de hablar. Él respondió con amabilidad a todo lo que ella quería saber sobre su vida, dijo lo necesario, y le pareció que ella era la mujer de la cita en lugar de la doctora McNeill. Sin embargo, sus ojos jamás dejaron de observarla, se inclinaba mirando las manos que tenía posadas en su regazo, en otras, volvía el rostro hacia el mar ofreciéndole la mejor de la vista y la perfección de su perfil en el que se reflejaba la luz de la luna.

Para su fortuna, el móvil de Janine sonó y ella se disculpó para tomar la llamada, dejándole la posibilidad de hablar a solas con Nashla.

—¿Se puede saber qué haces aquí, Nashla? —No reparó en ser discreto, no había por qué fingir.

—Lo mismo que tú. —Soportó una mirada fría al igual que su voz.

—Yo estoy aquí para saciar la curiosidad de alguien, no porque me divierte tener ayuda para conseguir a una mujer. Y creo recordar que dijiste que no te gustaban las flores, ni los chocolates, ni las cartas, ni los globos, ni algún tipo de relación con nadie.

—Dije: *nada contigo* —repuso ella con firmeza—. No me refería a los demás, estoy tratando de encontrar a *un hombre que me aguante*. —Enarcó una de sus cejas al tiempo de hacer una mueca de calculadora ironía.

Eso le hizo ladear la comisura de su boca en una sonrisa divertida. El sarcasmo se le daba bastante bien, pensó. Al igual que recordó esas palabras salidas de su propia boca.

—Entonces qué afortunados somos...

—Habla por ti, para mí es una desafortunada coincidencia de la vida.

Su charla fue interrumpida por Janine quién alegremente tomó asiento.

—¿En qué estábamos? —exclamó.

—En qué ya nos vamos —anunció Nashla, poniéndose de pie, a Janine la tomó por sorpresa, aún no era tiempo.

Sebastián se puso de pie por inercia y dijo:

—No hemos cenado...

—No tengo apetito, supongo que lo puedes hacer tú solo o encontrar una compañía si lo deseas, no creo que sea difícil para ti, buenas noches.

Al decir aquello, dio vuelta sobre sus talones para comenzar a avanzar hacia la salida, pero antes de mover un pie, Sebastián avanzó y logró detenerla.

—Fue un placer coincidir contigo —siseó extendiéndole la rosa roja que había tomado de la mesa.

Ella tomó su tiempo antes de recibirla. Parecía no querer hacerlo, y al final, le ofreció una mirada distinta que el no supo descifrar y se alejó.

—Discúlpeme, conseguiré una mejor cita para usted —habló Janine junto a él, mientras miraba desaparecer a Nashla—. Ella es muy especial, y algo grosera, espero remendar mi error con otra chica.

—No será necesario...

—¡Pero!

—Buenas noches, señorita Thomson.

Janine no tuvo más remedio que despedirse derrotada. Nada había salido bien esa noche.

Pero para Sebastián fue diferente. Tuvo la noción de que la vida le había enviado un regalo mal envuelto, él solo tenía que ver el brillo de su envoltura.

—¡Fuiste bastante grosera y lo sabes! —chilló su hermana al ponerse en el asiento del conductor de su auto.

Nashla la ignoró, su vista estaba en la rosa que traía entre sus manos. Y en la imagen de Sebastián, tan apuesto y cordial.

—¿¿Me estas escuchando?! —gritó, poniendo en marcha el auto.

—Sí, y no me importa.

—¿¿Que no te importa?! Me has dejado como una incompetente.

—Claro que no, ya le conseguirás a alguien mejor.

—Ya no quiere mis servicios.

—Qué lástima.

—Ahora contéstame algo, ese: «fue un placer coincidir contigo» ¿Qué fue?

—Es el padre de una de mis pacientes.

—¡Dios santo! ¿Por qué no dijiste nada? Los dos se comportaron como si no se conocieran.

—No nos conocemos —aseguró Nashla, plenamente consciente de ello, pues conocía muy poco de él—. Y qué astuta de tu parte utilizar el apellido de mamá.

—¿Y qué esperabas que hiciera? Así no reconocería que somos hermanas, de lo contrario diría que te estaba echando al matadero.

—No se ve del tipo hablador —aseguró sin verla.

Su hermana siguió soltando sandeces mientras conducía y ella la ignoraba viendo por la ventanilla la noche completamente estrellada. Nashla notó algo diferente, la sensación que

experimentó al tomarle de la mano, fue nueva, distinta. Sebastián no había hecho que rememorara los desagradables recuerdos que asomaban cada vez que estaba cerca de un hombre.

Los olores repugnantes y rancios del alcohol y el tabaco en los hombres sobre ella, obligándola a hacer cosas que no deseaba eran la clase de recuerdos que la invadían con frecuencia al simple contacto masculino, pero ese hombre no había conseguido aquello. Su fragancia había inundado agradablemente sus fosas nasales. Su porte elegante luciendo trajes perfectamente hechos a su medida, le daban un aspecto, no solo seductor sino de alguien confiable. Su rostro sereno y su enorme sonrisa lograban, de alguna manera, cautivarla. Sus ojos tan claros como el color del mismo cielo expresaban sinceridad, le inspiraban paz y tranquilidad.

Algo que no había sentido nunca.

Sin embargo, las ilusiones eran solo eso.

Ella no era presa fácil del enamoramiento, ni siquiera sabía lo que era sentir atracción por un hombre, y tampoco permitiría que eso ocurriera.

Para Nashla, Sebastián no era más que un buen hombre al que no habían herido, que no tenía ningún tipo de maldad en su corazón.

Capítulo 7



Las enormes letras de hierro en color rojo, con el anuncio de Purpose of Love se asomaron frente a su parabrisas, al estacionar su auto en la acera frente a la puerta del establecimiento de citas. El sitio estaba ubicado en la zona central de la ciudad.

Sebastián no había saciado su curiosidad respecto a Nashla, había pasado la noche sin dormir pensando en aquella astuta mirada ámbar y en la forma de conseguir una nueva cita. No había otra forma más que pedir la ayuda de la casamentera otra vez. Por esa razón estaba ahí muy temprano por la mañana, cuando el café apenas ayudaba a mantenerlo despierto.

Descendió de su deportivo. Unas mujeres bien vestidas se apreciaban detrás de los ventanales caminando de un lado a otro. Al entrar por la puerta de vidrio, más de una le observó de la manera en que estaba acostumbrado a que lo hicieran. Parecía tener sobre la frente un letrero de *disponible*. Aunque no le afectaba demasiado saber que siempre era considerado como carne fresca para ellas.

Ignorando las miradas, decidió acercarse hasta una chica que estaba sentada sobre un mostrador. Mientras sus pasos se escuchaban sobre el lustroso piso de mármol blanco, echó un vistazo breve al lugar. Era pequeño, pero elegante. Las paredes tenían un tono rojo carmesí con algún decorado en dorado de figuras de ramas de árboles, algunas otras con letras de pensamientos de amor que alcanzó a leer. Todas las sillas de espera que se apreciaban, eran de acero inoxidable y los sillones de piel en tono blanco. Observó una escalera espiral de madera que llevaba a la planta alta.

—Buenos días. Busco a la señorita Thomson —dijo con amabilidad y sonriendo con coquetería, eso siempre le daba lo que quería.

—Buenos días —murmuró la chica rubia, su piel adquirió un tono rosa pálido sobre sus mejillas, se había ruborizado y quedado sin habla por unos segundos—. ¿Señorita Thomson, dice?

La chica se puso de pie, pensativa y confusa.

—Así es.

—No hay nadie con ese nombre aquí, señor.

Sebastián cayó en una profunda duda.

—¿Quién es la dueña del lugar entonces?

—¡Ah! Usted se refiere a la señorita McNeill, ella es la jefa de todas nosotros. Si lo desea puede subir y pasar a su oficina, ella está ahí en este momento. Primera puerta a la derecha.

Su rostro se descompuso «¿McNeill?».

Asintió y subió las escaleras sin preguntar más, necesitaba saciar la duda cuánto antes.

Al estar frente a la puerta tocó ligeramente con los nudillos. Una voz ya conocida contestó y el entró más que deseoso. La semblanza en el rostro de Janine se ensombreció de desconcierto al verle.

—Buen día, señorita Thomson, o debo decir, señorita McNeill. Acabo de saber que es así. Ella quedó pasmada, abrió mucho los ojos. Nunca pensó verlo allí.

—¿Qué tiene que ver usted con Nashla? —continuó aprovechando su desasosiego—. Su apellido es el mismo, espero que me hable con la verdad.

Ella se incorporó de un salto de la silla detrás de su escritorio y pensó la respuesta antes de pronunciarla.

—Es mi hermana —murmuró.

—¿Lleva frecuentemente a su hermana a las citas? —Casi escupió las palabras.

—No. No es así, no al menos de la manera en que usted lo ve.

—Entonces explíquese.

La vio cerrar los ojos.

—No tenía a alguien que cubriera su cita, así que le pedí a mi hermana que lo hiciera, le juro que es la primera vez que me sucede. Si me dejara remendar mi error, he pensado en la chica perfecta para usted.

Sebastián estrechó sus ojos.

—Sabe que puedo demandar a su establecimiento por mentir e incluso por incumplimiento de contrato, porque hizo uno ¿no es así?

—No es para que lleguemos a esos extremos —siseó ella con voz cargada de pánico—. Y sí, se hizo un pequeño contrato, como le dije antes, puedo arreglar esto.

—Sí. Tal vez podría solucionarlo. Quiero otra cita con su hermana y asunto olvidado —respondió, aprovechándose de la situación. Era un jodido imbécil pero no dejaría escapar ese momento. Quería, no, deseaba volver a verla.

Janine casi se ahoga con su propia saliva.

—Imposible. —Su voz sonó apenas audible.

—¿Por qué? —La cuestionó, comenzando a pasear por la pequeña oficina.

—Ella no suele salir con nadie, es muy difícil de explicar, ayer fue solo un favor para mí, señor Faith, será imposible una cita con ella. Y lo digo en serio, ¡imposible!

Recalcó tanto la última frase que le causó intriga. Sebastián se volvió y comenzó andar a paso lento con desdén inspeccionando el sitio. El lugar era sumamente similar a la planta baja.

—Defina imposible.

Sus ojos se volvieron soberbios al verla. Una lucha interna se reflejó en ellos. Al final lo hizo con algo que no esperó.

—Quiero decir que no sale con hombres. ¿Satisfecho?

Aquella respuesta la hizo imaginar algo que pasó por su mente, Janine leyó sus pensamientos y dijo:

»Y no, no es lesbiana por si lo está pensando, solo diré que es complicado decir más.

A Sebastián lo invadió un breve silencio, pensando su siguiente paso con cautela.

—No sé cómo lo hará, señorita McNeill, pero quiero una cita con su hermana, convénczala, yo sé que sabrá cómo persuadirla. Si no, me veré en la necesidad de demandarla por engaño. —Sabía que estaba actuando como un engreído hijo de puta, pero necesitaba volverla a ver fuera de esas paredes de hospital, no iba a actuar como había amenazado, pero sabía que bastarían sus palabras—. Que tenga un buen día.

Dicho eso, le ofreció una sonrisa petulante y salió por la puerta.

Al subir a su auto, estaba más que satisfecho por lo que había hecho. De alguna manera estaba claro que haría hasta lo impensable por conocer a Nashla como ya deseaba hacerlo. Miró

su reloj, marcaban las nueve, decidió ir por un café antes de ir a la sesión de fotografías que le esperaba a uno de sus jugadores para una revista.

Nashla tomó un sorbo de su café mientras miraba la hermosa mañana por la ventanilla de la cafetería. Usualmente si disponía de tiempo antes del siguiente turno, se permitía un poco de tranquilidad tomando café y mirando a la gente pasar. Ese lugar era su preferido. Sin embargo, por más que se negaba a hacerlo, la mirada azulada y la sonrisa cautivadora de Sebastián pasó por su mente en más de una ocasión. Era tonto imaginar que le atrajera ese tipo. Pero aún no se explicaba cómo podía siquiera pensarlo.

Sacudió su cabeza en negación y sonrió para sí misma. Qué estúpida era. Se conocía lo suficiente como para saber que era incapaz de dejar entrar a alguien, estaba cerrada completamente a sentir. Entonces, el dueño de sus pensamientos apareció por la puerta de la cafetería. El café que tenía dentro de su boca se atascó en su garganta. Casi la hizo escupir.

Él, dueño de aquella galantería que le salía por los poros, se acercó a la caja y lo vio ordenar algo con una sonrisa dirigida a la cajera. Vestía formal, con un traje gris, camisa blanca y con corbata azul que resaltaba sus ojos. Ella se encogió sobre la silla, quería evitar a toda costa que la viera. Desvió la vista hacia afuera y fingió no haberle visto. Era lo mejor.

Y de repente, sucedió lo que no quería.

—Qué agradable vista para mis ojos. —Su voz sonó ronca, y una pizca de diversión en su tono justo.

Nashla se volvió lentamente sin responder.

—¿Puedo tomar asiento en tu mesa? —exclamó él, con su vaso de café en la mano.

—No —repuso categóricamente, pero antes de terminar, él ya lo había hecho.

—Bonita mañana ¿no crees?

—Es más agradable cuando no intervienen en ella —escupió con desdén, dejando caer su espalda sobre la silla.

—¿Siempre sueles ser tan simpática?

—Siempre —ironizó, bebiendo otro sorbo de café.

—No sabes cómo me está agradando tu forma de ser.

La escuchó soltar una risita.

—Si es para ser parte de tu diversión, no es de muy buen gusto saberlo.

—Deja de estar a la defensiva todo el tiempo, no soy un enemigo.

Cuando Sebastián dijo esas palabras, logró captar su atención y mirarle. «Si él supiera qué cualquiera lo es».

—¿Sabes? Estaba tan tranquila tomando café a solas, que me gustaría seguir haciéndolo.

Sebastián pudo tomar aquello como una verdadera ofensa, no estaba acostumbrado a lidiar con mujeres tan directas ni a la defensiva a cada segundo. Podía simplemente largarse y dejarla en paz de una vez por todas, pero algo más fuerte que él, le llamaba a no hacerlo, a insistir.

—Está bien, he captado el mensaje, solo permíteme decirte algo más. —Dejó de sostener su vaso de café y descansó sus brazos sobre la mesa entrelazando sus dedos, por primera vez no le vio su sonrisa en los labios—. Ya sé que Janine y tú son hermanas, y que lo de anoche fue solo una farsa.

—Te puedo decir que lo siento, pero te mentiría.

El asiento sin dejar de verla, y con unas enormes ganas de reír.

—Seré directo, Nashla —ambos se miraron fijamente a los ojos—, me gustas mucho, y quiero otra cita contigo. Esta mañana estuve con tu hermana para pedírsela, sin imaginar la sorpresa que me esperaba, le he dicho que la demandaría por engaño, si no me conseguía otra.

—Eso es chantaje. —Le interrumpió.

—Yo no lo veo así, más bien es beneficio mutuo. Tu hermana consigue seguir con su prestigio y yo tengo la fortuna de otra cita contigo.

Sonrió ampliamente sintiéndose vencedor.

Ella mostró su rostro tan inexpresivo como siempre, al mismo tiempo que imitaba la misma posición que él sobre la mesa.

—¿Y qué si no lo hago? No te creo capaz de tanta bajeza.

—Pruébame, una llamada y todo comienza. —De nuevo esa sonrisa con calculadora ironía sobre su rostro.

—¿Eres así con todas las mujeres que sueles conquistar? Porque puedo apostar que terminan odiándote.

—Solo con las que se resisten, y da la casualidad de que eres la primera que lo hace.

—Tal vez porque no soy como todas ellas, tan impresionadas por tu atractivo. Y sí te soy honesta, conmigo no te funciona.

—Eso lo estoy viendo, pero lo intentaré de todas formas.

Los ojos azulados de Sebastián iban desde sus ojos a su boca, le estaba causando un cosquilleo inexplicable por todo su cuerpo, era una oleada tan fría como caliente, pasando por un hormigueo que quemaba en sus labios. «¡Dios! Mis labios están deseando que los bese». ¡¿Pero qué diablos estaba ocurriendo con ella?! ¿Por qué su cuerpo percibía esa sensación tan distinta?

Se incorporó lentamente del respaldo de su asiento y comenzó a golpear sus uñas sobre la mesa cuestionándose si por primera vez podría creer. Después de unos segundos en que ambos se estrujaron con la mirada. A Nashla la invadió ese: *¿y si Tal vez?* que llegaba en un momento de la vida. A Sebastián ese: *no dejes de intentarlo* que nos hace creer.

Ella se puso de pie de repente y dijo:

—Mañana, ocho en punto. Y no me gustan las impuntualidades, mi dirección la encontrarás tú mismo, si tanto te interesa.

Tomó el vaso de café sobre la mesa y se alejó sin mirar a quien la observó esperanzado, hasta desaparecer.

Un sobreviviente de los sueños, y un corazón que la estaba esperando desde el momento mismo de su existencia.

Capítulo 8



—No tenías por qué aceptar salir con ese chantajista —repuso Janine, molesta y sentada sobre su cama.

—¿Quieres que cumpla su amenaza? —respondió ella, observándose en el espejo de su cómoda, estaba colocando sobre sus ojos un poco de rímel. Su decisión había sido para sí misma y su interés por él, y no por defender la postura de su hermana.

Esta vez, Nashla estaba vestida como le dio la gana, no esperaba complacer a nadie. Poco maquillaje, un pantalón negro de tela suave, en conjunto con una blusa en tono turquesa y sandalias de piso del mismo color de su blusa. No le importaba si no combinaba con la elegancia que Sebastián derrochaba.

—Yo no creo que sea un chantajista —intervino su madre, viéndolas de pie en el umbral de la puerta.

—Claro que lo es, mamá, con tan solo llamarme ayer para pedirme la dirección supe que era un experto.

Stella calló sin decir lo que realmente pasaba por su mente; ella pensaba que ese hombre tal vez quería algo sincero con su hija. Y estaba emocionada, era la primera vez viéndola arreglarse para salir con un hombre por decisión propia.

—Hace un poco de frío, no olvides llevar un suéter, cariño. —Una chispa de nostalgia invadían los ojos de Stella.

Nashla notaba la felicidad oculta que sentía su madre, jamás la había visto salir con ningún chico, y a pesar de no decir que era decisión suya el haber aceptado, no quería dar falsas esperanzas a una madre que anhelaba verla enamorada.

El sonido del timbre les hizo saber que alguien había llegado. Su madre fue la primera en salir disparada hacia la puerta.

—Si intenta propasarse contigo, tírale esto sobre los ojos —exclamó Janine, entregándole un tubo pequeño de gas pimienta que sacó de su bolsillo del pantalón.

—Estás exagerando. —Nashla no pudo reprimir una pequeña carcajada.

—Tú solo tómalo —prosiguió, echándolo a su bolso de mano.

Cuando las dos bajaron, vieron a su madre un poco ruborizada y tímida conversando con Sebastián en la puerta. Nashla barrió sus ojos por su cuerpo. Sus indiscutibles trajes habían quedado fuera esa noche, llevaba jeans, una camisa blanca de algodón y una chaqueta de cuero oscura al igual que sus botas negras. Con ese aspecto parecía esa clase de hombre de motocicleta, rudo y sexy.

—Buenas noches —dijo él, dirigiéndose a ambas, aunque mirándola por un tiempo más prolongado a ella—. Tu madre es un encanto, pero no puedo decir lo mismo de tu hermana.

Aquello hizo sonreír a su madre. Janine soltó un bufido cargado de irritación quedándose en la escalera.

—Estoy lista, podemos irnos —anunció Nashla tratando de ignorar la oleada de sensaciones extrañas que sentía.

—No se preocupé por nada, señora McNeill, cuidaré de su hija y la traeré temprano a casa. —Sebastián tomó la mano de Stella y la besó. Su madre estaba más que encantada con él.

Antes de que Nashla iniciara su marcha hacia la puerta, Janine la detuvo del brazo.

—¿No tienes miedo? ¿Estás segura? —murmuro sobre su oído—. Si llega a intentar algo no dudes en llamarme. —Sus últimas palabras sonaron preocupadas.

—Estaré bien. No tienes de qué preocuparte.

Al salir, él se encontraba con la puerta de su deportivo rojo abierta para que ella subiera. Nashla observó que tanto su madre como su hermana espiaban por una de las ventanillas de la sala.

—Parece como si fuese tu primera cita —siseó Sebastián al encender el motor del auto y avanzar.

—En realidad lo es, si no contamos la de anoche. —Nashla volvió el rostro al responderle.

La cara de Sebastián estaba llena de conmoción.

—Entonces no solo tengo suerte, sino que pienso que ser el primero es un buen augurio de que pueda salir algo bueno a futuro.

—No vayas tan rápido que puedes tropezar.

—Más que correr. Me encanta volar. ¿Qué de malo tiene pensar en un *puede ser*?

—¿A dónde vamos? —preguntó, ignorando esa mirada tierna que él le ofreció, y obviando lo que intentó decir con esas palabras.

—Es una sorpresa. Ya lo verás. Por cierto, que linda casa tienen.

Nashla no dijo nada, sus ojos se desviaron hacia su casa. Estaba por fin en algo de acuerdo con él. Ella se había enamorado en cuanto la conoció. Su casa parecía esa clase de estructura clásica hecha de ladrillos con tejas de color tinto, un porche con un sillón en forma de columpio, a un costado de la enorme puerta de caoba que daba la bienvenida, un enorme jardín lleno de flores que su madre se encargaba de cuidar, y una entrada empedrada que su padre había hecho con sus propias manos.

Soltó un suspiro de nostalgia, recordó los días cuando su padre vivía, aquellos en los que pudo llenarse de su sabiduría, de los silencios y los abrazos que él supo entender más que nadie.

No tardaron demasiado en llegar hacia Santa Mónica, el sitio que él había escogido para sorprenderla. Sebastián había mantenido una charla fluida, preguntaba sobre cosas del hospital y cuestiones sobre cirugías. Incluso él le habló de su fobia por ver sangre. Ella respondía despreocupada y olvidando que estaba a solas con un hombre... con él.

—¿Qué hacemos aquí? —La voz con tono de diversión en Nashla agradó a Sebastián.

—A una mujer diferente, le toca un lugar tan distinto como ella. —Apagó el motor y descendió del auto para correr a abrir su puerta.

Ella quedó maravillada por las luces que desprendían la rueda de la fortuna y toda la feria junto al mar.

—Dime que también es la primera vez que estás en una feria.

—De hecho, no. —Ladeó la comisura de su boca en una débil sonrisa, recordando las veces que su padre les llevaba ella y su hermana.

—¡Diablos! —maldijo en un tono divertido—. Bueno, al menos prometo que te divertirás más conmigo que con quién hayas venido antes. —Sebastián le extendió la mano para ayudarlo a bajar.

Ella la miró por un tiempo prolongado, dudando de hacerlo, incluso sus ojos se lo mostraron, pero lo hizo, y él al tomarla, notó las cicatrices sobre su muñeca, algo que había pasado desapercibido, algo que le llegó a inquietar y causar molestia, pero al cerrar su mano sobre la suya, se olvidó de aquella sensación cayendo en cuenta de que no la soltaría en ningún momento de la noche. Deseaba, como el mismo infierno, sentir su calor.

Dieron un paseo tomados de la mano mientras observaban el sin fin de artículos que ofrecían los puestos sobre las banquetas. Él la hacía probarse cosas; sombreros, lentes y collares que no aceptó que le obsequiara por más que insistió. Notó que era callada, apenas y respondía lo que él preguntaba, pero era observadora, una infinidad de veces la vio mirándole por el rabillo del ojo. Miraba incluso con extrañez sus manos entrelazadas.

Compraron helado, dándose cuenta de que el chocolate era su preferido, jugaron en el puesto de tiro al blanco que, para su sorpresa, ella ganó, recibiendo un premio de una esfera de cristal que al agitarla soltaba corazones simulado nieve. Sebastián lo guardó como el mejor de sus regalos dentro del bolsillo de su chaqueta. En el puesto de golpear con un mazo, para alcanzar el último número y hacer sonar una campana, él fue el triunfador. Cuando el vendedor le entregó un enorme oso de peluche por haber ganado, se lo obsequio a ella.

Pasar las horas hablando de todo y de nada a la vez, consiguió que Nashla se relajara por completo y disfrutara.

Cenaron *hot dogs* en una carreta dentro de la feria, ella devoró algunos y él estaba encantado por verla hacerlo, ninguna mujer con la que hubiese salido antes hubiera aceptado todo aquello, pero sabía desde un principio que ella era diferente, todo era diferente a su lado, estar compartiendo y conociéndola le hizo sin duda querer más de tres citas. Por primera vez estaba completamente decidido a ir por más.

—Ya que estamos en confianza. ¿Puedes hablarme más de ti? —dijo él, ansioso por saber, y al estar en la cima de la rueda de la fortuna puso uno de sus brazos por detrás de su espalda imaginando abrazarla.

—¿Qué quieres saber?

—Todo, quiero saberlo todo de ti.

—¿No crees que eres demasiado curioso para ser la primera cita?

Sebastián sonrió esperanzado.

—Eso quiere decir que estás dando por hecho que habrá más —exclamó más que feliz.

—No. No estoy dando por hecho nada.

—Entonces dime ¿por qué decidiste dedicarte a la medicina?

Nashla tardó un minuto en responder. Él tomó el tiempo de mirar el vaivén de su cabello al aire, oprimiendo el arrebato de acariciarlo.

—Me gusta ayudar, me gusta saber que hago algo bueno por alguien, aunque si te soy sincera, es algo que también me molesta.

—Supongo que te refieres a ver sangre y todo eso, créeme que yo no podría, no saldría del piso de tanto desmayarme.

Ella rio ampliamente por su divertida respuesta, mostrándole unos pequeños agujeros que se marcaban en sus mejillas. Le fascinó saber que él era la causa de ello.

—No me refiero a eso, me refiero a que duele pensar que el rostro de un doctor es lo último

que un paciente ve antes de morir, es incluso odioso ser quien dé malas noticias.

—Me lo imaginó, debe ser demasiado fuerte.

Nashla asintió mientras la rueda daba una nueva vuelta.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Cuéntame más.....

—Soy adoptada —soltó, captando su atención.

Sebastián se quedó un minuto pensativo, jamás pensó que eso fuera parte de su vida.

—Ahora entiendo por qué no te pareces a tu madre y hermana, eres más bonita, claro.

Ella calló, pensativa, perdiéndose en algo que él hubiese deseado estar incluido. Incluso parecía agradecida de que no cuestionara nada más.

—Ahora me toca a mí —prosiguió Nashla, acabando con el silencio.

—Adelante, soy un libro abierto.

—¿Dónde está la madre de Margaret? Lo pregunto porque has sido tú y tu madre a los que he visto desde que es mi paciente.

—Ella se fue cuándo nació —habló él sin dudar—. Dijo que no era capaz de cuidarla.

—Entiendo. Al menos tiene a las mejores personas que pueden cuidar de ella.

—Daría mi vida por mi hija.

Ambos se miraron a los ojos compartiendo en silencio algo que solo ellos entendieron.

—¿Por qué tienes estas marcas de heridas? —Sebastián aprovechó ese momento para cuestionarle lo que tenía horas pasando por su mente.

—No quiero hablar de ello. —Su sonrisa se desvaneció.

Y eso fue suficiente para cambiar radicalmente. Nashla volvió a estar taciturna el resto del paseo en la rueda de la fortuna. Al descender ella no dejó que volviera a tomar su mano, se abrazó al oso protectoramente. Mientras caminaban, los altavoces llenaron totalmente el sitio con una canción.

Sonaba *Just the Way You Are*.

Sebastián quería volver a verla sonreír, a sacarla de ese lugar en que había notado que vivía desde siempre, así que hizo lo imaginable. Comenzó a cantar alto, sin ninguna pizca de vergüenza.

Oh, sus ojos, sus ojos, hacen parecer que las estrellas no brillan.

Su pelo, su pelo, cae perfecto sin que ella lo pretenda.

Ella es tan hermosa, y se lo digo todos los días.

Sí, lo sé, lo sé, cuando le halago ella no me cree.

Y es tan, es tan triste pensar que ella no ve lo que yo veo.

Pero cada vez que me pregunta, ¿qué tal estoy?, yo le digo:

Cuando veo tu cara, no hay una sola cosa que quisiera cambiar.

Porque eres asombrosa, así como eres.

Las chicas que pasaban por su lado le miraban asombradas, otras le enviaron miradas llenas de coquetería, pero a él sólo le importó una.

—Deja de hacer eso —murmuró despacio y algo apenada, pero había conseguido que su semblanza cambiará.

—¿Por qué? Esta canción me encanta. ¡Es más, es para ti! Desde ahora es tu canción. —Y

siguió haciéndolo, tomando su mano hacia la salida de la feria y ella volviendo a sonreír.

Cuando detuvo el auto frente a su casa, entró en un estado de extrañeza, no deseaba alejarse de su lado. Sebastián deseaba más de su compañía, era sumamente distinto no haber terminado en la cama como solía hacerlo con sus otras conquistas, pero algo en su interior le dijo que esperara, sería capaz de hacerlo por ella.

—Fue una buena noche —siseó ella, habían bajado del coche y la había acompañado hasta la puerta.

—Más que eso, fue excelente. Dime que no será la única. Que lo haremos cientos de veces.

—Lo siento, Sebastián, creo que no sería bueno alimentar algo que no sucederá.

—¿A qué te refieres?

—Eres un buen hombre, mereces a alguien que de verdad desee estar a tu lado, yo no soy esa, Cupido y yo no nos llevamos bien. —Para ella era claro que no le daría esperanzas falsas.

—En cambió él y yo somos muy buenos amigos, tal vez tenga una amena charla con él para que me ayude.

Un silencio se instaló. Unos cuantos pasos les alejaban. Él se acercó reduciéndolo, quedando a unos centímetros de su rostro, elevó una de sus manos y cubrió con sus dedos delicadamente su mejilla al tiempo de acariciar con su pulgar el labio inferior de su boca. Ella le miró con profundidad, tembló bajo su tacto y sintió la misma necesidad que había en él por ese beso.

Pero antes de pensar en unir su boca con la de él, apartó su mano lentamente de su rostro dejándola caer.

—Buenas noches, Sebastián.

Él se sintió herido.

—Buenas noches, Nashla.

Al desaparecer por su puerta. Le dejó lleno de incertidumbre, su boca ardía por el deseo de un beso que no llegó, y por única vez, el dolor de unos brazos vacíos quemó más que nunca.

Para él, ella era una pregunta en el aire, y una respuesta sin sentido.

Capítulo 9



El atardecer comenzaba a caer junto con algunas hojas de otoño, mientras un corazón dañado pensaba en las cicatrices que llevaba marcadas. Su pasado aún era palpable de una manera que le impedía verse a sí misma feliz, completa.

Nashla se columpiaba en el sofá del porche de su casa mirando el atardecer, se había tomado la tarde después de una dura jornada laboral en el hospital. Su mente frustrada le impidió tener cabeza para continuar trabajando, no podía concentrarse en nada que no fuese en esa mirada penetrante y su sonrisa sincera. Pensaba en lo que había ocurrido la noche anterior, en la forma en que él la había hecho sentir; tan libre, tan despreocupada, tan ella. Y el beso, ese beso que sorpresivamente había deseado que ocurriera. Sin embargo, se negó a que eso pasaría, no quería dar falsas esperanzas cuando sabía que ella se lo reprocharía.

Se había encontrado incluso con los sentimientos de una mujer que estaba oculta tras esa máscara de dureza que portaba todo el tiempo para mantener alejados los sentimentalismos y el amor. Aunque no sabía qué era enamorarse, nunca se había sentido atraída por un hombre, él había logrado sacar a flote algo que se reprimió en un intento por no salir dañada.

Pero ahora estaba presente y la perturbaba.

El chillido de la puerta de la entrada anunció la salida de alguien, entonces la imagen de su madre se hizo presente.

—Te molestaría tener la compañía de tu madre por aquí —dijo, con una tierna sonrisa en los labios.

—Claro que no, mamá, siéntate. —Nashla palpó el espacio vacío a su costado.

Su madre prácticamente corrió a hacerlo. Llevaba minutos viéndola por la ventanilla, dudosa de ir a su lado.

—¿Estuvo bien tu día hoy? —habló después de un prolongado tiempo en silencio.

—Sí, tuve un nuevo paciente que trataremos entre la doctora Vázquez y yo.

—Suenan bien.

Ella asintió con la vista en el suelo.

—¿Cómo te fue anoche? —Había esperado que le hiciera esa pregunta desde que la vio sentada en el sofá la noche anterior.

—Me divertí bastante, es un buen conversador.

—Parece ser un buen chico, de una buena familia.

—Creo que lo es, sé que pertenece a una de renombre.

—Le interesas, hija, vi la forma en que te miraba.

—Mamá —la interrumpió casi en reproche—, no comiences por favor, no es lo que crees que es, fue solo por ayudar a Janine.

Stella soltó un suspiro.

—Sólo estoy diciendo lo que vi, no me creo eso de que fue para ayudar a tu hermana, lo que

vi en ti anoche fue interés en él un interés que ocurre por primera vez.

—No, no fue así.

—¿Por qué te niegas a sentir, a vivir eso tan hermoso que es el amor?

—El amor no existe para mí, tal vez lo encontraron tú y papá y toda esa gente que cree en ello, pero yo no ¿qué puedo ofrecer cuándo ni siquiera creo en mí, mamá?

—Déjale entrar, déjale demostrarte que los hombres pueden amar, Nashla, tú pasado es eso ¡pasado! Tienes que abrirte al amor, permitirte ser amada ¿no piensas en hacer una familia? ¿No piensas en envejecer al lado de un hombre que te ame por el resto de sus días?

—No, no pienso en ello, no merece a alguien como yo.

—No digas eso de ti. Eres inteligente, hermosa...

—¡Con fantasmas y demonios, mamá! —Nashla la interrumpió molesta y alzando la voz—. ¡Con tantas cosas que nadie quisiera vivir a mi lado! ¡Lo siento, pero no puedo ser tan soñadora e ingenua como tú!

Su madre calló sin decir más, un nudo en su garganta estaba a punto de explotar. Su mirada le dijo todo lo ella se negaba a escuchar. Entonces habló dulcificando su voz.

»Perdóname, no quise decir eso.

—Lo sé, te entiendo, cariño, créeme que puedo entender. —Su madre redujo la distancia que las separaba y posó ambas de sus manos sobre sus mejillas viéndola directamente a los ojos.

—Permítete amar, hija, tan solo quiero que sepas lo hermoso de la vida que te estás perdiendo a causa de tus miedos.

Nashla vio una chispa de ilusión en la mirada de su madre, y supo que esa seguridad no se podía equivocar.

—Lo pensaré, te lo prometo —siseó, convenciéndose más a ella misma de esas palabras.

Sebastián no podía evitar sonreírle. Tener esa sonrisa tonta en sus labios desde que había iniciado la consulta, más por la forma en que su mirada ámbar ahora lo observaba de modo distinto. Había esperado dos largos y tortuosos días para verla. Su negación a ese beso no aceptado le dolió, pero aún no era tiempo de darse por vencido.

Nashla le preguntaba a Margaret algo sobre su progreso mientras su furtiva mirada lo enloquecía.

—¿Entonces no has tenido ningún tipo de malestar desde nuestra última cita?

—No, doctora, hasta he podido correr sin agitarme.

Nashla la miró divertida por la corona de princesa que llevaba sobre su cabeza.

—¡Bien! Seguiremos con los mismos medicamentos como hasta ahora —exclamó, escribiendo algo sobre un cuaderno de notas.

—¿Doctora, me puede hacer un favor?

—Sí, el que quieras, Margaret.

—¿Me presta su baño? Es que me hago pis y no puedo aguantar más —soltó poniéndose en evidencia.

Sebastián y Nashla no pudieron reprimir una pequeña risita.

—Pasa, Margaret, es esa puerta. —Señaló a su espalda.

Margaret corrió hacia la puerta y desapareció tras ella.

Él por fin tuvo su oportunidad de hablar.

—¿Cómo has estado?

—Bien. ¿Y tú? —Comenzó a golpear las hojas de su cuaderno con la pluma, sosteniéndole la mirada, parecía nerviosa.

—Un poco mal.

—¿Por qué? —Le miró fruncir el entrecejo.

—Me he sentido decaído, sin poder respirar y con insomnio.

—A ver, ven. Vamos a revisarte. —Se puso de pie y caminó hacia la camilla de chequeo.

El la siguió y se dejó caer sobre la camilla.

Ella abrió el saco de su traje y colocó su estetoscopio sobre su pecho, le ordenó respirar. Él lo hizo con la mirada sobre su rostro, sintiendo la calidez de su piel a través de su camisa.

—¿Te duele en alguna parte?

—Sí.

—Dime dónde.

Sebastián tomó su mano cuidadosamente y la puso sobre su pecho, justo dónde se encontraba el corazón.

—Me duele, está destrozado porque la mujer que me gusta no me hace caso.

Nashla llevó sus ojos hacia dónde estaba puesta su mano cubierta por la de él.

—Estás siendo demasiado teatral ¿sabes? —murmuró ella alejando lentamente su mano.

—¿Nunca te ha dolido el corazón por desilusión?

—Sí, demasiadas veces. —Su mirada se tornó oscura, triste.

Aquella confesión le hizo recordar las cicatrices que le había visto, algo en él, le dijo que llevaba oculto un sufrimiento demasiado profundo.

—Remedia esto, y obséquiame una cita más.

—Esta vez tu chantaje no funcionará, ya te he dicho que no soy para ti.

—Déjame decidir eso a mí ¿quieres?

—La respuesta es no.

Se sostuvieron la mirada por tanto tiempo que pareció eterno, perdiéndose en eso sitio de tranquilidad que estaban descubriendo existía entre ellos dos. Hasta que un carraspeo les devolvió a la realidad.

Margarett los miraba con suspicacia.

—Nos vamos, papá, ¿O quieres qué te deja a solas con la doctora? —La sonrisa traviesa de Margarett le causó gracia.

Nashla se alejó de ellos, apenada y volviéndose hacia su escritorio. Margarett le guiñó un ojo, su hija se había dedicado a presentarle a cada mujer que existía en su vida, a su maestra de baile, a su maestra de escuela y alguna mamá de sus compañeras. Sabía que sus intenciones eran buenas, pero una niña como ella no entendía ciertas necesidades de un hombre que no había estado listo para enamorarse, no como hasta ahora.

—¿Es todo? —cuestionó él.

—Sí — respondió con rapidez.

—¡Adiós, doctora!

—Adiós, Margarett.

Él se despidió con una sonrisa.

En ese instante en que salían se toparon con una enfermera que entraba por la puerta.

Sebastián puso atención y escuchó tras él:

—Doctora, me han enviado a preguntarle si esta vez querrá participar en la subasta de Halloween.

Ella no dudó en responder tajantemente.

—No, Kenia, sólo donaré, como siempre.

—Bien, con permiso.

Él la esperó afuera mientras le había pedido a su hija que comprara algo en la máquina de dulces, cuando la enfermera salió, la detuvo.

—Disculpe, he escuchado algo sobre una subasta en el hospital ¿de qué se trata la que ofreció a la doctora McNeill?

La rubia le miró de arriba abajo antes de responder.

—Cada Halloween el hospital hace un sin fin de rifas para una asociación de niños con cáncer, la que pedí a la doctora es ofrecer citas que se llevan a cabo por subastas, ciertos doctores aceptan dar citas por la cantidad que ofrecen por ellos a los ganadores. Y el dinero por es donado a la asociación.

—¡Oh! Ya entendí, gracias por la información.

Sebastián sonrió más que feliz, acababa de cruzar una idea terriblemente irresistible por su mente.

Capítulo 10



Quizás Nashla imaginó que la necesidad de Sebastián había perecido, después de días en que parecía que su vida volvía con normalidad y cotidianidad, pensó que por fin había entendido que no era buena compañía.

La parte racional le dijo que era lo mejor, la parte no irracional que mantenía muy adentro, aún pensaba en el beso que se negó a darle y en esa parte estaba decepcionada.

Los aires fríos de finales de Octubre, anunciaron la llegada de la tan esperada subasta para la asociación del hospital. Todos los doctores estaban reunidos en la sala de comedor donde el evento se llevaría a cabo. Varias mesas con familiares y alguno que otro invitado especial estaban listos para hacer sus mejores compras. Los niños que eran pacientes tratados en el hospital por alguna enfermedad compleja, corrían y reían vestidos con algún disfraz de súper héroe, princesas, bruja o máscaras tenebrosas a pesar de su condición. Sus caras bañadas de diversión por los payasos que les hacían un show les daba la alegría que necesitaban y les hacía olvidar por qué estaban ahí.

—Ya está todo listo, doctora, la están esperando —gritó una de las enfermeras sobre su puerta del consultorio.

—Estaré ahí en un segundo —respondió ella desde el baño.

Estaba observando las gotas de agua que salpicaban de su rostro, acababa de lavar su cara para poder despertar de ese sueño perturbador con el que notó que agonizaba. Tomó su neceser de artículos de aseo a su costado y comenzó a lavar sus dientes, a cepillar su cabello y sacudir la bata blanca. La jornada de trabajo había sido sumamente excesiva, estaba algo agotada por las horas que se obligó a mantenerse despierta, era irónico darse cuenta que desde la última vez que lo vio, volvieran todos y cada uno de sus tormentos.

Al salir por la puerta de su consultorio, observó a varias enfermeras con algún sombrero o máscara dirigirse hacia el comedor, eran tan solo las diez de la noche y parecía que ya no habría más movimiento en la sala de emergencia u otra área. Todo estaba a su favor esa noche. Cuando llegó dónde todo se llevaba a cabo, notó que había demasiada gente, más de la esperada. Se dejó caer en una de las sillas junto a colegas que conocía, algunos de sus pequeños pacientes se acercaron al verla y le entregaron partes de disfraces; uno le dio unas alas de mariposa que no dudó en colocarse al instante, otro le obsequio una falda de tul rosa, uno más le dio un pin metálico enorme, con forma de un corazón que colocó en un bolsillo izquierdo de la solapa de su bata, y por último una diadema en forma de antenas de mariposas.

Un hombre mayor hizo un ruido llamando la atención de todos al tocar el cristal de un vaso con un tenedor de metal, era uno de los cirujanos más reconocido del país y encargado de ser el maestro de ceremonias.

—Buenas noches, sean todos bienvenidos a la vigésima cuarta subasta de nuestra asociación.

Él continuó hablando mientras aplaudían y se preparaban. Minutos después dieron inició.

Se subastaron cuadros hechos por los niños internados en el hospital, varios fueron comprados por Nashla, la pared de su recámara y algunas de la casa de su madre estaban llenos de ellos. Artículos y prendas de doctores y enfermeras volaron en un segundo, y cirugías de belleza para mujeres fueron las más vendidas, pero a la hora de dar los nombres de los doctores solteros que darían las citas para esa noche, se escucharon varios nombres.

—Doctor Moore. —Se anunció, era el más joven de los hombres, él se incorporó de su asiento con disfraz de Superman y las mujeres no dudaron en saltar de sus asientos para dar más por el hombre de rasgos esculpidos y mirada oscura.

—¡Cita por mil dólares para la señora de rojo! —Terminó de anunciar a la ganadora.

—La siguiente. ¡La doctora Vázquez! —Su colega más cercana se puso de pie con la capa de bruja y caminó hacia dónde estaba el escenario improvisado.

Después de cinco minutos, gritó de nuevo:

—¡Cita por mil trescientos dólares al joven de camisa azul!

Pasaron varios nombres más de doctores, dinero iba en aumento, mientras Nashla solo observaba callada. Hasta que de pronto, escuchó algo inesperado.

—¡Doctora McNeill! —Su nombre retumbó en sus oídos dejándola aturdida, los presentes aplaudieron, pero los que sabían que jamás participaba en aquello, la miraron asombrados de conmoción.

—¡Aplaudan para que a una de nuestras mejores doctoras no se avergüence!—exclamó con exaltación el cirujano.

Uno de los doctores de su mesa se colocó a su lado y extendió su mano para ayudarle a levantarse. Nashla la tomó por inercia, sus piernas le temblaron en reacción a los nervios, a la furia. Soltó a su compañero al pasar un flash de recuerdos desagradables y continuó caminando por sí sola. Sus pasos eran lentos, no deseaba llegar al escenario. ¿Qué haría con un desconocido? ¿Y quién diablos había dado la orden de poner su nombre dentro de esa vasija de cristal?

—Bien, ya que está aquí, comencemos —exclamó el hombre con una enorme sonrisa al estar ella sobre el escenario—. ¡Cien dólares!—gritó un hombre alzando la mano, otro hombre gritó: ¡doscientos dólares!— ¡Doscientos! ¡¿Quién da más?!

La cantidad iba en aumento. Los hombres gritaban y ella se sintió asqueada, los recuerdos le invadían como una ola agresiva de aquellos días en que sabía era un objeto que satisfacía el bolsillo de un hijo de puta.

Nashla había comenzado a traspasar demasiado, las voces parecían ecos sobre sus oídos, todo su cuerpo estaba rígido, su mandíbula tensa y estaba a punto de explotar de rabia. Tenía que mantener la calma, así que se obligó a cerrar los ojos un instante para calmarse, entonces detrás de su temporal sordera, escuchó una voz demasiado conocida para ella.

—¡Diez mil dólares! —Abrió los ojos de golpe y le buscó con la mirada por todos lados. La gente estaba llena de asombro por la cantidad absurda de dinero que se había ofrecido por ella.

Su vista se detuvo justo a su costado derecho, en una de las mesas puestas entre dos pilares. Ahí estaba, tan enigmático e irresistible. Sebastián ladeó la comisura de su boca en una seductora sonrisa y elevó ligeramente el vaso del que bebía, brindando a su nombre.

Ella no pudo reprimir la sonrisa en su rostro, la calma la envolvió de nuevo, eso era lo que él causaba con su presencia. Un total y profundo remanso de paz.

—¡Diez mil dólares! ¡¿Alguien da más?! —Nadie fue capaz de superar la cantidad—. ¡Diez

mil dólares a la una, diez mil dólares a las dos! ¡Cita por diez mil dólares al caballero de traje gris!

La gente aplaudió, era la cita más costosa de la noche, y con ello se concluía la subasta.

Nashla descendió el único escalón del escenario mientras miraba a Sebastián ponerse de pie y firmar un cheque que le entregaba a una de las ayudantes. Después caminó a paso firme y derrochando sensualidad hacia ella.

—Sigues tentando a la suerte —siseó ella cuándo sus ojos estuvieron frente a frente.

—Todo lo que sea por ti.

—¿Por qué creo que tú tienes algo que ver con esto? —repuso con tono cargado de diversión.

—Es fácil conseguir algunas cosas, pero juro que no he hecho nada. —Su sonrisa más que complacida le dijo que estaba mintiendo.

—Eres demasiado perseverante. ¿No crees?

Sebastián soltó un prolongado suspiro, seguido por un encogimiento de hombros.

—La tercera es la vencida.

Ambos se sostuvieron la mirada por un instante, mientras todo a su alrededor dejaba de existir.

—Y demasiado egocéntrico —soltó Nashla con sarcasmo, haciendo que el mágico momento desapareciera.

—No lo negaré. ¿Nos vamos entonces? Porque no hice todo esto para que me dejes plantado. —Sonrió sónico y encantador—. Y si lo prefieres puedes quedarte así, ten ves encantadora.

Sebastián elevó una de sus manos y tocó la oreja de mariposa de la diadema, él se estaba burlando de la forma en que estaba vestida.

Ella sacudió su cabeza negando, al tiempo de quitar la diadema.

—Nos vemos en la salida principal.

Nashla dio media vuelta sobre sus talones, caminando hacia su consultorio y sin tomarse la molestia de verle. Un hormigueo en el estómago que la hacía sonreír como una tonta. Entró rápidamente, quitando todo lo que sus pacientes le habían dado, la falda de tul, las alas y la bata blanca. Se arreglaría lo mejor que pudiera, al menos traía una ropa decente, un vestido oscuro que llegaba por debajo de sus rodillas con algo de vuelo en la falda, y unos tacones no demasiado altos. Maquilló un poco sus ojos, sus labios, sus pómulos y cuando creyó estar más que presentable, salió.

Al salir por la puerta principal. Encontró a Sebastián recargado sobre la puerta de su auto con los tobillos cruzados y las manos dentro de los bolsillos de su pantalón, con la vista en el cielo.

—Espero que el lugar al que me llevas valga la pena después de todo tu esfuerzo —soltó, tomándole desprevenido, haciéndole que la mirara inquieto.

—Quedarás tan impresionada que no podrás negarme otra cita —alardeó abriendo para ella la puerta de su auto.

A pesar del aire fresco que golpeaba su rostro. Sebastián sentía cómo la sangre fluía por todo su cuerpo. Aún no podía creer que experimentaba aquello como un adolescente trayendo a su chica de la mano. Sosteniéndola tan fuerte para que no se alejara ni un segundo de su lado.

Cuando descendieron de su auto, que dejó estacionado en el aparcamiento del parque y entraron por la verja de hierro, pensó que eso era una reverenda tontería, pero al verla con el brillo sobre sus ojos y esa pequeña sonrisa sobre sus labios, no dudó en que valía la pena todas las cursilerías que Cupido inventó. Nunca se había valido de esas artimañas para enamorar a una mujer, le bastaba con sonreír y caían como las mismas frutas de los árboles, pero esto era diferente, esa sensación de alegría en el corazón le hablaron de algo nuevo, algo que ni siquiera había sentido por Keily.

La condujo por los senderos de cemento y algunas luces que emanaban del suelo rodeado de árboles, hasta el interior del parque. Soltó su mano hasta que estuvieron frente a la mesa que había mandado a instalar, esa noche cenarían bajo la luz de la luna y el brillo de las estrellas. Nashla caminó unos pasos y acarició con la yema de los dedos la tela azul que cubría la mesa y las rosas rojas que estaban encima. El sonido de las guitarras, el violín y la voz de la chica de cabello rizado comenzaron a escucharse desde su llegada. Ella los contempló un instante, después recorrió sus ojos para admirar los árboles que les rodeaban, estaban adornados con algunas luces.

—Apuesto a que te sorprendí —argumentó, llamando su atención.

—Creo que más que eso, me siento halagada. —Sus ojos le miraron de una manera tan profunda que a Sebastián le cortó la respiración.

Exhaló para calmar la marea dentro de él, y caminó hasta ella para deslizar la silla y que tomara asiento. Él rodeó la mesa de inmediato y de igual forma tomó asiento en la silla frente a ella. Un hombre vestido de traje negro se acercó con dos vasos de limonada, él había recordado perfectamente que no bebía alcohol.

—¿Tú no beberás?

—No.

Ella sonrió.

Él sentía que cada vez que ella lo hacía, moría poco a poco.

Otro hombre diferente se acercó con una bandeja que traía la cena: pasta con mariscos, ensalada, y pan de ajo.

—Espero que tengas apetito.

—Esto se ve realmente delicioso, y sí, tengo mucha hambre.

Ambos comenzaron a comer mientras compartían una charla, la música era perfecta. Hablaron de como él había logrado convencer a una de las enfermeras para que le ayudara con su cometido para esa cena. Nashla no podía creer lo astuto que era, y lo fácil que algunas mujeres caían.

Al terminar el plato de comida, de inmediato trajeron el postre, helado de chocolate.

—Lo has recordado —murmuró ella, dulcificando su semblanza.

—Todo de ti lo recordaré siempre. —Esa afirmación salida de su boca, le sorprendió incluso a él. Pero se concentró más en ver la expresión de Nashla, y en esa manera de morder su labio.

Mientras se deleitaban por el sabor dulce del postre, Sebastián quis saber más sobre ella.

—Háblame más sobre ti.

—No hay mucho que decir.

—Claro que lo hay. ¡Déjame adivinar! Fuiste es clase de chica pegada a los libros.

—¿Me espíaste acaso? —soltó con helado dentro de su boca y estrechando sus ojos suspicazmente, pero sin dejar el ápice de diversión.

Sebastián soltó una carcajada, no esperó esa contestación tan fresca en ella, jamás le creyó capaz de incluso reír por un buen chiste.

—Déjame adivinar —habló ella aun disfrutando del helado en su boca—. Tú fuiste el chico malo que no iba a clases, que andaba en motocicletas rompiendo corazones y que todas las chicas se desbordaban por tu atención.

—Solo una de tres.

Ambos sonrieron en complicidad.

Después de romper una barrera, la pudo ver más desenvuelta que nunca, le habló más de la universidad, lo aplicada y lo callada que era, su falta de amistades, de sus padres, también de Janine, de su adopción. Su semblante lleno de ternura al hablarle de todos sus recuerdos le dijo que ella se mostraba fría, pero en realidad era dulce y tierna. Solo tenía miedo a que la lastimaran por algo que intuía que ocultaba. Él habló de cómo conoció a Keily y el abandono a su hija, de su etapa de adolescente, de la muerte de su padre en un accidente de avión, y lo difícil que fue aprender a ser padre.

Pasaron horas entre miradas cargadas de honestidad, y hablaron con el corazón abierto...

Saciados de saber de sus vidas, hubo un momento en que el silencio entre ellos fue su mejor compañía, mientras que disfrutaron de la música.

—¿Bailamos? —interrumpió él en aquel sublime silencio.

Nashla no respondió, tal solo le sostuvo la mirada.

»¿No te gusta?— preguntó Sebastián viendo su duda.

—No sé bailar.

Él asintió sonriente.

—Ahora mismo arreglamos eso. —Se puso de pie y extendió su mano hacia ella.

Nashla la observó un segundo antes de tomarla. Después la llevó cerca de donde se encontraban los músicos. Las notas musicales comenzaron a escucharse, y la dulce voz de la chica entonó las primeras notas de *Say you Love Me*.

Sebastián rodeó con un brazo su cintura con verdaderas ansias de acercarla, de tenerla lo bastante cerca como para respirar su aroma. Tomó una de sus manos para llevarla a su cuello, la otra la puso sobre su pecho cubriéndola con su enorme mano.

»Sólo sigue mis pasos, deja que fluya —siseó sin dejar de mirarla.

Un paso a un costado y ella le siguió, otro más, y estaban bailando como si lo hubiesen hecho desde siempre.

—Ves, es fácil.

—Es porque eres un buen maestro. —Le sonrió, pero esa sonrisa no alcanzó a sus ojos, ella dejó caer su vista y la vio cerrar el entrecejo algo extrañada.

—¿Ocurre algo? —Nashla negó—. Ser el primero en todo está resultando demasiado abrumador para ti ¿verdad?

—¿Por qué?— Su voz apenas fue un murmullo.

—Porque te veo incómoda.

—¿Por qué te empeñas en creer en algo que no será? —Nashla por fin elevó su vista y le miró fijamente.

—Y tú por qué te empeñas en negarte a lo obvio. Yo no sé cómo explicarte lo que me sucede contigo, yo quiero estar a tu lado todo el tiempo que me concedas.

Nashla soltó un prolongado suspiro, antes de decir:

—Estoy plenamente segura de que no soy lo que tú buscas, Sebastián, sólo aléjate de mí, no

sabes el peligro que atraigo, te haré daño sin querer, sin siquiera intentarlo. No quiero cargar con la culpa toda mi vida.

La música continuaba, pero ella se apartó de él obligándolo a soltarla.

—Te agradezco la cena, la música, la charla. Todo. Pero será mejor que nos vayamos. —Se dio vuelta sobre sus talones y comenzó alejarse hacia la salida.

Ahí estaba de nuevo, cerrándose en su caparazón.

Él la siguió.

Sus pasos retumbaban con fuerza, cada pisada se escuchaba por todo el lugar, parecía molesta, e incluso iba soltando blasfemias para sí misma. Pero no era la única molesta, él también lo estaba, estaba molesto por su negativa, molesto por sentir lo que sentía ahora, y molesto por estar dolido por algo que ni siquiera había iniciado.

La alcanzó tomándola de su brazo para detenerla. Sin darse cuenta que habían quedado sobre un cuadro de luces y algunos agujeros.

—Así, sin más quieres alejarme, cuando ya no puedo tener un día sin pensar en ti, sin desear besarte. ¿Alguna vez te has enamorado? ¡No lo creo! ¡Pero yo sí, y fue un desastre! Y no quiero sentirme con la necesidad de ti, no sé si lo que siento es amor, Nashla, pero sí unas ganas inmensas de luchar porque llegue a serlo.

Los ojos de Nashla sorprendentemente se llenaron de lágrimas.

Eso apaciguó en él su malestar.

La acercó más a él, rodeó sus manos sobre sus mejillas y habló con delicadeza.

—No sé cuál sea tu pasado, cuál sea la razón por la que no dejas entrar a nadie a tu vida, pero te prometo que yo no voy a lastimarte... déjame entrar, déjame acariciar tus heridas, demostrarte que puedes confiar.

Una lágrima se derramó por la comisura de uno de sus ojos. Sebastián la atrapó con la yema de su pulgar y la deshizo, no deseaba verla llorar, y si lo hacía, solo quería que fueran de felicidad.

—Yo no soy de decir te quiero —siseó ella, su labio inferior tembló al igual que ella bajo sus manos.

—Yo no espero que lo hagas, al menos no ahora. —Hubo un breve silencio prolongado, hasta que él lo rompió—. Hagamos un trato, tú pones tu corazón y yo mi alma ¿adivina quién saldrá más herido si todo esto sale mal?

Sebastián no pudo contenerse más, había soñado besarla infinidad de veces, teniendo sus labios tan cerca era inevitable, así que hizo lo impredecible. Inclino su cabeza para abrirse paso a sus labios. Ella se tensó al notar sus intenciones. Sin embargo, no se alejó como esperó que lo hiciera. Entonces, sus labios tocaron los suyos en un leve beso, y eran tiernos, dulces y suaves, tan blandos como un bombón derritiéndose.

De pronto, los agujeros comenzaron a lanzar agua, salpicando su ropa y tomándoles por sorpresa. Se apartaron y corrieron tomados de las manos para salir de ahí, pero ya era demasiado tarde, el agua les rodeó por completo, mojándoles aún más, así que él decidió no perder el tiempo en aquello y volvió a tomarla entre sus brazos sin importar nada más, ni que estuvieran rodeados de agua bajo esa fuente. Unió sus bocas de nuevo.

Se abrió paso en su interior, probando el dulce néctar de la rendición.

Sus labios reaccionaron moviéndose al compás de los suyos, dejándole entrar y tocando su lengua con timidez. Sebastián la atrajo pegándola aún más a su cuerpo, ella reaccionó a su pasión e introdujo sus dedos sobre su cabello mojado.

El beso se volvió mucho más profundo, lleno de anhelos y promesas que desde ese momento serían eternas.

Capítulo 11



Nashla no podía dejar de sonreír cada que recordaba lo que había sucedido. Mientras descendía muy temprano por la mañana por las escaleras de su casa, su corazón daba vuelcos de alegría, desde que abrió los ojos no dejó de rememorar las veces en que sus labios se tocaron. Era la primera vez que sentía esa indiscutible y bella sensación de que un beso le acelerara el corazón. Besar a Sebastián había sido lo mejor que la había pasado en años. Su madre tenía razón; tenía que dejar el pasado atrás, tenía que darle sentido a su vida, cerrar puertas vacías y abrir nuevas.

Sin duda, él era lo que estaba buscando para despertar a la felicidad.

No solo la habían convencido sus atenciones o sus palabras, la convenció su encanto sobrenatural y su inteligencia. Al fin, sus ángeles y demonios habían hecho una tregua y le otorgaron el poder intentar amar. Sin pensarlo, estaba dispuesta a intentarlo, a ser una mujer de verdad por una vez en su vida.

—¡Buenos días! —anunció con entusiasmo al llegar al comedor donde su madre y hermana desayunaban.

Ambas compartieron miradas extrañadas. No solían verla alegre, mucho menos por las mañanas.

—¡Buenos días! —respondieron al unísono.

—¿Y tú por qué tan contenta esta mañana? —Janine la observó con detenimiento.

—Por qué sí.

—Te vi llegar tardé anoche, cariño —intervino su madre—. Por cierto ¿por qué tu ropa estaba mojada si no estaba lloviendo?

Nashla sonrió para sí misma, las imágenes de reír como nunca, de correr como una niña sobre los agujeros para esquivar el agua y los besos tiernos de Sebastián, se reflejaron en sus ojos.

—Un pequeño accidente, mamá —contestó bebiendo de la taza de café que había tomado de la mesa.

—Te ves muy rara —siseó su hermana, masticando lentamente el bocado dentro de su boca.

—Yo siempre he sido rara. ¿Aún no lo habías notado? —soltó con desdén tomando asiento en el comedor.

—¿Y desde cuándo eres tan sarcástica?

—¡Janine! —llamó la atención su madre—. Si tu hermana amanece feliz, no es tan raro como parece, déjala en paz.

Antes de que ella contestara, el timbre de la puerta sonó. Stella fue la encargada de ver quién era, mientras Janine y Nashla seguían lanzándose indirectas divertidas. Su madre regresó al comedor cargando con un ramo de flores blancas.

—¡Oh por dios! —chilló Janine saltando de su silla—. ¿Son para mí? ¿Quién me las ha

enviado?

—Trae una nota —dijo Stella—. Mira quién ha sido.

Nashla bebía de su café tranquilamente mientras una emocionada Janine abría la pequeña nota que había allí, y leía:

El corazón tiene razones, que la razón no entiende.

—Sebastián F.

Al pronunciar su nombre la saliva se atascó en su garganta, casi ahogándola. Ambas la observaron con los ojos tan abiertos de emoción que ella no hizo más que reír de gracia.

—Son para ti y de ese imbécil —ironizó Janine, un tanto gruñona.

—No le digas así, Janine, él solo está tratando de ser un caballero con tu hermana.

—¡Claro que no, mamá! —exclamó esta vez furiosa—. ¿Sabes que es el soltero más codiciado de la ciudad? ¿Y sabes de la cantidad de mujeres que han pasado por su cama? ¡Él sólo quiere eso con Nashla! Después de que lo consiga se deshará de ella.

Aquellas palabras molestaron a Nashla. Podían ser ciertas varias cosas de las que escupió, pero de algo estaba segura, él también buscaba dónde refugiarse, dónde calmar todos sus tormentos al igual que ella.

Se puso de pie dispuesta a defender lo que ahora tenía sentido para ella.

—No quiero volver a escucharte decir que es un imbécil o algo más ofensivo —soltó con ojos sombríos—. Desde anoche Sebastián es algo más que un simple enamorado, Janine, he decidido, por primera vez, darle la oportunidad a alguien, y ese es él.

—Nashla —murmuró su madre con palabras entrecortada, y al punto del llanto—. Él es tu novio —soltó más como una afirmación que una pregunta.

—Sí, mamá. —Su madre se arrojó a sus brazos y la sostuvo con tanta fuerza que le cortó la respiración.

Nashla y Janine se sostuvieron la mirada mientras su madre seguía en sus brazos. Cuando la soltó, Janine inclinó la mirada al suelo para después decir:

—Siempre he querido lo mejor para ti, solo que no quiero que te lastime ni él ni nadie.

Nashla se acercó hasta ella y rodeó uno de sus brazos sobre su hombro calmando su enfado.

—No lo hará, tenlo por seguro. Los dos estamos dispuestos a que funcione, Janine, pero no puedo decir si el futuro nos llevará a estar juntos para siempre.

Su hermana sonrió, y la abrazó por completo.

—Me alegro por ti, y deseo que en verdad sea lo que tú mereces. Pero juro por Dios que le romperé la cara si te hace algo —musitó al final, y a pesar de su sarcasmo, rieron. Nashla entendió el miedo de Janine a que saliera lastimada.

Al soltarla, las dos comenzaron a brincar chillando de emoción por saber su decisión, y ambas; su madre y hermana le hicieron sentir que no se había equivocado. Después la dejaron sola en el comedor, su madre llevándose los platos sucios del desayuno, su hermana yendo por sus cosas para irse al trabajo. Así que tuvo un momento para ver con plenitud las rosas. Volvió a leer mentalmente la nota, era una cita de Blaise Pascal.

Tenía demasiado sentido para ambos; ninguno de los dos se explicaba lo que sentían, tal solo se estaban dejando llevar por la corriente, por esa marea de sensaciones que les golpeaba contra las rocas y salpicaba como brisa fresca.

Llevó las flores en esa burbuja de felicidad que le hacía sonreír como tonta, hasta a su recámara y se dispuso a irse al hospital. Una milla antes de llegar, su móvil sonó. Ella contestó mientras esperaba el semáforo para poder avanzar.

—Diga.

—Dime que has soñado conmigo como yo lo hice contigo. —La agradable voz ronca y masculina de Sebastián, inundó sus oídos haciéndola estremecer.

—Te mentiría si te digo que no. Y como no me gusta mentir, sí, te soñé toda la noche.

Una risita se escuchó detrás de la línea.

—¿Vas hacia el hospital?

—Sí, de hecho, estoy conduciendo hacia allá.

—Entonces, hazme el favor de estacionarte, mi amor. —Que le llamase de aquella forma tan terrenal, le llenó el pecho de júbilo.

Ella giró el volante, esquivando la línea dónde estaba atascada entre el tráfico y se detuvo junto a la cera de estacionamiento.

—Listo, estoy estacionada.

—Buena chica, ahora ¿llevas encendida la radio?

—No. No suelo escuchar música mientras conduzco. —Siempre había sido así, le gustaba el silencio, la música traía malos recuerdos.

Los días en que estaba cautiva en aquellas paredes, lo único que se apreciaba era la música que sonaba detrás de su puerta. Todo lo que ocurría tras ella era desagradable, desolado, destructivo y doloroso, demasiado doloroso, así que prácticamente odiaba la música, solo que no fue capaz de decirle la verdad.

—Hazme un favor, *novia mía*, enciende tu estéreo y busca la estación, 90.1

—¿Novia? No recuerdo que lo hayas pedido.

—Lo hice justo después de besarte... debes saber leer entre líneas.

Ella sonrió e hizo de inmediato lo que pidió, una voz divertida y masculina hablaba, llenando el interior de su auto.

Sebastián habló de nuevo:

—La canción que sigue es para ti, presta atención, es la mejor manera que tengo de expresarte lo que estás haciendo en mí, y lo que haré por ti. Que tengas un excelente día, cariño. —Colgó y el hombre de la estación de radio anunció la canción con un breve mensaje.

—¡Es hora de la dedicatoria del día! Nos ha llamado un chico para pedirnos que le diéramos a una hermosa nena un recado. Nashla, si estás escuchando esto, ese hombre está muriendo por ti y dijo: "Que cuando es verdadero, tan solo se sabe" Los dejamos con *All Of Me*, de John Legend. ¡Qué la disfruten!

La canción comenzó a sonar, y ella escuchó cada palabra:

*Qué haría yo sin tu inteligente boca atrayéndome,
Y sin ti echándome a patadas.
Tengo la cabeza dando vueltas,
No es broma, no puedo saber
Qué es lo que pasa por esa hermosa cabecita.*

*Estoy en tu viaje del misterio,
Y estoy tan mareado, no sé qué me golpeó, pero estaré bien.
Mi cabeza está bajo el agua,
Pero estoy respirando bien, tú estás loca
Y yo no estoy en mis cabales.*

*Porque todo de mí, ama todo de ti.
Ama tus curvas y tus bordes, todas tus perfectas imperfecciones,
Dame todo de ti,
Y yo te daré todo de mí.
Tú eres mi final y mi principio,
Incluso cuando pierdo,
Estoy ganando, porque te doy todo lo mío,
Y tú me das todo de ti.
Cuántas veces tengo que decirte que incluso
Cuando lloras eres todavía hermosa.*

*El mundo está tirándote abajo,
Yo estoy por aquí, pasando por cualquier estado de ánimo.
Tú eres mi perdición, tú eres mi musa,
Mi peor distracción, mi Rhythm & Blues
Que no puedo dejar de cantar, suena en mi cabeza por ti.*

*Mi cabeza está bajo el agua, pero estoy respirando bien,
Tú estás loca y yo no estoy en mis cabales.
Porque todo de mí, ama todo de ti.
Ama tus curvas y tus bordes, todas tus perfectas imperfecciones,
Dame todo de ti, y yo te daré todo de mí.....*

Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas sin notarlo. Sebastián no solo le ofrecía un mundo diferente, sino que le ofrecía todo aquello que no pensó merecer: amor.

—¿Y esa sonrisa?— preguntó Luciana mientras detenía su paso dirigiéndose a la cocina. Sebastián negó con una sonrisa sobre sus labios sentado sobre el piano de su moderna y amplia sala.

—¡Vaya! Sí no lo estuviera viendo, diría que estás loco.

Su madre sonrió.

—¿Qué piensas de la doctora McNeill? —cuestionó, tomándola por sorpresa.

—¿Qué tiene que ver ella con tu locura?

—Contéstame.

Luciana se acercó hasta él, se detuvo y cruzó los brazos sobre su pecho.

—Bueno —la miro palpar su labio con el dedo de su mano, deliberando las palabras correctas—, es demasiado bonita, diría demasiado guapa. Es una de las mejores doctoras del hospital y sin duda es inteligente, ahora dime ¿por qué lo preguntas?

Luciana dejó de golpear su labio, para mirarle fijamente.

—Ella tiene todo que ver con mi nueva locura.

—¿Estás saliendo con ella? —chilló sorprendida, hacía mucho que deseaba que eso ocurriese

—Sí.

—¡Oh, hijo! Es la mejor de las noticias. ¿Cuándo la traerás a casa?

—¿A quién traerás a casa, papá? —Margarett entró a la sala tomándoles por sorpresa, con su mochila del colegio sobre su espalda.

Luciana elevó ambas cejas con diversión, en su rostro se podían notar las palabras: *Vamos, díselo*. Después besó a la pequeña en la mejilla y los dejó solos.

Sebastián carraspeó para aminorar el nudo de nerviosismo que tenía, exponer aquello no era fácil, su hija jamás tuvo que lidiar con mujeres a su lado, mucho menos la presencia de novias. Siempre había sido cuidadoso de exponerla a esas situaciones.

—¿Maggie, te agrada la doctora McNeill?

—Sí, papá, es linda y amable, me gusta para que sea tu novia —soltó encogiéndose de hombros con desdén, calmando las dudas que llegara a tener sobre su respuesta.

—¿Y qué te parece si te digo que tu petición ha sido escuchada?

—¡¿En serio?! ¿Es tu novia? ¡Sí! —Su hija corrió hasta él arrojándose a sus brazos—. ¡Por fin tendré con quién jugar a las muñecas!...

—Pero si yo lo hago.

—Sí, papá, pero con ella sería diferente, tú siempre eres el Ken y yo quiero una amiga que me ayude a peinar a mis muñecas. ¡Dime que hoy la traerás a casa, por favor! —suplicó, su rostro se tornó tierno.

—Aún es pronto, debo saber si ella quiere venir.

—¿Y si la invitas al baile de padre e hija? Esa sería una buena opción, será en dos semanas.

—¿Quieres que nos acompañe?

Ella asintió con ilusión.

—Se lo pediré entonces. —Sebastián le ofreció la mejor de sus sonrisas.

Margarett tenía esa clase de añoranza como cualquier niña de su edad, en los festivales de escuela notaba que ella veía cómo sus amigas o compañeras abrazaban a sus madres, cómo le hablaban de salir con ellas de compras o compartiendo algo que solo las madres entendían. Sabía que Luciana lo hacía, pero era distinta la conexión que su hija deseaba.

Esperaba que lo que estaba surgiendo con Nashla fuese real y eterno, porque él, desde que la conoció, decidió arriesgarlo todo por hacer una familia, al igual que su hija.

Capítulo 12



«No me hagas esto». «Quédate aquí». «No puedes llevártelo». suplicaba dentro de su cabeza mientras sus manos oprimían con ímpetu el pecho de un niño de ocho años que se debatía entre la vida y la muerte.

Nashla no se quería dar por vencida, no cuando en sus manos estaba salvarle.

El sonido estruendoso del aparato que anunciaba cómo el corazón había dejado de latir, no dejaba de sonar en toda la habitación, todos ahí dentro hicieron hasta lo imposible, pero ella aún no podía creer que eso estuviera pasando.

—¡Basta, doctora! Ya no hay nada más que hacer —dijo apretando su hombro una de las enfermeras.

Sus manos se detuvieron por inercia. Y con ello, la agri dulce sensación de la derrota.

—Hora de muerte, 3:36 p.m. —anunció otra voz femenina.

Los enfermeros comenzaron a movilizarse dentro, limpiando todo, cubriendo el cuerpo y saliendo y entrando de ahí, pero ella era incapaz de moverse. Se había quedado inmóvil, viendo lo que ocurría a su alrededor.

—¿Quiere que hable con los padres? —murmuró una enfermera cerca de ella.

Nashla sacudió su cabeza negando.

—Yo lo haré, es mi responsabilidad.

Salió de la habitación sin poder respirar, dirigiéndose hacia la sala de espera. Cuando llegó, los padres se pusieron de pie inmediatamente. Esperaban noticias desde que los vieron entrar a la habitación de su hijo. Tartamudeó un poco, las palabras eran incapaces de salir de su boca, después les dio la desagradable noticia. La mujer se dejó caer al suelo envuelta en llanto, el hombre se puso en cuclillas para abrazarle y llorar junto a ella. Esa imagen era lo que odiaba de su profesión, no era humano que alguien sufriese ese tipo de dolor, un dolor de ella sabía muy bien.

Se retiró a grandes zancadas de allí, no soportaba ver esa imagen. Cuando entró por la puerta de su consultorio y cerró, lanzó con furia al suelo todo lo que había sobre su escritorio. Después se dejó caer al suelo al igual que la madre de ese pequeño por el que no pudo hacer más... y lloró. La agonía de los recuerdos vino a su memoria en ese momento, cuando a los quince años tuvo un bebé, uno del que le dijeron que nació muerto. Pero del que poco creyó que hubiera sido así.

Recordaba que después del parto dentro del cuarto donde se encontraba, las mujeres que lea atendieron le habían dicho que nació sin vida, no le permitieron verlo. Aunque ella no podía creer que hubiese sido cierto, escuchó su llanto a pesar de lo mal que se encontraba, sabía no había sido un sueño. Haberse dedicado a cuidar de niños no solo por petición de su padre, sino por querer ganar gratitud a cambio de una vida buena para ese niño. Esperando que tuviese un hogar y alguien que le amara.

Se echó a llorar más que conmovida.

Minutos después tomó sus cosas y salió de allí, dirigiéndose al único sitio donde encontraba consuelo. Ese rincón donde se ocultaba cuando la atrapaba el miedo, cuando se volvía frágil, cuando quería huir, cuando el mundo se volvía enorme y ella se sentía pequeña, cuando un corazón dolido sufría por los tormentos del pasado.

Sebastián lanzó su móvil sobre el escritorio de su oficina, era un milagro que el vidrio no se hubiese roto con el impacto, pero estaba molesto, era la décima llamada al móvil de Nashla sin obtener respuesta. Habían pasado unos días en los que parecían una pareja totalmente normal, salían a comer, respondía sus llamadas y textos tan rápido como los enviaba y había dicho *sí* a su invitación al baile de padre e hija donde incluso su madre la verían como lo que era ahora, su novia.

—¡Silvia! —exclamó por el interruptor hacia su secretaria—. Quiero que canceles todas mis actividades para el resto del día, las atenderé mañana.

—Como usted diga, señor —respondió ella con amabilidad a pesar de su mal carácter.

Tomó el saco del respaldo de su silla y salió en busca de Nashla.

Condujo por la vía más rápida hasta llegar al hospital, pero no contó con que, al preguntar por ella, simplemente le dirían que no sabían dónde estaba. Eso lo angustió. No le quedó más remedio que ir a su casa y averiguar si se encontraba allí, escondiéndose de él.

Tocó, desesperado, el timbre, después de haber conducido como un loco por la carretera. Unos pasos descendiendo por las escaleras se podían escuchar a través de la puerta, segundos después abrió Stella con esa mirada tierna que la caracterizaba.

—¡Sebastián! Qué sorpresa, pero pasa, no te quedes ahí.

Él le sonrió a pesar de no querer hacerlo, y entro al interior.

— ¿En qué puedo ayudarte?

—Buscó a Nashla. ¿Se encuentra aquí?

Ella estrechó sus ojos, extrañada.

—No, Sebastián, ella no está en casa, aún no llega del hospital.

Entró en pánico. Tal vez le había ocurrido algo, y no pudo evitar imaginar un accidente de auto con esa carcacha inútil que conducía.

—Ella no está allí, y no responde a mis llamadas, he comenzado a preocuparme, yo pensé que estaría aquí.

La vio pensar por un prolongado momento, después le habló con total serenidad:

—Se dónde podría estar, suele ir ahí cuándo lo necesita.

Stella se acercó a una mesa sobre la pared y tomó del portallaves un juego de llaves que no dudó en extenderle con seguridad.

—Es una cabaña en Islas Catalina, es nuestra, solíamos ir muy a menudo cuando vivía su padre, pero ahora es solo su refugio, la única forma de llegar hasta ahí es por ferri. —Le explicó, y le informó cómo llegar con más detenimiento.

Minutos después, conducía hacia la costa oeste de Los Ángeles.

Una hora más tarde, la noche comenzó a caer. El aire frío movía su cabello mientras estaba de pie en la proa del pequeño ferri que lo llevaba hasta Esmerald Bay.

Frente a él se apreciaba la isla con aguas gélidas y serenas. Sobre el mar se observaban las estrellas que habían comenzado a reflejarse. Eran visibles distintas formas de estructuras de

casas situadas entre colinas de piedras y rodeadas de maleza y pinos que se alumbraban por luces de su interior. Unas en forma de cabañas, otras más modernas y lujosas, pero todo aquello era bello a través de la oscuridad.

Un hombre anunció por altavoces que se detendrían, dio media vuelta sobre sus talones hasta llegar a la entrada y orilla del ferri, y fue el primero, de toda la gente en tripulación, en descender por las escaleras que se sostuvieron sobre el muelle de madera. Tenía demasiada prisa por verla.

Caminó entre las estrechas calles y casas hasta toparse con la dirección que Stella le había dado. La cabaña con la que se encontró era enorme y esplendorosa. Se alzaba por encima de todas las demás, incluso parecía ser cuidada con cariño.

Una puerta de caoba tallada le dio la bienvenida. Ventanales desde el suelo hasta el techo reflejaba el alumbrado sobre el césped del camino de piedra de la entrada principal. Pero el interior parecía desierto, sin vida, como si no hubiese nadie. Introdujo la llave y el *click* al abrir y ceder la cerradura de la puerta se escuchó. Sus pasos retumbaron en el piso de madera en aquel silencio. Ni una sola luz estaba encendida, así que buscó el interruptor de luz en una de las paredes de la entrada. Al quedar todo completamente iluminado, se pudo ver la exquisita decoración; Paredes y muebles de madera, una chimenea, fotografías de paisajes y algunas de la familia McNeill. Tres sillones color tinto encima de una alfombra blanca. Un tronco enorme con diseños de mar traspasaba la sala y llegaba hasta la cocina, esa última, con todo lo necesario sobre las repisas y estantes en la pared. Y una escalera de espiral que llevaba a la planta alta.

Entró más de lleno al acogedor sitio, entonces la vio, ella estaba echa un ovillo sobre uno de los sillones, con los ojos cerrados, estaba dormida. Llevaba aún su bata de doctora encima. Sus pies reaccionaron al instante, y en segundos se encontró a su lado, se inclinó a su altura, pero lo que pudo notar no le agradó. Su frente estaba salpicada de gotas de sudor, temblaba, y no era por el frío, ahí dentro no se sentía como en el exterior. Sus mejillas estaban rojizas, al igual que sus carnosos labios. Llevó una de sus manos de inmediato a su frente y supo que ardía en fiebre. Rápidamente quitó su saco y lo lanzó al sillón de al lado, después subió la escalera lo más rápido que sus pies se lo permitieron y entró por la primera puerta con la que se topó. Llegó hasta el baño y abrió el grifo, llenando la tina con agua tibia, después volvió a descender al piso donde estaba Nashla. La tomó entre sus brazos, pegándola a su pecho y sintiendo el calor que emanaba de su cuerpo a través de su camisa. Al subir los primeros escalones, ella pestañeó ligeramente dejándole ver su mirada ámbar, expresando algo que no tuvo tiempo de indagar, pero que le causó curiosidad.

Cuando entró por la puerta del baño, de inmediato la sentó en la orilla de la bañera, al instante Nashla abrió sus ojos por completo y lo observó con la mirada triste. Él se quedó inclinado, sosteniendo su mirada.

—Tienes demasiada fiebre, te quitaré la ropa para meterte a la bañera y bajarla —anunció con angustia, incluso pidiéndole permiso.

—No... —Se negó ella, sus palabras sonaron a súplica.

—Deja la necedad para otra ocasión, estás mal.

Obviando su negativa, comenzó a quitar la bata, después la blusa de algodón, sus zapatos y por último su pantalón liso, dejándole solo con su ropa interior color durazno demasiado provocativa. Sebastián por fin miraba la perfección detrás de toda esa ropa. Sus piernas largas y definidas, caderas amplias en conjunto con la silueta de su cintura, llegando hasta unos pechos

maduros y generosos, pero es imagen quedó opacada por las marcas que tenía sobre su piel.

Algunas se asomaban sobre la cintura de sus bragas, otras por sus muslos, unas más por su abdomen, parecían latigazos hechos con saña, ya no eran solo las que conocía en sus muñecas y la de su cuello, eran más y supo que su espalda estaba llena de ellas.

La vio dejar caer la vista al suelo, no se trataba de vergüenza lo que observó en ella, era dolor... demasiado dolor.

Ignorando la sensación de consternación que lo invadió. Subió las mangas de su camisa hasta sus codos y la ayudó a meterse dentro de la tina. Sus dientes le castañearon, todo su cuerpo se erizó. Sin embargo, sus miradas jamás volvieron a cruzarse. Él se quedó en cuclillas, acunó sus manos llenándolas de agua y dejándola caer sobre las partes en que su cuerpo no estaba cubierto de agua, después empapó poco a poco su cabello, hasta que ella se metió de lleno sumergiendo la mitad del rostro. Pasaron unos veinte minutos, ella volvió a sentarse en la tina y el aprovechó para ayudarla con el champú en su pelo y su cuerpo, todo en total silencio.

Las palmas de sus manos sentían las cicatrices cada vez que pasaban por ellas, y Sebastián deseaba preguntarle tantas cosas, pero prefirió callar, solo sabía que odiaba al hijo de puta que había causado todas esas marcas sobre el cuerpo de Nashla, sobre la mujer por la que comenzaba a sentir algo mucho más profundo de lo que imaginó sentir.

—Sal un momento —pidió ella con la toalla enredada sobre su cuerpo, aún seguía sin verle a los ojos.

Él lo hizo, salió del baño dejándola sola. Notó que no deseaba que la viera totalmente desnuda.

Bajó las escaleras y tomó el móvil de su saco para hacer llamadas. Habló primero con su secretaria pidiéndole cancelar todo por la mañana. Luego llamó a su madre para avisar de su ausencia esa noche. Como siempre tuvo su apoyo sin condición y se encargaría de Margaret. Al colgar vio el bolso de Nashla tirado sobre el suelo, y pensó en que quizás traía consigo algún medicamento que le ayudara a aminorar su fiebre. No se equivocó, traía algo que servía, pero al rebuscar más a fondo, encontró pastillas para dormir y medicamentos para la depresión.

Cuando regresó arriba con la medicina y un vaso de agua, la encontró sentada sobre la amplia cama de la habitación, con una enorme camisa con el logo de una universidad, y observando sus manos sobre su regazo.

—Tomé esto de tu bolso, espero que no te moleste —dijo, acercándose y extendiendo el medicamento hacia ella.

Nashla negó e introdujo en su boca las pastillas, tragándolas.

—Me quedaré contigo. — Eso la tomó por sorpresa consiguiendo que lo mirará.

—No. De ninguna manera. Tú tienes una hija que cuidar.

—Mi madre me ayudará con eso esta noche. —La interrumpió tomando asiento junto a ella.

—Yo puedo cuidar de mí, Sebastián, no es necesario que te quedes, enserio.

—Yo quiero hacerlo, además, no es lo que yo vi al llegar. No hay más qué decir.

Su rostro se tornó tierno, parecía no estar acostumbrada a que alguien más que su madre y su hermana se preocuparan por ella.

—Ahora ¿dime qué haces aquí? En este lugar tan apartado.

Ella no respondió y él entendió ese silencio como una evasiva a confiarle sus secretos.

Sebastián no cuestionó más, en cambio se acercó hasta la cómoda y buscó un cepillo, por suerte encontró uno pequeño. Se encaminó hasta la cama y el colchón cedió a su peso al tomar asiento detrás de ella, sus dedos se enredaron al comenzar a cepillar con cuidado su cabello

mojado, como solía hacerlo con su hija.

—Es mejor que descanses, duerme, estaré aquí cuando despiertes. — Le dio un beso sobre su sien al terminar.

Él se incorporó y Nashla le obedeció, se recostó cubriéndose con las sábanas sin más. Él pensaba en dejarla descansar, pero para su incredulidad, ella pidió algo que anhelaba.

—Quédate, no quiero estar sola.

Sonrió para sus adentros, se deshizo de sus zapatos y se metió en la cama junto a ella con toda su ropa puesta. Nashla le permitió acercarse a su cuerpo, posar una de sus manos por debajo de su cuello, la otra abrazando su cintura y espalda. Le permitió atraerla y pegarla a su cuerpo. Cubriéndola por completo. Estrujándola con fuerza contra él.

Sebastián sabía de su necesidad de un abrazo a ojos cerrados. De esos en los que se aferran al otro con necesidad, que dan vida. De esos que se convierten en hogar.

Un sollozo salió de lo más profundo de su ser. Le hacía bien, de la misma manera en que ella le hacía bien a él.

Ambos se sumergieron en el silencio de la paz que los cobijaba, y se quedaron profundamente dormidos.

Capítulo 13



A l bajar sigilosa el último escalón. Nashla notó el agradable sabor a tocino que inundaba completamente el lugar. Se quedó ahí, quieta, observando. Sebastián se encontraba frente al quemador de la estufa haciendo el desayuno aún con la ropa de su traje con que había dormido. Estaba arrugada y su cabello desalineado, pero en él, esos detalles no tenían importancia. Estaba más que atractivo. Él era un dios en todos los sentidos.

Demasiadas bolsas y cosas estaban sobre la barra de granito bajo la estantería, parecía haber hecho compras recién. La mesa, era otra de las cosas que no pasó desapercibida para ella. Había un pequeño florero de su madre con algunas flores. Una jarra de jugo, leche y cubiertos colocados perfectamente en su posición. Su vista fue hacia una de las enormes ventanas que dejaban ver la hermosa mañana, los árboles y el profundo mar azul de la isla. Se visualizaba algo tarde, el sol ya alcanzaba su esplendor, probablemente eran más de las nueve. Nunca se permitía dormir demasiado, no si sus recuerdos llegaban en cada sueño como pesadillas. Pero anoche, mientras él le abrazaba con fuerza, mientras sus brazos la rodearon sin dejar un mínimo espacio en su cuerpo, había encontrado y sentido que pertenecía ahí, justo a su lado, protegida, amada, el lugar más desinteresado y seguro en la tierra.

Sebastián continuaba revolviendo dentro de la sartén sin percatarse de su presencia, y mientras ella le seguía observando en silencio, le tomó por sorpresa escucharle cantar lo suficientemente claro para escucharle:

*Toma mi mente, y toma mi dolor,
Como una botella vacía toma el agua
Y sánalos, sánalos, sánalos, sánalos.
Y toma mi pasado, y toma mis sentidos,
Como un velero vacío toma el viento,
Y sánalos, sánalos, sánalos, sánalos.
Y dime que algunas cosas perduran,
Y dime que algunas cosas perduran.*

*Toma un corazón
Y toma una mano, como un océano toma la arena sucia,
Y sánalos, sánalos, sánalos, sánalos.*

Él se volvió en ese momento con cacerola en mano, e inevitablemente la miró. Sonrió. Su tierna mirada le quemó la piel, y repentinamente se sintió expuesta, desnuda al ser consciente de que tan solo llevaba la camisa enorme que cubría parte de sus muslos. Se abrazó a sí misma protectoramente.

—Buenos días, dormilona —dijo, acercándose hasta la mesa y echando un poco de huevo con tocino sobre uno de los platos.

—Buenos días, me hubieses despertado, podría haber ayudado —repuso en un suspiro, reponiéndose de su vergüenza.

—Te veías demasiado tranquila como para hacerlo.

Sebastián ya había llenado los dos platos de comida sobre la mesa, y había dejado la cacerola sobre el fregadero. Caminó hasta ella, sostuvo su mentón fuerte con la yema de sus dedos y la atrajo hacia él para dejar un leve beso sobre sus labios.

—¿Te sientes mejor?

Ella asintió.

Él dudó.

—Te creo, pero me gustaría estar seguro, que tal si al llegar a la ciudad vamos a un médico.

—Se te ha olvidado que yo lo soy, además, he tomado una de las pastillas de mi bolso, estoy bien, créeme.

—Bien —soltó un suspiro con resignación—. Te creeré, ahora ¿por qué no desayunamos?

Sebastián se aproximó más rápido al comedor, y deslizó la silla hacia atrás para que ella tomara asiento. Al hacerlo, él depositó un beso sobre su cabeza. Hacía cosas tan llenas de ternura, que no era difícil poder pensar en enamorarse y creer que el amor podía existir.

Desayunaron en silencio, aunque esas miradas furtivas que él le ofrecía, no hacían más que ponerla alerta, darse cuenta de las preguntas que debían estar rondándole.

Tenía miedo de las que podría imaginar «¿por qué hay cicatrices en tu cuerpo?». «¿Quién las hizo?». «Cuéntame tu pasado». Y para todo aquello no tenía una respuesta que no la lastimara, o por lo contrario, lo lastimase a él, sin mencionar el asco y la lástima que sentiría al saberlo todo, algo que no estaba dispuesta a recibir por parte de Sebastián.

Era egoísta, pero no estaba lista para alejarle. «¡Maldición, no quiero dejarle ir!», pensó.

—Cocinas demasiado bien. —Lo felicitó, satisfecha por probar lo que él había preparado—. ¿Te enseñó tu madre, supongo?

—Así es, debía aprender. Bueno, más bien, tenía que hacerlo, soy padre soltero ¿recuerdas? —Le mostró una sonrisa amplia y cómplice.

Ella asintió, pero sentía la tensión en sus palabras como en esa sonrisa.

De repente el silencio se instaló entre ellos. Hasta que después del último bocado él habló.

—Tu madre dijo ayer que venías aquí cuándo lo necesitabas. ¿A qué se refería? ¿De qué tienes que refugiarte?

A Nashla la golpeó el recuerdo del pequeño. Y de alguna forma necesitó sacar lo que llevaba dentro.

—Ayer murió uno de mis pacientes —murmuró—. Solo tenía ocho años, Sebastián, y no pude hacer nada. —Se puso de pie bruscamente, caminó hacia una de las ventanas y se recargó cruzada de brazos sobre el marco de madera, mirando hacia el exterior.

—Tú no tienes la culpa de su muerte. —La voz apacible y lejana de Sebastián llegó hasta ella.

—Tú no entiendes —musitó apretando los dientes y volviéndose para verle con irritabilidad—. Yo tenía que salvarle, yo tenía que haber hecho más, es mi obligación. ¡Tenía que impedirlo y no lo hice!

—¿Por qué eres tan dura contigo? —La interrumpió incorporándose de su silla y caminó hasta donde estaba—. Sí, estás hecha para salvar vidas, pero no puedes impedir lo que está escrito para cada quién en su camino, esto tiene que suceder, cariño. —Sebastián dulcificó la

última frase—. Todo en esta vida tiene que pasar justo como se nos ha impuesto.

— ¡No! No puedo hacerme a la idea de eso, solo son niños, personas que tienen un futuro. ¡Es injusto!

Él se acercó más disminuyendo el pequeño espacio que los dividía. Rodeó sus brazos alrededor de su cintura y ella reposó sus manos sobre su pecho, ambos mirándose a los ojos.

—Es irónico saber que curas heridas y no puedes curar las tuyas —dijo él con voz apacible.

Nashla se encogió de hombros fingiendo desinterés en sus palabras, aunque sabía de su verdadera intención.

—Mis heridas ya no importan.

—Me importan a mí. Ahora tienes a alguien que le preocupa todo de ti y como me importas, te diré algo importante: sálvate a ti antes de salvar al mundo, Nashla.

Ella retrocedió un paso deshaciéndose de su agarre. Sus palabras, de alguna forma, la lastimaron. La salvación ya no era para ella. Se puso frente a una ventana e inclinó su rostro con los ojos atentos de Sebastián sobre su espalda, después respondió:

—Cuándo un paciente llega a la sala de emergencias, siempre solemos pedirle que nos diga de la escala del uno al diez cuánto es el dolor que siente, es la manera más sencilla de poder ayudarlo. —Hizo una breve pausa—. Yo he sentido tanto dolor que probablemente haya sobrepasado esa escala. Ya no hay nada más que pueda lastimarme. Ya no tengo espacio para una cicatriz más. Salvarles a ellos es lo único que me importa.

Nashla se maldijo por expresar su dolor. Cerró sus ojos quedándose en silencio, ensimismada en sus recuerdos. Después de unos minutos sintió su abrazo por la espalda y le dijo al oído:

—Ahora logro entenderte. —Sebastián depositó un beso sobre el lóbulo de su oreja, dejando un rastro de hormigueo agradable en su cuerpo, después continuo—. Quisiera que me dejaras compartir tus tristezas, deshacer cada una de tus penas. Quiero que me dejes hacerte feliz, Nashla. Hacerte olvidar todo el pasado.

Ella se volvió poco a poco para mirarle. Él no dejó de sostenerla entre sus brazos, pero sorpresivamente tomó su mano y besó justo sobre la cicatriz en su muñeca. Él se refería a un pasado que ignoraba, pero que sin embargo era consciente de él.

Sebastián se quedó con su mano sobre la suya, observando la cicatriz. Nashla optó por llenar el hueco de dudas que él experimentaba.

—Si te has preguntado quién la hizo, fui yo. —Elevó su vista fijando sus ojos en ella—. Las causé en un momento de debilidad. Quería desaparecer todo lo que vivía en ese instante, y te agradecería que no preguntaras más, no aún.

—Te quiero —murmuró él, en un arrebato.

Ella no pudo decir nada. Había quedado aturdida. Pero sus ojos expresaron eso que él pedía, porque de su boca jamás nadie pudo conseguir un *te quiero*. Era incluso benévolo si quiera creer que la quisiera un hombre como él.

—Perdón si no puedo responder a lo que deseas que diga. —Nashla elevó una de sus manos y acarició el hueso de su barbilla mirándole fijamente—. Sé que sonaré egoísta, pero tan solo puedo pedirte que estés a mi lado, que no te apartes de mí. Necesito que me quieras cuando yo no puedo hacerlo, necesito que me abracés fuerte cuando me quede en silencio, que me ames, aunque sea difícil de hacerlo.

Sebastián asintió con sus ojos bañados de dulzura. La atrajo a él, abrazándola, rodeándola y desapareciéndola entre sus brazos. Le dio un beso sobre su sien y lo escuchó decir:

—No me apartaré y no es difícil llegar a amarte, lo he hecho desde que te vi. —Sus largos dedos recorrieron su espalda, su caricia era el medicamento que le causaba miedo, pero que calmaba su atormentada alma.

Esas palabras lograron en ella una profunda quietud. Pensó que, quizás, no era amor lo que sentía por él. Tal vez era esa necesidad por sentir algo diferente. Algo que marcara su vida por un momento... algo que le hiciera bien por un tiempo.

—¿Qué haces aquí tan solo? —La voz serena de su madre interrumpió sus pensamientos.

Era casi media noche y aún no podía conciliar el sueño. Sebastián se encontraba sentado sobre una silla de metal frente a la piscina de su lujosa mansión. En su mano sostenía una copa de vino, y aunque el color tinto de la bebida era dulce, el sabor ahora resultaba amargo dentro de su boca.

Había pasado el día junto a Nashla en la isla, paseado sobre la arena, haciéndola reír a pesar del cúmulo de preguntas que su cabeza tenía. Si no había hecho ninguna, fue porque ella lo pidió y porque de alguna manera la lastimaba decírselo abiertamente. Pero la intriga lo estaba asfixiando.

—No puedo dormir —respondió, dejándose caer sobre el respaldo de la silla y mirando la noche oscura.

—¿La pasaste bien?

Él asintió sumergido en las dudas y las historias que comenzó a crear sobre el pasado de Nashla. Maltrato físico por parte de sus padres, tal vez un hombre aprovechándose de ella, aquello último le enfermaba hasta perder la razón.

—Por cómo te encuentras, no parece que haya sido así.

—Fue así —repuso con un tono de voz irritada—. Estar con ella me gusta, es solo que hay cosas que...

Sebastián se calló de golpe sin terminar.

—¿Qué pasa, hijo? —Su madre puso su mano sobre su antebrazo, reposando sobre el respaldo de la silla—. Sabes que puedes confiar en mí.

—Lo sé, siempre lo he hecho, es que ni yo mismo sé lo que es.

—Explícate porque no estoy entendiéndote. —Luciana dejó de tocarle y se dejó caer en la silla junto a él.

—Ella ha sufrido, tiene un pasado que no es capaz de decirme, eso me intriga y me molesta al mismo tiempo, quisiera que compartiera todo conmigo. He intentado ser paciente, pero esto me está sobrepasando.

—Tú no sabes la cruz tan pesada que ella sostenga, Sebastián. —Le interrumpió—. Tal vez necesita tiempo, su relación apenas ha iniciado, necesita llegar a quererte más para abrirse por completo, algunas mujeres son así. Ella es como un regalo mal envuelto, tienes que ver su brillo tú mismo y notar la belleza.

—¿Y cuánto tiempo dura eso? Hay veces que siento que ni siquiera quiere que la toque, pero otras veces me pide que no me vaya... yo solo quiero entenderla.

—Y lo harás, todo a su tiempo. Ahora ve a descansar, y cambia tu cara que mañana es el baile y tu hija notará que no estás bien. Por cierto, aún está invitada ¿no?

—Sí, lo prometió.

Luciana se incorporó de la silla para después darle un beso sobre su cabello.

—Qué descansas, hijo, y deja de torturarte, si te ha dejado estar a su lado es porque siente lo mismo que tú. Recuerda que se sufre al querer cambiar lo que no te pertenece a ti, no lo olvides.

Le dejó solo, con todos sus pensamientos aturdiéndole. Con la noche pesándole sobre los hombros.

De algo estaba seguro Sebastián esa noche, Nashla estaba rota y temerosa, maquillaba su llanto y sus lamentos para verse fuerte. Y aunque intentaba negarlo mintiéndose a sí misma, sabía que ahí dentro estaba más que abatida. Pero él se estaba enamorando, no sólo le gustaba su cabello o sus ojos, le encantaba su forma de hablar y sus muecas cuando se enfadaba, todo eso, quizás también incluía su herida alma.

Capítulo 14



La enorme bola de luces giratoria sobre el techo, destellaba constantemente alumbrando toda la pista de baile. El lugar estaba casi en penumbras, tan solo se podían ver las sombras gracias a esas luces de colores, y las constantes veces en que la puerta del gimnasio se abría de par en par. Mesas llenas de familias, y parte del comité de la escuela riendo y divirtiéndose. Todos vestidos al estilo de los años cincuenta, el tema elegido de ese año; Faldas con vuelo y tul por debajo de ellas, Vestidos llamativos, tacones, tirantes, listones sobre la cabeza y el cuello, chaquetas de cuero y vaqueros ajustados. La música era incluso de esa época, Rock & Roll, Jazz y Blues sonaban gracias al grupo que tocaba en vivo.

El lugar estaba adornado en su totalidad por fotografías a blanco y negro de artistas como Elvis Presley, Chuck Berry, Little Richard, Bo Diddley, Buddy Holly, Los Everly Brothers, entre otros. Anuncios del nombre de la escuela enmarcados con letras impresas de brillantina sobre telas que colgaban, globos esparcidos sobre el techo y el suelo. Una mesa con un sin fin de comida traída por las madres, ponche, sodas, vasos de colores, al igual que serpentinas y figuras de papel con la imagen de un artista de la época.

El de esa noche era el primer baile de padre e hijas al que Sebastián y Margarett asistían. Ella cursaba su primer año y estaba más que emocionada por aquello. Bailaba frente a él y su abuela, moviendo con sus manos la amplia falda azul, sus zapatos con tacón rechinaban sobre el suelo cada vez que iban de un lado a otro. Luciana se había encargado de hacer aquella maravilla de vestimenta; una coleta con rizos que bailaban en su cabeza, junto a un listón blanco sobre su cuello, un poco de rubor y brillo labial en su boca adecuado para una niña de su edad. Su madre portaba un traje blanco de falda, a juego con guantes y un sombrero. Muy al estilo de esas mujeres de clase. Él, un pantalón oscuro, zapatos de charol, camisa blanca y unos tirantes negros que iban de sus pantalones hasta sus hombros, todo un hombre rebelde al estilo *rockstar*.

Más de una mujer soltera no desperdiciaba su tiempo. Sebastián parecía un caramelo dulce que deseaban probar, tenía una inmensa cantidad de abejas con faldas cortas y maquillaje demasiado llamativo encima. Él, poseedor del rostro de rasgos cincelados, la más enigmática sonrisa y la galantería a flor de piel, dejaba que le admiraran. Sin embargo, lo único que deseaba, era ver a la mujer de sus sueños cruzar esa puerta. Esperaba cumpliera que la promesa de asistir. Se había negado tantas veces a ir sola hasta allí que imaginó que quizá era para evadir la situación. Pero su frustrada mente quedó en silencio al verla de pie frente a las puestas del gimnasio.

Su silueta quedó visible a sus ojos. Estaba tan hermosa vestida de esa manera, que era evidente que era la más bella de todas. Un hermoso vestido blanco con bolitas rojas y enmarcando sus pechos, dejaba ver la perfección de su piel morena. Unos tacones rojos, su cabello ondulado hasta la barbilla, con un listón rojo rodeando su cabeza. Unos labios rojos y

guantes blancos daban la sensación de ser una perfecta chica de los cincuenta.

Ella los buscó con la mirada, y mientras lo hacía. Él se permitió jugar sucio con su imagen. Era más que evidente su deseo, le quemaba hasta los huesos. Quería tenerla sobre su cama, dispuesta, complaciente y expuesta, excitada bajo sus caricias.

Sus miradas se encontraron al quedar sus ojos sobre la mesa que ocupaban. Él sonrió seductoramente, ella lo hizo con timidez. Se incorporó y fue hasta ella con la atenta mirada de las mujeres que rodeaban las otras mesas. Varias murmuraron tras su espalda, preguntándose quién era ella y por qué estaba con él.

—Pensé que te habías arrepentido —dijo él, tomándola de ambas manos cuando estuvo a su lado.

—Lo pensé, si te soy sincera —siseó con ligero sarcasmo—. Pero después recordé que nunca había estado en una fiesta así. Además, no podía quedarle mal a Margaret.

—¿Solo a ella? —exclamó con diversión—. ¿Y dónde quedo yo? ¿Acaso no importo también? —Fingió estar herido.

—Eres demasiado susceptible. —Nashla le mostró una amplia sonrisa dejando expuestos los hoyuelos de sus mejillas, esos que tanto estaba adorando verle.

—Y tú demasiado bella.

Sebastián no pudo impedir sonreír. Después hizo lo que llevaba queriendo hacer desde que la vio. Inclino su rostro y depositó un beso lento sobre sus labios.

Logró estremecerla. Lo supo por la forma en que su cuerpo se erizó.

—¿Estás lista? Porque mi madre y Margaret te esperan.

Ella asintió, segura.

Caminaron tomados de la mano entró las atentas miradas extrañas. Al estar acercándose, Luciana y Margaret sonrieron, de la misma forma que se observaron en complicidad.

—¡Nashla! —gritó Margaret por encima de la música y acercándose para tomarla de la mano—. ¡Qué bueno que llegaste, ya casi comienza el baile!

La pequeña actuaba como si tuviese demasiado tiempo conociéndola como la novia de Sebastián. Nashla se permitió respirar con normalidad, ser recibida de otra manera la regocijó.

—Me parece genial —espetó sosteniéndola con fuerza.

Cuando llegaron hasta la mesa donde Luciana los esperaba sentada, ella se puso de pie entusiasmada y le besó en la mejilla.

—Nos tenías impacientes, me alegra saber que hayas aceptado venir.

—Era algo que no podía perderme. —La voz serena de Nashla y la mueca sobre sus labios parecida a una sonrisa, le dijo a Luciana que estaba haciendo su mejor esfuerzo por incluirse en la familia.

Así que hizo una confesión privada.

—Sabes que eres la primera chica que nos presenta como su novia desde hace mucho tiempo.

Nashla volvió el rostro y miró a Sebastián.

—Es que es muy bonita —interrumpió Margaret—. Mi Papá no es tonto.

Sebastián soltó un suspiro con diversión. Ellas rieron.

—¡Vaya! Parece que hoy seré el dueño de sus burlas.

Entre risas tomaron asiento y conversaron sobre la decoración. Sebastián no podía tener una noche tan perfecta. Estaban las únicas mujeres que le importaban en su vida, y las tres parecían congeniar a la perfección. Para él, fue sobrecogedor ver la manera en que su hija sostenía la

mano de Nashla en todo momento, estaba contenta con la idea de que estuviera allí. Hablaban y hablaban mientras que ella parecía disfrutar aquello. Su madre admiraba su vestimenta, incluso la halagó por todo lo que hacía en el hospital.

Media hora más tarde se incorporaron para servirse del buffet que ofrecían sobre la mesa de comida; Pollo frito, ensalada, panecillos, puré de papa, ponche e infinidad de cosas que las madres proporcionaron esa noche. Al estar satisfechos y con sus platos vacíos, uno de los maestros de la escuela se colocó enfrente del micrófono que había sobre la pista de baile y las luces se encendieron por completo.

—Muy buenas noches — anunció a todos—. Me alegra ver a tantos padres esta noche junto a sus hijas, como ven, los años cincuenta nos acompañan este día.

Él siguió con su discurso con todos los ojos sobre él, solo dos pares de miradas no. Para Sebastián y Nashla el tiempo se detenía, tan solo deseaban compartir miradas entre ellos llenas de fascinación. Los aplausos interrumpieron su momento. El maestro dio inicio al baile, pidiéndoles que los padres llevaran a sus hijas a la pista de baile. Él se puso de pie y se ubicó frente a su hija, extendió una mano e hizo una reverencia. Margaret saltó de la silla de inmediato, y ambos se encaminaron a la pista.

El grupo tocó una de Elvis Presley al ritmo de *Rock & Roll*. Todos los padres se movieron al ritmo de la canción, enseñando a sus hijas cómo mover los pies. Las mujeres rodearon la pista tomando fotografías del momento. Sebastián fue consciente de los aplausos y alentadores gritos de su madre, mientras que Nashla le miraba con atención y algo que parecía orgullo, pasando por la ternura sobre sus ojos mientras que en momentos tomaba fotografías con su cámara.

La música cambió radicalmente, se comenzó a escuchar una más suave, él tomó a Margaret entre sus brazos y la alzó del suelo para bailar de esa manera.

Después de unos minutos la canción terminó, dando inicio a una nueva. El maestro, propuso cambiar de pareja. Esta vez, él regresó y dejó a Margaret para llevar a Luciana a la pista. Sebastián disfrutó del baile con su madre, compartieron sonrisas, la hacía girar y volvía a abrazarla, y junto a ellos estaba Nashla y su Margaret bailando, riéndose por algo que su ocurrente hija había dicho.

—Es una chica excelente —dijo Luciana abrazada a su cuello—. Valió la pena la espera para verte de nuevo enamorado. Porque lo estás ¿no es así?

Los ojos de Sebastián fueron otra vez hacia ella, quién giraba a Margaret.

—Lo estoy, mamá, claro que lo estoy.

—Entonces no la dejes ir, por más difícil que sea, no lo hagas.

—Lo prometo. Sé que ella se merece un amor eterno, y me escogió a mí para ofrecérselo.

Su rostro se tornó tierno, y su sonrisa sincera lo llevó a los recuerdos del amor de sus padres.

Luciana le soltó, fue hasta Nashla y su nieta. Tomó a Margaret de una de sus manos y le indicó a Nashla que fuese a su lado. Entonces la música volvió a cambiar. Esta vez, las notas románticas de *When a Men Loves a Women* de Percy Sledge inundaron el lugar.

Nashla rodeó con ambos brazos el cuello de Sebastián y él lo hizo sobre su cintura.

—Ahora me doy cuenta por qué eres tan cálido —siseó ella, mirándole fijamente.

—¿Por qué?

—Eres como tu madre, ella es única, al igual que Margaret, ambos la están enseñando muy bien, será una gran mujer cuando crezca.

—Hago lo que debo hacer, cariño. Hacer feliz a la gente que amo es mi cualidad.

Sebastián la estrechó más hacia él, pero notó que su rostro se inundó de seriedad.

—La felicidad es una ilusión, incluso el amor —murmuró con tanta determinación que lo confundió.

Ella era esa clase de persona que en un segundo podía cambiar radicalmente de opinión sobre cualquier sentimiento.

—Mujer de poca fe ¡eh! —Intentó aminorar la situación.

—Soy realista. Creo que jamás se alcanza a sentir plenitud.

Él elevó una de sus manos y la colocó sobre su barbilla mientras continuaban bailando lento.

—Yo puedo enseñarte todo eso en lo que no crees. ¿Aún lo estás dudando? —Sebastián le sonrió, después dio un beso sobre sus labios y continuó—. No podemos elegir de quién enamorarnos, pero sí hacer lo mejor que podamos para que resulte, si el amor no existiera, el mundo sería demasiado fácil Nashla.

Ella no dijo más, parecía valorar sus palabras.

Para hacerla sonreír, él la soltó de repente y la giró frente a él haciendo que el vuelo de su vestido girara en el aire. Y tuvo efecto. Nashla sonrió, y su sonrisa alcanzó sus ojos ámbar. Sé dejó llevar por él, por su armonía y su forma desinhibida de ser, disfrutando con ello, de estar conociendo el significado de estar a su lado, y el ceder de sus contradictorios sentimientos.

Cerró la puerta tras ella con su espalda y pensó en todo lo nuevo que estaba viviendo a lado de Sebastián. Respiro profundo cerrando sus ojos. A pesar de que había ocasiones en las que se retraía a las palabras tan enigmáticas que salían de su boca, deseaba sentir por más tiempo ese calor que le recorría la piel al estar junto a él. Separarse de su lado comenzaba a torturarla. Era increíble ver cómo se había adueñado de muchos aspectos de su vida.

Llevó una de sus manos al interruptor de luz y encendió las luces de la casa, todo estaba en absoluto silencio y a oscuras, parecía no haber nadie, entonces su móvil sonó con la entrada de un nuevo mensaje. Lo sacó de prisa de su bolso y al encenderlo la pantalla brilló con un mensaje de su madre:

«Llegaré tarde a casa, cariño, estoy jugando póker con algunas amigas, hay cena en la nevera, solo caliéntala, besos.»

Apagó su móvil.

La única distracción de su madre eran las noches de póker con sus amistades, eso y leer. Pensó que tal vez su hermana estaría con sus amigas también, o con alguna nueva conquista. Así que estaba sola en casa.

Subió las escaleras y caminó hasta la puerta de su recámara. Al entrar, encendió la luz y sacó los tacones de sus pies lanzándolos al suelo, estaba tan acostumbrada a sus zapatos cómodos de hospital, que aquellos altos y estrechos la estaban matando. Se deshizo de su peinado y frente al espejo retiró el maquillaje tan cargado que Janine le había hecho.

Miró el reloj sobre su mesa de noche, marcaban las once con diez. Aún era algo temprano y no tenía sueño, así que tomó uno de sus libros de medicina de la estantería de pared y fue hasta su balcón ubicado en la parte frontal de la casa, la calle estaba desierta y callada, todos dormían, era un buen momento para leer. Se dejó caer en una de las sillas de madera y subió sus piernas en ella. Abrió el libro e intentó poner atención en su lectura, sin conseguirlo. Su mente estaba divagando en las imágenes de Sebastián que se iban apropiando de su mente. En el momento tan agradable que tuvo al estar con Luciana y Margaret.

Veinte minutos después su silencio fue interrumpido por el sonido de un motor. El auto deportivo de Sebastián estacionó frente a su cochera y la punta de su calzado deportivo se asomó primero antes que el resto de su cuerpo. Alzó la vista y le sonrió al verla. Vestía diferente, había cambiado sus pantalones por vaqueros, y la camisa de botones por una de algodón oscuro, haciendo resaltar más sus ojos azules y las venas de sus antebrazos.

—¿Qué haces aquí? —cuestiono ella, incorporándose en la silla.

—No podía dormir sin mi beso de buenas noches —soltó él desde abajo.

—Creí haberte dado uno cuando nos despedimos en el gimnasio.

—Ese no fue suficiente ¿me abres? ¿O me dejarás aquí? —Sebastián cruzó los brazos sobre su pecho con una mueca divertida sobre sus labios.

—Si tanto deseas un beso, sube por él. —Lo retó, imaginando que se daría por vencido y se iría. No lo creía capaz de trepar por el balcón.

Pero él no era de ese tipo, darse por vencido no existía en su mundo.

—¿Así que vas hacer que trepe por el balcón como Romeo? —Ella le sonrió con altivez—. Bien, me agradan los retos.

Sebastián dejó de verla para prestar atención a las ramas que se enredaban por el balcón hasta llegar a la cima, después ella lo vio desaparecer, perdiéndole de vista, solo escuchaba ruidos de ramas, con gran curiosidad echó un vistazo hacia abajo, pero de pronto apareció él de la nada, trepando con un enorme esfuerzo hasta llegar a la cima, Nashla estaba con el corazón desbordado, y tuvo que hacerse a un lado al verle saltar para esquivar la herradura. Al estar frente a frente Sebastián se abalanzó sobre ella y la alzó del suelo para besarla.

—Dime que tú mamá no saldrá de su habitación y nos verá así —murmuró sobre su boca.

—Estoy sola.

—Eso sí que es tentador.

—Sea lo que sea que estés pensando más vale que lo olvides —repuso Nashla, separándose y mirándole desde arriba.

—No juegues así con mi corazón, no ves que muere de amor por ti.

Ella soltó una carcajada.

Él entró por la puerta del balcón aún con ella en brazos y cerró, después la bajó de nuevo al suelo.

—¿Estabas ocupada?

—No. Para nada... estaba intentando leer.

—¿Hoy tienes guardia?

—No.

—Así que esta es la habitación de mi doctora —siseó él, permitiéndose husmear por su habitación, Nashla se quedó recargada sobre una pared.

Él observó las pinturas de la subasta de los niños del hospital, la enorme cantidad de libros que tenía sobre el estante que cubría toda la pared, su ordenado escritorio junto a una de las ventanas, y las estrellas que adornaban por completo el techo. La cama italiana antigua, los pocos muebles que había y unas fotografías dónde aparecía sus padres, su hermana y ella en el campo.

—Eres la única que no sonrío. —Acarició con la yema de los dedos el cristal de la fotografía donde ella estaba.

—No solía sonreír antes.

—¿Antes?

—Antes de ti.

Eso consiguió que él volviera su rostro hacia ella y mostrara su blanca dentadura con la amplia sonrisa que se formó en sus labios.

Esas palabras eran lo más cercano a lo que él anhelaba escuchar.

—Me alegra saber que es por mí.

—Has causado muchos cambios en mí. Me haces sentir cosas nuevas todo el tiempo.

—¿Y eso es bueno o malo? —Le cuestionó él, caminando lentamente hacia ella, como un animal acorralando a su presa.

—No lo sé, pero me transforma, y me asusta. —Nashla mordió su labio inferior para callar su boca suelta, estaba hablando más de lo que debía.

—¿Te asusta? —siseó despacio—. ¿Te confieso algo?

Nashla no respondió, solo le observó directamente a los ojos.

—También me asusta sentir esto por ti...

Se acercó aún más, colocó ambas palmas de sus manos sobre la pared, justo a los lados de su cabeza.

»Pero me encanta temblar con tan solo verte. —Su aliento rozó su mejilla estremeciéndola.

—Y tú eres más de lo que necesitaba.

No era una declaración de amor, pero para Sebastián fue suficiente para creer que ese necio corazón era suyo.

Unió su boca en un beso lento. Nashla rodeó sus manos sobre su cuello sintiendo cómo le apretaba el vientre el calor interno. Sebastián pegó su cuerpo al suyo profundizando aún más el beso, y todo en él reaccionó al instante. Sintiendo la misma necesidad que él, Nashla le dejó hacer, dejó que sus manos comenzaran a vagar por los costados de su cuerpo. Ella introdujo sus dedos sobre su cabello, y el fuego fue inevitable.

Sebastián hurgó en su boca saciándose de ella. Su cuerpo tuvo un efecto distinto al que recordaba con alguna mujer. Ella causaba algo que jamás había sentido, sobrepasaba los límites del deseo... era más que lujuria y pasión. Era un frenesí adictivo sentir su piel.

Nashla experimentaba la sensación de ser estrechada por los brazos de un verdadero hombre que no solo la deseaba, sino que la amaba, y estaba dispuesta a todo en ese momento, a olvidarlo todo por sentirlo a él. Así que llevó sus manos a la parte baja de su camisa sacándola por sus brazos y tirándola al suelo, dejando expuesta su trabajada musculatura, la perfección de cada uno de sus definidos músculos. Él volvió a besarla, descendiendo sus labios por su cuello dejando rastros de pasión en ella. Introdujo una de sus manos por debajo de la falda del vestido alzando la pierna del suelo, tocando su muslo de una manera terrenal. Pero todo aquello se esfumó en segundos cuando los desagradables recuerdos volvieron como un diluvio, golpeando todo a su paso, y no soportó su tacto al escucharlo susurrar:

—Eres mía, muñeca.

Nashla lo lanzó con brusquedad apartándolo de ella. Sintióse asqueada.

—¡Vete! —gritó.

—¿Qué pasa? ¿Qué hice mal? —exclamó él, desorientado, aturdido.

—No vuelvas a llamarme así, jamás lo hagas. —Su voz se quebró.

—Está bien. —Se disculpó, preocupado—. Perdóname, yo no sabía que no te gustaba.

—Sal de aquí por favor, déjame sola.

—Nashla, yo...

—¡Que te vayas!

Sebastián se quedó estático, sin moverse de su sitio.

—Me voy solo si me aseguras que estarás bien. —Quiso acercarse, pero ella alzó una mano para detenerle.

—Estaré bien, ahora solo vete.

Se inclinó y tomó la camisa del suelo, la pasó rápidamente por su cabeza y la miró, desconcertado.

—¿Te veré mañana? —preguntó ansioso por escuchar su voz. Por escuchar una afirmación. Pero ella no respondió.

Sebastián salió de la habitación dejándola sola. Nashla se dejó caer en el colchón de su cama y lloró... lloró por fallarse a sí misma. Dándose cuenta de que las cicatrices estaban tan vivas como ella, que le era imposible olvidar su pasado, y que él no merecía a una mujer tan dañada. Una mujer que no podía darle lo que esperaba.

Capítulo 15



Miraba sus uñas con suma atención. Parecía ser lo más interesante para ella, pero en realidad ni siquiera lo hacía. Su mente estaba en otro mundo, más bien, en la forma en que había echado a Sebastián de su recámara. Y por consecuente, en lo tonta que era por creer que podía intentarlo.

—Señorita McNeill —Llamó la recepcionista morena sobre el escritorio—. La doctora está lista para recibirla.

Apenas escuchó su voz por encima de sus pensamientos. Se puso de pie de esa silla incómoda en la que llevaba media hora, y se encaminó a la puerta de su psicóloga. Eran las diez de la mañana, una hora no muy apropiada para aquello, creía que no la recibirían, pero estaba tan hundida en el fango del pasado que necesitaba sacarlo. Hacía tanto tiempo que no venía que incluso lo percibía como si fuese el primer día en que sus padres la trajeron.

Tocó con sus nudillos la puerta observando las letras negras con el nombre, "Dra. Ross".

Oyó una voz familiar, adulta y tranquila detrás.

—Pasé.

Nashla lo hizo, aun con el nerviosismo a flor de piel.

La doctora levantó la vista de los papeles que tenía sobre sus manos y estrechó sus ojos por debajo de sus lentes. Estaba sorprendida de verla ahí.

—Hola Nashla, buenos días, qué gusto verte otra vez. —Le sonrió con serenidad mientras dejaba reposar sus manos sobre sus rodillas cruzadas, estaba sentada en su sofá gris de siempre, justo al lado del sillón en que solía hablar por horas sin lograr demasiados avances por sí sola.

—Buenos días, doctora Ross —murmuró, estrujándose los dedos.

No se explicaba por qué estaba tan nerviosa. Ross era de las pocas personas que había escuchado toda aquella mierda en la que había vivido. Con sus ojos castaños, su cabello bañado de canas y su semblanza tranquilizadora había logrado que ella sacara gran parte de sus miedos.

—Vamos, toma asiento. —La alentó.

Ella lo hizo dudando sobre si era bueno o no, estar ahí.

—A qué debo que hayas decidido volver. ¿Acaso haz vuelto a pensar en suicidarte? —La pregunta le incómodo, pero no podía ser más cierto, parte de sus visitas al consultorio, eran por las tantas veces que pensaba terminar con su vida.

Aunque negó sacudiendo su cabeza, sabía que ya no era más la adolescente que no creía merecer vivir. La medicina había tomado el mando desde hacía un tiempo, haciéndola calmar todo pensamiento destructivo.

—Entonces soy toda oídos —exclamó Ross, acomodando sobre el puente de la nariz sus lentes.

Nashla organizó todas las palabras revueltas sobre su cabeza, tomándose el tiempo antes de decir:

—La última vez que estuve aquí, usted me dijo que tenía que darme una oportunidad de conocer el amor —la vio asentir—, hace más de un mes que salgo con alguien.

— ¿Y cómo te has sentido con eso? —Logró interrumpirla.

—Él es demasiado para mí.

—¿Por qué lo es? ¿ caso no mereces a un buen hombre a tu lado?

—Él es... —calló un breve segundo pensando en la mejor palabra que le definía—. Perfecto, pero para alguien más.

—Ya veo a dónde quieres llegar. Te estás adelantando, Nashla, si estás a su lado hay un porqué, dime ¿qué te llevó a dejarle entrar?

Nashla dejó caer la vista al suelo. Rememorando todos buenos recuerdos que ya tenía con él.

—Todo... él es todo lo que había escuchado que existía —murmuró melancólica—. Mientras yo solo soy una mierda llena de fantasmas del pasado.

—No te juzgues tan fríamente.

Ella por fin levantó la vista, y sus palabras expresaron todo el dolor que había dentro de su pecho.

—Es la verdad, anoche me di cuenta de que yo no lo merezco, intenté algo más que solo un beso ¡y no pude! Toda la mierda volvió a mí para castigarme, para decirme que no soy la adecuada para estar en su vida, que no dejaré jamás que me toque más allá de un maldito beso. ¿Qué es lo que le espera a mi lado? ¡Nada! ¡Absolutamente nada! No habrá hijos, ni intimidad porque soy incapaz de dárselos. ¡¿Quién soportaría eso?! ¿Quién soportaría saber cuántos hombres me tocaron antes? Ningún hombre, doctora Ross.

—La vida no es fácil, Nashla, para nadie, todos tenemos nuestra propia historia que cargar. Y es cierto que la tuya es desafortunada y dolorosa, pero está en ti que eso dejé de suceder. Dime algo ¿estás enamorada de él?

Esa pregunta golpeó en su cabeza con demasiada intensidad.

«¿Qué diablos era el amor?», se dijo. «¿Y cómo era distinguirlo de la necesidad?».

—Nunca me he enamorado, así que no puedo decirle si lo estoy, creo que no es amor lo que me ata a él.

—Entonces déjale ir.

Un nudo se formó en su garganta y amenazó con explotar. *Dejarle ir.* Parecía lo mejor. Pero ya no podía hacerlo, porque de alguna manera lo necesitaba tanto como a respirar.

—No puedo, ni quiero alejarle —musitó apenas audible.

—Te gusta estar con él —siseó Ross, más como una afirmación que una pregunta.

Ella asintió con lágrimas en sus ojos.

—¿Te agrada la manera en que es y cómo te trata?

Asintió de nuevo.

—¿Sientes que ya no puedes vivir sin que él esté presente?

—Sí ¿soy egoísta no es así?

—No, Nashla, no eres egoísta, tú te has enamorado de él, por eso tu negativa a alejarle.

Su rostro se tornó tierno.

Nashla tuvo que escuchar de otra boca lo que llevaba días diciéndole su interior. Darse cuenta de cuál era su realidad. De que había intentado convencerse de que no era amor, de que su subconsciente había inventado aquel sentimiento de necesidad para no tener que sentirse culpable por si fallaba.

Pero su corazón agotado de tantos sinsabores, fue dejando brotar de sus heridas un silencioso valor para enamorarse, un amor para su alma triste y desamparada. Nashla estaba irracional y profundamente enamorada de Sebastián, y contra ese sentimiento era incapaz de seguir luchando.

Se quedó en un profundo silencio. No había más que decir.

—Eso no logra cambiar nada —soltó con voz cargada de reproche después de unos segundos de incredulidad.

—Solo tú eres capaz de saber si lucharás por ello, solo tú decides si le dejas estar a tu lado. Las mejores cosas están del otro lado de tus miedos, Nashla.

Se incorporó del sillón lentamente mientras soportaba lo que era su desafortunada suerte, ya habían terminado por hoy.

—Estaré aquí cuándo quieras —espetó la doctora Ross al verla de pie.

En los ojos de Nashla se reflejó la sonrisa y esa mirada zafiro de Sebastián. Lo amaba. Pero había algo que evitaría a toda costa, él nunca sabría cuánto le quería, nunca le diría *te amo*. De su boca no dejaría escapar ninguno, no daría esperanzas a un futuro incierto.

Un flash de la cámara le trajo a la realidad. Fue consciente de que se encontraba en el rodaje de un comercial, de los chillidos de risas de las modelos casi desnudas y el grito del director llamando la atención de Heal, el corredor de los Raiders a quién representaba.

Esa mañana parecía no tener cabeza para nada que no fuese Nashla. Sus ojos temerosos y asustados, la reacción de su rostro y las lágrimas en sus ojos eran imposibles sacarlos de su mente. Estaban impresos en su memoria.

¿Por qué odiaba aquella palabra? ¡Y maldita sea! ¿Quién era ese hombre culpable de sus miedos? Se preguntaba una y otra vez. Tenía tanto que cuestionar, y sin embargo sabía que no obtendría respuestas, Nashla estaba tan negada hablar de su pasado que le causaba una frustración no poder traspasar esa gélida pared de yugo.

Su móvil sonó, rápidamente lo sacó del bolsillo de su pantalón esperando que fuese ella, pero no lo era.

—Señor Faith, hablo del observatorio Griffith. —Una voz masculina contestó detrás de la línea—. Todo está listo.

—Gracias, y aprecio su ayuda.

Sebastián tenía planeado algo distinto esa noche. Una sorpresa para Nashla. Había hecho todo lo posible días por conseguir en ese lugar lo que haría que ella supiese cuanto la amaba.

Terminó su llamada quedándose con el móvil entre sus manos, viéndolo y preguntándose si era buena idea llamarle para quedar esa noche. Se armó de valor y tecleó en la pantalla su número. Quizás no le contestaría, porque ni una sola vez había contestado desde la noche anterior. Había llamado tantas veces para saber si estaba bien, pero simplemente ella no levantó el teléfono.

Un tono de espera, hubo un segundo.

—Hola mi amor —habló él primero y lento.

—Hola. — Escuchar su dulce voz serena lo tranquilizó.

— ¿Estás ocupada?

—No.

—Quería saber si cenamos esta noche. —Sebastián obvió todo lo que había ocurrido, no la

abrumaría con nada.

—Sí, está bien. —Sus pocas palabras le dolieron, parecía no querer hablarle, y temía porque quisiera algo más, algo que le rompía el corazón de solo imaginarlo.

—Paso por ti a las siete. ¿Te parece bien? —espetó intranquilo, aunque intentaba por todos los medios calmar su alocado ritmo cardíaco.

—Ahí te espero. —Dicho eso colgó, dejándole una sensación de vacío en el pecho.

Justo a las siete, estaba estacionado sobre la acera de la cochera de la casa de Nashla. Estaba puntual, durante el día no había hecho más que sentir incertidumbre después de la llamada. No deseaba pensar en lo peor, pero no hacía más que eso. Si le dejaba, si ella decidía terminar con él, todo se iría al carajo. Se había acostumbrado demasiado rápido a ella, a su presencia en sus días.

Descendió de su auto y caminó hacia la puerta principal, pero antes de llegar, ella apareció, estaba esperándolo.

Le sonrió y sorprendentemente ella intentó hacerlo, aunque solo lo hizo ladeando la comisura de su boca. Al estar frente a ella, tomó sus manos y depositó un tierno beso sobre su frente.

—¿Cómo estuvo tu día?

—Bien ¿y el tuyo?

—No me puedo quejar, entre contratos y rodajes, parece un buen día —mintió con desdén.

Nashla le observó con tanta intensidad que sintió cómo su cuerpo tembló.

—Tengo que disculparme por lo dé anoche, yo...

No la dejó terminar. No quería disculpas, él solo deseaba olvidarlo y seguir.

—Por qué no dejamos ese tema para después. Quiero pasar lo que queda de la noche a tu lado y disfrutar.

—No. no puedo dejar las cosas así, sin pedirte perdón por mí actitud, no merecías que te tratará de ese modo, ni que cargues con cosas que no te pertenecen.

Ella iba a continuar, pero él prefirió callar sus labios con un beso. Y fue lento, lleno de deseo y olvido.

—Disculpas aceptadas —susurró sin aliento al separarse de su boca.

—¿Qué haré contigo? —murmuró ella en un suspiro, con semblanza tierna.

—Querermelo, solo querermelo —pidió, volviendo a besarla—. Ahora vámonos, mi amor.

Cenaron en un restaurante de comida tailandesa, cerca de la ciudad cosmopolita de Los Ángeles. Y, al parecer, ella no tenía ninguna intención de articular palabra, ni siquiera había fijado la vista en él. Lo único que escuchaban era las conversaciones ajenas y los cubiertos chocar entre sí. Las sospechas de alejarse al menos quedaron atrás para Sebastián, a pesar de su silencio, le reconfortaba su estado pasivo y las caricias que le dejaba hacerle en sus manos.

—¿No es demasiado tarde para estar aquí? —espetó Nashla tomada de su mano y caminando junto a él.

Ahora estaban en el observatorio Griffith.

—Tienes algo de razón, pero soy cliente frecuente por Maggie y tengo privilegios —alardeó divertido mientras seguía conduciéndola por zona de faroles hasta la entrada del observatorio.

El sitio está situado del lado sur de la montaña de Hollywood. Con tres torres con la punta ovalada, rodeado de césped, árboles y blanco en todo su resplandor.

—¿Y qué hacemos aquí? —Volvió a decir Nashla al llegar al edificio y comenzar a subir unas escaleras sobre el costado del lugar.

—Tengo algo para ti, pero primero quiero mostrarte otra cosa.

Sus últimos pasos retumbaron en el piso de cemento. Estaban detrás del edificio donde una especie de balcón les dejó ver a la lejanía la ciudad entera. La noche oscura era alumbrada por las luces nocturnas, simulando que se unía con las estrellas. Nashla quedó maravillada. La ciudad entera, las montañas, la serena noche y el aire frío daban una increíble calma. Reposó sus manos sobre el barandal y observó absorta.

Él miró fascinado la perfección de su perfil; su mentón puntiagudo, sus espesas pestañas, y sus carnosos labios, toda ella era perfecta. Recordó aquellas palabras: *«Necesito que me abracés cuando me quede en silencio»*.

Y lo hizo.

Sebastián se puso detrás y la abrazó por la espalda, introdujo su nariz en la curva de su cuello. Al sentirla, ella subió sus manos y las dejó encima de las suyas, y para su sorpresa, recostó su cabeza en su hombro. Él aspiró el perfume de mujer, el perfume natural de su esencia, y esa cercanía tan íntima le permitió sentirse el hombre más afortunado.

—Cuando hablamos por la tarde, pensé que te alejarías de mí. —Le expresó su miedo en un murmullo.

—Ni siquiera pasó por mí mente.

Ella se volvió lentamente haciéndole incorporarse, y cuando sus ojos se encontraron, habló:

—Lo de anoche fue algo que no esperé.

—Lo de anoche fue algo que se escapó de mis manos —la interrumpió—. Es solo que te deseo, quisiera sentirte de una forma distinta.

—Yo también te deseo, cualquier mujer con consciencia lo haría. —Esa confesión logró hacerle sonreír—. Pero necesito tiempo, Sebastián, tiempo para curar heridas del pasado, debo sanar y así poder darte lo que deseas, tiempo para poder enamorarme como esperas que lo haga.

—Cuando te dije antes que te daría tiempo créeme que era verdad. —Sebastián soltó un suspiro mientras que su mano se posaba en la mejilla—. Tomate el tiempo que sea necesario para ti, yo estaré a tu lado y listo para el siguiente paso.

Nashla asintió inclinando su rostro y dejando la vista sobre su pecho.

»Ahora acompáñame que tu sorpresa te espera.

La arrastró hacia la única puerta doble de cristal visible y entraron.

Por dentro estaba totalmente alumbrado. Para ella era la primera vez que estaba ahí, así que admiró lo que sus ojos presenciaron. Una pintura enorme sobre el techo, piezas de pinturas sobre paredes, algunas de constelaciones, había rocas dentro de cajas de cristal y artículos espaciales.

Él la condujo por pasillos hasta llegar a una puerta donde un enorme telescopio se hizo presente. El techo estaba completamente cubierto de vidrio dejando ver el cielo estrellado, y solo un agujero abierto donde la punta del telescopio sobresalía.

—Esto es hermoso —siseó ella soltando su mano, con la vista sobre el techo.

—Y aún no has visto nada —exclamó él, caminando hacia el telescopio.

Ella lo vio sacar un papel blanco del bolsillo dentro de su chaqueta, después lo extendió y comenzó a buscar algo que inmediatamente giró en una manecilla del telescopio.

—Ven —le indicó—. Acércate.

Ella se puso a su lado en segundos.

—Mira aquí. —Le señaló el lente pequeño.

Se inclinó y visualizó una estrella brillante.

—Es una gigante azul, son poco comunes, pero extremadamente brillantes, en promedio son

sesenta mil veces más brillantes que el sol —escuchó la voz de Sebastián—. ¿Y sabes qué es lo mejor? Que tiene nombre.

—¿Cuál es? —preguntó ella viendo por la lente.

—Se llama Nashla.

Ella se incorporó casi de inmediato.

—¿Nashla? Tiene mi nombre —soltó con una ligera sonrisa.

—La he comprado para ti, esa es la razón por la que lleva tu nombre.

—Es una broma.

Él negó y caminó unos cuantos pasos más quedando frente a frente y extendió el papel que tenía en sus manos.

—Esto comprueba que es tuya.

Ella leyó lo que decía: *Registro Global de Estrellas*. Era un certificado firmado que confirma el nombre y las coordenadas astronómicas de la estrella.

—Y esto también. —Sacó de su bolsillo un colgante grabado que tenía un dije de metal en forma cuadrada. Se colocó detrás de ella y se le pasó por su cuello. Nashla tomó el dije entre sus manos y miró que estaba su nombre inscrito con la constelación de la estrella y sus coordenadas exactas—. Cada vez que vengas aquí, podrás buscarla y mirarla. Así recordarás que es tuya y mi mejor regalo para ti.

—¿Mí estrella? —murmuró impresionada.

—Así es —siseó él, regresando después de colocarle el colgante—. Esa estrella es una de miles que pienso ponerle tu nombre. Quiero regalarte el cielo entero, demostrarte cuánto significas para mí. —Ella no supo qué decir. Estaba perdida en la manera en que sus ojos la estaban viendo—. Sé que llevamos poco tiempo de conocernos, pero puedo jurarte que ya no soy el mismo si no estás a mi lado, si no despierto pensando en que estás conmigo. Respirando el mismo aire, estado en el mismo planeta. Estoy completamente enamorado de ti.

Sebastián levantó una de sus manos y con la yema de los dedos acarició su labio inferior.

—Te amo, no tengo miedo a decírtelo, y sé, con seguridad, que eres lo que siempre esperé. Eres la casualidad más hermosa que me trajo la vida.

—Sebastián... —susurró ella, aturdida, con los ojos bañados en lágrimas, odiándose por no poder ser valiente y decirle sus verdaderos sentimientos.

—Dicen que el amor puede curar, rehacer tu alma. Y yo quiero curarte, espero que algún día no muy lejano tú sientas lo mismo. Permítele a tu corazón quererme y perderse por mí, tal y como yo lo estoy.

Tal vez pensó que ella diría algo como un *te quiero*, pero eso no ocurrió, se resignó a esperar que, con el paso del tiempo, eso llegara a ocurrir. Sin embargo, ella sí tenía algo para decirle:

—Cúrame.

Inclinó su rostro y unió sus labios a los de ella. Necesitaba sentirla suya. Ser su dueño.

Movió sus labios con delicadeza, su suavidad y su dulce sabor llenó su interior llevándole al éxtasis. Abrazó su cuerpo contra él, de tal manera que ella sintiera el calor que emanaba su piel.

—Te amo —susurró una y otra vez mientras la besaba.

Nashla, sintió que, en sus brazos, encontraría salvación, demasiado amor, exagerado amor por ella.

Los días transcurrieron. La relación entre ambos era cada vez más fuerte desde la noche en que Sebastián le abrió su corazón. Las caricias y los besos estaban presentes, aunque de una manera distinta, mucho más íntimas. Nashla llevaba siempre consigo, el colgante como muestra de que cuidaría de su amor. Pero aún luchaba y le resultaba difícil hablarle de lo que sentía por él.

Durante esos días, su cercanía con Margaret y Luciana era mucho más abierta. Había días en los que iban a cenar o algún lugar familiar los cuatro juntos. Si se encontraban con amistades de ellos, él con orgullo la presentaba como lo que era, su novia. Y, una Luciana entusiasmada, la invitaba a ir de compras a centros comerciales, fascinada con su compañía. Nashla comenzó a encariñarse con Margaret, jugaban con sus muñecas cuando ella los visitaba los domingos o cuando decidía salir temprano de su turno. Ya no era más una esclava del trabajo, ahora tenía una vida que comenzaba a gustarle.

Sebastián por su parte, la visitaba en casa, mientras que su madre preparaba algo para él, más que encantada de hacerlo. Incluso, ambas familias se conocieron por una invitación de Luciana a la mansión. Esa noche se habían divertido y reído por las anécdotas que Luciana contaba de la niñez de Sebastián. Y por las locuras que Stella les dijo sobre Janine, aunque a la presente pareció no gustarle la idea de ser la que les divertía.

Tanto Stella como Luciana compaginaron como si se hubiesen conocido desde años atrás. Y ambas estaban agradecidas con la vida por ver a sus hijos unidos.

Pero esos momentos de felicidad, quedarían opacados por situaciones que se les saldrían de las manos, poniendo a prueba el amor que había nacido en dos corazones tan distintos. Pruebas en las que solo el tiempo diría la última palabra.

—Sebastián —Le habló con voz preocupada una Luciana visiblemente angustiada.

Él la miró desde adentro de la piscina, dónde Nashla y Margaret jugaban con él. Se alejó de ellas hasta llegar a la orilla.

—¿Qué pasa, mamá?

—Sal de la piscina, deja que Nashla cuide de Maggie, es urgente.

Ellas que reían divertidas no notaron su ausencia.

Salió salpicando de agua el suelo.

—Sácate y vístete rápido, alguien espera en tu despacho.

— ¿Alguien? —exclamó—. ¡Pero si es domingo!

—Has lo que te pido, te estaré esperando ahí.

Dicho eso se alejó por el pasillo que llevaba a su oficina.

Él enredo una toalla sobre su cintura por encima de su traje de baño y subió las escaleras a su habitación. Se secó de prisa, rebuscó en sus cajones y se puso lo primero que sacó unas bermudas y una camisa clara de algodón. Después bajó las escaleras hasta su despacho.

Nada lo preparó para que, al abrir la puerta, el pasado volviera en el cuerpo de la mujer que un día se marchó sin decir adiós.

Capítulo 16



La sangre fluía por cada vena de su cuerpo. Ardía, quemaba en su piel, y experimentó un sentimiento del que no quiso indagar a fondo. No la odiaba, estaba demasiado lejos de hacerlo. No lo hizo antes, y no lo hacía ahora, pero los recuerdos se adueñaron de su mente para hacerle sufrir. Cuánto la había querido, pensó Sebastián. Sin embargo, ahora sabía que amar, solo lo descubrió con Nashla.

Sebastián irguió el pecho mostrándose fuerte. Entró de lleno a su despacho sin dejar de ver a Keily, la madre de Margaret. Se ubicó detrás de su escritorio y entrecerró sus ojos con desconfianza, mientras ella le sostenía la vista algo intranquila. Sabía que le miraba como un animal dispuesto a atacar.

—Qué sorpresa verte aquí. —Se obligó a decir con serenidad.

Ella, que estaba sentada en una de las sillas frente a su escritorio, inclinó la cabeza, avergonzada.

—Hola, Sebastián —tartamudeó, viéndose las manos que estrujaban las tiras de su bolso de mano—. ¿Cómo estás?

Sebastián volvió su vista hacia Luciana. Estaba cruzada de brazos frente a la ventana que daba a la piscina. Su rostro no solo reflejaba angustia, sino que, a su vez, parecía frustrada, molesta. Su visión fue aún más allá, detrás de su espalda y por encima de las cortinas de tergal francesas, observó reír a su hija ampliamente mientras que Nashla le lanzaba agua. No deseaba que ella sufriera, pero sabía que esa situación se le saldría de las manos.

—A que debo tu agradable presencia después de tantos años —soltó con ligero sarcasmo viéndola de nuevo, lejos estaba de quererlo hacer.

Ella levantó la vista y le miró con esos ojos azules, temerosos. Keily, aunque no quisiera reconocerlo, seguía siendo la misma rubia irresistible de su juventud. Su cabello liso y brillante, su piel clara y tersa, sus rasgos cincelados y sus perfectas curvas la acompañaban como si no hubiese pasado el tiempo en ella, aun así, los rasgos de tristezas sobre sus ojos le hablaron de un pasado mal infortunio.

—Yo... yo he venido a remendar cosas —murmuró muy bajo, tan bajo que apenas se escuchó.

—¿Cosas? ¿A qué te refieres con eso? No querrás decir, *he regresado para decirle en la cara a mi hija cómo la abandoné*.

Sebastián trató de que sus palabras no sonaran hirientes y crueles, pero la voz cargada de furia cambió lo que hubiese querido reflejar en verdad.

—Fui una cobarde, lo admito. Pero merezco una oportunidad de pedirle a mi hija que me acepte en su vida.

Sebastián soltó una risilla irónica.

—Y por qué esperaste tantos años para venir a pedir algo que no estás en disposición de

exigir.

—Si antes no lo hice fue porque no quería regresar derrotada. —Keily se puso de pie lentamente, su voz se quebró, estaba apuntó de echarse a llorar—. Yo pasé momentos muy malos, Sebastián, no era buena para estar a su lado, pero hoy puedo hacerlo, tengo el dinero y el prestigio para presentarme ante ella sin vergüenza. Soy su madre, no puedes impedirme verla.

—A ella no le hubiese importado si eras rica o no, si tan solo hubieras estado todos estos años junto a ella le hubieras hecho un bien, así me ahorraría el tener que mentir por ti. Serás su madre, pero no eres competente para llamarte como tal.

—No quiero llegar a los juzgados, Sebastián. —Una lágrima resbaló por su mejilla, pero aquello no conmovió a Sebastián—. Puedo pedir mis derechos y hacerlos válidos, quiero y deseo pasar tiempo con ella...

—Haz lo que te plazca. —La interrumpió completamente molesto—. Después de todo lo que hiciste, de negare tu cariño ¡no tienes ningún derecho de pedirme nada!

Keily se limpió las lágrimas con el dorso de su mano y respondió:

—Sé que ahora estás enfadado, te daré unos días para que te calmes y lo pienses bien, yo no quiero problemas contigo, solo quiero verla, dale la oportunidad de conocerme.

Se dio vuelta sobre sus talones y salió por la puerta del despacho.

Un silencio denso se instaló ahí dentro. Pero su madre caminó poniéndose frente a él, dejando sus manos sobre el costado de sus caderas.

—Estoy plenamente de tu lado, hijo, lo sabes, y si fuese por mí, ella no entraría a esta casa, pero en algo tiene razón, es su madre.

—¡La abandonó, mamá! —soltó irritado—. ¡Ahora viene como si no hubiese pasado nada! ¿Cómo se lo digo a Margaret? ¿Cómo le explico que ella ha vuelto?

—Maggie es inteligente, hijo. Recuerda que había deseado verla, si no fuese por la presencia de Nashla que ha calmado su anhelo, ella aún preguntaría.

—¡Me niego a hacerlo! —gritó exasperado—. ¡¿Por qué tuvo que regresar?! ¡Todo iba bien, todo estaba resultando bien! —Tiró su cabello con ira.

—Tienes que tranquilizarte, Sebastián, pensar con claridad y por el bien de la niña, tenemos que llegar a un acuerdo por Margaret, solo por ella, ahora cálmate un poco antes de salir, ellas no tienen que verte así, iré a ver cómo va la comida.

Se alejó, dejándole abatido y con mil emociones encontradas.

Sebastián se dejó caer de nuevo en la silla y miró hacia afuera de la ventana, la imagen de Nashla y Margaret jugueteando en el agua, era lo más bello que la vida le daba en mucho tiempo.

Y no lo sabía, pero algo le decía que la presencia de Keily no traería nada bueno y que opacaría su felicidad.

Nashla había observado a una rubia con buen porte viéndolas fijamente desde el pasillo, su imagen fue nítida por la lejanía, sin embargo, su vestimenta era impecable. Después de notar que había sido vista, salió por la puerta principal de la residencia tan deprisa que ni siquiera le dio tiempo de verle bien el rostro. De igual forma, Margaret tampoco se percató de su presencia.

«¿Quién es?».

Había escuchado, al igual que Margaret, un grito lleno de furia de Sebastián. Por esa razón las dos decidieron salir del agua. Se cubrió la cintura con una toalla y ayudó a salir a Margaret

para cubrirla con otra. Entonces, Luciana entró en su campo de visión con lágrimas en los ojos que limpiaba yendo hacia la cocina, pero ella sí logró verlas y se detuvo.

—Vayan a cambiarse, la comida estará lista en un segundo. —Su débil sonrisa le dijo que algo desagradable había ocurrido, pero no hizo ademán de preguntar.

Asintió, y Luciana continuó su camino.

Con rapidez tomó la mano de Margaret y corrieron para subir escaleras.

Nashla baño y vistió a Margaret en su habitación, ya era tanta la confianza y tan desinhibida se sentía, que conocía toda la mansión y podía andar por dónde quisiera. Después de cepillar su cabello, la dejó leyendo uno de sus cuentos y aprovechó para darse una ducha rápida solo para quitar el cloro de la piscina.

Al salir, ella sonrió al ver a Sebastián sentado sobre la cama con la pequeña sobre sus piernas terminando de leerle el cuento. Él la miró y le sonrió, pero su mirada no era feliz sino preocupada.

—Maggie, ve abajo con la abuela y ayúdala a poner los cubiertos, en un momento bajamos. —Sus palabras serenas parecían forzadas.

Margaret saltó de su regazo más que contenta y sonriente, para después salir de la habitación.

—¿Todo está bien? —preguntó ella, apacible, viendo algo en sus ojos que nunca le había visto.

Sebastián negó, después cerró los ojos y emitió un triste suspiro.

»Vi a una mujer salir. ¿Quién era? ¿Por qué te ha dejado tan intranquilo? —habló de nuevo, eso logró que él abriera sus ojos.

—Es la madre de Margaret —siseó con voz cargada de reproche—. Vino a pedirme que le deje ver a la niña.

—Ya veo.

Nashla caminó hacia la cama y tomó asiento junto a él, elevó una de sus manos y acarició con ternura el hueso debajo de su mejilla. Tomó con extrañeza esas palabras, y aunque la noticia no la esperaba, su rostro no reflejó emoción alguna.

—Jamás creí que volvería. —Le escuchó musitar apretando los dientes—. Es tan fácil para algunas personas irse sin más, y después volver como si no hubiesen dejado dolor tras su partida. Hubiera preferido saber que nunca volvería, que estaba muerta.

—Sé que no es el momento, que estás enojado, pero no deberías expresarte así, este no es él Sebastián que conozco.

—Ahora no soy buena compañía, lo sé.

Ella le sonrió con ternura.

—Siempre serás mi mejor compañía.

Sebastián tomó entre su mano la suya, luego la llevó a sus labios y la besó.

—¿Cómo solucionaré esto? —Miró al suelo viendo sus manos cubrir la suya—. Le hice creer a Margaret que ella viajaba por el mundo rescatando animales y cuidando de ellos, la hice ver como una heroína cuando en realidad ni siquiera la quiso.

El rostro de Nashla se tornó tierno.

—Sé que fue difícil para ti hablarle bien todo el tiempo de ella, pero eso habla bien de ti —puso un par de dedos sobre su barbilla y la levantó para ver su mirada—. De un hombre que ama a su hija y que haría todo por no causarle daño alguno, pero ahora tienes que dejar que las cosas sigan su curso. Esto tarde o temprano sucedería, y tal vez sea bueno que ella la conozca,

sé que duele, pero deja que sea Margaret quién decida darle cabida en su vida o no. ¿Y sabes qué?

El brillo en los ojos de Sebastián por fin se asomó a través de sus espesas pestañas.

»Yo estoy aquí. —Le sonrió, y él devolvió la sonrisa—. No te dejaré solo en esta batalla.

—No lo hagas nunca — murmuró.

Sebastián elevó una mano que llevó detrás de su cuello atrayéndola hacia él, tomándola por sorpresa, la besó con anhelo. Con deseo. Tan apasionado que le cortó la respiración. Su cuerpo comenzaba a reaccionar de una manera loca y ardiente cada vez que sus labios se tocaban. Su sabor le embriagaba. Le demostraba el deseo oculto que vivía en ella. El deseo de mujer. No supo, ni sintió el momento en que su espalda tocaba el colchón, las rodillas de Sebastián cedían a su peso justo de lado de sus caderas. Sin darse cuenta, sus manos estaban debajo de su camisa de algodón, detrás de su espalda, y las de él, vagaban por los costados de sus curvas.

Sus reparaciones eran agitadas, y lo único que se escuchaba en toda la habitación.

Pero él se detuvo.

Y ella agradeció que lo hiciera.

Habían pasado días desde que todo en ellos era más estable, pero ella sabía que aún no estaba lista para el siguiente paso. Ni para pronunciar las palabras que él anhelaba escuchar.

—Discúlpame —Le pidió, mirándola desde arriba.

—No tienes por qué disculparte.

—Claro que sí, aún no es tiempo. —Sebastián se incorporó y le ayudó a sentarse.

Ella ladeó la comisura de su labio en una nostálgica sonrisa.

—Estás haciendo que ese instante se acerque cada día más.

Sebastián no pudo evitar sonreír.

—No puedes evitar lo inevitable —citó convencido—. Y espero con ansias ese día, entonces ya no solo con palabras te diré cuánto te quiero, sino que todo de mí lo diré. Ahora vamos a comer algo antes de que me arrepienta y vuelvas a estar sobre la cama.

La tomó de la mano y salieron de la recámara entre risas. Sebastián parecía haber olvidado su pena.

Su hija le miraba con ojos muy abiertos. El azul cielo de sus pequeños ojos se había oscurecido. Haberle dicho que su madre volvería la dejó pasmada, asombrada y sin habla. Estaba frente él, ambos sentados en la cama de su recámara.

Sebastián seguía el consejo de su madre y de Nashla. Ambas tenían razón, y odiaba darse cuenta de que era así. Su hija era la que decidiría si llegaba a querer a Keily.

—¿Qué piensas de lo que acabo de decir?

—No estás bromeando ¿verdad? —exclamó con voz chillona.

—No. He hablado con ella y vendrá a verte mañana, quizás...

—¿Y se quedará para siempre? —preguntó sin poder creerlo.

—No lo sé, cariño. —Estrechó sus ojos, confundido, le fastidió pensar que Keily la lastimara sino era así.

—¿Y crees que le guste jugar muñecas?

—Tal vez, a todas las niñas les gusta.

—¡Cierto! Nashla y yo nos divertimos mucho.

Ambos compartieron una sonrisa cómplice. Nashla era a alguien a quien miraban presente

por toda una vida.

—Pero, ella seguirá siendo tu novia y viniendo a verme, ¿verdad?

—Por supuesto que sí, tu relación con ella no tiene por qué cambiar, y yo la quiero, así que no, ella no se ira de nuestras vidas.

—Bien, eso me gusta, y también la quiero. ¿Entonces tú y mamá serán amigos?

Él asintió forzado. Aunque lo que pedía su hija no era sencillo, lo haría, llevaría la fiesta en paz y continuaría como de costumbre.

La dejaría entrar, le daría una oportunidad más. Pero sin saberlo, ella llegaría a cambiarlo todo, a robarle un *te amo* aún no dicho.

Capítulo 17



—Dime que vendrás. —La voz suplicante y tierna de Sebastián la hicieron sonreír.

Tuvo que frenar un poco la velocidad de su coche para no chocar el auto frente a ella, y para calmar lo que su voz lograba accionar en ella.

—Me surgió una cirugía y no sabré cuánto demore, lo siento. —Se disculpó lamentándose. Sin embargo, era una mentira, moría por verle, y conducía como una loca para llegar hasta él.

Giró el volante hacia la calle dónde se encontraba la mansión. Desde su primera llamada por la mañana, en la cual le había pedido que fuera para estar presente cuando Keily hiciera apareciera, quiso haber dejado el trabajo e ir corriendo a su lado. Pero la cirugía de pulmón de un niño de cuatro años se lo impidió. Siempre estaba su deber antes que todo. Después de cuatro horas de incertidumbre y tensión dentro del cuarto de operación, salió más que dispuesta por ir a sus brazos.

—Bien. —Un prolongado suspiro exhausto se escuchó por parte de Sebastián—. ¿Pero podremos vernos más tarde? ¿Necesito verte, cariño? —Su última frase apenas fue audible.

Ese sentimiento de necesidad que oyó de sus labios, le produjeron una insoportable ansiedad de él... de sentirle.

— ¿Tanto me quieres? Comenzare a creer que ya no puedes estar sin mí —ironizó Nashla, deteniendo su auto en la cochera, justo al lado del auto deportivo de Sebastián y descendiendo de prisa.

Ignorando por completó el auto de lujo negro que se encontraba en la acera de peatones frente a la casa.

—¿Acaso lo dudas?

—Qué te parece si mejor abres la puerta y me dices eso en persona.

En el móvil se escuchó el sonido de llamada terminada. Guardó su móvil mientras caminaba casi corriendo. La puerta se abrió de par en par, mostrando a un impaciente Sebastián. Él se echó a sus brazos, y en segundos buscó su boca. Nashla notó que sus pies no tocaban el suelo, la había alzado sin darse cuenta.

—Eres una mentirosa, embustera —soltó él, con diversión en sus palabras al dejar de besarla.

—Y tú un ingenuo al pensar que te dejaré solo en esto, te lo prometí ¿no? Estaré contigo siempre.

—Siempre es una gran promesa o la más grande mentira. ¿Cuál de las dos estás dispuesta a hacer? —Su mirada interrogante le expresó anhelo por escuchar lo que llevaba tiempo deseando decir de sus labios.

—Bueno, un *siempre* es difícil para mí, así que será mejor decir que sea el tiempo que el destino tenga determinado para nosotros.

Él hizo una mueca de desdén.

—El tiempo es sabio, se lo dejaremos a él. Pero, un *siempre* para nosotros no suena mal.

Sonrieron mirándose a los ojos, entonces, por el rabillo del ojo, Nashla notó que la cortina de una de las ventanas se abría un poco, alguien que no era Luciana les observaba.

—¿Ella está ya aquí? —Sebastián siguió su mirada, y un suspiro resignado salió de lo más profundo de su pecho.

—Llegó hace unos minutos.

—¿Maggie sabe que ha llegado?

—No. Aún no, ella y yo estábamos hablando antes de que le pidiera bajar, y te estábamos esperando.

—Gracias por esperarme.

—Eres parte de mi vida ahora, cariño, es imposible no incluirte en todo.

Tomados de las manos, caminaron hasta la puerta y entraron.

La mujer que vieron sus ojos al entrar a la sala, era la misma que había visto salir hacía dos días. Vestía un traje de falda y saco corto, joyas sobre su cuello y las orejas que destellaban ostentación. Era increíblemente hermosa, elegante y dueña de un rostro tierno, aunque un velo en su mirada le dijo que ocultaba algo más.

Sus ojos pasaron de ella hacia Sebastián. No pudo impedir que su mente la torturara con la imagen de ambos juntos en el pasado. Eran perfectos juntos.

—Buenas tardes —anunció, sacando sus pensamientos turbios.

La mujer le sonrió con amabilidad.

—Keily, ella es la doctora Nashla McNeill, mi novia. —Le presento Sebastián con orgullo en su voz. Eso regocijó su corazón—. Amor, ella es Keily Anderson.

Sebastián omitió mencionarla como la madre de Margaret.

—Un gusto —habló Keily primero, extendiendo su mano para sostener la suya.

Nashla tuvo que soltar a Sebastián para tomarla.

—El gusto es mío. —Al sentir el tacto de su piel. Nashla experimentó una sensación desagradable que pasaba de la desconfianza a la negación.

El silencio quedó instalado en la reducida sala. Nashla, quién observaba todo a su alrededor, miró la cantidad de cosas que había sobre el sofá. Sin embargo, la incomodidad no duró demasiado, fue interrumpido por el sonido de los tacones de Luciana al bajar por las escaleras de la mano de Margaret.

—¡Nashla! —gritó Margaret con entusiasmo y corrió para echarse a sus brazos.

Ella la abrazó fuertemente y depositó un beso sobre su cabello rubio, a pesar de la mirada de Keily sobre ambas.

—¿Jugamos en mi cuarto con muñecas? —Margaret había ignorado la presencia de Keily al separarse de sus brazos—. Papá me ha comprado una nueva y se parece a ti, esa podrás usar.

—Me parece bien, podremos hacerlo más tarde, pero ahora papá tiene que hablarte sobre algo.

Sus grandes ojos claros se estrecharon intrigados. Elevó su vista hacia Sebastián y él le indicó que viera hacia su costado. Al hacerlo, la reacción de la niña fue extraña, en lugar de que preguntara quién era la mujer, su reacción fue apretar su cuerpo más a Nashla.

La mirada de Nashla fue hacia Luciana, ella asintió débilmente con una sonrisa, era evidente que le agradaba ver que su nieta la quisiera.

—Margaret —La voz de Sebastián se escuchó algo dudosa—. ¿Recuerdas lo que hemos hablado sobre mamá?

Ella asintió sin soltar a Nashla.

»Ella es Keily, to mamá.

Los ojos de Margaret se abrieron con sorpresa. Pero su boca había quedado muda.

—Hola, Margaret —Keily le sonrió, caminó hasta ellas y se colocó a su altura—. Eres tan linda como tu papá dijo que eras.

—Me parezco a él, todo el mundo lo dice. —La interrumpió Margaret más que segura de esas palabras.

—Cierto. Eres igual a tu padre. —Keily tomó la pequeña mano que Margaret tenía detrás de su espalda—. He traído unos obsequios para ti. ¿Quieres verlos? —pidió señalando hacia el sofá lleno de bolsas y paquetes con estampados de dulces y moños—. ¿Podemos jugar muñecas? A mí me encanta jugar, y así te cuento de mis viajes que hice ¿te parece?

La pequeña Margaret alzó su rostro hacía Nashla, después hacía Sebastián, parecía pedir autorización para poder hacerlo.

—Adelante, mi amor, ve a ver tus obsequios.

—Está bien, pero también jugaremos con los míos, y la muñeca de Nashla será solo para ella ¿de acuerdo?

Keily asintió mirándola con algo parecido al reproche.

Margaret dejó de resistirse, dejó de tomar la mano a Nashla y junto a Keily avanzó hacía el sofá lleno de cosas, mientras ella, animada, le mostraba lo que le había traído.

—Se quedará mucho tiempo —susurró Luciana cuándo estuvo a la altura de ambos.

—Me lo ha pedido, mamá, hemos llegado a un acuerdo. Desea ganarse la confianza de Margaret, así que le he permitido venir todos los días.

—Espero que nada salga mal —siseó Luciana con irritación.

La semblanza de Sebastián se tornó adusta.

Nashla vio cómo se alejaban ambos para discutir aquello que había comenzado. Observó a Keily y Margaret. Al igual que ella, Luciana sentía que las intenciones de esa mujer, no eran del todo honestas.

Pasar tiempo con su hija, le había resultado fascinante. Pensaba en que haber regresado no era del todo malo mientras descendía de las escaleras de la residencia. La noche ya era visible, había caído tan rápido, pero es que había disfrutado tanto, que el tiempo pasó sin darse cuenta.

De haber sabido que su hija la recibiría bien, no hubiese postergado tanto su regreso.

Sonrió. La dejó dormida después de haberle ayudado a bañarse y leerle un cuento que ella pidió. Había disfrutado jugar muñecas, comer a su lado, y saber sus aventuras de escuela. No podía negar que Sebastián había hecho un gran trabajo con ella. Era amable, educada, lista, y, sobre todo, tenía todo lo que una niña de su edad necesitaba: una habitación llena de juguetes de todo tipo, la mejor ropa tendida en su closet, una casa lujosa, e iba a la mejor escuela privada de la ciudad. Y lo tenía a él, Sebastián era tal y como ella recordaba. Esa era la segunda razón por la que había regresado.

Haberle dejado fue lo más estúpido que había hecho. El miedo a un compromiso más estable la atemorizó tanto que terminó por huir. Sin embargo, después de haberle dejado, de haber probado tantos labios y haber dormido en tantos brazos desconocidos, le hicieron darse cuenta de lo que había perdido con Sebastián; seguridad, bienestar, dinero, pasión y amor.

Pero ya era demasiado tarde cuándo se dio cuenta, estaba completamente perdida. Las

drogas, el alcohol y los excesos la hicieron tocar fondo. Sentía tanto asco por ella misma que le impidió volver. Si no hubiese sido por aquel anciano que la pretendía con dinero, que le ayudó y que la hizo su esposa para después morir y dejarle una inmensa fortuna, aún no tendría la cara para estar ahí presente.

Y ahora, lo estaba.

Estaba lista para recuperar lo suyo. Pero algo le había resultado molesto. No esperaba que su hija quisiera tanto a la mujer con la que Sebastián salía. Eso tenía que pararlo. Porque esa intrusa no estaba en los planes.

Al llegar al último escalón, notó las pocas luces que había encendidas en la sala y en algunos pasillos. De igual manera, las risas llegaban de la parte exterior, dónde se encontraba la piscina. Se detuvo y los buscó por el reflejó del vidrio. Sebastián se encontraba sentado en una de las sillas junto a la piscina. Ella estaba sobre piernas, con ambas manos rodeando su cuello, entonces escuchó:

—Quédate. Es muy tarde para que te vayas, además, has dicho en la comida que mañana no tienes ninguna cirugía.

—No. no tengo ninguna, pero no es correcto que me quede, hasta ahora no lo he hecho y no pienso hacerlo.

—Esta puede ser la primera de muchas.

—Sebastián. —Le reprendió ella—. Sé a dónde quieres llegar.

El soltó una carcajada.

—Juró que no pasará nada, al menos no que tú lo desees.

—Eres demasiada tentación, pero podré soportarlo.

—Si lo prefieres puedes dormir en mi habitación y yo en la de huéspedes ¿te parece? Así no perturbo tu mente.

Volieron a reír, y a Keily le intrigó saber por qué aún no habían dormido juntos.

Ellos terminaron de reír, y para su desafortunada suerte, se besaron. De una manera tan apasionada que la invadió la envidia de no ser ella, le pareció insoportable.

—Te amo. —Le escuchó decir a él, sin embargo, de la boca de ella no oyó lo mismo.

Algo extraño había ahí, algo que podía tomar a su favor.

Sonrió maliciosamente.

Sin duda lo aprovecharía. Porque algo estaba claro, Sebastián sería suyo de nuevo, costara lo que costara.

Capítulo 18



La tenía en su cama de la manera más inocente. Convencerla de haberse quedado había sido el propósito para llegar a ese momento. Sebastián llevaba una hora admirándola, esa era la segunda ocasión en la que la tenía así, y esta vez, no dormiría como un tronco para perderse la maravillosa manera en la que su rostro sereno y sus ojos cerrados, se unían para enamorarla aún más. Quería saber si hablaba dormida, si pronunciaba su nombre. Quería escuchar su respiración, los latidos de su corazón, quería sentir el calor de su cuerpo, aunque odiara no sentirlo sin esa estorbosa ropa, y sobre todo, cuándo despertara, estar ahí para decirle lo hermosa que era.

Un mes, 10 días, 960 horas, y un sin fin de segundos apenas juntos, y parecía que la había amado por toda una eternidad.

Llevó una de sus manos hacia su rostro, y acarició con sumo cuidado su mejilla para no despertarle. Su cabello largo y castaño cubría gran parte de la almohada blanca. Su rostro apacible y el sube y baja de su pecho, era deliciosamente exquisito para su vista. Verla llevar una de sus camisas para dormir, dejando sus largas piernas expuestas para él, era imposible de soportarlo. Su entrepierna reaccionaba, tenía respuesta a toda ella, «cuánto desearía tomarla aquí mismo», despertarla y hacerle el amor hasta que ninguno de los dos tuviera fuerza suficiente para levantarse.

Pero había prometido esperar y no le fallaría.

Sin duda, era la mujer con la que quería pasar el resto de su vida. Había comenzado a pensar en un futuro juntos. Imaginar despertar todos los días, tener una familia y envejecer a su lado, se había convertido en un prospecto de vida perfecto. Pero por alguna razón que no explicaba, estaba temerosa de amar, de entregar su cuerpo, de entregarse por completo a él.

El día en que pronunciara de sus labios ese *te amo* que necesitaba escuchar, sería el hombre más feliz sobre la tierra. Nashla se había convertido en su todo. Arriesgaría su vida por ella, y sabía algo con suma certeza. Le confiaba su corazón. Porque alguien que había sentido el dolor, sabía el daño que podía causar.

Se levantó con cuidado y la cubrió con el edredón de la cama, se veía tan tranquila que no quiso despertarla. Fue hasta el baño para darse una ducha, ya era tarde, eran más de las siete y tenía que llevar a Margaret al colegio.

Dejó que el agua fría bañara su cuerpo y calmara la ansiedad, le produjo una sensación de alivio enfriar su sangre que recorría cada parte de él torturándolo. Pero su mente le jugó una broma pesada; la imaginó desnuda sobre su cama, tocándole sin pudor, completamente bañados en sudor y escuchando sus gemidos de placer, gemidos que él lograba con cada investida.

Sonrió por la ironía de la situación. Si alguien le hubiese dicho que un hombre tan activo sexualmente tendría que hacer abstinencia, se hubiese echado a reír. Y ahí estaba, esperando el momento, la noche y el día en que pudiera expresarle en caricias apasionadas, lo mucho que la

amaba.

Después de la ducha, salió del baño con una toalla sobre su cintura. Miró hacia la cama, y se encontró con la sorpresa de que estaba despierta.

—Buenos días, cariño —anunció con alegría, acercándose hasta la cama y depositando un beso sobre su frente y otro en su boca.

Se quedó ahí, viéndola desde arriba.

—Buenos días.

Sebastián le sonrió con malicia. De repente, sus manos bajaron directo a su vientre y sus dedos se movieron para hacerle cosquillas. Nashla en reacción, soltó una carcajada, no esperaba eso, y cayó en cuenta de que era demasiado sensible a lo que le hacía.

—¡Basta! —chilló sin parar de reír. Pero él no se detuvo. Amó el sonido de su risa a cada segundo.

—¿Irás al hospital? —dijo él, al dejarla tranquila.

—Sí. Tengo cosas que hacer, aunque no tenga cirugía.

—Bueno, ve a ducharte para que no llegues tarde, hay un cepillo de dientes nuevo en el cajón pequeño, cuando salgas estará tu ropa aquí totalmente limpia.

Nashla se incorporó y se sentó sobre el colchón.

—No era necesario que lavaran mi ropa, traía más en mi coche.

Sebastián notó la mirada de Nashla sobre él. Ella admiraba su cuerpo semidesnudo.

—¿Te agrada lo que ves? —siseó con voz ronca y mirada sumamente seductora.

—Eres hermoso.

«¿Hermoso? Yo deseo escuchar otra cosa, tal vez un: te amo, Sebastián».

Se miraron un instante que pareció eterno. Entonces él, se acercó a ella y dio sobre sus labios un leve beso.

—Y tú eres la mujer más bella que existe sobre la tierra.

—Eso es una ilusión tuya, me ves con ojos distintos a los demás.

—No. No soy el único que lo piensa, te lo aseguro.

Volvió a besarla y se arrepintió de hacerlo. Se sintió duro entre sus piernas.

—Ahora dime —se obligó a olvidarse de su excitación—, ¿sueles traer ropa siempre, o tu intención es mudarte conmigo? —soltó con una amplia sonrisa jugando con sus palabras.

—Aún no te hagas ilusiones, fortachón, es muy pronto para pensar en ello.

—Claro que no.

—No discutiré contigo eso —Nashla le mostró por primera vez una mueca divertida sobre la boca—. Me iré a tomar una ducha antes de que diga cosas que no debo.

La carcajada salió de lo más profundo de su garganta y se escuchó en toda la habitación, mientras ella cerraba la puerta del baño.

Minutos más tarde, salió con una toalla cubriendo su cuerpo y otra sobre su cabello. «Esa bella imagen será difícil de olvidar en todo el día», se dijo él, mientras abotonaba la camisa. Nashla tomó de la cama la ropa limpia que habían traído, y volvió al baño para cambiarse. A Sebastián le frustró no tener aún la confianza plena que deseaba para verla sin que se ocultara de él.

—El desayuno está listo —anunció él al verla salir vestida del baño—. Pero quería hablar contigo de algunas cosas antes de bajar.

—¿Sobre qué? —Nashla se colocó frente al espejo y comenzó a cepillar su cabello.

—La primera es que esta noche tendré una junta de negocios, pero prometo que será rápido

para poder vernos, sólo dime que me esperarás.

—No es necesario que te apresures por mí. —Lo vio estrechar su mirada a través del espejo.

—¿A caso no quieres verme y darme mi beso de las buenas noches?

Nashla terminó de cepillar su cabello y se volvió.

—No es eso, claro que quiero verte, pero no quiero intervenir en tus asuntos.

—No intervienes en nada, cariño. —Sebastián se acercó y rodeó sus brazos sobre su cintura

—. Además, son aburridas todo el tiempo, pero voy a morir si no te veo en todo el día.

Nashla le ofreció una tierna mirada.

—Está bien ¿Qué más querías decirme?

—Segundo, Navidad se acerca así que pasado mañana es la obra de teatro en el colegio de Margaret, quiere que vayas ¿crees que puedes hacerlo? Te aviso que participaré yo.

—¿Tú?

—Sí, seré un increíble hombre árbol.

— ¡Un hombre árbol! —Nashla no pudo impedir reír.

—¡Hey! No te burles de mi papel protagónico.

—Lo siento, no es mi intención, pero no pude dejar de pensarte vestido de esa manera. Y por supuesto que sí iré, no me perdería eso por nada del mundo.

Sebastián la besó, mientras estuviera cerca de ella, lo haría cada vez que pudiera.

—La tercera. Me preguntaba si tu familia desearía pasar navidades con nosotros, mi madre y yo queremos que lo hagan, sabes que ambas mamás se llevan bastante bien, y no vendría mal pasarlo juntos estas navidades, sería fuera de aquí. Acostumbramos a pasar algunas navidades en el Lago Tahoe, cerca de Nevada, es una casa que mis padres compraron cuando era un niño. Sería como un viaje familiar, yo me encargaré de todo... ¿Qué dices?

Ella no respondió, sus ojos ámbar le observaron expectantes.

Por la manera en que le miraba, sabía que su mente estaba pensando algo, y preguntó:

»¿Qué pasa? ¿No te gusta la idea?

—Claro que me gusta, mi madre estará encantada con la invitación.

—¿Por qué imaginó que a ti no? —La voz intrigada de Sebastián la incómodo.

—No suelo festejar Navidad, Sebastián, siempre he estado de guardia esos días, mi madre y Janine suelen pasarla sin mí.

Él se quedó mudo.

—¿No te gusta la Navidad? —preguntó, después de unos segundos de aturdimiento.

—No tengo buenos recuerdos en mi infancia, Sebastián, tanto mi madre como mi hermana han sabido entenderlo.

Sebastián comenzó a imaginar a una niña sola, llena de tristeza y dolor. Su corazón experimentó aquel dolor como propio, ya comenzaba a entender muchos miedos de Nashla. Había tanto que saber sobre su pasado, que no sabía cuál era la manera correcta de actuar. De curar todo el infierno que cargaba. Solo podía ser paciente y darle amor.

—También podría hacer lo mismo —siseó, tomando entre sus manos su rostro—. Pero me gustaría cambiar la perspectiva que te has obligado a creer. Esta Navidad la pasaras conmigo, será distinta, lo prometo.

Ella asintió con un brillo distinto en su mirada.

—Les diré.

—Te mostraré la mejor Navidad del mundo —exclamó Sebastián, radiante e ilusionado.

Luego selló aquella ilusión con un beso apasionado.

—¡Buenas noches, preciosa! Es un milagro que estés aquí a estas horas. ¿Qué ocurrió? ¿Tu novio ya se aburrió de ti? —El comentario sarcástico de Janine la hizo sonreír.

—Últimamente estoy mucho en casa, hermana, será que es otra la que nunca está —atacó más que dispuesta a seguir su buen rollo.

Janine que subía el último escalón del porche, le sonrió con calculadora ironía.

—Me gusta saber que me estás esperando —soltó dejándose caer junto a ella en el sofá que se mecía.

—Serás tan engreída para creerlo.

Nashla compartió parte de la manta que cubría sus piernas. Diciembre había iniciado. Y con él llegaba el frío nocturno de invierno.

—¿Y mamá?

—En la cocina, está preparando galletas.

—Apuesto a que tendremos la indiscutible visita de siempre.

—¿Sabes? Hay ocasiones en las que me abrumba tu inteligencia, hermanita.

—No soy inteligente, nací siéndolo.

Ambas rieron por el comentario.

—Tengo que preguntarte algo —exclamó Nashla, viéndola directamente a los ojos.

—Dime, soy toda oídos.

—Sebastián nos ha invitado a pasar navidades con ellos, mamá ya sabe y está fascinada con la invitación.

—No es difícil de imaginar... lo ama. Pero ¿y tú? ¿Vas a celebrar Navidad? —preguntó más que sorprendida.

Nashla dejó caer la vista al suelo. En su mente vinieron recuerdos que deseaba borrar. Esos que había pensado cuándo Sebastián le había hecho la invitación. Navidad, no solo era celebrarlo como tal. Ese día era su cumpleaños. Esa misma fecha habían asesinado a su verdadera madre, a la que recordaba poco. Esos días en los que se atrevía a dibujar con pintalabios un árbol de navidad sobre la pared para sentirse viva en aquel sitio. Eran recuerdos que no le gustaban.

—Estoy en esos días en los que parece que todo está cambiando, así que sí, celebraré Navidad.

—¡Esto es increíble! —exclamó Janine sin aliento.

—Deja de actuar como si hubiese dicho algo que nunca haría.

—Es que nunca lo hacías, Nashla ¡Pero es genial! Por fin Santa te verá la cara.

Aquellas palabras llenas de júbilo en Janine, le hicieron pensar en lo mucho que había perdido el tiempo por los estragos del pasado.

»Parece que tengo que agradecerle al chantajista después de todo.

—¿Agradecerle tú? No me hagas reír.

—Ha hecho muchos cambios buenos en ti, claro que tengo que hacerlo, ya no eres más un fantasma por los pasillos del hospital, aunque no lo trague tengo que hacerlo.

—Eres una mentirosa, he visto cómo hablas muy bien con él.

—Eso es por ti, nada más.

Ambas compartieron una mirada cómplice.

»Dime ¿si te pregunto algo respondes con toda sinceridad?

—Depende.

—No seas tramposa, Nashla, sé honesta conmigo que soy tu hermana.

—¡Suéltalo! Igual harás que te lo diga.

—Te has enamorado de él ¿verdad?

Nashla calló pensando si debía abrir su corazón con Janine y si era bueno. Pero su subconsciente optó por no hacerlo. El miedo más grande en ella era eso, decir abiertamente sus sentimientos, si la vida la escuchaba decirlo en voz alta, lo apartaba de ella. Así que le mintió.

—Aún no sé qué pasa con mis sentimientos, solo sé que me gusta estar con él, compartir mis días, lo demás, el tiempo lo dirá.

—Eso suena bien, parece que vas por buen camino entonces, pero sea lo que sea, creo que estás donde debes.

—¿A qué te refieres?—La interrumpió.

—A qué si él está mostrándote qué es vivir, es dónde debes permanecer y dejar que ese corazón gélido comience a amar.

—No estoy segura de que sea buena para él, Janine, soy la muestra exacta de la destrucción y el caos.

—No es cierto, es lo que te has hecho creer para no sentirte obligada a amarlo, pero deja que ocurra, será el mejor sentimiento de tu vida.

«Ya lo hago, pero tengo miedo».

Al decir la última frase, Janine la tomó de la mano sosteniéndola con fuerza, ella percibió aquello como un: *estaré aquí siempre que lo necesites*.

Un carraspeo se oyó, y después la voz de Sebastián.

—¿Interrumpo algo?

—No, cuñado. —Janine fue la que habló—. Yo estaba a punto de irme, es toda tuya.

Se puso de pie y se alejó dejándoles solos.

—¿Conversación profunda de hermanas? —preguntó con su habitual sonrisa bailando en sus labios.

Ella asintió conmovida por dentro.

Sebastián se acercó a ella, se inclinó frente a su rostro y depositó un beso sobre sus labios con tanta ansiedad, que Nashla notó que cada vez que eso sucedía, le atemorizaba la idea aún más de alejarlo de ella, y perderle.

—Les he hablado sobre la Navidad. —Anuncio ella acurrucándose a su lado cuando tomó asiento.

—¿Y? ¿Aceptaron?

—Tendrás tu Navidad, fortachón.

—Y tú tendrás la tuya, cariño. La recordarás muy bien, te lo aseguro.

Sebastián la besó en la coronilla y se quedaron en silencio disfrutando de la compañía del otro.

Capítulo 19



El sonido de los de tacones se escuchaba resonar sobre los pasillos del corredor del colegio. Nashla caminaba esquivando a varios padres de familia que iban en la misma dirección que ella, y con sus hijas a su lado vestidas de forma divertida. Se celebraba la tan esperada obra de Navidad. Algunas calabazas, orejas de reno, vestidos rojos de santa, gorros navideños, estrellas, duendes, e incluso monos de nieve caminaban en dirección al auditorio.

Había llegado a tiempo, se dijo. Al ver que la gente apenas tomaba asiento en las butacas frente a un escenario con una cortina roja cerrada.

Buscó con la mirada entre tanto tumulto de gente, a Luciana. Quién supuso estaría ahí, lo más probable era que Sebastián y Margaret estuvieran tras bambalinas en espera de iniciar la obra. La cabeza rubia y bien peinada de Luciana fue visible sobre la segunda fila. Se encaminó hasta ella descendiendo poco a poco y a medida que la gente le permitía hacerlo.

—¿Llegué a tiempo? —preguntó sorprendiendo a Luciana.

—Justo a tiempo, dulzura —Le llamó de esa usual forma en que lo hacía desde hacía días, mientras le daba un beso en la mejilla.

—Mita, te presentó a la señora. Peter, la directora del colegio.

Nashla le extendió su mano para saludar a la mujer afroamericana, de cabello oscuro y rasgos dulces, ella le sonrió. Después tomó asiento a lado de Luciana, el lugar que había apartado para ella. Las dos mujeres comenzaron a conversar, parecían conocerse desde hacía años, y ella las escuchaba poniendo su opinión de vez en cuando. Pero tras varios minutos de murmullos de la gente, su relajado momento disfrutando de la charla de las mujeres, fue interrumpido por alguien que esperaban.

—¡Hola! ¿Puedo tomar asiento junto a ustedes? —La voz de Keily y su sonrisa, hizo que se quedaran en silencio, sabían que vendría, más no que desearía sentarse junto a ellas sabiendo de sobra, que no era del agrado de Luciana.

—Si no vas a importunar, estará bien para mí. —Fue el reproche de Luciana podía percibirse incluso a distancia.

Sin ningún tipo de escrúpulos, Keily tomó asiento junto a Nashla, y ella sintió una incomodidad abrupta.

—Me alegra saber que llegué a tiempo para verlos —dijo mirándole. Sus ojos le dijeron más de lo que sus palabras expresaron.

Nashla, a pesar de no querer responder, o mantener una conversación con ella, repuso serena:

—Será bueno para Margaret verte aquí desde el comienzo.

—Si hubieras visto —exclamó ella de inmediato—. Se ve tan linda con su traje de árbol navideño. ¿No te dijo Sebastián que los acompañé cuando fueron a la prueba ayer? —Terminó con una sonrisa de satisfacción que no le pareció a Nashla.

Aquello lo ignoraba. Sebastián no le había comentado que hubiesen estado juntos.

—No me excluyas que también fui yo, querida. —La voz de Luciana tranquilizó su mente que trabajó a mil por segundo. Luciana posó su mano sobre la suya, lograron deshacer cualquier atisbo que causara intriga. Cualquier sentimiento extraño que jamás había sentido.

—¡Oh! Es cierto, disculpa, fuimos todos.

Nashla no dijo más, no porque no quisiera, no dudaría de Sebastián sino de ella.

El telón se abrió, apareciendo el primer musical.

Los ojos de Nashla prestaron atención al frente, dejando en segundo plano la actitud osada de Keily. Los monos de nieve cantaron un villancico y dieron inicio. Seguidos por las botargas de regalos y botas navideñas, después por los duendes, y al final. Un Santa, con niñas vestidas de pinos que le acompañaron, cantando.

Nashla mostro una enorme sonrisa cuando sus ojos y los de Sebastián se encontraron, su rostro estaba pintado de verde, así que el azul celeste de sus ojos brillaba con más intensidad. Él, sonrió ampliamente mientras bailaba moviéndose solo hacia los costados. Los niños bailaban alrededor de su eje tomados de las manos y cantando. Sebastián parecía disfrutarlo y pasarla bien. Así pasaron diez minutos de ese último musical, hasta que al final, los niños con los brazos extendidos hacia el cielo dieron por terminado el show, y la gente se puso de pie aplaudiendo con entusiasmo por el espectáculo.

Uno a uno de los presentes, comenzaron a salir.

Entre la multitud, Nashla y Luciana se alejaron de Keily. Buscaron la manera de llegar hasta los vestidores tras el escenario para encontrarse con Sebastián y Margaret. Pero al llegar a la puerta, solo le permitieron a Luciana entrar para ayudar a sacarse la botarga a Sebastián, dejándola afuera.

Esperó paciente en el pasillo, viendo cómo niños y padres salían de ahí con ropa normal. Sin embargo, no esperó que Keily con su actitud importuna, llegaría hasta allí, causando molestia.

—¿Aún están adentro? —Le cuestionó recargando su hombro sobre la pared y con actitud de desdén.

—Sí —respondió tajante, sin ganas de conversar, ni mirarle.

El silencio se hizo entre ambas, el sonido de las risas y las voces de la gente, era lo único que se escuchaba. Nashla notaba sus acosadores y cínicos ojos recorriendo su cuerpo. Pero se mantuvo con la firmeza adusta que la caracterizaba y la serenidad que dominaba.

—Margarett me ha hablado de lo mucho que te quiere —soltó Keily con voz visiblemente indignada.

Nashla volvió su rostro lentamente para verla.

—Su cariño es recíproco, es fácil enamorarse de ella, quien no lo haga es un tonto —repuso, dándole a entender su tiempo perdido.

—Lo sé, *mi hija* —remarcó la última frase tanto, que insinuó reproche—, es extraordinaria. —Se detuvo, pero después prosiguió—. ¿Cuánto tiempo llevan de relación Sebastián y tú ?

Sus ojos se estrecharon. «¿Qué diablos le importaba?».

—Algunos meses —mintió, sabiendo de sobra que tal vez ya lo había averiguado.

—Te recomiendo que no le dejes ir. —Keily se incorporó cruzando sus brazos sobre su pecho y con semblanza burlona—. Te lo digo porque he escuchado de algunas amigas del pasado que duró tiempo solo, qué salía con cuanta mujer quería.

—Estaba solo y soltero. —Le defendió—. Era su vida.

—En eso tienes razón —musitó con tensión—. Pero hay hombres que nunca cambian, si él era un mujeriego, puede que busque lo que necesita en otra parte.

La saña en sus palabras era más que evidente e insoportable, pero mantuvo la calma. Sabía que solo quería herirla, incluso entendió su insinuación. Keily sabía que no dormían juntos.

—Él es libre de hacer con su vida lo que quiera, pero dudo que eso ocurra, Keily, lo que tenemos es suficiente para que esté a mi lado.

—Confías en él ¿no es así? —Aquel tono de ira en su voz, le confirmó que había conseguido dar justo donde deseó, en su ego.

—Totalmente.

—Sin embargo, no creo que te amé como me amó a mí —escupió—. Hay una diferencia entré tú y yo.

Nashla elevó amabas cejas con interés, invitándola a seguir.

»Yo siempre pude y estuve dispuesta a darle todo, y tú no lo estás.

Su verdad dolió. Había hecho que Nashla sintiera celos por primera vez. Celos de imaginarla a ella acariciándole, celos de siquiera pensar que Keily en alguna ocasión le pudo amar sin temor. Alguien le había restregado en la cara lo que ella misma sabía de sobra.

La sonrisa de placer sobre su semblanza le causó miedo. Ella buscaba algo que ahora creía suyo.

Se miraron sosteniéndose la mirada una a la otra. Hasta que el chillido de Margaret las hizo ver hacia la puerta.

—¡Nashla! —gritó ella su nombre y se arrojó a sus brazos—. ¡¿Me viste?! ¡Estuvo genial, ¿verdad?!

Nashla la abrazó elevándola del suelo. La niña había ignorado la presencia de Keily.

—¡Claro, lo vi todo! —espetó tragándose el nudo de emociones en su garganta—. Además, fuiste la mejor, pequeña.

Besó ambas mejillas sonriéndole.

—¡Y papá! ¿Qué tal la hizo dé árbol? Para mí fue el mejor de todos.

Margarett y ella los vieron salir por la puerta en ese instante, a Luciana y Sebastián.

—¡Sin duda el mejor! —espetó ella.

—¿Quién es el mejor? —dijo él, más que consciente de su conversación y quitando los rastros de pintura sobre su rostro.

—¡Tú, papá! Tú fuiste el mejor.

Nashla la bajó de sus brazos y Margaret se dirigió hacia Keily esta vez.

—Pudiste venir.

—Te dije que lo haría, mi amor.

La niña se quedó a lado de su madre, mientras que Sebastián rodeaba con sus manos la cintura de Nashla y le daba un casto beso sobre los labios.

—¿Nos vamos? Las invito a comer —anunció.

Keily y Margaret asintieron. Luciana lo hizo sin emoción. Y ella, fue la única que declinó.

—Tengo que regresar—murmuró solo para que él la escuchara.

—¿No puedes dejarlo? —dijo suplicante.

Ella sacudió la cabeza negando.

—Bien, qué podemos hacer. —Su mirada cansina mostró desilusión—. Ve a salvar vidas amor, — Le sonrió débilmente, fingiendo entenderle.

—Hubiera deseado que vinieras con nosotros. —La voz de Luciana interrumpió el

intercambio de miradas entre ambos.

—Será otro día. —Se excusó lamentándolo, y viendo cómo Keily la observaba con una sonrisa de regocijo sobre sus labios.

—Es hora de irnos. —Sebastián la tomó de la mano y salieron entre toda la gente que aún merodeaba por el lugar.

Al llegar al estacionamiento lleno de autos, él la acompañó hasta su coche, mientras Luciana y Margaret subían al deportivo, y Keily a su auto.

—¿Trabajarás toda la guardia? —preguntó, inclinado y viéndola abrir su puerta.

—Sí, saldré hasta mañana.

—¿Pero nos podremos ver mañana por la tarde? —Al decir eso, Sebastián cerró la puerta recargando sus codos en ella.

—Claro que sí, no pensarás que te liberarás de mí por todo el día. —Nashla trató de aminorar la tristeza de su semblanza.

Él ladeo la comisura de su boca, mostrándole al fin el brillo en su mirada.

—Te quiero. —Le dijo tiernamente.

Ella en cambio, llevó sus manos a su rostro y lo atrajo hacia el suyo para besarle, era su forma más abierta de responderle.

Las diez de la noche, y ella apenas descendía por las escaleras hacia la salida. Pero había valido la pena. Pasó el resto del día, cerca de Sebastián y con Margaret más que animada por verlos juntos, tenía plena confianza en que lo que pensaba hacer, daría el efecto deseado para ser lo que eran; una familia. Sin embargo, la cercanía con él parecía más difícil de lo que pensó.

Bostezó. Estaba cansada. Quería llegar a su departamento de lujo en Bervelly Hills, tomar una ducha de agua caliente, una copa de vino, y pensar en la manera de fastidiar a Nashla para que se alejara.

Antes de bajar el último escalón para llegar a la puerta, escuchó el sonido de pasos en la cocina. Cuando volvió el rostro, vio la silueta alta y la espalda amplia de Sebastián. Servía jugo en un vaso de cristal para después, llevarlo a su boca y beberlo de un sorbo. El cansancio se había esfumado. Así que decidió no perder la oportunidad y hablar con él.

Entró a la cocina y él la miró.

—¿Aún despierto? —Trató de que su voz se escuchara cargada de sensualidad.

—Tengo trabajo que hacer. —Su respuesta tan seca y fría, la desanimaron.

Keily tomó asiento en una silla alta de la isla, justo frente a él. Dejó que el escote de su vestido color lila, se abriera y mostrará más de lo que debía.

—Te felicito por la obra, me gusta ver cómo complaces a nuestra hija, estaba feliz.

—Para eso vivo. Para hacerla feliz. —Sebastián la observó por encima del vaso de cristal del que volvió a beber.

El azul intenso de sus ojos le erizó la piel, recorriendo cada parte de su cuerpo. ¡Dios! Incluso con el paso de los años, seguía siendo tan enigmático como cuando compartía su cama, aún seguía haciéndola temblar de excitación. Se maldijo una vez más por haberle dejado.

—Margaret me ha hablado del viaje que harán esta navidad. —Se obligó a reaccionar—. Me preguntaba si podían incluirme.

Sebastián dejó de beber, tosiendo al instante. El líquido había quedado atascado en su garganta por la impresión.

—¿Qué?! —preguntó, por si había entendido mal, o como si no hubiese escuchado su petición, colocando ambas manos sobre la isla y viéndola aún intrigado.

—Como entenderás, no he pasado ninguna Navidad con ella.

—Eso fue porque tú así lo quisiste. —La interrumpió abruptamente.

—Deja de reprocharme, de juzgarme por querer una vida diferente, Sebastián, no soy una mala persona solo por tener miedo a lo que me tenía que enfrentar.

—¿Y acaso yo no lo tuve? ¿Te preguntaste qué pasaría conmigo y con ella? ¡No! Solo fuiste capaz de pensar en lo que tú merecías.

—¿Vas a decirme en mi cara todo el tiempo lo estúpida que he sido? Pagué ese precio, créeme, ahora sólo quiero estar con Margaret, y poder ser amigos por ella, déjame pasar navidad con ustedes, prometo que no seré un estorbo.

—No lo sé —repuso él, apacible, supo que sus palabras lo habían convencido—. No quisiera incomodar a nadie con tu presencia, sabes que a pesar de que mi madre te deje entrar aquí, solo lo hace por Margaret. Y no quiero estropearle unas vacaciones que se supone que tiene que ser agradables. Tú no las harías.

—Me verán toda la vida —replicó, dándole su mejor carta para jugar—. Creo que convivir desde antes nos vendría bien, si tú y Nashla harán vida juntos, saben de sobra que estaré presente en ella también. Además, es una linda mujer, podremos llevarnos bien, por qué tendría que ser diferente.

—Entiendo tu punto, pero lo pensare, Keily.

—Está bien, lo dejaré a tu criterio.

Se incorporó de la silla con elegancia, y rodeó la mesa para llegar hasta donde él estaba de pie.

—En verdad, piénsalo. —Elevó su mano y la dejó sobre su hombro para deslizarla poco a poco por su brazo—. Me encantaría estar con ella esos días, darle mis regalos, mi compañía, sé que a nuestra hija le vendría bien, vernos juntos a todos los que seremos de hoy en adelante su única familia.

Dicho eso, Keily besó su mejilla, dejando la marca de su pintalabios rojo, mientras sus fosas nasales de inundaban de su agradable fragancia varonil.

»Buenas noches —siseó con coquetería, y se alejó de él.

Al salir por la puerta, airosa, sonrió por su hazaña. Poco a poco lo haría caer de nuevo en sus redes.

Él, volvería a ser suyo.

Capítulo 20



Los gritos, las risas, el bullicio, las camisetas negras y naranjas de dos de los equipos rivales, se apreciaban en todo su esplendor. El equipo de los Raiders de Oakland, y los Broncos de Denver, se disputaban el último partido antes de los días previos de Navidad. Sebastián sostenía la mano de Nashla, mientras caminaban por el pasillo que los llevaría hasta los elevadores y luego a los palcos privados, del cual él disfrutaba por ser un distinguido miembro y dueño de uno de los mejores equipos de fútbol del país.

—Dime que podré presumir que te traje a tu primer juego —exclamó esperanzado, viendo a su madre y a Margaret caminar frente a ellos.

—Podrás hacerlo el resto de tu vida —respondió ella, con una enorme sonrisa sobre sus labios y una tierna mirada.

Él la miró, admirando lo bien que aquella camisa negra con el logo de los Raiders, le quedaba. A pesar de no ser aficionada de aquel tipo de juego, había aceptado ponérsela, ya que el llevaba una, al igual que Margaret y Luciana.

Se abrieron paso entre la gente hasta llegar a los elevadores, ya dentro, con un poco de gente que subió junto a ellos. La abrazó por la espalda y miró el reflejo de ambos sobre el espejo del elevador. Nashla también lo hizo, sosteniéndole la mirada. La imagen quedaría grabada en ambos; Tan distintos, tan lejanos de pensamientos, pero tan iguales en muchos sentidos, con un sentimiento tan puro que les unía.

Su rostro se tornó tierno, y con eso él notó que aquella mujer de semblanza adusta, había desaparecido.

Los chillidos de risas de una niña se escuchaban por detrás de la puerta antes de que él la abriera para dejarlas entrar, era Mila, quién reía por las cosquillas que su padre le hacía sentada sobre sus piernas. También estaba Maya, dándole biberón al pequeño Chad sentada en uno de los cómodos sillones. Esther, como de costumbre, al teléfono, Peter charlando con Lenz y Naedeline, y sus hijas rubias corriendo detrás una de la otra. Y la indescriptible Lidia, tecleaba algo en su móvil.

—Llegamos —anunció para llamar la atención.

Todos los vieron entrar, su hija inmediatamente corrió a unirse a Mila para jugar. Los demás, quienes no conocían aún a Nashla, le observaron atónitos.

—¡Por fin llegan! —espetó Maya, entregándole el bebé a su marido.

Se acercó hasta ellos, saludando a Nashla de forma amistosa. Después a Luciana, y a él.

Al momento en que su mirada observó a los demás, sus rostros parecían decir: *buena elección*. Incluso, vio a Lenz levantar el dedo pulgar hacia arriba.

—Me alegra mucho saber que sí pudiste venir. —La alegre forma de hablar de Maya hacia Nashla, le causó tranquilidad y una enorme felicidad.

Ella le guiñó un ojo, estaba más que de acuerdo en que él estuviera por fin con alguien, y

enamorado.

Sintió la mano de ella sostenerle más fuerte, estaba nerviosa, justo como ya conocía que actuaba cada vez que él le presentaba a alguna amistad nueva, solo que todos aquellos eran mucho más que amistades, eran parte de lo que creía una familia.

—Tranquila —susurro sobre su odio, mientras la encaminaba a uno de los sillones desocupados.

Conforme avanzaba el partido. Nashla se fue relajando, entre charlar con las mujeres, escuchar los gritos que soltaban con alguna palabra subida de tono, y el entusiasmo que él mostraba por cada *Touchdown* que el equipo conseguía, parecía disfrutar, dejaba ver esa capa tan dulce que había debajo de su caparazón rudo de roer, más mujer, más humana.

Aquello le causaba una increíble satisfacción de gozo. Conocerla en todo aspecto, resultaba una delicia.

—¿Te estás divirtiendo? —La cuestionó llevando su mano hacia sus labios para besarla, mientras el primer cuarto finalizaba.

—Como nunca, jamás pensé que resultará satisfactorio ver a tipos chocar sus cabezas —ironizó.

—Créeme, aman hacerlo.

Ella le miró en silencio.

—No sabía que también eras dueño de este equipo —dijo algo apacible.

—Hago muchas cosas.

Nashla asintió.

—Algún día, todo lo mío podría ser tuyo.

—Yo no aspiro a tener nada tuyo.

—Lo sé, solo estoy afirmando que te casaras conmigo. —Arqueó una ceja con cinismo, dando por hecho que así sería.

—Sigue soñando —dijo con un tono divertido en su voz.

—Si no soñamos, no existiría la esperanza.

—Últimamente estoy creyendo mucho en ella.

—Me alegra saberlo, porque soy un perfecto maestro para enseñarte lo bueno que es la vida —alardeó con una seductora sonrisa—. ¿Estás lista para tus mejores vacaciones? —Elevó su mano y con los dedos acarició la curva de su mandíbula—. Faltan dos días.

—Más que lista.

—Será inolvidable.

—Será difícil olvidar todo lo que me has hecho vivir hasta ahora.

Ambos se miraron por un tiempo que pareció eterno. Memorizando los rasgos y las formas de sus rostros, como sí no hubiese nada mejor para ellos que eso, mirarse, por el simple hecho de que estaban enamorados.

Última llamada, y todo estaba listo, tal y como él quería; perfección.

La camioneta rentada, la casa de las montañas limpia, la sorpresa de cumpleaños, y los regalos.

Sebastián estaba más que animado por pasar días enteros con Nashla. Disfrutar de su compañía sin tiempos, horarios, ni noches añorando tocarla al momento que él quisiera, cuando se encontraba solo en cama era cuando la agonía le consumía deseando más que solo ratos con

ella.

El sonido del timbre se escuchó por toda la mansión.

Estando aún con teléfono en mano y dentro de su oficina, su madre le interrumpió.

—Un tal señor Reed, está esperándote en la sala —dijo ella, en el umbral de la puerta.

—En seguida voy —respondió colgando en ese instante.

Miró el reloj sobre su muñeca, marcaban las siete de la tarde. Hacía una hora de su reunión con él, y no sabía por qué ahora estaba allí. Al llegar hasta la sala, lo vio oler el líquido dentro de una copa que sostenía sobre sus manos, su madre le había ofrecido una copa de vino. Uno de sus guardaespaldas estaba de pie en la puerta, sostenía sobre sus manos un folder amarillo.

—¿A qué debo esta inesperada visita? ¿No quedó claro nuestro acuerdo? —Le extendió su mano para saludarle.

—Por supuesto que sí, Sebastián. —La voz ronca y calculadora de Reed se escuchó—. He traído unos papeles que faltó revisar, solo necesito tu firma.

—Pasemos a mí despacho. —Elevó su brazo, mostrándole el camino.

Reed tomó el folder que en ese momento el guardaespaldas le dio.

—Espero que pueda quedarse a cenar con nosotros, señor Reed —exclamó Luciana, siendo amable.

—Será un placer, señora Faith. —Ladeo la comisaría de su boca en un intento por sonreír.

Cuando entraron al despacho, Sebastián le hizo tomar asiento frente a una de las sillas de su escritorio. Reed dejó la copa sobre él, y abrió el folder que traía.

—Léelo y ve si todo está como acordamos —espetó, dejando caer su espalda sobre el respaldo de la silla y cruzando una pierna sobre la otra.

Él leyó con cuidado por unos minutos, luego firmó sobre la hoja dónde estaba su nombre en letras.

—¿Ellas son su hija y esposa? —preguntó con el ceño fruncido. Sebastián siguió su mirada.

—La niña se llama Margaret, y mi novia, Nashla, aún no estamos casados.

—Ya veo, sé que no es apropiado decirlo, pero tiene muy buen gusto, es muy bella su novia.

—La más bella sobre la tierra —siseó con orgullo.

Miró la fotografía encima de su escritorio, y sonrió con dulzura, sin ver aquel rostro frente a él, tornarse perverso.

—¿Pasamos al comedor? —dijo, extendiéndole el folder.

Él asintió.

Reed se incorporó de la silla. Se quedaría con la inquietud de saber más.

Sebastián entró al comedor, acompañado de un hombre que, a simple vista, se le notaba y se olía el dinero. Seguro era uno de sus socios, pensó Keily. El hombre la miró dejando ver esa ruda mirada oscura, y notó algo que llamó su atención.

Incluso le atrajo su atractivo a pesar de los años visibles en su rostro.

—Reed, ella es Keily. —Sabía que Sebastián la presentaba por educación—. La madre de mí hija. Keily, él es mi socio.

—Mucho gusto, señorita. —La mano que ella tomó, hablaba de seguridad y dominación.

—El placer es mío, señor Reed. —Le sonrió ampliamente mientras él besaba sus nudillos.

Dejándola a un lado, Sebastián presentó a Margaret. Aquel hombre besó la mano de su hija al igual que lo había hecho con ella. Su hija fue más que amable al saludar. A pesar de su edad, era sumamente educada. Esa tarde, como algunas otras desde su regreso, había compartido la

mesa a la hora de la comida. Pero algo le dijo que ese día la suerte estaba de su lado.

Comenzaron a comer, y solo las voces de ambos hombres se escuchaban hablando de negocios sobre la mesa, mientras ellas los escuchaban. Keily no compartía, ni mantenía conversaciones con Luciana, sabía que la odiaba, y en ocasiones para no interrumpir la charla, hablaba por lo bajo con Margaret.

Con un último sorbo a su copa de vino, Reed dio las gracias y halagó la cena. Luciana le correspondió diciendo que podría regresar cuando quisiera. Ella aún se mantenía al margen. Al terminar, Luciana y Margaret se retiraron a la recámara para que durmiera. Su hija insistió en que ella los acompañara, así que lo hizo aún con la mirada de desagrado de Luciana.

Ayudó a bañar, cepillar su cabello y dormirla. Y al bajar de nuevo, aún estaba él socio de Sebastián.

Lo vio con el móvil sobre la oreja, hablando afuera, muy cerca de la piscina. Y Reed, se encontraba de pie, frente a la pared donde reposaban varias fotografías de Margaret, pero que en algunas se podía apreciar a los demás, incluso una, la que el miraba con suma atención, estaba Sebastián abrazando a Nashla.

—¿Le es familiar? —dijo para llamar su atención, colocándose justo a su lado.

—Demasiado familiar —respondió el, sin quitar los ojos de la fotografía.

Parecía saborear la imagen.

—¿Entonces la conoce?

—Así es. —Reed por fin la miró—. Más de lo que usted cree.

—Supongo que tiene una buena historia que contar, y percibo que esto me agradaría mucho saberlo. —Sonrió mostrando una malévola intención.

—¿Y por qué tiene que interesarle lo que yo pueda contar?

—Digamos que me hace un gran favor, señor Reed, seré honesta, ella se está robando algo que es mío, y que quiero de vuelta. —La vista de Keily fue hacia Sebastián, quién aún estaba al teléfono.

—Mi información le será útil, pero ¿qué me puede dar a cambio? —Reed bajó lentamente sus ojos sobre su cuerpo, insinuando algo más.

—Lo que usted quiera. —Mordió su labio inferior con seducción. Estaba dispuesta a todo por conseguir lo que quería.

Él la miró por unos segundos, luego llevó su mano dentro del bolsillo de su saco, le vio sacar una tarjeta y extenderla.

—Véame aquí en una hora, hablaremos de ello.

Keily le sostuvo la penetrante mirada que le proporcionaba.

—¡Hecho! Ahí nos veremos —siseó más que encantada de ayudar y dar información a cambio de su propio beneficio, tentando a la suerte que hoy le sonreía.

Capítulo 21



Los vidrios se empañaban por el frío que había en el exterior, a simple vista se podía ver que congelaba los huesos, pero aquello no impedía las risas que había en el interior de la camioneta donde todos viajaban. La camioneta que Sebastián conducía, se sacudía constantemente mientras las llantas golpeaban la poca nieve que estaba sobre el sendero. Siete horas de camino habían transcurrido desde su partida por la mañana, y había valido la pena al ver el paisaje que se extendía frente a ellos, el lago Tahoe.

Estaban a un día de celebrar Navidad, y ese sitio sería el perfecto para hacerlo.

Nashla jamás había sentido ese estado de plenitud, ni sentir cómo sus mejillas se entumecían de tanto reír. Ahora creía lo que él había prometido: *te enseñare lo mejor de la vida*, había dicho, no habían sido solo palabras, lo estaba consiguiendo. Ella por fin sentía que podía conocer la felicidad por vez primera. En la parte trasera, Margaret y Keily reían, para su desafortunada suerte, había sido invitada, y aunque no se opuso, sabía que Sebastián lo había hecho solo por su hija. Luciana, Janine y su madre, compartían divertidas anécdotas de él, Janine y ella cuando era adolescentes, en el asiento posterior. Ella, en el asiento de copiloto, estaba atenta al parabrisas, no se perdía la majestuosa vista. Los enormes pinos, la maleza, el césped oculto sobre el suelo, todos probablemente eran de un verde intenso en primavera, pero ahora, estaban bañados de una ligera capa de nieve, logrando dar la perfecta tarjeta postal.

¿Quién diría que ella estaría celebrando eso que traía tan malos recuerdos?

Nashla volvió la vista del parabrisas y lo observó. Sebastián murmuraba muy despacio la canción que salía de la radio, mientras las demás se distraían con su conversación.

Conocía la canción, desde el momento en que él se la había dedicado aquella mañana en la radio, solía escuchar música, hasta eso había cambiado en ella.

Leía los labios de Sebastián que tarareaban:

*Tú y yo estábamos siempre juntos
Antes de que supiéramos que el otro estaba allí
Tú y yo estamos hecho el uno para el otro
Como el respirar necesita al aire
Te dije que si llamabas iría corriendo
A través de zonas altas, bajas y las del medio
Tú y yo hemos tenido dos mentes que piensan como una
Y nuestros corazones laten al mismo ritmo
Dicen que todo pasa por una razón
Tú puedes tener fallos, pero eres perfecto para una persona.
Alguien que estará allí para ti cuando te derrumbes
Guiando tú camino cuando cabalgues por la oscuridad....*

Él sintió que lo miraban, así que desvió la vista del camino esperado que sus ojos lo vieran, e inevitablemente le sonrió.

Ella comenzó a cantar muy despacio, lo justo para que solo él escuchara, uniéndose a esa melodía que parecía decir todo eso que ella guardaba.

—¿Desde cuándo cantas? —murmuró Sebastián, enarcando ambas cejas, sorprendido.

—Desde la mañana en que me obligaron a hacerlo ¿recuerdas?

Sebastián asintió con una sonrisa en sus labios. Entendió el sarcasmo en sus palabras, y ella supo que recordó ese día. Él tomó la mano que estaba reposada en el respaldo del asiento de su lado, y la llevo a la altura de sus labios para besarla, guiñando uno de sus ojos en complicidad.

—¡Llegamos! —anunció en ese momento viendo al parabrisas, y señalando hacia el frente.

Las ruedas avanzaron un poco más por el sendero rodeado de pinos y después la vieron. Una rústica mansión se apreció un poco más allá de sus ojos. Hecha en su totalidad de madera, pero adecuado a la modernización de estos tiempos. Pilares de piedra la sostenían y rodeaban el exterior, ventanales que sobrepasaban de los espacios, y que dejaban entrar los rayos del sol mostrando el interior perfectamente diseñado para comodidad. La nieve cubría los alrededores, y un lago, ahora congelado, se extendía detrás de la gran casa.

—¡Bienvenidas! —soltó él con alegría hacia todas, unas aplaudieron y otras chillaron con entusiasmo.

Nashla abrió la puerta para descender, pero Sebastián llegó tan rápido a su lado, que le ofreció su mano para ayudarle, la caballerosidad lo dominaba.

—¿Qué te parece?

—Hermosa —murmuró, sus ojos observaron todo el entorno. Sintió unos labios sobre su mejilla, y era el demostrándole, sin un ápice de pena, su cariño.

—Entremos entonces.

Ella asintió más que dispuesta a descubrir el interior que desde afuera parecía extraordinario. Caminaron sobre el sendero de piedra donde la nieve había sido removida, y al instante aparecieron por la enorme puerta de caoba dos personas que aparentaban estar entre los cincuenta años de edad. La mujer tenía su cabello bañado de canas que llevaba trenzado por completo, y vestía con un enorme abrigo que le cubría hasta llegar a sus rodillas, dejando ver el calzado y las medias debajo. Su rostro era amigable y sus ojos oscuros llenos de ternura. El hombre, a pesar de su edad, daba pasos firmes y caminaba recto, sonriendo y dejando ver los pocos dientes que sobresalían de su dentadura.

—Señores Faith, un gusto tenerles por acá —dijo el hombre con voz entusiasmada hacia Sebastián y Luciana.

—¡Diego! ¿Cómo han estado?

—Bien, señor, muy bien.

Sebastián le abrazó con cariño, era evidente la estima y el tiempo que le conocía. Diego le correspondió palpando con fuerza sus manos detrás de su espalda. Luego de soltarle, besó y alzó del suelo a la mujer.

—Y tú mi querida Ana ¿Cómo vas con el malestar de tus rodillas? —Le cuestionó al volverla poner sobre el suelo.

—Bastante bien, gracias a ti, muchacho.

Ambos ancianos, saludarnos de la misma manera a Luciana y Margarett. Después de hacerlo, Sebastián presentó a Stella, Janine y Keily, y al terminar, la tomó de la mano y la presentó a ambos como su novia, con tal seguridad, que Nashla sintió como si llevara años a su

lado.

—¡Al fin mis ruegos fueron escuchados! —espetó Ana, tomándola con sus manos—. Un placer conocer a la dueña del corazón de este ángel.

Nashla dejó que la abrazara, al igual que a Diego, quién lo hizo con aprecio, mientras Ana mantenía al tanto de las cosas a Luciana. Diego caminó hasta la camioneta para bajar las maletas, pero Sebastián se lo impidió, siendo el quién se ocuparía de hacerlo.

—¿Por qué no entramos? He preparado albóndigas para el almuerzo —exclamó Ana, y entraron refugiándose del frío.

El interior era mucho más asombroso que el exterior. Enormes vigas de madera sostenían el techo. Una chimenea estaba rodeada por una pared de piedra, pisos de roble, tres candelabros de vidrio colgaban sobre el techo y las enormes ventanas dejaban ver el lago congelado que se apreciaba. Fotografías y piezas de cerámica reposan sobre todas las paredes de la cabaña.

Margarett esquivó a todos en la puerta, entró corriendo hacia la parte alta.

—Aún es tan bella como la recuerdo —siseó Keily, sacándose la chaqueta que la cubría. Nashla tuvo que tragarse el comentario mordaz.

Sin embargo, no fue la única en molestarse. Janine puso los ojos en blanco, su madre soltó un prolongado bufido, y Luciana mascullo:

—No es así, querida, la hemos remodelado, es más hermosa ahora. Síganme, les mostraré el resto de la casa y sus habitaciones, tú Keily usarás la recámara del fondo. —Terminó sonriendo con malicia y llevándose a las demás con ella.

Las intenciones de Luciana eran claras, quería a Kyle lo más apartada de los demás.

La puerta se abrió de repente y apareció Sebastián con las últimas maletas que dejó sobre el suelo.

—Yo le muestro a Nashla cuál es la suya. —La tomó a ella de la mano, deteniéndola. Ella le sonrió notando sus intenciones. Las demás desaparecieron y ellos dos subieron así, sin soltarse.

Al llegar frente a una de las puertas más cercanas a las escaleras, él la abrió. El tono blanco sobre las paredes quedó expuesto ante sus ojos, una amplia cama italiana, muebles de madera, y una pequeña sala frente a las ventanas que daban al lago.

—Aquí dormiremos —anunció entrando.

—¿Dormiremos? ¿Pensé que tendría mi privacidad? —exclamó en el umbral de la habitación, con un tono divertido.

Sebastián se dejó caer sobre el colchón con una sonrisa traviesa sobre su rostro.

—Ya hemos dormido juntos antes.

—Lo hemos hecho porque tú te tomas demasiados atrevimientos, la noche en tu casa fue porque te escabulliste en la madrugada.

—Era mi recámara.

—Tú me la diste para esa noche. —Nashla se cruzó de brazos fingiendo estar indignada, pero con una sonrisa placentera sobre sus labios—. Además, mi madre está aquí, no quiero hacerla sentir incómoda.

—Por mí ni te preocupes. —Su madre interrumpió asomando su cabeza sobre la puerta—. Son adultos, son pareja, son responsables, qué importa lo demás. —Sonrió y le guiñó un ojo a Sebastián, después se alejó dejándoles solos otra vez.

—¡¿Ves?! Tengo toda la aprobación de tu madre para dormir contigo, y no me puedes correr de la habitación que suelo usar siempre que vengo aquí. —Palpó sobre el edredón blanco, justo

a su lado, y con satisfacción por haber ganado esa batalla.

Ella sacudió la cabeza, negándose.

—¿Qué te parece si patinamos después de comer? Así piensas mejor en dejarme dormir contigo todas estas dos semanas que estaremos aquí.

—No sé patinar.

Sebastián soltó un suspiro divertido y dijo:

—Amo escuchar eso ¿sabes? Amo ser el primero en muchas cosas de tu vida. No te preocupes, yo te enseño cariño.

Nashla le ofreció la mejor de sus miradas.

—Me fascina la idea —respondió entrando y yendo hasta él. Se dejó caer a su costado, y Sebastián la abrazó, tirándolos a ambos al mismo tiempo de espaldas sobre el colchón.

—No hay nada que no quiera mostrarte en la vida, mi amor —susurró, sintiendo sobre su cabello sus tiernos labios.

—Me has convencido, dormirás conmigo.

La escuchó soltar una risa.

Nashla cerró sus ojos recostada sobre su pecho, se permitió llenar su sentido del olfato con la fragancia varonil que él desprendía. Logrando un estado pasivo en toda aquella tempestad.

Sebastián sin prometerle nada, vino a cumplirlo todo.

Capítulo 22



Patinar, lanzar bolas de nieve, reír a carcajada, hablar hasta quedarse dormida estrechada en sus brazos, y no pensar en las manecillas del reloj, no eran parte de la rutinaria vida de una doctora. De una mujer que solo había vivido sumergida en la soledad. Sin embargo, aquellos pequeños detalles, resultaban satisfactorios para un alma que únicamente conocía el dolor.

—No me dejes caer —murmuró, tomado fuertemente la mano de Sebastián, mientras el filoso metal de sus patines se incrustaba sobre el hielo.

—Eso jamás cielo, pero necesitas soltarte de mí para que lo logres por ti sola.

—¿Y caerme de nuevo? ¡Olvidalo! Tengo moretones en las piernas por las caídas de ayer.

—No eres la única —soltó él con ironía divertida.

Ambos rieron al recordar lo bien que lo habían pasado ayer.

Primero estuvieron varias horas con clases de patinaje, donde un amoroso entrenador personal fue paciente, y donde más de una vez terminaron en el suelo por su culpa. Después, durante el resto de la tarde y antes de que el sol se ocultara, jugaron guerra de nieve, terminando empapados de hielo junto a Margaret que siempre estuvo a su lado. Después de cenar, de una ducha caliente, y a pesar del nerviosismo por estar en la misma cama, la seguridad de notar qué clase de hombre era Sebastián, la maravillaba aún más. Entre las sabanas, abrazada a él, no hizo ningún intento por propasarse durante esa segunda noche. Conversaron hasta quedarse dormidos de nuevo, y ella entendió que no necesitaba un juramento para saber que la amaba sinceramente, que sería paciente, que incluso podía esperar una eternidad sin obligarla a nada, que su promesa iba más allá.

Era víspera de Navidad, las cosas iban tomando el curso que el destino se encaprichó en que sucediera.

—Dejemos esto para mañana, ¿quieres? —repuso Nashla deteniéndose, estaba entumecida de frío a pesar del sol de la mañana.

—¡De acuerdo! Pero antes, hazlo tu sola. —Sebastián la soltó de las manos, separándose lo necesario para dejarla intentarlo.

—Sebastián... —tartamudeó ella temerosa de caerse.

—¡Vamos! Como te he dicho que lo hagas, dame la felicidad de saber que soy un buen maestro. —Elevó sus manos dejándolas extendidas en el aire, llamándola y animándola.

Sebastián siguió avanzando y deslizándose hacia atrás.

Nashla tomó valor y movió sus pies temblorosos. Poco a poco subió el ritmo mientras le seguía, viendo fijamente sus ojos, no se concentró en nada que no fuera su mirada. Y lo consiguió, ella patinó sin ayuda de nadie.

¡Lo logré! —chilló en un grito de felicidad. Sus pies se deslizaron sobre el hielo, mientras él avanzaba más y más. Hasta que ella aceleró un poco la velocidad de sus pies y le alcanzó

tomándole de sus manos.

—¿Ves?! Te dije que lo harías —espetó animado, atrayéndola hacia su pecho, besándola y abrazándola hasta alzarla del suelo.

Al separarse, lo miró desde arriba. Y lo contempló, perdiéndose en su mirada.

—Gracias por tu paciencia —susurró tímida, como si aquellas significantes palabras fueran poco para lo que sentía.

—De nada, cielo —Sebastián iba a decir más, pero fueron interrumpidos por el grito de Margaret desde las escaleras del muelle.

—¡Papá! ¡Nashla! Debemos ir por el pino de navidad.

Se volvieron al mismo tiempo, recordando que le habían prometido ir juntos. Se miraron, y él le ofreció una sonrisa.

—¿Estás lista para ir por el primer árbol que ayudarás a adornar?

Nashla soltó un prolongado suspiro.

—No me queda otra opción. ¿O sí?

—No. —La interrumpió negando, sin dejar de sonreírle.

Puso sus pies de nuevo en el suelo, y se encaminaron hasta las escaleras donde Margaret aún guardaba. Subieron y se dejaron caer sobre la banca de madera debían cambiar sus zapatos. Él, fue quién le ayudó a quitarse los patines y colocarle sus botas, con una atenta mirada de ella sobre él. Después él lo hizo rápidamente con los suyos y subieron a la camioneta. El pueblo era pequeño. Los pobladores eran pocos. Pero bastaba ver la belleza de su estructura, y el paisaje rodeado de montañas, para admirarlo y quedar maravillado.

Sebastián condujo por una de las calles más concurridas, había demasiada gente paseando y estaba llena de pequeños comercios y restaurantes. Se detuvo al llegar a una esquina, al dar vuelta fue visible una amplia parcela de pinos donde había gente reunida cortando sus propios árboles. Cuando entraron, un hombre de apariencia de leñador, cargaba un hacha para cortar el pino que se llevarían. Margaret fue la encargada de husmear por todo el lugar en busca del pino perfecto. Sebastián y ella le seguían tomados de las manos, esquivando a todas las demás personas que se encontraban. Luego de unos minutos, Margaret gritó y señaló el que deseaba. Sebastián, con fuerza golpeó sobre el tronco de la raíz, y cortó, mientras ambas lo sostenían para que no cayera. Al final, los encargados del sitio, colocaron una base de madera en forma de equis para que se sostuviera por sí solo, y se fueron. El pino era tan enorme, que apenas y cupo por la puerta. Stella, Luciana y Janine, les esperaban listas con adornos navideños que tenían sobre el sillón y la mesa central de la sala; Listones, luces, santas, estrellas, zapatos rojos, noche buena, y los regalos. Keily, sin embargo, se limitó a seguir leyendo la revista que tenía sobre sus manos. Y de nuevo, su mirada llena de soberbia hacia Nashla, no se hizo esperar. Desde que la había visto la mañana de su partida, hasta ahora, a ella le incomodaba esa actitud osada. Parecía, querer decir algo que su mirada gritaba.

Entre risas y fotografías que Sebastián tomaba, adornaron el árbol de navidad. Margaret fue la encargada de colocar la estrella en la punta. Y al final, todas las mujeres, excepto Keily, corrieron a la cocina a preparar la cena. Cuando terminaron con todos los platillos, Nashla subió para arreglarse al igual que todas. Al abrir la puerta de su habitación, encontró sobre la cama un vestido rojo con una nota de color que decía: "Para mí tentación". Unos tacones del mismo tono con otra nota: "Para que camines a mi lado". Una gargantilla con las palabras: "Para mí perdición". Y una foto de Sebastián acompañada de otra nota que decía: "Para tu corazón". Y una última nota en la que leyó:

"Úsanos".

Atte. El hombre que más te ama.

Ella se inclinó y tomó la fotografía. Indudablemente, se formó una sonrisa sobre su boca al mirarla. Después llevó sus dedos al vestido para tocarlo, era largo, liso y sin margas, a vista sabía que se ceñiría sobre su cuerpo, pero esta vez, fue la última preocupación que le vino a la cabeza. Estaba pensando en complacerlo a él.

Dio un beso sobre la fotografía y la dejó de nuevo sobre la cama. Corrió al baño dándose una ducha rápida. Después acudió en busca de la ayuda de su hermana, quería maquillarse y verse lo bastante linda esa noche para Sebastián.

—Necesito de tu ayuda. —Entró diciendo desesperada y un tanto emocionada por la puerta de la recámara que Janine usaba.

—A que adivino para qué... —Una sonriente Janine la miró desde el espejo con la tenaza de risos en sus manos.

—Haz lo que quieras conmigo, tienes vía libre.

—¿Segura? No quiero arrepentimientos.

—Solo que no quede como un payaso ¡por Dios! Ten consideración.

Nashla tomó asiento en la silla que Janine desocupaba, justo frente al espejo. Y entonces dejó que su hermana le hiciera lo que quisiera durante una hora. Al verse frente al espejo, quedó encantada con lo que miraba. Su cabello estaba ondulado, perfectamente peinado con volumen. Sus ojos quedaron resaltados por rímel y color oscuro en ellos, dando la apariencia de ser más grandes, y sus labios habían sido pintados de rojo intenso, haciéndolos mucho más carnosos y tentadores.

—¿Te gusta? — cuestionó Janine.

—Me encanta.

—Dejarás más que alucinado y atontado a ese *Thor* que tienes como novio.

Nashla rio y se volvió, Janine no perdió la oportunidad de abrazarla con ternura.

»No sabes cómo me alegra saber que pasarás navidades con nosotras, ya hace tanto que no lo hacías y es extraño. Pero me siento feliz por mamá, por mí, por ti.

—Esta será la primera de muchas, Janine.

—Creo que después de todo, tengo que agradecerle a Sebastián por esto, por cambiarte para bien. —Janine se apartó para verla a los ojos—. ¿Dime que él te hace feliz?

—Como nadie lo había hecho.

— ¡Ah odio decirlo! Pero creo que ya lo estoy empezando a querer.

Ambas soltaron una sonora carcajada. En ese instante su madre entró colocándose un pendiente sobre la oreja.

—Qué bella imagen me están regalando —dijo con melancolía deteniéndose en el umbral.

—No más bella qué tú, mamá —espetaron al unísono. Viendo el vestido blanco que llevaba.

— ¡Bueno, bueno! Dejemos los halagos para otro día. ¿Ya están listas?

Nashla negó, al tiempo que salía hacia su habitación para terminar de arreglarse...

El tacón quedó sobre el último escalón. Ella se detuvo esperando reacción. La mirada de admiración, pasando por la fascinación que tenía Sebastián, le hizo ver que le gustó, y un regocijo le invadió el pecho. Él no dejó de pasar su vista de arriba abajo por su cuerpo, estaba anonadado.

—Eres la mujer más bella del universo —murmuro él, asombrado.

—Lo mismo podría decir de ti. —Sus ojos lo barrieron de pies a cabeza.

Sebastián portaba un traje negro, se veía tan sexy, que le fue imposible creer que ese hombre fuera suyo. Él extendió su mano y la ayudó a bajar el último escalón. Caminaron hasta el comedor donde ya todos esperaban. Luciana con un vestido negro, Janine con uno largo y en tono durazno, Margaret uno de amplia falda color pastel, y Keily con uno azul rey, que dejaba expuesto más de lo necesario. Ana y Diego también estaban presentes, y esperaban sentados, por decisión de Sebastián, todos celebrarían esa noche.

La mesa estaba rebosante de comida. Una vasija contenía el pavo relleno, las demás contenían puré de papa, verduras salteadas, ensalada, ravioles, lomo de cerdo, *cupcakes*, galletas, champán, etc.

—Te ves bellísima —exclamó Luciana complacida.

—Es bellísima, nana —declaró Margaret, viéndola.

A excepción de Keily, todos la halagaron, pero ella ni se inmutó, la seguridad que le brindaba Sebastián, bastaba para saber que él la adoraba.

Cenaron tranquilamente, mientras afuera nevaba. Las horas pasaban, y ellos disfrutaban de la conversación amena. Hasta que el reloj marcó la media noche y todos gritaron con entusiasmo. Sebastián fue el primero en abrazarla.

—¡¡Feliz navidad, cariño!! ¡¡y feliz cumpleaños!! —La besó con pasión delante de todos.

Y las miradas satisfechas de Luciana y Stella eran las más que visibles. Mostraban la felicidad que les embargaba verlos juntos. Disfrutaron de las risas y el pequeño baile que se organizó en la sala. Todo fue espléndido e inolvidable. Alrededor de la una de la mañana, los demás se retiraron a descansar, solo Nashla y Sebastián no lo hicieron.

—En cada estrella que esté en el cielo, hay un *te amo* para ti —siseó él sobre su oreja y abrazándola por la espalda, tomándola por sorpresa, sus ojos miraban por la ventana hacia el exterior donde aún nevaba. Nashla recostó su cabeza sobre su hombro y se permitió murmurar calladamente en sus labios, sus verdaderos sentimientos.

La música, y la chimenea encendidas llenaron de quietud el lugar. Haciéndoles sentir plenitud con el solo hecho de sostenerse de aquella manera.

Ella sintió sobre su espalda el latido de su corazón, ese que él le ofreció sin miedo a que le dañara.

—Baila conmigo. —Le pido él, al sonar una nueva canción en el estéreo.

Ella se volvió, subió sus manos hasta su cuello y comenzó a moverse. Él la rodeó con sus manos atrayéndola más.

Una canción comenzó a sonar:

*No me digas que he estado soñando,
Cuando estás ahí parado delante de mí.
Son solo las cosas simples, ya vez,
son todas las cosas que me haces.*

*Cuando todo es una locura,
encuentras la manera de hacerlo bien.
Sí, te amo y te amo y te amo y te quiero tener.
Va a ser hasta el final de los tiempos.*

Solo tienes que mirar hacia mí,

*para que yo sepa que no es en vano.
E incluso cuando está lloviendo,
yo ya no veo las nubes.*

Su aliento rozaba sobre su rostro. Tan sensual, tan tentador, tan varonil.

Estaban tan cerca que le fue imposible no caer en la necesidad de besarlo. Nashla subió una de sus manos y sus dedos se introdujeron dentro de su cabello, para después, acercarle a su boca. Le besó lento, saboreando poco a poco el sabor de deseo que él le producía.

—No sabes cuánto he llegado enamorarme de ti —dijo él en un susurro sobre su boca, sin miedo, sin mentir, sin duda.

Tal vez ella se quedó en silencio, pero al verla a los ojos le mostraron eso que él tanto soñaba escucharle decir.

»Prométeme que lo nuestro no es un juego para ti. Porque sí tú te vas, morirá el amor, y con él, la esperanza que me has devuelto, Nashla.

—No lo es —susurró—. Y no lo será jamás.

Sebastián formó una mueca sobre su boca, parecida a una sonrisa. Le volvió a besar, pero ahora profundizando más; hurgando, llenando, y excitando.

—Te deseo tanto —siseó sobre su boca, para después mordisquear su labio inferior.

—Yo también te deseo de una manera que me vuelve loca. —Más besos apasionados—. Solo quería sentirme digna de ti —murmuró al final, y él se detuvo.

La miró fijamente.

—No vuelvas a decir que no eres digna de mí, porque ahora, para mí eres todo lo que yo quiero, ¿Sabes cuánto esperé algo que nunca llegó? Pero encontré lo que nunca esperé en ti. Y no quiero perderte, ahora, ni nunca.

Sus labios parecían incapaces de estar separados. En un beso arrebatador, le entregó todo lo que era. Y de su boca, bajó hacia su cuello, que lo llevó hasta la curva de sus pechos. Logrando que soltara un gemido. Mientras sus besos la bañaban de pasión, cayó en cuenta de que ya era hora de quitarse los miedos, de correr el riesgo necesario de darse por completo, de jugarse ese amor que le corría por dentro.

Dejó de besarlo, tomó su mano y con la mirada, él entendió lo que ella quería que sucediera mientras lo arrastraba hacia las escaleras.

Capítulo 23



Los miedos ya no se percibían como antes de que él llegara a su vida borrándolo todo. Porque sus miedos se habían ido en los brazos correctos. Ahora, el deseo le apretaba el vientre de una manera tan exquisita, que sus piernas se debilitaban con cada paso.

Nashla subió el último escalón, sosteniendo la mano de Sebastián con fuerza, lo arrastraba sin temor. Llevó su mano al pomo de la puerta y la abrió. Lo soltó y caminó hasta colocarse frente a la cama. Su sombra, quedó visible por la luz del pasillo, hasta que poco a poco desapareció al cerrarla tras él.

La habitación estaba en absoluta oscuridad, llena de quietud. Era casi imposible verle, pero escuchó sus pasos, y de repente, sintió aquellas manos fuertes sobre su cintura.

—¿Estás segura? —Su aliento rozó muy cerca de sus labios.

No necesitó responder. Nashla pasó sus manos entre sus cuerpos, deslizándolas sobre la parte frontal de su saco, hasta que las dejó quietas en la solapa y lo atrajo a su boca.

Él supo que aquella acción le bastaba para continuar. Sebastián hurgó en su boca con desesperación, con necesidad, con pasión. Sintió cómo el cierre del vestido cedía a sus manos, y de pronto, pasó entre sus piernas hasta que cayó sobre sus pies, dejándola solo con unas diminutas bragas de encaje y sus pechos desnudos. Ella, deslizó el saco por sus manos hasta quitarlo y dejarlo caer, después se deshizo de su corbata sin dejar de besarle, sus dedos, incluso parecían expertos al desbotonar botón por botón de su camisa y dejarlo desnudo, mientras le dejaba acariciar con sus manos todos los costados de su cuerpo. Sus pechos se endurecían al roce de su piel.

Nashla, tocó su pecho firme, sus brazos, sus hombros. Sebastián acariciaba con delicadeza, cada cicatriz que sus dedos sentían. Él sabía que podía detenerse si lo deseaba, pero lo que le hacía sentir, era mucho más fuerte que todo lo que antes le impedía tocarlo así.

Los besos y las respiraciones agitadas iban en aumento, hasta que se convirtió en el único sonido que podía escucharse dentro.

Sebastián la alzó entre sus brazos tomándola por sorpresa, y la puso sobre la cama. Su espalda quedó en el colchón mientras que él subía encima de su cuerpo, cediendo el colchón por el peso de ambos. Ya no podía pensar más, la excitación se adueñaba de su piel, de su ser, y le gustó saber que no se arrepentiría por entregarlo todo.

Aquel día, ese que tanto dolía, se estaba convirtiendo en el más especial que lograría recordar.

Ambos se tocaban. Ambos no solo derrochaban pasión, había algo más, era ternura, dulzura y amor.

Él se incorporó sobre sus rodillas, y llevó sus manos a la hebilla de su cinturón, se escuchó cuando el cierre de su pantalón se abrió y los zapatos cayeron al suelo. Sebastián repentinamente se inclinó y ella sintió sus labios sobre sus piernas, subiendo lentamente y

dejando huellas de besos apasionados en ellas. Nashla no pudo reprimir emitir un gemido desde lo más profundo de su garganta. Su cuerpo temblaba, se erizaba, ardía, y notó que, por primera vez, ella experimentaba lo que era ser amada por un hombre. Al llegar a la cintura, sintió un mordisco que su cuerpo percibió placentero y no con dolor. Sus labios seguían su curso, hasta que su lengua hábil, hizo el trabajo de humedecer sus pezones, logrando que sus manos se aferraran a las sábanas. Sentía que explotaría en cualquier momento.

Todo estaba hecho para salir perfecto, pero no contaron con que terminaría, dejándoles insatisfechos.

De repente, la luz del pasillo se apreció al abrirse la puerta.

— ¡Papi! —La voz dé la pequeña Margarett se escuchó débil.

De inmediato, ambos se incorporaron antes de que la pequeña llegará hasta la cama. Sebastián buscó entré la cajonera una de sus camisas que le extendió a Nashla para que se cubriera. Él tomó otra y la paso por su cabeza a toda prisa. Después, caminó hasta Margarett que aún estaba en el umbral de la habitación.

—¿Qué pasa pequeña? ¿Te sientes bien? —preguntó alarmado.

—No... puedo... respirar...bien —reconoció esas palabras entrecortadas, y de prisa la sostuvo entre sus brazos colocándola sobre la cama.

Nashla la cubrió con una manta caliente y buscó junto a la mesita de la cama, su inhalador.

—¿Cómo es que sucedió esto, sí estabas bien cubierta? —siseo él, acariciando su cabello, en espera de que pasara el ataque.

—No lo sé, pero tenía frío.

Sebastián estrechó sus ojos con suspicacia, dio vuelta sobre sus talones y salió dé la recámara. Nashla se dejó caer junto a Margarett y la abrazó, esperando.

—La ventana estaba abierta —anunció al entrar de nuevo—. ¿Alguien más estuvo contigo antes de dormirte?

—Mi mami fue a darme un beso de buenas noches.

—Ya veo —repuso él, con un tono de molestia.

—Tengo mucho frío. —Volvió a replicar Margarett. Así que decidieron bajar a la sala, dónde la chimenea estaba encendida y lograría calentar su cuerpo un poco.

Él se sentó sobre el sofá con ella sobre su regazo. Mientras Nashla fue hacia la cocina para preparar un té caliente. Regresó con dos tazas, una que ella bebió a sorbos lentos, y otra que ellos compartieron. Luego de media hora, Margarett pudo compensar su respiración, y quedó profundamente dormida entre los brazos de Sebastián.

—Dormiré con nosotros ¿estás de acuerdo? —dijo él con la niña en sus brazos.

—Claro que sí.

—Pero aún me debes una noche —murmuro él, ladeó la comisura de su boca en una seductora sonrisa.

Nashla sonrió e inclinó el rostro con timidez.

—Lo sé. Te debo las noches que quieras.

Él la beso tiernamente, y terminaron de subir las escaleras hacia la habitación para descansar.

Jamás imaginó alguna vez celebrar un cumpleaños tan animado para alguien que no fuese su hija, pero resultaba tan fascinante. Sebastián subía las escaleras muy temprano por la

mañana, con un pastel en sus manos, y tras él, sus acompañantes. Stella, Janine, su madre, Margaret, Ana y Diego. Tanto él como su Maggie habían sido cuidadosos, sin hacer el mínimo ruido y movimiento en la recámara para no despertar a Nashla, y así, darle esa pequeña sorpresa.

Sebastián encendió la vela del pastel, y todos entraron por la puerta aún con pijamas y cantándole el *Feliz Cumpleaños*. Nashla parpadeó un poco, y abrió sus ojos. Al verlos, una enorme sonrisa se apreció sobre ese rostro hermoso que amaba ver cada día desde que la vio por primera vez. Se incorporó sobre la cama, sentándose al tiempo en que él le puso el pastel frente a ella.

—Pide un deseo, dormilona —exclamó él, sonriente.

—¡Sí! ¡Pide uno! —gritó Margaret subiendo a la cama y se puso a su lado.

Todos los rostros impacientes la rodeaban, así que ella cerró sus ojos y lo hizo. Él deseo saber cuál había sido, esperando que fuese algo que tuviese que ver con él.

—Qué linda sorpresa. Gracias —murmuró conmovida.

—Te mereces esto y todo. —Sebastián se inclinó y la besó—. Te amo.

Dejar expuestos sus sentimientos ante todos, no le importó. Él podía gritarlo a los cuatro vientos sin temor.

Uno a uno se acercaron para abrazarla, besarla y darle sus mejores deseos.

—Ahora a tomar el desayuno y después. ¡A abrir los regalos! —soltó Luciana entusiasmada.

Bajaron, desayunaron, Y más tarde abrieron la montaña de regalos que estaban junto al árbol. La mayoría eran para Margaret, entre juguetes, ropa y zapatos, ella quedó más que complacida. Luciana, Stella, Janine, Ana, Diego, Nashla y él, abrieron los regalos que se obsequiaron unos a otros. Hubo un último regalo que Sebastián había dejado para después, ese era para Nashla.

—Pónganse abrigo y salgamos —pidió a todas, tomando a Nashla para arrastrarla hacia el exterior.

De inmediato lo hicieron. Al salir, había frente a la puerta un BMW de lujo color blanco, adornado con un enorme moño rojo sobre el parabrisas.

—¡Oh por dios! —Se escucharon exclamaciones de varias voces.

— ¡Es un auto! —gritó Margaret.

Sebastián la acercó al auto.

—Es para ti, cielo, mi regalo de cumpleaños.

Extendió frente a ella las llaves. El rostro de Nashla era impredecible. Pasaba del asombro, a la incomodidad y el disgusto.

—No es necesario ese regalo.

—Por supuesto que lo es, no me gusta para nada el auto que conduces, siento que un día se desintegrará por completo.

—Yo puedo comprarme uno.

—Eso lo sé, pero este es un obsequio de mi parte, no lo desprecies.

—Vamos, hermanita, es solo un regalo de tu novio. —La reprendió Janine.

Todos comenzaron a rogarle que lo aceptara. Ella se mantuvo callada, sopesando la idea de hacerlo o no. Al final, y después de tantas insistencias, se arrojó a sus brazos, aceptó quedárselo, y con un beso le agradeció su detalle.

El atardecer comenzaba a caer, y la nieve aumentaba. El día había sido perfecto. Lo disfrutó como nunca. Aún no podía creerse que fuese tan dichosa. Que lo hubiese conocido, y que increíblemente la quisiera.

Observaba por la ventana hacia el exterior, mirando cómo Sebastián y Diego, recolectaban leña para la chimenea. Las mujeres conversaban en el comedor, mientras comían galletas y café. Margaret jugaba alrededor de ellas, corriendo con un juguete nuevo de ruedas. Se encontraba tan distraída, con la imagen de Sebastián frente a ella, que no se dio cuenta cuando Keily se acercó.

—Qué afortunada eres —musitó entre dientes, sus palabras parecían veneno.

—¿Por qué lo dices?

—Por todo. Lástima que quieras tener una vida que no te pertenece.

Sus osadas palabras la irritaron.

—Lo que sea que estés buscando, no lo conseguirás, así que déjame tranquila.

—Tengo que hablar contigo.

—Yo, sin embargo, no tengo nada que decir.

Nashla retrocedió un paso y se volvió dándole la espalda para retirarse, pero ella soltó:

—Se de tu pasado, Nashla. ¿Quién es John Reed?

Keily la detuvo de golpe con sus palabras. Dejó de respirar, y la sangre le bajó hasta los pies, impidiendo moverse.

»Sabía que lo conocías, demasiado bien ¿verdad? —Su ironía no hizo más que hacer sangrar heridas del pasado.

Su cuerpo tembló sin poder contenerlo. Era como si regresará al pasado. Pero trató de contenerse, Keily solo quería lastimarla, y no dejaría que viera su temor. Nashla se volvió para enfrentarla, aunque por dentro era un caos de recuerdos tormentosos. Tenía años sin que alguien mencionara el nombre de aquel que le causó tanto sufrimiento.

—¿Cómo sabes quién es? —dijo con voz firme, pero con los miedos a flor de piel.

—Somos viejos conocidos. —Keily se cruzó de brazos y formó una mueca de calculadora frialdad sobre su boca.

—¿Qué es lo que quieres? A qué viene que lo digas ahora.

—¡Es tan simple! —soltó airosa—. Quiero que te alejes, quiero a mi familia de vuelta.

—¿A tu familia? —masculló Nashla, apretando los dientes, la rabia la invadió como una tonelada de lava—. No pidas algo que tu misma perdiste.

—Y tú no puedes tenerles sin pensar en las consecuencias de tu pasado. Dime ¿qué crees que piense Sebastián si le digo a que te dedicabas antes?

—¡Lo que sea qué te hayan dicho, es una mentira!

—No. No lo es, y lo sabes. ¿Cuántos hombres te tocaron? ¿Cuántas veces te ofreciste? ¡Demasiadas! ¿Cómo crees que él reaccionará cuando se entere de lo que en realidad eras? ¡Piénsalo! Le causarás repulsión, asco, puede que hasta te odie.

Aquellas palabras no hicieron más que alimentar eso que se había empeñado en ocultar en lo más profundo de su ser desde el principio.

Su miedo fue ese: el asco y la vergüenza que Sebastián sentiría hacia ella al enterarse de su vida pasada, aunque no hubiera sido su culpa.

—Esa no fue mi decisión —murmuró, embriagada por aquellas ruines imágenes que venían a su mente—. Fui obligada a hacerlo.

—Y eso qué importa. ¿O qué? ¿Piensas callarlo toda la vida? ¡Díselo! Y verás cómo deja de amarte...

Un silencio inerte se instaló.

Keily la miraba, triunfadora.

Ella, en cambio, había entrado en un estado que iba a declive. Dolor, tristeza, abatimiento, podía sentir como la inundaban. Volvía al agujero oscuro en el que solía estar.

—Tienes dos opciones —prosiguió ella, al cabo de unos segundos—. O le dices, y puede que él no termine contigo. O te alejas sin causarle daño. Solo ten por seguro que yo estaré ahí para cuando me necesite.

Dicho eso, ella sonrió con tanta malicia que logró que Nashla inclinara la vista en derrota.

Al sentirse sola ahí de pie, alzó la cabeza y observó por la ventanilla. Sebastián sonreía hacia Diego por alguna conversación que compartían. De repente, volvió su rostro, y sus ojos se cruzaron con los suyos. Le mostró una sonrisa que la desarmó por dentro.

«Perdóname», susurro en su cabeza, un perdón dirigido a él. «Perdóname por aprender a quererte en tan poco tiempo, pero es que fuiste perfecto, encajaste con lo que nunca busqué, pero que siempre necesité».

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Lágrimas agrídulces por lo vivido, por lo que no había sido, por lo que se avecinaba. Por lo que causaría.

Una vez más, la vida le enseñaba que no se podía tener todo lo que se deseaba. Que ella no estaba hecha para ser amada por alguien como Sebastián.

Capítulo 24



La última cena en el lago se percibía distinta, al menos eso notaba Sebastián, mientras miraba lo callada que estaba Nashla, contrario a las demás que reían divertidas. Sostuvo su mano que estaba reposada sobre la mesa, y la apretó para llamar su atención. Ella le miró y él murmuró:

—¿Te sientes bien?

Nashla asintió.

Pero hubo algo que no le agradó. La vio retirar su mano con brusquedad, como si no deseara que la tocara.

—Bueno, hay que ir a dormir —anunció su madre poniéndose de pie—. Mañana saldremos temprano y necesitamos hacer maletas.

—Qué lástima, ya me estaba gustando estar aquí con todos —Se quejó Margaret, haciendo una mueca.

—Regresaremos, ya verás —Le aseguró Stella, acariciando su cabello.

Para su desafortunada suerte, tenían que regresar. Sebastián solía asistir a la celebración anual que el equipo de los Raiders cada fin de año organizaba. Celebración a la que él quería llevarla para darle la sorpresa que llevaba días organizando y la haría delante de todos los que creía sus mejores amigos.

Repentinamente, Nashla se incorporó y fue la primera en salir y subir las escaleras. Todos compartieron miradas. No era el único en notar su cambio tan drástico.

Cuando él entró a la recámara, ella estaba frente a la cama con su maleta sobre esta, preparando toda su ropa. Se acercó y la abrazó por la espalda. Eso la hizo detenerse. Él se abrió paso en su cabello y llevó sus labios para depositar un beso sobre la curva de su cuello.

—No quiero que esto acabe —murmuró con pesadez—. Se sentía demasiado bien tenerte todo el día cerca.

Nashla se volvió, quedando frente a él. Su mirada fue extraña, algo que le produjo desasosiego, y algo de lo cual no quiso indagar más a fondo.

Sebastián le sonrió, para después, rodearla con sus brazos y besarle.

Su hija irrumpió en la habitación en ese momento.

—¿Puedo dormir aquí otra vez? —preguntó desde el umbral.

—Claro que puedes —dijo Nashla, apartándose.

Él quedó con los brazos fríos por su ausencia, y completamente desorientado por su actitud.

Por la mañana, su actitud no había cambiado mucho. Durante el trayecto de vuelta a Los Ángeles, seguía con su silencio. Ni siquiera había querido llevarse su auto, Janine fue la encargada de conducirlo por petición de Nashla. Dentro de la camioneta viajaban, Stella, Nashla y él. Habían dejado a Keily en su departamento, a Luciana y Margaret en su casa. Y ahora, las llevaba a la suya. Si no fuera por la conversación que mantenía con Stella, aquello

hubiese sido un funeral.

Ella descendió de prisa cuando las ruedas se detuvieron frente a su casa, y abrió la cajuela trasera para bajar sus maletas. No podía, ni entendía qué le ocurría. Incluso, se preguntaba ¿por qué se había mantenido despierta por la noche? Sobre la madrugada, cuando no la había sentido, notó que estaba frente a la ventana, viendo la oscuridad.

¿Qué pasaba por su cabeza? Quería meterse en ella, y saberlo, arrancar las palabras que no decía.

Fue hasta la parte trasera de la camioneta, y le ayudó tomando las maletas que sostenía. Janine se estacionaba detrás de ellos en ese instante.

—¡Este auto es increíble, corre como bestia! —chilló como una niña—. Hermanita que suerte tienes. —Les guiñó un ojo a y lanzó hacia Nashla las llaves.

Todos caminaron por el sendero de piedra hasta llegar a la entrada, donde Stella les sostenía la puerta para que entraran. Él soltó las maletas a un costado de las escaleras.

—Mil gracias por habernos invitado, Sebastián —dijo Stella con cariño en su tono de voz—. La hemos pasado de maravilla.

—Fue un placer. No olviden lo de año nuevo. —La interrumpió—. Quisiéramos que vinieran.

—Sabes que lo haremos, nos veremos ahí. —Le sonrió, y se acercó para besar su mejilla y despedirse.

Janine lo hizo de igual forma, dirigiéndose a él de forma diferente, mucho más amigable que antes.

Les dejaron a solas, y ella parecía no querer romper ese silencio que se instaló. Así que él se acercó y le sostuvo las manos para llevarlas a sus labios y besar sus nudillos.

—Estuviste callada todo el camino. ¿He hecho algo para que estés así?

—No. Tú nunca haces algo para hacerme sentir mal, al contrario. Gracias por todo lo que has hecho en mí. —Su tono tan apagado, sonó como una despedida.

—Enfrentaría todo y a todos por ti —siseó consternado—. No me debes dar las gracias por nada, porque tú también has logrado que yo volviera a querer arriesgarme por alguien.

Inclinó su rostro, su mirada estaba apagada, y esa alegría había desaparecido.

Deslizó la yema de sus dedos sobre su mentón y levantó su rostro.

—Sea lo que sea que te ocurra, sabes que estoy aquí ¿verdad?

Ella asintió, y vio cómo sus ojos se empañaban.

—Te amo —murmuró, antes de besarla. Queriendo curar cualquiera que fuese su pena. Sabiendo que su silencio, escondía demasiadas palabras.

Nashla se dejó abrazar, él la sostuvo por largos minutos entre sus brazos, percibiendo algo que no daba cabida en su pensamiento.

—Deseo que te vaya bien, gracias por todo, Sebastián. —Esas fueron sus palabras antes de que se fuera, antes de que todo cambiara.

Los días previos a celebrar año nuevo, fueron terriblemente contradictorios en emociones. Sebastián no soportaba la idea de no verla, de no recibir contestación a sus llamadas. Llevaba cuatro días sumergido en la agonía de pensar que ella ya no quería más nada a su lado. Y lo peor, era que no sabía la causa a ese cambio. Todo iba bien. ¿Entonces qué pasaba para que lo esquivara? Por qué la evasión, y la excusa del trabajo en el hospital, no se lo tragaba ni poco.

—Sebastián. —La voz grave de Reed lo trajo a la realidad—. ¿Me escuchas?

Se incorporó del respaldo de la silla y le miró.

—Perdón, estaba algo distraído.

—Distraído es poco —espetó Derek, uno de los jugadores que representaba—. Estás en las nubes, hombre.

El comentario hizo reír a Sebastián.

Esa tarde en el despacho de Reed, se llevaba a cabo uno más de los tantos contratos que harían juntos.

—Dije ¿qué si estás de acuerdo en llevarte el treinta por ciento del contrato?

—Sí, es perfecto —respondió sin más, sin importar la cantidad, no exigiría más esta vez no deseaba dramas ni discusiones, no tenía cabeza para nada que no fuese Nashla.

—Bien. ¿Entonces firmamos?

Reed fue el primero en dejar impresa su firma sobre el papel, después lo hizo Derek, y al final él. Al cabo de un rato de charlar sobre los deberes de la nueva cara del logo, Derek se despidió, dejándoles solos.

—Me sorprendió ver que no te has opuesto a la cantidad que se acordó para ti —prosiguió Reed, recostando su espalda sobre la silla de acero inoxidable con absoluto desdén.

—Está vez me pareció justo —mintió, restándole importancia.

—¿Llevaras a tu novia a la fiesta de fin de año? —Le cuestionó, tomándole por sorpresa, sabiendo de sobra que asistiría.

—Claro que sí. —Aunque respondió, dudó de aquella afirmación.

—Espero tener el gusto de conocerla —dijo, con un tono de voz que percibió irónico.

—Pareces muy interesado en hacerlo. —Sebastián estrechó los ojos con recelo.

—No creas que tengo ningún tipo de interés en ella, es solo que me recuerda a alguien.

—¿A quién?

Reed suspiró cansado.

—Tu novia lleva el mismo nombre de una mujer a la cual solicitaba sus servicios.

—¿Servicios? ¿A qué te refieres?

—Lo sabes, Sebastián, eres hombre, ¿Nunca lo has hecho tú? Pagar por servicios de cama.

Sebastián sintió un nudo que se formó dentro de su estómago. «Es sólo una coincidencia». Nashla le había contado algo de su vida distinto a lo que ahora Reed decía.

—¡Pero, vamos! —exclamó—. Quita esa cara, hay millones de personas con el mismo nombre, tu novia nada tiene que ver con en ese mundo. —Al terminar, ladeó la comisura de su boca en una mueca inquietante y de calculadora frialdad.

—En eso tienes razón. Nos vemos mañana por la noche —siseó, poniéndose de pie.

—Así será, socio.

Sebastián se retiró, sin ver cómo la mirada de ese hombre se transformaba siniestramente, saboreándose el momento en que volvería a ver a Nashla.

Mientras conducía. Sebastián rogaba porque encontrara a Nashla en el hospital. Llevó sus ojos al reloj digital de su auto. Eran las seis de la tarde. Si no contestaba su móvil, era porque quizás aún estaba ahí.

Pisó el acelerador y llegó en menos de diez minutos. Al entrar por la puerta eléctrica, preguntó por ella. La enfermera detrás del escritorio le informó que estaba en su consultorio,

pero que tendría una cirugía en unos minutos. Él, no lo pensó demasiado y fue en su búsqueda antes de no poder verla de nuevo. Caminó por los pasillos hasta llegar a su consultorio. Entró sin llamar a la puerta, y ahí estaba, de pie, detrás del escritorio con algunos papeles sobre sus manos. Se veía agotada, lo supo por su mirada cansada, y porque debajo de sus ojos, se marcaban unas manchas púrpuras.

—Hola —murmuró, deseando correr a abrazarla, sostenerla hasta deshacer toda la frustración de los días acumulados.

—Hola —respondió apacible.

—He estado llamándote y no contestas a mis llamadas.

—Lo siento. —Nashla dejó los papeles sobre el escritorio—. He tenido unos días muy pesados.

Él asintió.

Se observaron por un tiempo prolongado, hasta que él no pudo más, y terminó esquivando el escritorio, arrojándose sobre ella, abrazándola y besando su boca. Ella le respondió, era como si lo necesitara de la misma manera que él.

—Te he extrañado —susurró pegado a su frente—. He pensado en mil cosas.

Ella no dijo nada.

Su silencio lo irritó.

»¿Vendrás conmigo mañana? —cuestionó en tono de súplica.

—Sí. Iremos —repuso, refiriéndose a su madre y hermana también.

En ese momento, una enfermera llamó a la puerta.

—¡Doctora! Estamos listos.

Nashla se soltó de sus brazos y lo miró con pesadumbre.

—Iré en un momento —anunció, y la enfermera se retiró—. Nos vemos mañana en la noche.

—Está bien —dijo, sin tener más que decir, solo quería seguir viéndole.

Al ella girarse para irse, él la detuvo y la atrajo para besarla otra vez. En un beso tan lleno de necesidad, que quiso detener el tiempo justo allí.

—Te amo. —Salió de sus labios espontáneamente. No importaba cuántos más tendría que decir, con tal de saber que quedaría grabado en ella hasta que fuese imposible olvidarlo.

Nashla acarició su mejilla, mirándole con visible cariño, después se alejó dejándole solo.

Él resoplo molestó, dos segundos no le bastaban para mostrarle lo mucho que la añoraba.

Incluso pondría a su amor de rodillas, si al hacerlo, ella no renunciara, y fuera la única forma de salvarles.

La soledad se había vuelto su mejor compañía últimamente. Eso y la falta de sueño.

Llevó la copa a su boca y bebió un sorbo de *bourbon* mientras miraba la lluvia que caía desde hacía dos horas sentado frente a la ventana de su despacho. Era una tormenta que semejaba exactamente su interior. Su cabeza solo recordaba, la noche en la que sus manos se deslizaron por el cuerpo de Nashla. Cuando estuvo a punto de hacerla suya, de mostrarle con su pasión, lo mucho que la amaba.

La sensación era tan viva, que su entrepierna reaccionaba con solo cerrar sus ojos.

De pronto, el sonido de la puerta se escuchó.

Se volvió, girando la silla en su eje, notando que era Keily.

—Sea lo que sea que quieras decirme, no estoy de humor para escucharte, Keily.

Ella se mantuvo en silencio, y caminó hasta colocarse frente a él.

Sus manos subieron a los botones de su saco negro, y después los comenzó a abrir, hasta que la prenda cayó al suelo, dejándole completamente desnuda frente a sus ojos.

Si hubiese sido aquel hombre que la amó en el pasado, no dudaría en tomarla ahí mismo, pero ahora, seis años más tarde, pensar en siquiera tocarla rayaba en lo ridículo y absurdo, era una reverenda estupidez, incluso aberrante.

El deseo hacia ella era nulo. No logró nada más que sentir pena.

—¿Qué estás haciendo? —Logró decir.

—Mostrarte que aquí me tienes a mí.

Sebastián soltó un prolongado suspiro frustrado y sacudió la cabeza, negando.

Se incorporó de la silla y caminó hasta ella, al llegar se inclinó, tomando del suelo la prenda y entregándosela, cubriendo así la parte de sus pechos desnudos.

—No vuelvas hacer una cosa como esta si no quieres que me vea en la necesidad de pedirte que no vengas más por aquí.

—¿Es que no entiendes? —espetó ella casi en un grito desesperado—. ¡A ella ya has dejado de importarle! Crees que no he visto que ya no viene, yo puedo tomar su lugar, hacerte feliz, soy mucho mejor para ti.

—En primer lugar, yo aún estoy con ella. En segundo, deja de verte como superior a todos, que no lo eres, mucho menos te compares con Nashla. Y en tercero, ella es la única mujer a quien amo. Ahora sal de aquí, antes de que me arrepienta de haberte dejado entrar a nuestras vidas.

Los labios de Keily se convirtieron en una fina línea, casi a punto de desaparecer de su rostro. Estaba furiosa, lo sabía, pero no podía ser más honesto.

Entonces ella escupió:

—Sé que llegará el momento en que me necesitarás. —Acaricio su pecho por encima de su camisa—. Y estaré ahí cuando eso ocurra, dándote lo que tú necesitarás. —Dicho eso, salió de ahí dejándole ver su trasero y espalda desnuda.

Sebastián se dejó caer de nuevo en la silla completamente frustrado, esperaba fielmente no necesitarla, se odiaría a sí mismo si caía en esa repugnante tentación.

Porque la única mujer que necesitaba, hoy y siempre, parecía no desearlo más.

Capítulo 25



Nashla observaba detenidamente su reflejo frente al espejo. Pero en realidad no admiraba lo bonita que había quedado, sino pensaba en lo que haría esa noche. En cómo decir adiós.

El vestido negro, dejaba al descubierto parte de sus hombros. Era en corte sirena que Janine le había comprado, parecía perfecto para una despedida. Despedida que se había prolongado más tiempo del que pensó, pero es que le había resultado tan difícil, sus labios no obedecían a la razón cada vez que intentaba hacerlo. Tomaba su móvil para llamar, solo para terminar viendo la pantalla por horas. Dejaba su auto estacionado frente a la mansión de Sebastián, tomándose el valor para decírselo, pero simplemente le fue imposible.

Sin embargo, esa noche lo haría sin dudar. No podía alargar más la agonía de ambos.

Odiaba la idea de dejarle, pero se recompensaba diciéndose a sí misma que él tendría mil motivos para seguir su vida.

Él se había convertido en su aire vital, pero le daría su vida perfecta de vuelta, aunque le partiera el alma. Incluso, estaba plenamente consciente de poder luchar por él, por ese amor que la inundaba, pero no podía hacerlo si ni siquiera lo hacía por ella misma. Sabía que nunca lo olvidaría. Él la había amado a pesar de que sus luces estaban apagadas, la había amado con todas sus debilidades, con las cicatrices y los fantasmas.

Y ahora, solo le quedaba decirle hasta siempre.

—¿Lista? —La voz de su madre al abrir la puerta, inundó la habitación.

Ella asintió, viendo sus ojos a través del espejo.

Su madre ladeó la cabeza, pensativa. Notaba que algo no andaba bien.

—Te ves triste. ¿Te preocupa algo? —preguntó, caminando hasta ella y ubicándose detrás para dejar sus manos sobre sus hombros, y abrazarle.

—¿Te puedo preguntar algo, mamá?

—Lo que quieras.

—Cuando papá murió ¿cómo hiciste para seguir?

Aquella pregunta empañó sus ojos, y su rostro se tornó triste.

—Es sumamente difícil volver a respirar —murmuró después de un largo momento—. Lo fue todo para mí, pero ustedes también fueron mi fuerza, sabía que me necesitaban y dejé guardado ese dolor, me concentré en lo mejor que tenía para seguir viviendo.

Nashla asintió, apretando ligeramente una de las manos que sostenían su hombro.

—¿Por qué cre que esta pregunta tiene que ver con Sebastián? —siseó Stella. A su madre no podía mentirle, pero respondió justo lo necesario para no desilusionarla.

—Hay ciertas decisiones que tengo que tomar —murmuró tan lento que su voz apenas fue audible.

Stella la observó por un prolongado tiempo, antes de decir:

—¿Terminarás con él?

Ella asintió soportando la mirada apagada que vio de su madre.

—Nuestras vidas se cruzaron, pero eso no significaba que terminaríamos juntos, mamá. —
Se excusó, pidiendo un perdón anticipado.

—Tus decisiones son solo tuyas, Nashla —dijo sin más. Sin cuestionarle, sin juzgarla—. Siempre te apoyaré, hija, sin importar lo que decidas.

—Lo sé, y te agradezco por hacerlo.

Dejó que terminará de rodearla en un fuerte abrazo reconfortante.

Tal vez ya no le era tan difícil expresar algún tipo de sentimiento hacia su madre, pero sabía que aún le faltaba demasiada voluntad para dejar fluir todo lo que la consumía.

Sebastián palpó ligeramente el bolsillo de su saco por milésima vez. Aquella acción insignificante, era la forma más coherente de calmar su nerviosismo. De saber que esa pequeña caja de terciopelo, guardaba el camino hacia su felicidad. Realmente esperaba que saliera bien la locura más grande que haría por amor.

Tenía todo perfectamente calculado. Detendría a los músicos que amenizaban la fiesta de fin de año, unos minutos previos a que el reloj marcara la media noche. Tomaría el micrófono y pediría a Nashla que se pusiera de pie en su sitio para después decir unas cuantas palabras de amor delante de toda aquella gente que vestiría de etiqueta, finalmente se arrodillaría y le pediría que fuese su esposa.

Sonaba fácil, pero en realidad le estaba resultando insoportable la idea de solo pensar en una negativa. Con esa actitud tan distante, difícil era creer que la respuesta fuese positiva. Muchos pensarían que era una petición repentina, incluso dirían que era demasiado pronto, que apenas se conocían, pero él tenía la respuesta correcta, después de tantas bocas besadas, de tantas mujeres, finalmente entendía que no era el tiempo sino la persona. Ella era, sin duda, esa persona.

Sus ojos recorrieron el lugar, mientras bebía el vino tinto dulce que servían. No deseaba ser el hazme reír de todos. Pero si esa mirada que ahora sabía leer, le hablaba de amor, entonces, tal vez valía la pena intentarlo esa noche.

Miró a su madre, ella conversaba con su mejor amiga, quién estaba en la misma mesa que ellos. Su hija corría con las niñas de algunos amigos y jugadores. Keily había sido excluida de la invitación esta vez, después de la noche en que se le ofreció, prácticamente la deseaba lo más lejos de él.

Un último sorbo a su bebida, y entonces la vio descender por las escaleras. «Eres afortunado», pensó. Al ser consciente, de que esa noche, ella era la mujer más bella que existía. Quería detener el tiempo en ese instante, memorizarla... tan bella, tan única.

Se incorporó de un salto y caminó tan rápido como pudo para recibirla. Con ella venían su madre y su hermana. Dos de las personas que faltaban para presenciar lo que pasaría. Saludó primero a Stella, después a Janine, quién estaba detrás, y al final a ella, que había bajado de último.

—Hola cielo —murmuró sonriéndole muy cerca de su rostro.

—Hola.

Él, sin pensarlo, la besó y solo un roce leve de sus labios le bastó para calmar la tormenta

dentro. Sin embargo, sus labios, sus ojos, su voz, su semblanza, fueron distintas. Era como si le expresaran una profunda amargura.

Ignorando sus sentidos que lo alertaban, la sujetó de la mano y las condujo a las tres hacia la mesa que les habían otorgado para la cena. Fueron recibidas con entusiasmo por su madre, Margaret y sus amigos. Sebastián la sentó junto a él, minutos después comenzaron a servir la cena con los músicos tocando. Él trataba de mantener una conversación, pero ella era tajante, fría al responder. Durante todo ese tiempo, tan solo recibió miradas furtivas de su parte. Nashla parecía querer decir algo, y cuando sus ojos se encontraban, ella inclinaba la mirada. De igual manera, se quedaba mirando sus manos entrelazadas encima de la mesa.

—¿Quieres bailar? —Le pidió, pero ella se negó.

Sin embargo, no aceptó su negación, se levantó junto y la llevó hacia la pista donde varias personas bailaban. Se abrió paso entre la gente, y se detuvo en el centro de todos. Puso una de sus manos en su espalda, atrayéndola lo más que pudo hacia su cuerpo. La otra sostuvo su mano, pegándola justo donde estaba su corazón.

Los músicos cambiaron de canción en cuanto sus pies cobraron vida.

Sebastián pegó su mejilla a la suya, y sus labios iniciaron su propio movimiento, al cantar la canción sobre su oído.

*Cierra tus ojos en esta luz tenue.
Últimamente quiero soñar
¿Te quedarás conmigo, o te darás la vuelta y me dejaras?
¿Y si el amor es un sentimiento para creer?
¿Y si el amor es el sentimiento que nos pone de rodillas?

¿Es eso tan mal, mal, mal, mal, mal?
Si tuviera que luchar y estar solo
y mantenerte bien
Sujetaría tu corazón y lo mantendría apretado
con toda mi mente.
¿Y si el amor es un sentimiento para creer?
¿Y si el amor es el sentimiento que nos pone de rodillas?
¿Es eso tan mal, mal, mal, mal, mal?*

Nashla se relajó en sus brazos, lo supo por la manera en que los músculos de su espalda dejaron de estar tensos.

La escuchó soltar un suspiro, haciendo que él le mirara. Ella tenía lágrimas en sus ojos que no derramaba. Sus pies se detuvieron, y subió sus manos para dejarlas sobre sus mejillas.

—¿Qué te ocurre, mi amor? Llevó días intentando averiguar el porqué de este cambio. Dime —suplicó atormentado—. Habla conmigo.

Pero ella se mantuvo callada. Su mirada ámbar solo mostró dolor, y una lucha interna en ellos.

—Volvamos a la mesa —pidió, y se alejó soltando sus manos y dejándole ahí.

«Este es el momento», se dijo.

Dio vuelta sobre sus talones y se encaminó hasta el escenario donde estaban los músicos.

Pero a mitad del camino, Reed le detuvo.

—Sebastián, buenas noches.

—Buenas noches, Reed —repuso sin la mínima atención.

—Me encantaría saludar a tu madre antes de que me vaya.

—Solo espera unos minutos, tengo que hacer algo.

—Vamos —Lo interrumpió—. Saludo y después sigues con lo que sea que harás, en verdad me tengo que ir, no quiero ser descortés con ella.

Sebastián maldijo en silencio. Formó una mueca sobre sus labios, parecida a una sonrisa y le acompañó.

Al llegar. Nashla elevó la vista justo en el momento en que él se colocaba a su costado. Reed saludó a todos con un *Buenas noches*, para la mesa. Entonces, ella se incorporó con torpeza, tirando la silla al suelo. De inmediato puso a Sebastián de escudo, protegiéndose detrás de él, e incrustando las uñas de sus manos en su antebrazo.

Su rostro estaba descompuesto. Los ojos que miraban a Reed, casi salían de sus órbitas. Su labio inferior tembló, al mismo tiempo que su cuerpo lo hacía.

Nashla parecía haber visto al mismo demonio en persona.

Jamás imaginó que algún día volvería a tener frente a ella, al hombre que la había destruido por completo, convirtiéndola en un ser sin luz. Las atrocidades de las que fue víctima; abusos, golpes, cicatrices, quedarían marcados por el resto de su vida.

Sus emociones iban de la rabia, la impotencia, y a un miedo asfixiante.

Nashla se tomó ese preciso momento para recordar aquel día en que le había atado un cinturón sobre el cuello, sosteniéndola tan fuerte que le impedía respirar, y que había abierto la carne, y como consecuencia, estaba la marca sobre su cuello.

Quiso irse, correr lo más lejos que pudiera de él, pero sus pies no respondían, no le obedecían.

—Buenas noches, Nashla. —La voz grave y fría que su mente recordó, la hizo temblar aún más—. Pensé que había sido una coincidencia, pero hoy veo que no fue así. Es bueno verte otra vez.

Nashla volvió a ser aquella niña de doce años; temerosa, solitaria y llena de miedo.

Sintió cómo su corazón palpitaba dentro de su boca.

Sebastián tomó las manos que sostenían su brazo, deshaciéndose del agarre. Después lo vio estrechar sus ojos con incertidumbre.

—¿Le conoces? —preguntó Sebastián—. ¿Tú lo conoces? —Sus palabras llenas de reproche, no hicieron más que acorralarla.

Se mantuvo en silencio, y ese fue su error.

—..Claro que nos conocemos —soltó Reed escupiendo el veneno en él—. Ella es la mujer de la que hablé.

—Habla, Nashla —prosiguió Sebastián, ignorándolo, y soltando sus manos cómo si quemara.

Todos en la mesa los miraban atentos, los murmullos que compartieron fueron notorios. Su madre y hermana se incorporaron de su asiento. Sabían que algo no andaba bien.

—Sebastián, yo... yo.

No pudo hablar, ni seguir más ahí, así que se dio la vuelta alejándose.

Oyó gritar a su madre entre el aturdimiento, pero no se detuvo.

Corrió hasta las escaleras subiéndolas de prisa.

Se detuvo al llegar al exterior, sosteniéndose en un pilar de la fachada del salón para no

caer. Le faltaba el aire. Todo era caos.

El viento gélido golpeó su rostro, pero no hizo más que atemorizarla más. Trayendo consigo, recuerdos de aquellos días materializándose frente a sus ojos. Sus pies cobraron vida propia, y comenzó a correr de nuevo, como si su sobrevivencia dependiera de ello. Sin ver si alguien le seguía. Solo corrió.

Al llegar a la amplia autopista, visualizó un taxi acercarse, lo detuvo apresurada y subió sin más. Su mente no dejó de mostrarle miles de imágenes mientras el taxi avanzaba. Veinte minutos después descendió del taxi. Pagó con una pulsera de oro que llevaba pues no traía consigo su bolso. Y cuando avanzó por el sendero hacía la entrada de su casa, escuchó el chillido de los frenos de un auto, era Sebastián, que, con rapidez, a paso firme, y furioso caminó hasta ella.

—¡Te has ido sin responderme! —Su voz irritada, le erizó la piel.

Estaba ahí, de pie, esperando respuestas que no deseaba revelar.

—No tengo nada que decir. —Se obligó a tener serenidad.

Sebastián la miró con rabia.

—Te equivocas, tienes mucho qué decirme.

—Vete, Sebastián, no es el momento —suplicó.

—¡No! No me iré. No me hagas creer las cosas que han dicho de ti, ¡Habla, maldita sea! ¡Dime qué diablos pasa contigo, he sido paciente, te he esperado, pero no puedo más!

—Ya no tienes por qué seguir esperando, y por mí cree lo que quieras —respondió con firmeza.

—¿Dé qué hablas? Dime por favor

—Esto se acabó, nunca debimos llevarlo más lejos.

— ¿Y ahora lo dices? Después de que te has convertido en mi todo.

Sus palabras la hirieron.

Él también se había convertido en todo para ella.

—Será lo mejor — dijo, apretando sus manos en un puño.

—¡¿Cuánto?! —gritó enfurecido—. ¡¿Cuánto tengo que pagarte para poder tenerte?! ¡Porque tienes un precio, ¿no?!

A Nashla le lastimó oírle decir aquello, así que, sin pensarlo, sin desearlo, elevó una de sus manos y lo bofeteó.

—¡No sabes lo que dices! —gritó herida.

El silencio de la noche fue lo único que pudo escucharse minutos después.

Ella abrió sus ojos con sorpresa al reaccionar.

¿Qué había hecho?

Sebastián tocó su mejilla viéndola profundamente aturdido.

—Te dije que esto era un error, te dije que te lastimaría —murmuró con lágrimas que se derramaban sobre sus mejillas.

—Dime sola una cosa. —Su voz sonó apenas en un murmullo—. ¿Me amas? ¿En este tiempo logré que te enamoras de mí? Porque si es así, si tú me dices que me amas, no me importará nada tu pasado.

Nashla sintió una apuñalada en el pecho. Por supuesto que lo amaba, pero era hora de hacer añicos cualquier sentimiento en él.

—No. Yo no te he amado.

La mano que estaba en su mejilla, cayó derrotada a su costado. Vio cómo sus ojos se

empañaban de lágrimas, cómo aquel azul que amaba, se tornaba oscuro.

Ella se odió por hacerle daño de esa manera. Pero no podía arrastrarlo al abismo en que comenzaba a caer. No podía darle nada de lo que el merecía.

—Tienes razón —soltó viéndola con dolor—. Fue un error dejarte entrar, fue mi error darme una oportunidad contigo, fue mi error abrazarte y besarte como a nadie más, fue mi error enamorarme de una cobarde que no sabe ni se deja amar. Fue mi error haber amado a una cualquiera.

Sebastián se giró, caminando hasta su auto, y las llantas derraparon sobre el asfalto al verlo alejarse a toda velocidad.

De pronto. Los fuegos artificiales iluminaron el cielo, anunciando un nuevo año, mientras ella seguía ahí, viéndolo partir sin retorno, sintiendo cómo el mismo fuego que explotaba, era el dolor que ahora la consumía.

Lo había conseguido, se dijo.

No tenía por qué sentirse abatida, sin embargo, no era así. Su corazón no sabía navegar en el cúmulo de emociones que significaba perderle.

Corrió a refugiarse. Entró a la casa, en el instante en que su madre gritaba su nombre. Habían llegado detrás de ellos, escuchándolo todo.

Entró a su recámara dejándose caer en la cama, y rompió a llorar. Nunca antes había necesitado derramar lágrimas. Pero sacarlas era la mejor manera de soportar. Era su lenguaje mudo de pena.

Los pasos en las escaleras se escucharon, y de repente, su madre y su hermana estuvieron a su lado. Stella no preguntó nada, tan solo se colocó junto a ella y la sostuvo en sus brazos. Janine se mantuvo aparte. Nashla dejó que, por primera ocasión, vieran su debilidad.

Por primera vez, no guardó su pesar.

—A veces, el mayor acto de amor que puedes hacer hacia una persona, es desaparecer de su vida antes de herirla. — Oyó la voz de su madre sobre su cabello—. Lloro todo lo que quieras, hazlo hija, aquí estaré.

Su llanto era desgarrador.

Lloraba el pasado, lloraba el presente y lloraba un futuro que no llegaría.

Los recuerdos a su lado la invadieron mientras las lágrimas caían. Su sonrisa, su mirada, la manera en que la trataba, cómo le había mostrado ese desmesurado amor por ella.

La parte más difícil no había sido enamorarse de Sebastián, sería olvidarle.

Y ahora sabía que el precio de querer tocar el cielo que le había sido negado antes, era demasiado alto.

Capítulo 26



Los primeros rayos de luz se filtraban a través de la ventana de la habitación. La cama estaba intacta, nadie había tomado el tiempo de dormir en ella. Sebastián permanecía sentado en uno de los pequeños sofás, aún con el traje oscuro de anoche. No había dormido. Su tortuosa mente le impidió siquiera pensar en hacerlo. Sus nudillos sangraban, y estaba exhausto de sus emociones.

«Ya estuve así antes», pensó. Misma situación, aunque diferente sentir. Era como si todo se repitiera, la misma página, solo que ahora no sabía cómo sanarse.

Su mirada estaba fija en la nada, su mente divagaba, se perdía entre los recuerdos que dejó. Le dolía el pecho, justo donde palpitaba, donde guardaba y descansaba su amor por ella. «Maldición», se dijo. Él la amaba con locura desmedida, y eso le causaba mucho más dolor.

Eso ya lo venía venir, su silencio, su desinterés, le hizo pensar mucho y no fue justo. No fue justo que lo desechara, que le mintiera, que no lo amara. Había sido un estúpido, su amor había vivido en su imaginación, nunca había sido más que eso.

Él se entregó por completo y ahora estaba incompleto.

Nashla no había dejado rastros de un *te amo*, pero fue peligroso haberse acostumbrado a ella, y era poco alentador pensar que sería la única mujer que le dolería. Sin embargo, ella sería eso, la única que marcaría su vida.

La noche le fue sumamente insoportable.

Mientras más pensaba, más caía en cuenta de que había ciertos límites para luchar por alguien, y ella no había valorado nada, era hora de rendirse.

Unos golpes huecos, tocaron su puerta. En instantes apareció Luciana sin ser autorizada a entrar. Sus pasos retumbaron en el mármol, y le tomó segundos estar frente a él.

—Sé que no estás para nadie, pero ahí abajo está Janine, quiere hablar contigo —siseó su madre en pijamas y con maquillaje escurrido sobre sus ojos

Incluso ella había llorado al verle anoche a punto de perder la razón.

—Dile que se vaya —soltó con voz irritada por los gritos que había dado anoche, mientras destruía todo su despacho. Aquel lugar había sido testigo de toda su ira y rabia. El lugar había quedado en ruinas.

—No sé qué está pasando —prosiguió su madre—. Pero no vas a dejarla ahí, baja y escucha lo que tenga que decir.

—No es necesario que se lo pida —espetó Janine, molesta, irrumpiendo en la habitación.

Sebastián resopló con fastidio, después dijo:

—No me interesa lo que quieras decirme, y si es para hablarme de tu hermana, mejor da la vuelta y vete —habló su ego herido.

—¿Qué fue lo que le hiciste?! —gritó sin prestar atención a sus palabras.

—¿Qué le hice?! —Sebastián se incorporó del sofá y se irguió, listo para dar batalla—.

¡Por qué mejor no dices, qué fue lo que ella me hizo a mí! ¡Es una mentirosa, una mujer que busca su propio beneficio, que no le importa haber hecho pedazos mis sentimientos!

—¡Ella ni siquiera me muestra sus sentimientos hacía mí! ¡Maldito idiota!

—¡Sin embargo me dejó bien claro los suyos anoche!

—¡¿Y le creíste?! ¡Creíste todo, ¿verdad?!

—Sus actos hablan por sí solos —soltó, apretando los dientes y cerrando las manos en un puño—. Vete, Janine, nada que venga de tu hermana me interesa ya, es una perfecta calculadora, sabe cómo embaucar a hombres.

—Te arrepentirás, no sabes lo que dices. ¡No sabes nada! —gritó enfurecida.

Sebastián no soportó más, no quería, ni deseaba ver a alguien que fuese a abogar por Nashla. Así que tomó de una dé sus manos y la arrastró hacia las escaleras. Pero entre empujones y resistencia, Janine logró soltarse de su agarre, y salir por sí sola de la mansión.

Él volvió a su habitación y un fuerte ruido se escuchó al azotar la puerta. Sin embargo, había alguien que no le dejaría sólo.

—¿Por qué no hablas conmigo? —La voz apacible y serena de su madre, llamó su atención.

Sebastián la miró desde su posición, de pie en la ventana, guardando un profundo silencio.

»Sabes que tienes en mí a una amiga, hijo. ¿Qué pasó para que estés así?

—Terminó —habló, con su voz apenas en un murmullo, sosteniéndole la mirada.

Su semblanza era completamente devastada.

—Todo tiene un por qué.

Él sintió cómo un nudo se había formado en su garganta y amenazaba con explotar.

Su vista cayó al suelo, diciendo:

—Al menos sé que no fue en vano el esfuerzo y el amor que puse para que funcionara lo que teníamos, funcionó el tiempo que fue justo, según el destino.

—Nunca será en vano cuando se hace por amor —aseguró su madre, acercándose para sostenerle fuertemente entre sus brazos.

Una mano fuerte sostenía su cuello, impidiendo que el aire entrara en sus pulmones, la asfixiaba, le oprimía el pecho, la mataba de miedo. Sus rodillas soportaban el calvario de estar hincadas sobre el suelo. Los ojos que la observaban desde arriba, con verdadera superioridad, se burlaban de su sufrimiento. No le importaba causar más daño, él solo deseaba saciar sus bajos instintos.

Reía con satisfacción.

Era una risa perversa y cruel, no hacía más que atemorizarla.

—¡Míralas! —soltó inclinándose a la altura de su oído—. ¿Qué estarías dispuesta a hacer por ellas?

Llevó sus manos a su agarre, quería quitar sus manos antes de que la matara. Pero él fue más astuto y se aferró más a su cuello, después la giró con brusquedad tirando de su cabello, y la hizo ver hacia donde deseaba.

Su madre estaba atada a una silla, sangraba, y algo cubría sus ojos mientras era golpeada sin piedad con una varilla delgada de acero.

Su hermana estaba desnuda sobre suelo el frío, se resistía, gritaba, mordía, luchaba, mientras era violada por tres hombres.

La imagen era terriblemente insoportable.

«Es tu culpa, es tu culpa», le decía una voz en su cabeza.

—Si lo deseas, esto puede terminar. —La voz rancia de John, le habló de nuevo—. Toma sus lugares y las dejaré libres.

De repente sintió un mordisco en su cuello, y gritó de dolor...

—¡Nashla!... ¡Nashla, despierta cariño!

Abrió los ojos de golpe, su madre estaba con sus manos en su rostro y le hablaba asustada. Seguro había escuchado sus gritos. Ella, en cambio, estaba sobre su cama, con lágrimas que se derramaban de sus ojos, y estaba bañada en sudor, temblando.

—Es un mal sueño, solo una pesadilla —prosiguió su madre, acariciándola.

Nashla se incorporó sentándose sobre el colchón.

La aturdía, la enmudecía el miedo que le producían las pesadillas que habían vuelto, esa que reiteradamente llevaba repitiéndose tres semanas. Desde la noche en que dijo adiós a Sebastián.

La fatiga era su constante aliado para seguir. Trabajaba jornadas largas para no pensar, para caer rendida y no terminar llorando. Su almohada ya era testigo de todo lo que había añorado a Sebastián.

Nashla volvió a ser la misma mujer que existía antes de él, callada, triste, envuelta en su mundo conformista y su compasión. Pero ahora, era más caótico, porque le faltaba paz, le faltaba amor, le faltaba él.

—Vuelve a dormir, yo estaré aquí. —Stella acarició su cabello con dulzura.

—Es imposible que pueda hacerlo —murmuró, cansada de seguir luchando.

—Me había acostumbrado a no oírte gritar más por alguna pesadilla —siseó su madre con suma tristeza.

—Parece que después de todo han vuelto.

—Él te hacía bien, Nashla. —La interrumpió, sabiendo de sobra a quién se refería.

Nashla asintió, tomándola de las manos.

—¿Te confieso algo? —Captó la total atención de su mirada—. Él rompió todas las barreras de dolor que había construido, no sentía el miedo asfixiante con el que solía vivir, pero él no merece cargar con mis fantasmas, mamá.

—¿Y tú sí? ¿Tú sí mereces eso? ¡No, Nashla! Merecías encontrar a un hombre que te hiciera feliz, y sin duda lo mereces a él.

—¿Y hacerlo pasar por la vergüenza de mi pasado?

—Un pasado y una vida que tú no elegiste.

—Lo hecho, hecho está, no daré marcha atrás a mi decisión.

Stella soltó un prolongado suspiro lleno de nostalgia.

—Acepto tu decisión. —Sostuvo con más fuerza sus manos—. Solo quiero aconsejarte algo por primera vez, y quiero que en verdad lo consideres. Dile la verdad, dile por qué no puedes tenerle en tu vida, háblale de todo lo que pasaste, deja que te entienda, no permitas que cuando él te recuerde, lo haga con dolor y lleno de malos momentos a tu lado, al menos deja que seas un recuerdo comprendido.

—Me pides demasiado, sabes que no me gusta hablar de ello.

—Pero él se lo ha ganado.

Nashla inclinó la vista, mirando sus manos entrelazadas.

—Es un buen consejo mamá, solo espero que él quiera escucharme.

—Lo hará, porque él también está esperando escuchar esto de tu boca.

Nashla la miró, y esa sonrisa que le ofreció, le dijo que era su mejor opción.

Sí no hubiese prometido su asistencia al partido final de la temporada, podría haberse escabullido para seguir nadando en su dolor. Pero le fue imposible retractarse. Los Raiders, su equipo, habían ganado nuevamente y de forma consecutiva otra temporada. Todos los directivos y dueños estaban más que felices de la racha ganadora, sin embargo, parecía ser el único que no estaba interesado en enterarse de nada.

Hawái había sido el sitio donde se había jugado el último encuentro, y por consecuente una segunda celebración se estaba llevando a cabo en un jardín, al aire libre, entre mesas llenas de comida, frutas exóticas, collares florales, camisetas estampadas y el dulce olor de la selva silvestre y el mar color turquesa del sitio. Para después ir hasta Los Ángeles y terminar con el desfile antes de partir.

Eran principios de febrero, y había llegado con tanta lentitud, que era frustrante e insoportable. Nunca pensó que dos meses se hubiesen convertido en su calvario. Pasaba noches sin dormir, encerrado entre cuatro paredes que simplemente no hacían más que empeorar su estado. Si no fuese por su hija, no podría manejar todo aquello, ni hubiese poder seguir.

—Pareces aburrido —ronroneó una voz seductora que lo trajo a la realidad.

Una morena había tomado asiento a su lado sin notarlo, mientras la gente bailaba y celebraba entre brindis a los ganadores.

—Estoy más que bien ¿no lo ves? —soltó con voz cargada de ironía, elevando la copa de cristal hacia ella y agitando el vino en su interior.

—Puedes estar mejor. —La mujer curvilínea, deslizó uno de sus dedos por encima de su pantalón blanco, acariciando su pierna por debajo de la mesa, mostrándole un perfecto color rosado en sus uñas.

—No lo dudo —aseguró de mala gana—. Pero preferiría estar solo, si no te importa.

Ella cambió su semblanza ardiente, por una adusta.

—Eres demasiado estúpido ¿lo sabías? —soltó ella de forma grotesca, y se alejó ofuscada.

Sebastián gruño molestó.

Ahí estaba él, rechazando a una mujer que le podía proporcionar placer.

«No tiene por qué ser así», pensó.

Sin embargo, su recuerdo enmudecía su mente, su corazón. No sabía dejarla en el olvido. No tenía el valor para olvidar, para decir adiós a una hoja en blanco de su vida, de la cual tenía mucho para decir.

¿Por qué? Porque no se había llevado con ella lo que sentía.

Se incorporó y caminó hasta la salida, no estaba de humor para seguir festejando. Pero al llegar a la puerta llena de flores, alguien tiró de su mano para detenerle.

—¿Te vas? —La alegre expresión de su amiga Maya, se visualizó frente a él. Se veía hermosa, con el vestido de estampados florales y con sus rizos llenos de flores tropicales.

—No quiero estar aquí.

—Últimamente no quieres estar en ningún lugar —ironizó divertida, soltándole.

—Si estuvieras en mi lugar, que no lo estás, decidirías lo mismo.

—Lo estuve, recuérdalo, pero yo, en cambio, no dejé de luchar ¿te darás por vencido tan fácil? ¿Tú?

Maya, que siempre estaba cuando la necesitaba, sabía ahora todo lo referente a Nashla.

—No me quiere, Maya, con eso no se puede luchar.

—¿Y quién te asegura que es así?

Se observaron por un instante quedando en silencio, con solo la música hawaiana de fondo.

—No hay más que decir, haré mi vida y punto.

Se alejó sin más, y completamente molesto pasando entre conocidos que le saludaban, pero que no eran correspondidos. Todos sus amigos más cercanos sabían de su hosquedad y mal humor, pero no sabía cómo remediarlo.

Introdujo su mano en el bolsillo de su pantalón y tecleó el número del piloto del avión privado que había contratado para llegar hasta allí. Unos segundos le bastaron para dar la orden para volver. En el avión, Sebastián mandó un mensaje, uno de tantos que no eran respondidos, necesitaba respuestas, necesitaba algo para no odiarla. Cinco horas de vuelo más tarde, y después de media noche llegó a Los Ángeles.

Al entrar por la puerta de su casa, todo estaba en absoluta en quietud. Justo lo que necesitaba. Su madre y Margaret seguramente dormían. No esperaban su llegada. Había dicho que regresaría hasta mañana, pero estar más tiempo fuera y rodeado de gente extraña, le era fastidioso.

Todo lo que ocurría a su alrededor, seguido por la añoranza, era demasiada carga emocional con la que no podía vivir.

Para su sorpresa, Keily bajaba las escaleras justo en el momento en que él subía el primer escalón. Una bata de seda color crema, pies desnudos y sin maquillaje, le advirtieron de su estancia esa noche.

—Hola —murmuró para no ser escuchada—. Pensé que regresarías mañana, espero que no te moleste que me haya quedado con Margaret.

—No —respondió tajante, sin detenerse y pasando por su lado.

—Bajaba por algo de beber ¿quieres algo?

—No —repuso de nuevo, siguiendo su camino hasta la recámara.

Pero para su desgracia, ella no lo dejó estar, y le siguió.

—Te ves mal. —Le escuchó decir y la vio detener la puerta de su habitación antes de que esta cerrara.

—Keily, no quiero ser grosero, pero vete.

Keily ignoró su petición y entró de lleno a la habitación.

—No quiero molestar, pero en verdad me preocupas. Por nuestra hija debes hacer algo contigo.

—Te lo agradezco, pero déjame solo —exclamó él, pasando la chaqueta por sus brazos y lanzándola sobre el sofá.

Ella, en vez de obedecer, lo ignoró. Caminó hasta la mesa junto a la ventana y tomó la botella de wiski que estaba encima, de la cual ya él había bebido el día anterior, sirvió dos vasos a la mitad y cuando estuvo lista, le extendió uno. Él lo tomó sin protestar y lo bebió de un sorbo. Últimamente el alcohol era su mejor compañía. Le aturdía los sentidos, y le atontaba de tal manera que lo hacía olvidarse del dolor, los recuerdos, y el tiempo que seguía su curso sin ella.

—No me gusta verte así, tan triste —ronroneó seductoramente, acercándose peligrosamente a él.

Sebastián no dijo nada, sólo la miró.

La vio beber el líquido del vaso con una inquietante mirada por encima del vidrio. Relamió sus labios y saboreó el wiski sobre ellos al quitar el vaso de cristal de su boca.

Sus ojos verdes se le insinuaban, su boca lo incitó al deseo.

Keily tomó el vaso de su mano y los lanzó ambos sobre el suelo, haciéndolos crujir al romperse. Después, llevó sus manos al nudo que sostenía su bata de seda y con destreza la abrió. Sus manos bajaron hasta sus muslos, donde finalizaba la tela de seda y la sostuvo entre sus dedos, elevándola para dejarle ver sus muslos, sus caderas. La bata cayó al suelo, y él fue testigo de su cuerpo desnudo. Ella prosiguió con su encanto, sus manos subieron hasta su cabeza, soltando la coleta que ajustaba su cabello rubio. Su melena se deslizó entre su cuello hasta llegar a sus pechos. Se acercó aún más a él, sus pechos bailaron al compás de sus caderas mientras avanzó, al tenerlo en frente, con voz cargada de seducción murmuró:

—Déjame sanar tu dolor, te aseguro que te haré olvidarla. —Subió sus manos entre sus cuerpos, deslizándolas hasta su cuello—. Déjame demostrarte que aún te quiero, que nadie podría amarte como yo.

Y él, tan hundido y perdido, cayó en su juego.

Ella acercó sus labios a los suyos, y lo besó de una forma tan arrebatadora, tan segura, que se dejó llevar. Y le dieron ganas de olvidar como se olvidan a los buenos amores, en otra cama, con otras caricias.

Con rapidez pasó la camisa de algodón por su cabeza, puso sus manos en su pecho y de un empujón lo lanzó sobre la cama subiendo a horcajadas sobre él para seguir besándole. Su boca bajó poco a poco por su cuerpo, lamiendo, mordiendo y disfrutando con aquello. Ella le desnudó de la cintura para abajo en un segundo. Sebastián miró al techo, y la única imagen en su mente fue el rostro de Nashla. Ella no había dejado huellas de besos sobre su cuerpo, pero sí evidencias y recuerdos en un corazón que no olvidaría con el paso del tiempo. Pero que ahora necesitaba anestésicarla por un momento de su mente.

Como el animal salvaje y sediento que era, se olvidó de quien era, solo importó el cuerpo. Tomó el mando de la situación. Con un fuerte agarre, la sostuvo de los hombros y la volvió sobre el colchón. Ahora sería él quien haría lo que quisiera. La tocó, la enloqueció y fue el amo. Y con cada embestida que arremetía contra ella, deseaba sacar lo que sentía por alguien que no lo supo amar.

Su propósito solo era olvidarla y si lo conseguía mientras un orgasmo lo consumía, sabía que solo se rompería un poco más su corazón.

Y tal vez alguien más, como él, haya conocido el infierno y la agonía del mismo modo...

Capítulo 27



«El miedo es una reacción y el coraje una decisión» pensó. Pero él no tenía el coraje. Se había dejado embaucar por los susurros del abatimiento, de la agonía, del dolor que le decía que dejara de compadecerse. Estando en los brazos de Keily, Sebastián experimentaba esa fría capa de ego masculino herido, era ese hombre que solía llevar puesta la careta del fuerte cada minuto de su vida para no sufrir. Y necesitaba aferrarse a ello ahora más que nunca. «Ella no te quiere. ¡Supéralo ya, carajo!», gritó su fuero interno, mientras las uñas pintadas de rojo recorrían su pecho, acariciándole.

Keily se incorporó de su lado, lo miró desde arriba mostrando sus desnudos pechos blancos y siseó seductoramente.

—Ha sido como en los viejos tiempos. —Le sonrió, deslizándose de nuevo las uñas por su piel. Sin embargo, él no dijo nada—. Yo aún te amo, Sebastián, nunca he dejado de hacerlo, podríamos darnos una nueva oportunidad, por nosotros, por Maggie.

Sebastián permaneció en silencio, imaginando cosas que deseaba pero que ya no existirían nunca para él. Se había jurado no caer en su seducción y lo hizo.

Sabía de sus sentimientos hacia Keily. ¿Entonces por qué dudaba? ¿Por qué se estaba permitiendo fantasear con la idea de volver a su lado?

—No lo sé, Keily, yo...

Keily puso la yema de sus dedos sobre sus labios para acallarle.

—Solo piénsalo, le daremos una verdadera familia a Maggie. Tú, ella y yo. Como siempre debió haber sido. Dame la oportunidad de demostrarte que he cambiado, que no te dejaré más, que los amo a ambos.

Terminó subiéndose de nuevo sobre él y lo besó. Sus palabras las creyó tan sinceras que permitió que lo besara, permitió que su corazón roto albergara la idea de tener felicidad a su lado.

Y es que así son los corazones marginados, ven una vía de escape al dolor e imaginan que será ese pedazo de remanso que aliviará su pena.

—Casémonos —murmuró entre sus labios aún unidos, casi las palabras salieron por inercia. Keily se apartó completamente anonadada y emocionada.

—¿¡Que has dicho!?

—Lo que oyes, casémonos lo antes posible.

—¡Acepto! ¡Te juro que a mi lado serás feliz!

El volvió a dejarse llevar por el deseo de tener a una mujer desnuda entre sus brazos y la hizo suya. Pero con cada segundo su mente le jugó una mala pasada, porque la piel, la pasión, los besos que de verdad deseaba, no era esos...

Al bajar a desayunar, después de una ducha en solitario, encontró a Keily y Margaret en el comedor, ambas reían. Su madre leía una revista sin prestarles demasiada atención. En cuanto

fue visible para las mujeres, Keily se levantó y lo besó delante de ellas. Margaret lo vio, incrédula, su madre estrechó el entrecejo, molesta.

—Tenemos una noticia que darles —anuncio Keily sonriente y echándose a sus brazos—. Sebastián y yo nos casaremos.

—Papá, ¿y Nashla?

—Nashla ya no es la novia de papá, amor —respondió Keily por él, caminando hasta la pequeña para ponerse a su altura y hablarle—. ¿No te agrada la idea de saber que papá y yo estaremos juntos?

Margaret asintió, dándole a él una mirada incierta.

—Sí... me agrada —murmuró y luego abrazó a Keily, aunque fue un abrazo casi obligado.

Por otra parte, Luciana se excusó, le ofreció una mirada irritada y se marchó sin decir nada. Para Sebastián no fue sorpresa su actitud, tampoco esperaba aquella repentina decisión de su parte, la noticia fue un vaso de agua fría cayéndole encima a su madre, y qué podía esperar ¿una felicitación? Claro que no, y ni siquiera esperaba que estuviera de su lado.

Keily le sonreía a Margaret tratando de embargarla con la emoción de la boda, él se permitió verlas detenidamente.

Y engañaba a su subconsciente afirmándole que había tomado la mejor decisión.

Haber aceptado que le perdería, había sido el comienzo de su propio Karma, ése que le había hecho pensar mil veces en que no merecía conocer el amor. Sebastián era esa clase de hombre que necesitaba a una mujer que le pudiera dar todo, todo lo que ella temía dar. Todo lo que alguna vez le fue arrebatado, y que había vuelto de nuevo para trastornarla.

Lo triste era darse cuenta de que había aprendido a quererse por él, que le había enseñado a vivir, pensar incluso en un futuro prometedor, y saber que le había dado momentos que nunca se irían. Llegó a su vida en un golpe de suerte, sin esperarlo, para calmar toda tempestad. Sin embargo, se le iba de las manos, aunque no del alma, de eso estaba más que segura.

Nashla observó su rostro en el retrovisor. Sus ojos estaban enrojecidos, pero es que había llorado tanto últimamente, y había dormido muy poco, pero parecía no poder remediarlo. Golpeó sus mejillas para darles un poco de color, su rostro estaba tan demacrado que nada servía para mejorarlo. Cerró sus ojos y respiró profundo, tenía que darse valor para lo que iba a hacer. Llevaba días pensándolo, y hasta ahora había tenido las agallas para enfrentarlo, no le era fácil desnudar su pasado.

Era incluso vergonzoso, y estaba tan lleno de amargura, que le producía tanta ansiedad hasta el punto de haberse comido las uñas y dejarlas en carne viva.

Al abrir los ojos desde asiento del auto que Sebastián le había obsequiado, miró el auto deportivo de él estacionarse en su cochera. Él descendió del auto, su rostro mostraba seriedad, y parecía molesto, lo supo por su entrecejo cerrado. Estaba tan impecable como siempre, con traje, ilustre calzado, y su cabello rubio perfectamente peinado hacia atrás. Le vio seguir su camino y entrar a la casa azotando la puerta detrás de él. Ella mordió su labio inferior para impedir su temblor, y parpadeó para contener las lágrimas. Dos noches antes había recibido unas llamadas tuyas, pero no contestó al ver su nombre brillando sobre la pantalla del móvil. Pero anoche, un mensaje tuyo bastó para que ella estuviera allí.

«Quiero que hablemos. Sé que no quieres hacerlo, he entendido que no me amas, pero necesito cerrar esta historia de una vez por todas para poder continuar con mi vida, espero que

quieras decirme algo que me pueda hacer entender» Eso decía en el mensaje.

Era lógico pensar que deseaba saber los detalles y le daría lo que quería.

Descendió del auto ajustando la chaqueta que llevaba y con todo el valor que había reunido, caminó hasta el sendero que llevaba a la entrada. Tocó el timbre, y en segundos el ama de llaves le abrió.

—Buenas tardes, señorita Nashla, qué gusto verla.

—Buenas tardes, ¿se encuentra Sebastián? —preguntó, sabiendo de sobra que se encontraba.

—Claro que sí, pero pase, ya sabe el camino, está en su despacho.

Cerró la puerta tras ella y se alejó dejándola sola, imaginando que estaba como cualquier otra de las veces en que estuvo ahí. Nashla aprovechó para dejar las llaves del coche sobre la mesa de la entrada del recibidor.

Le temblaron las piernas, pero caminó por el pasillo que llegaba hasta el despacho. Al estar frente a la puerta, el temblor aumentó y los nervios eran mucho más intensos. Comenzó a sentir que el sudor resbalaba por su columna. Alzó una mano dudando, pero tocó con sus nudillos.

—Adelante. —Escuchó la voz que tanto añoraba y sus fuerzas flaquearon.

Tragó el nudo de emociones en su garganta y exhaló, para después girar el pomo de la puerta y entrar. Lo encontró de espaldas a su escritorio, con papeles sobre sus manos que observaba con detenimiento.

Sus pasos y su falta de palabras, le obligaron a volverse. Sebastián reflejó sorpresa, realmente no la esperaba ahí, de pie frente a él, después de aquella noche.

Sus ojos claros mostraron una lucha interna, que iba del asombro al dolor.

—Hola. —Se obligó a decir, aunque su voz apenas sonó a murmullo.

Nashla estrujó con fuerza sus dedos.

—Hola. —Sebastián dejó caer su mano al costado con debilidad. Lo había desarmado por completo.

Un silencio inerte cayó entre ambos, tan solo fueron capaces de sostenerse la mirada en un instante que pareció eterno.

— ¿Leíste alguno de mis mensajes? —siseo él, aún desorientado.

Ella asintió.

—Por eso estoy aquí, mereces saber por mí lo que realmente pasó, no creer una verdad errónea.

De nuevo el silencio, ambos parecían más interesados en verse que en hablar, pero él volvió a romperlo.

—¿Cómo llegamos hasta aquí? —susurró, visiblemente melancólico.

—Por mis miedos —respondió Nashla con sinceridad.

Sebastián cerró los ojos por un breve segundo y apretó sus dientes hasta convertir sus labios en una fina línea sobre su rostro. Parecía luchar con algo que no llegaba a comprender.

—Sabía que esto podía terminar así —siseó ella viéndolo sufrir, él abrió los ojos y la miró con un azul profundo en su mirada—. Quisiera que escucharas todo lo que tengo para que decirte, después de todo te lo debo.

Él asintió, dejando los papeles sobre el escritorio.

Nashla, sin embargo, había comenzado a sentir cómo la sangre caía a sus pies.

El silencio que sepultó a Sebastián, le dijo que era momento.

»Hablar de mi pasado siempre ha sido difícil, Sebastián —Inició con voz temblorosa—.

Pero fue algo que yo no pedí vivir. Si hubiese tenido la oportunidad de elegir, créeme que no hubiera sido haber pasado por ese infierno. —Se aclaró la voz, porque el nudo que se había formado en su garganta le impedía seguir—. Cuando tenía doce años, vi cómo mataban a mi madre biológica a golpes mientras yo estaba oculta debajo de la cama, ella era prostituta, vivíamos en el burdel donde trabajaba, así que te imaginarás lo que una niña de mi edad tuvo que ver. Después de su muerte, terminé en manos de la persona que se suponía que tenía que cuidar de mí, pero no fue así. Para la hermana de mi madre fui solo un estorbo que no dudó en desechar y aprovechar. Me vendió al mismo hombre que había matado a mi madre, un hombre que solo me mostró lo más bajo y ruin que puede ser un ser humano. Me mantuvo cautiva durante cuatro largos años. —Nashla limpió una lágrima que caía de su mejilla—. Un lugar donde me obligaron a hacer cosas que no quería. Fui violada, torturada, golpeada y lastimada tantas veces que no recuerdo con exactitud, todos los detalles.

Nashla se detuvo, para ver su reacción. Él estaba completamente aturdido, inestable. Sin embargo, continuó:

»Todas las marcas que viste sobre mi cuerpo, fueron causadas por no obedecer o por saciar sus sádicos instintos. Entre más me causaba daño ese hombre, más era satisfactorio para él o ver cómo lo hacía alguien más. Durante ese tiempo lo soporté todo, me convertí en una chica temerosa, desconfiada, llena de miedo y sufrimiento, no conocía el amor, no creí que fuera sincero el de nadie hacia mí. Las cicatrices en mis muñecas, las causé en un intento por terminar con mi vida y todo el tormento del que era presa. Cuando me encontraron, pensaron que estaba muerta, así que me tiraron a la calle como un animal que ya no les servía. Para mi fortuna sobreviví gracias a los McNeill, ellos me encontraron y me adoptaron, pero para mí fue demasiado desesperante no mostrarles amor cuando nunca lo tuve, nunca me había apegado a ningún sentimiento, y durante los años restantes, he vivido lo más alejada posible del toque de algún hombre, ni siquiera a mi padre adoptivo le permití acercarse a mí, hasta que...

Nashla se calló de golpe, decirle lo que significaba para ella, ahora que ya no estaba a su lado, era doloroso.

Los sentimientos de Sebastián iban del asombro al horror, pasando por un estado de conmoción.

—¿Hasta qué? —La alentó él a continuar, rodeando el escritorio, para reducir el espacio entre ellos.

—Hasta que te conocí.

Sus ojos se humedecieron. De la misma manera en que los suyos estaban, quería romper a llorar, arrojarse a sus brazos protectores y nunca alejarse, pero le fue imposible, no debía.

»Tú olías a libertad —prosiguió ella—. A seguridad, alegría, esperanza, a todo de lo que yo huía. Me preguntaste si te amaba, y te dije que no. — Se quebró su voz y se detuvo—. Pero no es así, te mentí. Tu persistencia, tus ganas, todo en ti me gustó, y fui incapaz de alejarme, sé que fui egoísta al hacerlo, al pensar que no tendríamos futuro y dejar que te enamoraras de mí. Por un momento me dejé llevar, y mientras más tiempo pasaba cerca de ti, más caía en cuenta de cuánto te quería. Me amaste en mi vulnerabilidad, sin saber nada de mí, te arriesgaste a hacerlo y yo no pude detenerte porque yo misma no pude hacerlo por mí. Por primera vez necesitaba de alguien.

—Tú me quieres —susurro él sin prestar atención a nada más.

—Sí.

—¿Por qué no haberme de esto antes? Pude luchar más por ti, pude saber a qué le temías y

entenderte.

—Tú hiciste todo. Fui yo la que no supo luchar.

Sebastián soltó un prolongado suspiro, y tiró de su cabello con desesperación,

—Que me hayas dicho que me amas, no cambia nada ¿verdad?

—No. —Su certeza causo más dolor en el—. Perdón si no fui lo que buscabas. Tienes que saber lo dañina que soy para ti, la vida tan retorcida que viví, y con seguridad sé que no cargarás con algo que no te pertenece, tu felicidad está en otro lugar, Sebastián.

—¿Y cómo aseguras que no la pude tener contigo?

—Porque no puedo darte nada de lo que tú mereces.

Sebastián dejó caer la vista al suelo.

»Quiero que rehagas tu vida como si yo no hubiese existido, que te enamores de alguien que te pueda amar. Si hoy te hablé de mí vida, fue porque no quiero ser un mal recuerdo para ti, pero de aquí en adelante, seguiremos con nuestras vidas y cada quién por su camino.

Él elevó su vista, y su mirada era desoladora, aquel azul de sus ojos estaba más apagado que a su llegada.

—Entonces, este es un adiós definitivo.

Nashla asintió, y en el momento en que iba a decir algo, en que le advertiría de Reed, sus palabras quedaron atascadas y fue interrumpida por Keily, quién entraba por la puerta.

—Amor, te he estado buscando —exclamó pasando por su lado y arrojándose a sus brazos—. ¡Nashla! Qué sorpresa que estés aquí. —Nashla se mantuvo callada, ella agregó con malicia—: ¿ya te ha dicho Sebastián que nos casaremos?

Keily elevó la mano izquierda mostrando el anillo de compromiso que lucía su dedo anular.

Aquello no lo esperaba Nashla, y por doloroso que fuera, lo aceptó.

—Felicidades, les deseo lo mejor. —Sus labios mostraron una débil sonrisa, pero sus ojos mostraron los trozos de su dolor.

—Claro que seremos felices —aseguró ella, arrogante, viéndola altanera.

Nashla miró a Sebastián, memorizando su rostro. Keily dejó de existir para ella.

Él le sostuvo la mirada y lo vio dar un paso, queriendo avanzar hacia ella, pero Keily puso la mano sobre su pecho y le detuvo.

—Adiós —anunció y salió con una profunda tristeza rompiendo su alma.

Sus pies caminaron tan deprisa que llegó a la puerta en dos segundos, pero Luciana apareció con Margaret e inevitablemente la detuvieron.

—¡Nashla, estás aquí! —exclamó Luciana con alegría.

Margarett se lanzó a sus brazos.

—Te extraño, extraño jugar contigo —dijo la pequeña.

—Yo también te extraño. —Y acaricio sus rizos—. Pero he estado muy ocupada con los niños del hospital y no me da tiempo de venir a verte.

—Eso mismo me dijo papá. —Margarett la miró desde abajo—. Pero volverás ¿no es así? ¿Vendrás a verme después?

Su súplica le destrozó el corazón.

—Sí. Lo prometo —mintió.

—Maggie —habló Luciana—. Despidete de Nashla y ve con tu padre, necesito hablar con ella.

Margarett lo hizo, la besó y la abrazó por un momento que le causó aún más pesar.

—¿Dime que han arreglado todo? —dijo Luciana al quedar a solas.

—No, lo siento.

—Están cometiendo una locura ¿no lo entienden? Él no puede casarse con ella, Nashla.

—Es su decisión.

—¿Decisión? Es una tontería, lo está haciendo por despecho. ¿Y tú? Tú tienes en tus manos la razón, si se lo pides, si lo haces...

—No, Luciana, yo no soy la persona que le hará feliz.

—Nashla. Tú lo eras todo para él —susurró, resignada.

—Me voy, cuida de Margaret, cuídale a él, que no confíe en Reed.

—¿Por qué?

—Porque no es lo que aparenta. — La abrazó con fuerza como forma de despedida, y salió de ahí.

Derrotada, esa era la manera agridulce de sentirse. Las lágrimas caían de sus ojos sin detenerse mientras caminaba por la calle. Él fue su vez primera, en su corazón, en su pensamiento, en su deseo, en la piel, y lo dejaba ir sintiendo tanto amor y a tan solo un paso de tenerlo para siempre.

Capítulo 28



«El tiempo cura cualquier herida, lento y doloroso, pero cura», pensó en las palabras de su madre. Estaba sentada a los pies de la cama, mirando alrededor de la habitación. Era demasiado temprano, lo sabía por el sonido de los pájaros que cruzaban por su ventana. A penas si había dormido unas horas. Ya no dormía bien como antes. La pesadilla donde su hermana y madre eran heridas por Reed, no dejaba su mente tranquila, eso, sumada a las emociones de la despedida, eran un caos en su interior.

Habían pasado días y mil veces se arrepintió de no habérsela jugado por él, de no haber tenido el valor y el coraje de recuperarlo, por haber sido tan cobarde y haberlo arrojado a los brazos de alguien más.

Una vida no sería suficiente para lamentarse el haber tenido al amor en sus manos y dejarlo ir. Ahora sabía que terminaría sola y vacía, justo como terminan las personas que no saben valorar la oportunidad que la vida les da de amar. Pero si habitaba en su memoria, entonces nunca estaría sola, era su consuelo.

Se incorporó y salió de la recámara aún con el pijama puesto, esa mañana no iría al hospital, quería estar en casa, dormir y recuperar las horas de sueño que el trabajo y sus pesadillas le habían quitado. Al llegar al último escalón de la escalera, oyó la voz de Janine, ella leía algo y se detuvo para escuchar:

—Es una gran sorpresa saber que el encantador Sebastián Faith contraerá matrimonio con una de sus antiguas parejas y de la que se sabe, es la madre de su hija. La noticia se ha dado en medio del escándalo de una separación repentina con la mujer que muchas personas juraron sería la afortunada...

Janine seguía leyendo los chismes de espectáculos de sociedad, mientras Nashla pensaba en los reporteros que había tenido que esquivar durante los días pasados en el hospital y en su casa.

—¿Puedes creerlo, mamá? —soltó molesta su hermana—. Y mira la fotografía.

—Es su vida, Janine. —La voz apacible de su madre se escuchó—. Es libre ahora de rehacer su vida.

—Y tenía que ser con ella específicamente —refunfuñó—. Con esa víbora embustera, si era evidente su maldad, yo olía a cientos de kilómetros sus intenciones.

—No sabes cómo se dieron las cosas, así que deja de maldecirlos.

—Mamá, eres tan ingenua. ¿Acaso no te diste cuenta cómo le miraba cuando estábamos en la casa del lago?

Stella iba a responder, pero Nashla decidió salir de su escondite y evitar que se alargara más esa situación.

Cuando fue visible a los ojos de ambas. Las dos se callaron de súbito. Janine ocultó entre sus piernas la revista popular de celebridades. Sabía que aquella acción de su parte, era para no

lastimarla más, así que no hizo el mínimo esfuerzo por molestarse.

Ella tomó asiento al lado de su madre, mientras era observada por cuatro pares de ojos que le pedían a gritos que les dijera algo sobre lo ocurrido.

—¿Quieres café? —preguntó Stella con una sonrisa compasiva.

Ella asintió.

Cuando su madre terminó de llenar la taza frente a ella, la elevó y tomó un sorbo, Janine aún la miraba cruzada de brazos. Se notaba más que irritada.

—¿Irás al hospital? —Volvió a hablar su madre con un tono alegre, acabando con el silencio lúgubre que se había instalado y aminorando la tensión que había en el aire.

—No, me tomaré el día.

—Me alegrara tenerte todo el día en casa —exclamó feliz su madre.

Ella, aunque no había preguntado nada correspondiente a Sebastián, sabía que deseaba saber.

—¿Por qué me miras así? —cuestionó a Janine, dejando la taza sobre el plato pequeño.

Janine sopesó las palabras antes de decir:

—Mamá y yo estamos hartas de no saber por qué diablos te has dejado pisotear por esa imbécil, así que escupe las palabras y dinos ¿por qué le dejaste el camino libre?

—Janine, deja que tu hermana decida si nos dice o no.

—¡Claro que no! Somos su familia, tenemos derecho a saber y a llamarle la atención por su estupidez.

— ¿Qué escondes ahí? —Nashla señaló con su dedo sobre sus piernas.

—Nada —repuso Janine con voz apagada.

—Si quieres que hable, déjame ver.

Su hermana dudó, lo vio en su rostro. Pero segundos después puso la revista sobre la mesa.

La imagen que mostraba la portada, era de Sebastián y Keily posando juntos, era notorio que ocurrió en evento reciente. Ella sonreía ampliamente, él parecía taciturno.

Ella se quedó viéndola con profunda melancolía. Amarle, había sido lo mejor que le pasó en la vida.

—Esto me hace pensar que él tal vez nunca te amó como dijo —siseó Janine.

Stella, a su vez, colocó una su mano encima de la suya y la apretó con cariño.

—No es así, siempre me mostró con hechos lo que significaba para él, Janine. Solo que hay que soltar cuando se sabe que no puedes dar lo que el otro da.

—¿A qué te refieres?

—A qué él estaba dispuesto a darme todo, y yo no lo estoy, merece ser feliz, y sin duda no lo será conmigo.

—¿Le has dicho todo? —Su madre preguntó con los ojos ensombrecidos de ternura.

Ella asintió, viéndola. Obvió detalles como el bebé que tuvo y que Reed era el hombre del que le habló, ahora entendía que estaba bien ocultarlo para protegerle.

—Ahora le has dado una verdad que podrá entender —prosiguió Stella—. Y eso te da al menos su cariño sin juzgarte duramente.

El duelo por haberla perdido, de haber bajado los brazos, dejando entrar al fracaso, y las emociones que lo consumían, era sumamente abrumador. No hallaba el modo de recuperar el control y parecía que todo a su alrededor estaba empeñado en decirle que se equivocaba con sus

erróneas decisiones.

Su madre prácticamente no le dirigía la palabra, su hija, a pesar de estar feliz con la noticia de que sus padres estarían juntos, se había acercado a decirle que prefería a Nashla antes que a su propia madre para hacerlo feliz a él.

Sebastián estaba sentado en una de las sillas afuera del balcón, apreciando la lluvia que caía esa noche. Era de madrugada, estaba cansado, pero no podía conciliar el sueño sin ver el rostro de Nashla al cerrar los ojos. Esa mirada ámbar que se había reflejado tortuosa al hablarle de su pasado. Aún tenía sonando sobre su cabeza su confesión, que una niña hubiese sufrido así, de esa manera tan cruel, y que, a pesar de todo, hubiera podido enamorarse, hacerse a un lado dejándole libre para que fuese feliz, hablaba de una mujer fuerte, aunque lo ocultara en lo más profundo de su corazón. Ese dulce y sensible corazón que poseía, y del cual estaba enamorado.

Pero dolía saber que prefería dejarle sin darse cuenta de que, si lo hubiese deseado, pudieran ser felices.

Su pasado le importaba una mierda, él podía hacerla olvidar, si lo hubiese dejado en su vida, podría borrarlo con sus besos, con su piel, estaba dispuesto a todo por ella, y ahora solo se lamentaba por un futuro incierto.

Miró el móvil sobre su mano, había intentado llamarla miles de veces, enviar un mensaje. ¿Pero qué decirle? ¿Qué le faltaba como nadie? ¿Qué le diera una oportunidad más a su amor?... ¡Dios! Él se debatía entre lo que debía hacer, y lo que su corazón le gritaba. Y, sin embargo, todo quedaba en el aire, porque ella no lo quería en su vida, y porque él se había rendido tan fácil.

Volvió el rostro hacia dentro, Keily dormía en su cama. Estaba desnuda, provocándole, y ni siquiera así pudo tocarla.

Los días pasaban y su insistencia era constante para que le hiciera el amor de nuevo, y él no pudo. Qué iluso pensar que en un mes estaría atado a ella. Ahora después de aquella noche en que se había dejado llevar por sus caricias, sabía muy bien que nunca la amaría, que el deseo y su virilidad había muerto con el adiós de Nashla.

Tal parecía que su amor se había quedado en el olvido. Pero el día en que menos lo pensaron, el destino les hizo una jugada y volvieron a estar frente a frente.

Nashla había trasladado a uno de sus pacientes a su casa, un edificio de lujo, de los más prestigiosos *pent-house* de la zona dorada de Los Ángeles. Al ser conscientes que ya no había más que hacer, los padres habían decidido trasladarlo a su hogar para despedirle ahí, y ella no había querido dejarles solos.

Sebastián, por su parte, cerraba un contrato en el mismo edificio. En el departamento de uno de sus jugadores. Uno que le daba una cantidad exagerada de millones a su cuenta bancaria. Sonrió y estrechó la mano del contratista, y se despidió, dirigiéndose a los elevadores.

Ella entró al elevador conmovida, despedir a un niño que había vivido tan poco tiempo, era duro. Se ubicó más atrás de la puerta, más gente entró a su lado, y de repente lo vio. Su mirada celeste, su cuerpo largo, era inigualable. Nashla volvió a sentir aquel alivio que por primera vez vio en sus ojos.

Él, quedó mudo en la puerta al volver a ver su belleza, y tembló su pecho, su cuerpo, cada célula de su cuerpo. Volvieron a sentirse vivos.

La gente entraba tras él, y le obligó a entrar poniéndose a unos pasos de ella, solo dos personas les separaban. Pero ella no se movió, no habló, ni dijo nada. Se mantuvo viendo al

frente. Él, no pudo reprimir las ansias, y la observó por el reflejo del aluminio del elevador.

Los números iban encendiéndose conforme avanzaba y descendían. Lo que había dicho: *como si no hubiese existido*. Fue cierto. Y fueron tontos otra vez, les ganó el orgullo, el miedo se imponía con arrogancia, y tristemente, dejaban escapar el amor. Como si fuera tan sencillo encontrarlo en cualquier rincón.

El elevador se detuvo y la gente comenzó a salir, ella lo hizo sin mirar atrás, dejándole ahí y viéndola alejarse.

Y se hirieron una vez más.

Ahora eran dos extraños con recuerdos mutuos...

El potente sabor de ron oscuro e importado desde Inglaterra, pasó por su garganta quemando y dejando un sabor de especias en su boca. Gotas pequeñas de restos de la bebida quedaron en su labio, así que relamió saboreando ese agradable sabor que le gustaba. Sabía a fuerza, a poder, a la arrogancia que recorría sus venas.

Bajó el vaso de cristal, al tiempo que se escuchó el tintineo de los hielos golpear entre sí, en su interior. Reposó el vaso sobre su rodilla, estrujándolo con su mano hasta sentir como la palma se entumecía. Llevaba una hora observando por la ventanilla polarizada, desde el asiento de la parte trasera del Mercedes-Benz que conducía su chofer. Espiar la casa de Nashla se había convertido en una rutina desde que supo que estaba viva. Guardaba distancia prudente, lo adecuado para no ser visto.

Él ya podía saborear tenerla entre sus manos, tocar de nuevo su cuerpo. Y es que se había convertido en una exquisita mujer.

Reed llevaba días pensando en cómo recuperarla. El plan que tenía entre manos era perfecto para llamar su atención. Aún podía recordar con gran deseo, lo que había significado esa niña para él.

Poseerla, adueñarse de su vida y de cualquier anhelo en ella, le produjeron una satisfacción incomprensible. Su dolor, sus gritos, y ver el miedo en sus ojos oscuros no hicieron más que alentarlo a querer más.

Pero ahora, diez años más tarde, aquella sensación se volvió mucho más intensa. Los años en ella habían sido lo bastante condescendientes como para hacerla aún más deseable, un deseo que incitaba a la locura. Verla ahí, de pie frente a él la noche de nuevo año había sido placentero, incluso pensarle le producía una excitación que recorría hasta la última fibra de su cuerpo.

De repente la vio, el coche que ya tenía en consciencia era el suyo, se estacionó en la acera frente a su casa y la vio descender. La imagen que se adueñó de su mente en ese momento fue exquisita. Tenerla desnuda, y él gozando con ello, era sumamente placentero.

Buscó su móvil en el bolsillo de su saco negro, y presionó un solo número.

—¿Ya me tienes la información de la mujer? —preguntó más que impaciente.

—Sí, señor. Incluso el de la mujer más joven, las hemos seguido como usted nos pidió, esperamos sus órdenes para actuar.

Reed estrechó los ojos con intriga. «Dos serían mejor que una», pensó.

—Mañana mismo lo harán, quiero que las sigan a ambas y las traigan a mí, lo demás yo lo consigo.

Colgó, y bebió nuevamente un sorbo de su ron mientras la maldad bailaba en su sonrisa.

Sabía que podía volver a tenerla, y esta vez no la dejaría escapar sin antes ser él quién terminara con su vida...

Capítulo 29



Nashla se dejó caer en la silla frente a su escritorio, estaba física y mentalmente agotada. Entre el agobio de su trabajo y los días que transcurrían sin él, vivir era frustrantes para ella. Para su suerte, su turno había terminado, aún eran las cinco de la tarde, podría irse a casa si lo deseaba, pero había preferido quedarse un poco más. La rutina volvió a ser ese cáncer cotidiano al que tanto le temía. Se había prometido que no sería así, pero mantener su mente fuera de los recuerdos era mucho mejor que vivir atormentada con ellos. Sabía que no importaba cuánto tiempo pasara, nada cambiaría para bien.

Aún no podía creer que hubiese tenido la fuerza de haberlo ignorado cuando el destino los puso en el mismo lugar. Pero por dentro había sido insufrible no verle, no hablarle, o no correr a sus brazos y besarle.

Dejó caer su cabeza sobre el respaldo de la silla, y unas lágrimas inundaron sus ojos. No eran lágrimas tristes, eran lágrimas de nostalgia que guardaban la alegría del amor que sabía que sentiría toda la vida por él. «Dios, me destruí a mí misma de la manera más bella», pensó.

Se acordó de la primera vez que lo vio, junto a Margaret, preocupado y a su vez, tan positivo en la situación adversa que ocurría. En ese instante supo que él era distinto a otros. Sebastián supo besar su alma antes que su cuerpo, con su mirada le dijo mil *te amos*, con un beso despertó su deseo, ese deseos de amar y ser amada. Despertó a la mujer que yacía en su cuerpo dispuesta a entregarse sin miedo.

En la noche había estado más de una hora en el observatorio mirando la estrella que tenía su nombre. Estar en los lugares donde había tenido un poco de felicidad, lograba calmar las ansias de mandar todo al infierno, de renunciar al propio dolor del que ella misma se había mantenido presa.

Sin embargo, caía en cuenta de que él ya estaba haciendo su vida, y recaía en lo mismo.

El sonido de su móvil la atrajo a la realidad. Limpió las lágrimas en sus ojos, y respiró profundo al ver la pantalla brillar, era su madre y no quería que la oyese intranquila, así que se relajó por su bien.

—Hola mamá —contestó apacible.

Pero detrás de la línea, hubo un silencio escalofriante.

—Mamá. ¿Estás ahí? —Esta vez su voz fue intranquila.

—Hola, muñeca. —Una voz aguda y demasiado conocida respondió—. Tu madre no puede contestar, pero yo sí. —Nashla quedó muda, y no pudo reprimir el temblor que recorrió su cuerpo.

El sueño recurrente durante días, acababa de convertirse en realidad.

—Tu madre es una mujer muy difícil de manejar —prosiguió él—. Y tu hermana nos ha hecho difícil el trabajo, muñeca, no son tan obedientes como tú.

—¡Déjalas por favor! —suplicó, con voz casi convertida en un murmullo.

—Me encantaría, pero la diversión apenas comienza. ¿Adivina quién falta aquí? —Su áspera risa inundó la línea.

—¿Qué quieres?! ¿Qué es lo que quieres?! —Se incorporó por inercia de la silla, las piernas le flaquearon y el aire comenzó a asfixiarla.

—Tú sabes bien lo que quiero. —Sus intenciones eran claras. La quería a ella.

Nashla cerró los ojos con fuerza, su más grande temor estaba frente a ella otra vez.

—Te espero en el sur central de los ángeles, debajo del puente. Ahí verás a tu madre y tu hermana, si no vienes, nunca las volverás a ver.

Dicho eso, colgó dejando a Nashla sumida en agujero oscuro de terror...

El área sur central de Los Ángeles, eran los suburbios más viejos de la ciudad, con una mala reputación por su índice de criminalidad y por su población de bajos recursos económicos. Ir era una muerte anunciada. Pero ya no habría retorno.

Pensó en como estaría su madre y Janine, con seguridad supo que no les dejaría en manos de él. Qué sí arriesgaba su vida, y volvería a todo lo que ella odiaba, tenía que ser sabiendo que les salvaría a ambas.

Nashla se puso de pie, tomó su pequeño bolso y las llaves de su auto automáticamente, su cuerpo apenas podía moverse. Caminó hacia la puerta, y antes de cerrarla, miró el lugar dónde había encontrado consuelo a todos sus tormentos. Supo que el pasado, aunque se obligara a huir de él, siempre volvía para recordarle lo que había sido, lo que era, y lo que siempre sería: *Una olvidada de la vida...*

Los últimos rayos del sol se ocultaban detrás de la estructura de concreto del enorme puente en ruinas. El olor fétido de basura y escombros tirados sobre el suelo, era la clara idea del lugar tan repugnante dónde se encontraba. Las llantas de su auto se detuvieron en seco, al quedar frente a sus ojos la imagen de tres camionetas blindadas con hombres que estaban de pie y vestidos de traje oscuro. Los ojos de alrededor de seis hombres se posaron sobre su auto, a una distancia de treinta metros dónde ella se detuvo.

Nashla comenzó a sentir un nudo en el estómago, un nudo que le impedía respirar. Sujetó el volante del auto con tanta fuerza que las palmas se podían ver blancas sobre la piel que quedaba aplastada. Le comenzaron a castañar los dientes, y sintió el sudor frío bajando por su cuello. Mientras conducía a dónde la habían citado, rogó porque todo fuese solo una mentira, pedía que su madre y su hermana no estuvieran en sus manos.

Abrió la puerta dejando visible uno de sus zapatos al tocar el suelo de asfalto. Su cuerpo quedó completamente fuera del auto, y en ese momento vio abrirse una de las puertas de la camioneta y frente a ella se materializó la postura elegante y la crueldad en el rostro de Reed. Vestía un traje blanco, con calzado lustrado, y su cabello oscuro perfectamente peinado. Estaba vestido para la ocasión. Él le mostró una malévola sonrisa, seguido por una mirada que destelló superioridad. Ella se quedó allí, en el mismo sitio desde que había descendido. Y él supo que sus intenciones no eran correr a sus brazos, así que la obligaría a hacerlo. Elevó una de sus manos y tronó los dedos, eso bastó para que dos de sus hombres caminaran hasta una de las camionetas y la abrieran para después dejarle ver lo que temía desde que había salido del hospital.

Stella fue la primera en quedar visible, estaba amordazada, una tela negra cubría la visibilidad de sus ojos. Su boca estaba cubierta por un lazo de cuero, impidiéndole hablar. Sus manos estaban atadas con una cuerda que ya había roto la piel dónde se incrustaba la soga, y su

rostro mostraba signos de haber sido golpeada. Miró a Janine descender después, estaba de la misma manera, ambas lloraban, y sus rodillas crujieron al obligarlas a hincarse sobre el suelo.

Su mundo se inclinó totalmente al verlas, sus emociones saltaban de un miedo asfixiante a una penetrante sensación de ira. Una ira que guardó por años.

Comenzó a caminar sin pensarlo, a pesar de que sus pies no le obedecían. Quería llegar hasta ellas y liberarlas. Pero Reed elevó sus manos con la palma abierta para que no continuara. La detuvo justo a unos pasos de él y sus hombres.

—Ni lo pienses, *muñeca* —chasqueó la lengua, sonriente—. Primero tendremos que llegar a un acuerdo.

—¡Me quieres a mí! —Nashla escupió las palabras, su madre y Janine al escuchar su voz, gritaron a través de la soga que cubría sus bocas—. Sabes que ellas no te sirven, así que déjalas libres, ya estoy aquí, me tienes, no voy a resistirme.

—Vaya ¿así que estás dispuestos a darme tu vida por ellas? Qué conmovedor. ¿Tanto te importan?

Nashla no tenía duda de ello, tal vez nunca les demostró su amor abiertamente, tal vez nunca les dijo que las quería, pero las amaba, más que a nada en el mundo y por encima de todo.

— ¿Quieres que me vaya contigo? ¡Entonces liberarlas! —No sabía de dónde sacaba las fuerzas, pero era firme y su voz era intensa.

Él la miró de arriba abajo con una mirada lasciva.

—¡Bien! —repuso él, dando un aplauso al aire, más que encantado de su iniciativa—. Las dejaré libres, pero tú subes al auto a cambiós de ellas.

Nashla asintió, pero algo en su semblanza no le gustó, algo le dijo que no tenía que confiar tan fácilmente en él.

—Pónganlas de pie —ordenó a sus hombres que las tenían sujetas.

Ellos siguieron sus órdenes, entre resistencia, forcejeos de ambas, y la fuerza de estos, solo lograron ponerlas de pie con brusquedad y empujarlas justo en su dirección.

Ella, sin pensar, se acercó a ambas y comenzó a deshacer el nudo de la soga de las manos de su madre.

—Estarán bien, te lo prometo —susurró a su oído.

Janine soltó un agudo murmullo que no alcanzó a entender.

Nashla rápidamente dejó a su madre para quitar el trozo de cuero de su boca, y escucharla, pero antes de hacerlo, uno de los hombres atrapo entre sus brazos a Janine, y otro a su madre. Las dos pusieron resistencia, pero con un fuerte golpe sobre su rostro, callaron a Janine, y a su madre la lanzaron al suelo.

—¡¿Qué hacen?! —gritó aterrorizada.

—¿En realidad pensaste que sería tan fácil? —Él soltó una carcajada que alentó a sus hombres a reír igual—. No, *muñeca*, las cosas no son tan simples. Quiero jugar, quiero diversión y una de ellas me gustaría para eso.

Nashla sintió cómo la sangre le bajaba a los pies. No dejaría que se fueran, esa era su intención.

—¡Hijo de puta! —gritó furiosa.

—Lo soy —aseguró, riendo—. ¿O acaso no lo recuerdas? —Reed hizo una mueca de calculadora ironía, a la vez que lamió su labio—. Lo siento, pero tendrás que escoger a una de las dos, solo a esa que decidas dejaré en libertad. Y deberías agradecerme, te estoy dando a

elegir.

—No.

—Tienes un minuto para decidir. —Reed elevó su mano donde descansaba un reloj de diamantes y fingió verlo.

Nashla las miró a ambas. Aquello no era justo, no podía decidir que una de las dos viviera su infierno.

—Se acaba tu tiempo —anunció él.

Pero ella no podía obligar a su boca hablar. Ni a su mente a pensar con claridad.

»Decide, qué tu tiempo se acaba.

Ella cerró los ojos, y dejó que la valentía que llevaba cayera a sus pies. Nashla se dejó caer de rodillas, suplicaría, y se humillaría como él disfrutaba que alguien lo hiciera.

—Déjalas en libertad, y haz conmigo lo que quieras. —Abrió los ojos para encontrarse con la mirada placentera de Reed.

Pero eso no bastó, no hizo más que alimentar su ego.

—¡Vas a decidir, maldita perra! —soltó irritado, tomando un arma que uno de sus hombres le entregaba—. ¡Y si no lo haces, una de ellas pagará las consecuencias!

Reed apuntó el arma encima de la cabeza de su madre, ellas gritaron a través del cuero que sujetaba su boca, estaban temerosas por lo que pasaba a su alrededor.

Entonces, miró a su madre, que decía el nombre de Janine a través de la soga. Su madre le pedía que salvará a su hermana.

—Es tiempo de decidir —prosiguió Reed, sujetando su dedo un poco más al gatillo del arma, listo para disparar.

—Mi hermana —soltó a su pesar.

—Bien. Tú madre no está nada mal —siseó con malicia, acariciando la cabeza de Stella con el arma.

Uno de los hombres, tomó a Janine y la lanzó justo en dirección a ella. Nashla se puso de pie de un saltó para atraparla antes de que cayera al suelo, y la abrazo.

—La llevaras a tu auto, y soltarás solo un poco el agarré en su atadura para que ella terminó de hacerlo, después regresarás para llevarte a casa —soltó con sarcasmo y subió por la misma puerta que había descendido, desapareciendo en su interior.

Ella ayudó a Janine a caminar hasta su auto y la colocó dentro del asiento. Como dijo Reed, soltó solo lo suficiente para que ella lo hiciera después, y mientras lo hacía, le habló al odio.

—Te irás, y no harás el intento por seguirnos, ¿entiendes? —Janine negó con la cabeza—. Sí, lo harás y no te detendrás hasta que estés a salvo, hasta que estés lo más lejos de aquí, hazlo por nosotras, tienes una vida por delante, Janine.

Su hermana se echó a llorar, mientras murmuraba algo entre sollozos.

—Te quiero mucho, has sido la mejor hermana que pude tener —dijo entre sollozos y dándole un beso sobre su cabello, para después cerrar la puerta y ser tomada por uno de los hombres que la llevó hasta una de las camionetas.

Fue lanzada con ímpetu dentro, y al estar ahí miró por última vez por la ventanilla en dirección a su hermana, ella luchaba con desesperación por soltarse sola. Y supo, por su coraje de vivir, que había hecho lo correcto.

Después miró el interior, su madre estaba tendida en el suelo de la camioneta y se arrojó a ella, la abrazó con fuerza contra su pecho. Una y otra vez le pidió perdón por lo que no pudo hacer por ellas.

Janine escuchó el sonido de varios motores encenderse y arrancar a toda velocidad, mientras ella, con desesperación, soltar la soga que tenía sujeta con fuerza a sus manos, al lograrlo, quitó rápidamente la tela que tenía cubriendo sus ojos y su boca. Notó que estaba sola en el auto de Nashla, el motor estaba encendido, y no pudo evitar llorar a grito abierto por lo que acababa de pasar, se las habían llevado a ambas.

Pensó en lo rápido que había ocurrido todo. Salió de su oficina, y fue la última ya que las chicas que le ayudaban habían salido antes que ella, pero como era costumbre ser siempre la última, no tenía ningún temor en quedar sola. Solo que esa tarde alguien entró por la puerta, un hombre con traje que no había visto, ella le anunció que estaba cerrado, pero él se mantuvo callado, solo la observó. Volvió a decirle que ya no había servicio hasta la mañana, pero esa última advertencia hacia él, solo consiguió que se abalanzara sobre ella y la sujetara con fuerza del cuello, hasta caer desmayada. Cuando recuperó la noción, estaba atada y junta a su madre en esa camioneta.

Trató de tranquilizarse y pensar con claridad, tenía que hacer algo, llamar a la policía y buscar a quién diablos les estaba haciendo algo semejante. Limpió sus lágrimas y arrancó el auto, mientras conducía por la autopista que la llevaría a una zona más transitada, su mente solo pensó en la persona correcta para ayudarles, alguien que era conocido en la ciudad, alguien que sabía que estaría dispuesto a ayudar con solo saber que Nashla estaba en peligro... Sebastián.

Capítulo 30



La ansiedad era una sensación extraña últimamente en él. Miraba el contrato que sostenía en sus manos sin prestarle atención, no se explicaba por qué diablos sentía la necesidad de llamar a Nashla, había pasado por su cabeza durante el día más veces de las que podía siquiera soportar. Algo le decía que lo necesitaba, pero como el testarudo que era, no había tenido el valor para dejar su orgullo a un lado, tomar el móvil y saber si estaba bien.

Se puso pie y caminó hasta la ventana de su despacho, miró hacia afuera, el atardecer estaba cayendo y la incertidumbre aumentaba en él. Restregó una de sus manos en su rostro, para calmar las ansias. Su secretaria entró en ese momento, y atrajo su atención volviéndose para verla.

—Señor, esto son los papeles que pidió.

—Déjalos sobre mi escritorio. Gracias.

Ella obedeció y salió rápidamente.

Él volvió su vista de nuevo a la ventana, metiendo ambas manos en los bolsillos de su pantalón como obligándose a no correr por su móvil y llamarle. Fue entonces, cuando un grito con su nombre proveniente del pasillo, se escuchó, de repente, Janine entró por su puerta, algo desaliñada, el cabello rubio alborotado, heridas en su cara y manos, y gotas de sangre que salpicaban sus rodillas.

—Tienes que ayudarme, Sebastián —grito ella de forma angustiada—. ¡Se las han llevado, se las llevaron! —Y rompió en llanto.

De inmediato se acercó a ella, sin importarle que varias personas, entre ellos, los de seguridad, estaban en la puerta.

—¿A quién se han llevado, Janine? ¡¿A quién?!

Entre sollozos ella respondió:

—A mamá, a Nashla, unos hombres las secuestraron. —Y se cubrió su rostro con las mientras lloraba desconsolada.

Sebastián dejó de respirar y su mundo se volcó totalmente. Respiró y logró estabilizarse, poner fría su cabeza, tenía que actuar.

—Dime qué fue lo que pasó. —Le pidió con autoridad, sentándola en una de las sillas de su escritorio.

Janine comenzó a decirle todo tan rápido como pudo, le dijo cómo se la habían llevado, la charla entre Nashla y ese hombre, describió su forma de hablar, y el pasado que parecía saber de su hermana. Para Sebastián no cabía en duda de que era Reed a quién se refería.

Tomó su móvil y de inmediato hizo una llamada a un amigo que tenía en la policía.

—Ray — habló—. Necesitó tu ayuda.

Dio la información que le pidió sobre el secuestro, y mientras su amigo hablaba detrás de la línea, Sebastián recordó algo que posiblemente podía ayudar. El collar que le había obsequiado

a Nashla tenía un rastreador, si ella aún lo llevaba sobre su cuello, era probable que la pudiese encontrar. Al colgar con su amigo, llamó de nuevo a la oficina de registro de las estrellas. El joven que le había atendido desde su compra, le indicó que el radar notificaba que el collar se mantenía en movimiento, así que no lo pensó más y pidió que le enviara a su móvil la imagen en vivo del GPS. Después llamó de nuevo a su amigo para notificarle su hazaña, y que se mantuvieran alertas.

—Janine, te llevarán a mi casa ¿entiendes? —Se inclinó a la altura de ella para hablarle—. La policía ya está enterada del secuestro, te aseguro que las encontraremos.

—Promételo, prométeme que las traerás de vuelta —pidió con voz suplicante.

—Te lo prometo — afirmó.

Regresó a su escritorio y saco der uno de los cajones un revólver, lo en la pretina posterior de su pantalón y salió de ahí en busca de Nashla.

La camioneta comenzó a sacudirse, y de repente, se detuvo.

El sonido de las puertas abrirse y cerrarse se escucharon al unísono. Nashla sintió en ese momento cómo tiraban de su cabello hacia atrás para sacarla de ahí, otro hombre hizo lo mismo con su madre. Sus ojos vieron dónde se encontraban, eran unas bodegas a las afueras de la ciudad, estaban tan alejadas, desiertas y no había nadie, excepto ellos, así que era imposible pedir ayuda, aunque hubiese gritado.

Las condujeron al interior del lugar, resguardadas por todos ellos. Reed era quien iba dando órdenes a diestra y siniestra. Todos se movilizaban al sonido de sus dedos.

Después de pasar por varios pasillos, uno de los hombres abrió una puerta dónde las obligaron a entrar a ambas. A ella la lanzaron al suelo y a su madre la sentaron y la ataron a una silla que estaba en el sitio. Dentro, el lugar era completamente blanco, las paredes, el techo y el suelo estaba cubierto por algún tipo de bolsa blanca. Era escalofriante siquiera pensar qué podían hacerles en ese lugar. Parecía un lugar perfecto para un asesinato.

—Déjenme a solas con ellas —anunció Reed.

—¿Está seguro? —soltó uno de sus hombres.

—Regresen a la base, que solo Greg y Matt se queden en la puerta, los demás se van.

—Sí señor.

Dicho eso, salieron dejándoles a ella, a su madre y a Reed.

Nashla lo observaba desde el suelo, aún no se había puesto de pie. Reed por su parte, comenzó a quitar el saco blanco que portaba y remangó las mangas de su camisa hacia sus codos con lentitud, mientras sus inquietantes ojos oscuros le miraban.

—Esto me trae tan lindos recuerdos —siseó irónico y sonriente—. ¿A ti no?

Nashla lo ignoró, y se permitió sostenerle la mirada.

Pero sus temores apenas iniciaban.

Reed comenzó a avanzar hacia su madre, se colocó detrás de su espalda y quitó la tela que cubría sus ojos, ella parpadeó para enfocar la vista. Después hizo lo mismo con la atadura a su boca. Su madre se estremeció al toque brusco de sus manos.

—Mírela —murmuró al inclinarse sobre su oído—. Es tan insignificante ¿cómo fue qué pudo sentir amor por esta criatura? —Reed caminó hasta colocarse en su campo de visión.

Su madre sollozó, y la miró con ternura.

—Ella es única, pura y perfecta —argumentó su madre—. Probablemente usted no sepa

identificar el inmenso amor que es capaz de dar.

Reed soltó una prolongada carcajada.

—Usted es tan cursi —ofendió a su madre—. Ahora entiendo su lástima por ella. —La señaló sin descaro—. Pero este día le demostraré que su hija adoptiva no vale nada.

—Si quiere matar a alguien ¡hágalo! Máteme a mí, pero déjela a ella tranquila —gritó su madre suplicando.

Reed movió en el aire un dedo negando.

—Ella me pertenece, siempre fue así, y se lo demostraré.

Se dio media vuelta sobre sus talones y la observó.

—Ponte de pie. —Le ordenó.

Nashla no obedeció, estaba bajo el hechizo hipnótico del miedo.

»¡Qué te pongas de pie! —gritó furioso.

Lo hizo por inercia.

— ¡Ahora, desnúdate!

La vista de ella fue hasta su madre.

—Hazlo o ella pagará por no obedecerme.

Nashla tragó el nudo que se instaló en su garganta. Le haría daño delante de su madre, era tan ruin y perverso que no le importaba lo que significaba aquello para ella. Comenzó a quitar su chaqueta poco a poco, después sus zapatos y su pantalón de hospital, luego la blusa azul de su traje de doctora, quedando solo con su ropa interior.

Él la miró de forma lasciva, recorriendo su cuerpo. Tomándose su tiempo en pensar cuáles serían sus próximos movimientos.

—¿Ve esas marcas? —Se dirigió a Stella, quién miraba atónita sus cicatrices, ella jamás las había visto—. Es mi arte, cómo me divertí haciéndolas, justo como lo haré hoy.

Caminó hasta ella, y la rodeó hasta colocarse detrás. Sin previo aviso, la sostuvo contra su pecho mientras una de sus manos sostenía su cuello, sujetándola hasta cortarle la respiración.

—¿Recuerdas a tu madre? —siseó sobre su oído—. Sabes que la muy perra dijo que eras mi hija, por supuesto que nunca le creí, era una mujerzuela adicta. —Reed metió la otra mano debajo de su sostén, su caricia no hizo más que empeorar su miedo.

— ¡Nooo! —soltó en un grito ahogado.

Como pudo se soltó de su agarre impidiendo que la siguiera tocando.

Stella también gritó pidiéndole que se detuviera.

—Estás aquí para satisfacerme, ¿O quieres que lo haga ella en tu lugar? — preguntó, arremetiendo con una fuerte bofetada sobre su rostro.

Reed no se detuvo ahí, siguió golpeándola, una y otra vez. Nashla sintió ese sabor a metal que conocía, la sangre brotaba de su boca y su nariz. Hasta que sintió un golpe en su cabeza, y su hombro crujió al ser lanzada al suelo. Su madre no paraba de gritar, pero sabía que toda esperanza estaba muerta, nadie les ayudaría.

Él la sostuvo del cabello y la elevó obligándola a verlo.

—¿Creíste que te dejaría tranquila después de saber que estabas viva? —Una risa siniestra salió desde lo más profundo de su garganta—. No, *muñeca*, terminaré contigo como debió ser.

Abrió la hebilla de su cinturón y el cierre dejando expuesta su ropa interior, ella cerró los ojos imaginado lo que se avecinaba, él la obligaría a hacerle una felación.

Nashla inevitablemente sintió asco, y una gran cantidad de sangre salió de su boca, salpicando sus pantalones.

—¡Eres una jodida puta! —gritó, golpeándola de nuevo y golpeando su cabeza en el suelo.

Al estar ahí, él se abalanzó sobre ella y comenzó a besar su cuello, saboreando la sangre que ya corría. Nashla puso resistencia como pudo, quería evitar a toda costa que la violara, así que golpeó y arañó sin parar. Pero él tenía otra cosa en mente para doblegarla.

—Tú te lo has ganado —soltó irritado, se puso de pie y sacó un arma de la parte trasera de su cintura.

Lanzó dos disparos en dirección a su madre; uno atravesó su cuello, el otro dio justo en su pecho.

—¡¡¡Mamá!!! —gritó ella profundamente aturrida.

Su mundo se detuvo, vio caer su cabeza a un costado y la sangre brotar de su pecho.

—Quería hacerlo más divertido, pero tú no me dejas —escuchó la voz de Reed en la lejanía.

Un nuevo golpe ardió sobre su mejilla, y Nashla dejó de luchar. Todo lo que ocurría era su culpa, se dijo.

Él la golpeaba sin parar y ella supo que ya no había nada más por qué luchar. Incluso era irónico pensar que aquél que le había hecho un daño irreversible, fuera quién le diera la paz que ahora necesitaba.

Comenzó a sentir que la conciencia se iba desvaneciendo, y su mente le dio la última imagen de la persona que amaba... Sebastián.

El GPS marcó el punto exacto dónde se encontraba Nashla. Era uno de los sitios más lejanos de las zonas transitadas. Detuvo su coche en un punto algo distante de dónde tenía que parar, de esa manera, no sería descubierto si había gente alrededor.

Descendió, caminando entre las paredes con cautela. De repente, vio a dos hombres haciendo guardia en una puerta de almacén.

Se reían de algo, segundos después, uno de ellos se alejó, dejando al otro completamente solo. Ese, se volvió dándole la espalda en dirección contraria a la suya, y él, aprovechó esa distracción para atacarle. Tomó un enorme trozo de madera que había sobre el suelo y lo golpeó en la cabeza haciéndole caer al suelo.

Con todas sus fuerzas arremetió contra el tipo, golpeando sus pies, su rostro y cuerpo hasta que quedó inconsciente. Pero, sin darse cuenta el otro salió detrás de una pared y lo vio, notó que llevaba su mano a la cintura para tomar su arma, así que Sebastián caminó en su dirección y lo enfrentó. Para hacerlo soltar el arma, lanzó el trozo de madera directo a su cara, luego golpeó con el puño cerrado sobre su rostro, el hombre se defendió, lanzándole golpes, forcejearon, y cada uno tiró golpes contra el otro, pero los años de práctica en defensa personal valieron la pena ese día. Sebastián logró dar un golpe directo a su nariz haciéndolo caer al suelo para no levantarse.

Entró por la puerta en busca de Nashla y su madre, había varias puertas que se mantenían cerradas, abrir una por una, era una pérdida de tiempo. Sin embargo, quedó resuelto cuando escuchó un grito de Nashla, fue tan desgarrador, que supo que algo malo había pasado. Corrió directo a su voz, quedó frente a la puerta dónde provenía, pero estaba atascada, así que tuvo que golpearla con el hombro hasta que cedió.

La imagen que vieron sus ojos lo llenaron de rabia, Reed golpeaba sin piedad a Nashla, y ella estaba en el suelo casi desnuda, a punto de perder el conocimiento.

Se lanzó sobre él quitándose de encima, su puño comenzó a golpearlo en el rostro al tenerle tirado sobre el suelo, pero Reed le dio batalla, se defendió.

Ambos se involucraron en una feroz batalla. Pero la juventud de Sebastián y su coraje fueron

contundentes, golpe que lanzaba le dañaba, Reed sabía que perdería si no hacía algo. Mientras luchaba, tirados sobre el suelo notó que llevaba un arma sobre su cintura. Como pudo, la alcanzó con una de sus manos y la tomó. Iba a disparar, pero Sebastián, con una destreza absoluta, logró quitársela de las manos y lanzarla a un costado. Volvió arremeter contra su rostro, pero en un descuido, Reed pudo moverse para girarse colocándolo a Sebastián de espaldas contra el suelo. Ahora era el quién golpeaba.

Pero estaba escrito que ese día él no ganaría.

Algo ardió dentro de su espalda, después en su pierna, hasta que fue notorio el sonido de un arma al dispararse. Nashla le disparaba a quema ropa. Uno tras uno, los seis disparos entraron en su cuerpo, hasta que cayó encima de Sebastián.

El arma resbaló de las manos de Nashla. Sebastián quitó el cuerpo sin vida de Reed y la miró, pero ella inclinó la vista. Estaba empapada en su propia sangre. La vio dirigirse a dónde estaba el cuerpo de su madre cayó de rodillas frente a ella, para abrazarse a sus piernas y permitirse llorar.

De inmediato llegó hasta ella, pasó por sus brazos el saco que llevaba y se inclinó, cubriéndole su espalda y su cuerpo. Su llanto era desgarrador, y él no pudo soportar no tocarla.

—Nashla —susurró, pero ella no respondió. Ni siquiera le permitía verle a la cara.

Se dejó caer junto a ella, y acarició su cabello. De repente se soltó de las piernas de Stella y se refugió en sus brazos.

—Estoy aquí. No te dejaré sola —murmuro, besando su frente, sin importarle que su sangre manchara su propio rostro.

El sonido de las sirenas se escuchó, dando aviso de que se acercaban.

Y entonces, ella se desvaneció entre sus brazos.

Capítulo 31



Parpadeó lentamente antes de abrir los ojos. Vio la intensidad de la luz que brillaba de la lámpara sobre el techo, y la cegó por un instante. Recorrió el lugar viendo algo borroso, y se dio cuenta de que estaba sobre una cama, conectada con algunos tubos en uno de sus brazos. El sonido del aparato que indicaba su ritmo cardíaco, sonaba agudo e intenso cada segundo. Otro de sus brazos estaba cubierto de yeso y posesionado encima de su estómago. Tenía una bata blanca puesta. Era más que evidente que se encontraba en un hospital.

De pronto, los recuerdos de lo ocurrido inundaron su mente. Los golpes, la sangre, la muerte de su madre, la pelea entre Sebastián y Reed, y cómo había tomado el valor para disparar el arma. Pero para ella había quedado claro que era la vida de Sebastián o la de Reed. Repentinamente, las lágrimas salieron por la comisura de sus ojos. La muerte de Stella era lo más doloroso de aceptar, hubiera preferido ser ella la que hubiese terminado así, su madre no merecía aquello.

El sonido de *click* de la puerta se escuchó, y el rostro de su hermana apareció por la puerta. Se acercó a ella, y Nashla cerró los ojos, quería desaparecer, con qué cara miraría a Janine, por su culpa había muerto su madre.

—Has despertado. —La escuchó hablar, y sintió cómo ella quitaba el resto de una lágrima de su mejilla.

Al abrir los ojos para verla. Janine le sonrió, pero su sonrisa, no llegó a sus ojos.

—Perdóname —susurró, pidiéndolo incluso para sí misma.

—No tengo nada que perdonarte.

—Por mi culpa ella ya no estará contigo.

—¿Conmigo? —Janine la miró desde arriba, estrechando sus ojos—. Dirás *con nosotras*, Nashla, era tu madre al igual que era la mía, también la necesitabas, ambas la necesitaremos, pero no quiero oírte decir que fue tu culpa porque no es así ¿entiendes? El destino así lo quiso y no renegaré por ello, afortunadamente no te perdí a ti también, ahora nos tendremos mutuamente, una a la otra.

Janine se calló de golpe, el nudo en su garganta, y las lágrimas en sus ojos le impidieron decir más. Tan solo se inclinó hacia ella y la abrazó. Ambas rompieron a llorar la muerte de la única persona que les ofreció amor incondicional.

—Eres lo único que tengo —murmuró Janine, encima de su pecho, a ella le dolía cada diminuta parte de su cuerpo, pero no hizo el mínimo intento por alejarla—. Así que olvídale si crees que te dejaré un solo día sin mí.

A pesar del dolor que Nashla sentía dentro, aquella confesión tan tierna de su hermana le llenó el corazón.

—Solo no me hostigues y te dejaré hacerlo —Con sus palabras aminoró la situación antes de no poder contenerse.

Nashla viviría siempre con la culpa de haberla perdido.

—¿Cuánto llevó aquí? —preguntó cuando después de unos minutos, Janine se incorporó.

—Tres días.

—Dime que aún puedo darle el adiós a mamá.

Janine inclinó su rostro con tristeza limpiándose las lágrimas

—Estaba esperando que despertaras, no te dejaría fuera de esto, aunque hubieses despertado después de un siglo.

En ese instante entró una de sus colegas a la habitación.

—Doctora McNeill, es bueno saber que ha despertado. —La doctora Vázquez le sonrió mientras se acercaba a ella.

—¿Ya podré irme a casa?

—No, aún no, estarás en observación por dos días más, debes saber que tus golpes no son un juego. Aparte del hombro roto y hematomas en el rostro, hay una costilla fracturada, y estamos monitoreando de cerca el golpe que sufriste en la cabeza.

—No es nada serio ¿verdad?

—No, hasta ahora, pero preferiría tenerte aquí.

Después de revisarla minuciosamente, ver sus ojos, sus contusiones en el cuerpo y su cabeza, con la atenta mirada de Janine a su lado. La doctora se retiró, pero al abrir la puerta para irse, Nashla notó que un policía era quién terminaba de cerrar la puerta tras ella.

—Hay algo que tengo que decirte. —La voz intranquila de su hermana la hizo mirarla—. Tienes policías custodiando la puerta.

—¿Por qué?

Janine volvió a inclinar la vista al suelo.

—Como has disparado a un hombre, y aunque fuese en defensa personal, estás bajo vigilancia —soltó un prolongado suspiro, deteniéndose—. Han abierto un juicio por la dudosa vida de ese hombre, y tú eres una pieza clave en esto.

—Ya veo —siseó pensativa.

Ahora, todo aquello que ocultaban quedaría expuesto ante extraños.

—Hay otra cosa.

Nashla cerró los ojos esperando lo peor.

—Sebastián está afuera, ha estado al pendiente de ti. —Abrió los ojos tranquilizándose al saber que él estaba bien—. Incluso ha movido cielo y tierra respecto al juicio, ha apelado porque se te trate como una víctima y no como una acusada.

—Él no tenía por qué meterse en esto, no debiste dejarle.

—Lo sé, pero él se empeñó en ayudarnos, en especial a ti. Nashla, sabes que es un hombre conocido y con muchas amistades, creo que deberías agradecer en vez de molestarle, gracias a su ayuda esto podrá ser más fácil ¿Tienes conciencia de lo importante que era ese imbécil que las secuestró en el país?

—Sí, claro que lo sé.....

—Entonces no hay más que discutir. —La interrumpió Janine—. Sebastián seguirá con esto. Y, por cierto, me pidió que le avisara cuándo despertaras.

—No quiero verlo, Janine, no hasta que sus ojos dejen de verme con lastima.

—Él no te verá así. —Antes de que terminara de abogar por él, Sebastián apareció por la puerta, junto a otro hombre.

Verla así, tendida sobre la cama con heridas en el rostro, la cabeza cubierta por vendas y las manchas purpuras que había hecho el hijo de puta de Reed sobre su piel, le causaban una profunda molestia e irritación. Sus marcas eran insignificantes a comparación de lo que sus ojos miraban.

«Si hubiese llegado a tiempo», pensó una vez más. Maldiciéndose a sí mismo por lo ocurrido.

La mirada de Nashla se posó sobre él. Parecía que había ido solo, cuando no era así, Ray O'Brien, su amigo detective estaba a su lado.

—Buenas tardes —anunció Ray hacia ambas.

Nashla no respondió, solo Janine lo hizo.

»Me alegra saber que ha despertado, señorita McNeill —siseó Ray de nuevo, Sebastián en cambio se quedó en silencio—. Soy el detective Ray O'Brien, estoy llevando la investigación del caso Reed, y me gustaría, si no es molestia, hablar más adelante con usted respecto a él.

—Cuando salga de aquí, podremos hacerlo —repuso ella, con un tono de voz era débil y grave, denotaba su falta de uso.

—Se llevará acabó un juicio dónde se verá obligada a declarar, será después del sepelio de su madre, así se ha previsto en el alegato que interpuso Sebastián, su abogado.

Nashla asintió, desviando su mirada hacia él.

—Bien, entonces ya que sabe de mí necesidad por aclararlo todo, y del juicio, me retiro, espero que se recupere pronto.

Ray salió seguido por Janine quién parecía querer saber algo.

Entonces, el silencio llenó por completo ese espacio reducido en el que estaban.

Sebastián no soportaba no poder acercarse a ella por temor a su rechazo, quería abrazarla, sostenerla en su pecho, sentir su calor y decirle que todo estaría bien. Sin embargo, no le faltó demasiado para recibir lo que temía.

—No tenías por qué ayudar. No estabas en obligación de hacerlo.

Un incómodo sentir se instaló en su pecho.

—Esto no lo discutiré contigo —repuso—. Sabes que puedes confiar en mí, haré todo para que tu madre y tú tengan la justicia que se merecen.

Ella cerró los ojos por un momento, y el silencio se hizo presente una vez más.

—Qué deje que me ayudes, no cambiará nada con respecto a nosotros —dijo firme, pero él observó la tristeza que sus ojos expresaron.

—No busco más de lo que no estás dispuesta a darme, eso ya lo dejaste claro.

Si ella hubiese sentido lo que el experimentaba dentro, ese romperse en mil pedazos de su corazón, la decepción por segunda vez, y una ilusión rota, hubiera preferido su silencio.

—Te dejo descansar —siseó y salió de ahí, sin la esperanza de recuperarla, con sus decisiones claras, con una boda a costas que no deseaba.

Cada vez que Nashla miraba el ataúd, se le erizaba la piel. Saber que no había sido justa menospreciando el amor puro de su madre, que no hubo una despedida, la hacían odiarse. Le faltó decir mil palabras, lo mucho que la amaba, lo agradecida que estaba por el amor y la nueva vida que le ofreció, y que sin embargo no supo apreciar. Y ahora, como muchos más, solo le quedaba darse cuenta de lo mucho que había perdido por culpa del miedo.

La cantidad de gente que había dentro de la iglesia, era sumamente abrumadora. Pero imaginar lo apreciada que era Stella, al menos lograba calmar la pena y notar que su vida había sido lo suficientemente buena como para dejar algo en los corazones de todos ellos.

Janine sostenía con fuerza una de sus manos, mientras que la otra estaba sobre el cabestrillo. Aún le dolía el cuerpo, y estar sentada le causaba aún más molestia. En la primera fila de bancas escuchaban las palabras que el sacerdote decía, incluso los que varias personas quisieron expresar. Janine lloraba, y ella no entendía por qué no podía derramar ni una sola lágrima.

Nashla, tenía su vista al suelo. Se decía una y otra vez que eso era su culpa, y que lo llevaría el resto de su vida como una herida que jamás sanaría.

El sacerdote pidió que una de ellas se acercara a decir algo como despedida a su madre, Nashla, sin pensarlo, se puso de pie con la ayuda de Janine y caminó hasta el estribo que había junto al ataúd y una gran fotografía de su madre. Al estar frente a todos esos ojos viéndola, una sacudida de nervios la invadió. Pensó que su semblanza de asombro era por las marcas de las heridas que aún no sanaban en su rostro, le causaba malestar y molestia.

Miró a su alrededor como excusa tranquilizadora. Los tulipanes y rosas blancas que adornaban la entrada, y frente al ataúd, fueron a petición de Janine, según ella, eran las flores que papá siempre le obsequiaba. Quedaban a la perfección con el piso de mármol blanco de la iglesia y por las enormes ventanas de cristales, lograban filtrarse luces de colores que llegaban hasta el ataúd, postrándose ahí, parecía como estuviera siendo recibida al cielo.

Respiró profundo, pensando la manera y las palabras correctas que debía de haber dicho en vida a su madre.

Se tomó ese instante para posar sus ojos en la banca dónde Sebastián permanecía sentado. Luciana y Margaret estaban a su costado, ambas con semblante triste, y Keily estaba a su lado derecho, tomándole la mano con posesión, mostrándole con auténtica vanidad que le pertenecía a ella. Sus ojos se encontraron. Él la observaba, distinto, su mirada pasaba por una inquietante pena, a una absorta melancolía.

Nashla desvió su vista y se concentró en todas esas nuevas caras. Carraspeó un poco y comenzó a decir:

—Hay ocasiones en las que solemos pensar que en momentos como estos es cuándo podemos saber con quienes contamos, pero no es así. La gente más cercana a nosotros, incluso la inesperada, esa que está siempre a nuestro alrededor diciéndonos qué hacer, qué decir, cómo actuar, que nos expresa amor sin pedirlo, esa es con la que de verdad contamos. Solemos ser incapaces de ver lo que nos ofrecen. Perdemos el tiempo buscando en otro lugar lo que tenemos frente a nosotros. —Nashla volvió el rostro viendo por un momento hacia el ataúd dónde estaba el cuerpo de su madre—. Hoy le digo adiós, a un ser que me dio lo que siempre anhelé, y que no supe apreciar por estar hundida en mi propio mundo. Nunca olvidaré la manera en que sus ojos me miraban, la ternura que demostró en cada abrazo, y la sabiduría con la que intentaba enseñarme a creer en mí. Me enseñó a ser mucho más tolerante, a deshacerme de gran parte de mis miedos. Criar a una chica como yo, o mi hermana, no le fue fácil, pero nunca se dio por vencida, siempre estuvo ahí. —Tuvo que callar un segundo para no soltar un pequeño sollozo que amenazaba por salir—. Hoy sé que me deja una enseñanza muy fuerte. El amor no se define por la sangre. El amor no se trata de cuánto puedes recibir, sino de cuánto eres capaz de dar. Es enseñar, valorar, es desinteresado. El amor transforma, todo sana, todo puede, por amor se lucha, se llora, se añora, se siente, pero jamás se sufre. Por ella sé que el amor no se encuentra

por simple casualidad, sino que te elige, y mamá, fuiste la manera que tuvo el mundo de decirme lo bella que es la vida.

El sonido de algunos murmullos de llantos se escuchó, Janine se puso de pie al verla caminar hacia ella, la esperó en el último escalón y la abrazó cuándo estuvo a su lado. Nashla la sostuvo mientras ella lloraba, ahí fue cuando el brote de las primeras lágrimas se derramó por sus mejillas.

Al finalizar la misa, varios hombres, entre ellos, Sebastián, cargaron el ataúd que se dirigió al cementerio donde los restos de su padre descansaban. Allí, cuándo la tierra cubría el ataúd, se perdonó a sí misma por todo lo que había perdido, por lo que había dejado ir, y por no haber sido lo suficientemente valiente como para luchar por una vida lejos de todos sus tormentos.

Por primera vez, todo su orgullo estaba sobre sus pies, mientras sus ojos observaban con detenimiento, una mirada azulada que le suplicaba amor.

Capítulo 32



A la mañana siguiente, sus ojos recorrían la enorme sala donde se llevaría a cabo el juicio. Y ella era la pieza clave para saber los delitos de Reed. Estaba rodeada por varios policías, un juez sobre el estribo que la miraba desde su asiento, mientras ella juraba decir la verdad con la mano elevada justo al lado de su rostro. Sebastián la miraba desde una mesa frente a ella, su serenidad y desdén, lograban calmarla, al mismo tiempo que la colmaba de dudas.

En minutos desnudaría todo lo que no fue capaz de decirle. Paso a paso le harían hablar del pasado.

—Señorita McNeill —habló el juez al sentarse—. ¿Sabe la razón por la que está aquí hoy? ¿La razón por la que es tan prescindible su presencia? —Su falta de criterio no hizo más que alentarla a ser cautelosa.

—Sí, sé las razones.

Había otro abogado al igual que Sebastián. Suponía que la defensa del fallecido Reed. También algunos presentes como el detective O'Brien, Janine y el jurado, sin embargo, para ella parecía una inmensa multitud dispuesta a juzgarla. El juez dio comienzo al juicio y el abogado de rostro impaciente se puso de pie.

—Se le ha acusado de disparar en contra de una persona en defensa personal, señorita McNeill —dijo el tipo—. Se sabe que fue secuestrada junto a su madre, hecho en el que, lamentables ella falleció, y por lo consecuente, ha dejado expuesta la vida fraudulenta del occiso. Queremos saber ¿qué conexión tenía con él?

—Ninguna. Fui secuestrada y vendida a él cuando era una niña.

—¿Puede decirnos cómo ocurrieron los hechos?

Nashla comenzó a decir cómo había llegado a sus manos, le hicieron describir escenas que había guardado en lo más profundo de su memoria, y describió el lugar dónde estuvo cautiva. Con cada palabra odiaba ver cómo la mirada de Sebastián se llenaba de lástima, eso que no quería recibir ni de él, ni de nadie. Pasada una hora de interrogatorio y varias interrupciones de Sebastián al alegar por ella. Él detective encargado del caso expuso algo que abrió la puerta a lo que sería su rendición a las cadenas que la ataban al pasado. O'Brien mostró la investigación que hasta ahora llevaba, les habló del trato de blancas que Reed tenía con varios países. De las drogas que inundaban el país por su causa, pero hubo algo que la dejó pasmada. Sobre un monitor mostró un video donde la imagen que aparecía, era la de aquel cuarto en el que fue encerrada por cuatro años.

De un brinco saltó de la silla reconociendo el lugar, y enmudeció al saber que habían encontrado a una menor ahí.

Sebastián, al verla exaltada y abrumada, se acercó hasta el estrado y la sostuvo en sus brazos, consolándola. Aquel abrazo inesperado e impulsivo, ayudó, sin pensar, a recordarles por

qué se amaban. Pero no logró que dieran un paso más.

Cuando el juicio se dio por terminado, el veredicto fue esperado: toda fortuna de Reed sería donada a las víctimas a las que les había causado daño, y a beneficencias destinadas al maltrato de niños y mujeres. Las propiedades, que era inmensas, pasarían a manos del estado.

Nashla, antes de salir de los juzgados se acercó al detective O'Brien, pidiéndole que la llevara a ver la chica que habían encontrado. Tenía una necesidad enorme de ayudarla, de estar presente ayudándole a mitigar el dolor, y así poder darle lo que una vez recibió de Stella.

Notó rígido cada músculo de su espalda y a través de su ropa, un calor intenso emanaba de su piel. Sus manos estaban empuñadas con fuerza sobre sus costados, y su vista estaba fija sobre la pared que dejaba ver marcas de líneas hechas con algún metal, y que por la forma en que estaban siete de ellas unidas, parecían ser los días, y el tiempo en que alguien estuvo ahí. Nashla las miraba, pero sabía que no lo hacía en sí, su mente estaba pérdida en sus recuerdos.

El pequeño cuarto era una imagen clara de la repugnancia y abominación. Del monstruo que fue Reed.

Una luz tenue parpadeaba sin cesar, los muebles eran viejos y llenos de suciedad, el piso había sido en algún tiempo algo productivo, pero ahora solo eran piezas de cemento agrietado, ahí no había nada para que alguien pudiera vivir. Aún no se podía explicar cómo había sido tan ciego, pero ese hombre supo cómo ser un experto manipulador. Sebastián tomó una de las manos de Nashla, logrando que ella dejara de apretarla y la liberaría, dejándole unirla con la suya. Él se acercó lo necesario para sentir su hombro sobre su pecho.

Estaba tan cerca de ella, que le produjo unas ansias inmensas de abrazarla y no separarse nunca. En los juzgados, fue testigo de cómo ella había dejado expuesto muchos más secretos de su vida.

«Su hija», pensó.

Nashla no fue capaz de decirle aquella verdad, sabía sus motivos y por qué callar. Ahora, más que antes, lo entendía todo. Y por eso estaba ahí, a su lado, en Texas, incluso con las quejas de Keily y sus rabietas. Él no la dejaría sola reviviendo viejas dolencias.

—No entiendo tu petición de venir aquí —argumentó, sabiendo que solo se causaba más daño.

—Tenía que hacerlo. —Se excusó, deteniéndose para soltar un suspiro—. Tenía que dar por terminados mis días de sufrimiento, y ponerle fin a mi pasado.

Ella inclinó rostro, viendo entrelazadas sus manos. Él, se permitió cerrar los ojos e introducir su nariz dentro de su cabello, oliendo el perfume de su esencia. Llenándole de calma y felicidad de estar así. Pero esa plenitud, le duró muy poco. Nashla se soltó y se giró para verlo a la cara.

—Gracias por todo lo que estás haciendo, por encontrarme y defenderme, por ser mi abogado, por estar aquí.

Él no deseaba su agradecimiento, él quería un *quédate*, pero se obligó a responder:

—No tienes que agradecerme nada. Sé que lo nuestro ya no será amor, pero quiero seguir procurándote, saber que estás bien. Incluso quiero ayudarte a encontrar a tu hijo, si me lo permites.

Ella se movió ubicándose por detrás de su espalda.

—No es necesario que sigas al pendiente de mí, tú tendrás suficiente con la familia que

estás por hacer. —Sus palabras dolieron.

«Ella no es lo que quiero, ella no eres tú», pensó su subconsciente.

Volviéndose para verla a la cara, caminó hasta ella y se puso tan cerca como pudo.

—Creo que no tendré suficiente con eso, no cuándo realmente mi vida podría tener otro final.

Miró su reacción, pero Nashla era un caparazón duro de traspasar.

—Aunque yo pueda tener una vida distinta después de todo lo que estoy pasando, siempre seré una mujer con un pasado frustrado y un futuro poco alentador.

Sebastián simplemente ignoró lo que salió de su boca, se acercó un poco más, dejó una de sus manos sobre su mejilla, sus ojos le miraron como la única cosa maravillosa de sus días.

Inclinó su rostro, y ella supo lo que pasaría, pero no lo detuvo. La atrajo hacia él Sin embargo, al momento en que iba a unir su boca con la suya, Ray entró interrumpiendo.

—Tenemos que irnos —carraspeó para llamar la atención de ambos, que terminaron viéndose a los ojos—. Los periciales necesitan seguir su trabajo y estorbamos.

Salió de ahí, dejándoles solos, pero la magia del momento se había esfumado.

—No vuelvas a intentar besarme, por favor. —Soltó su mano sobre su mejilla y siguió a Ray.

Sebastián quedó con sus sentimientos a flor de piel. Y un millón de cosas que sus labios quisieron decirle.

La siguió de inmediato, cruzando por el pasillo donde había más puertas que habían sido otras prisiones para más chicas, y dónde más periciales investigaban. Al pasar un amplió lugar se extendía, lleno de mesas dónde posiblemente las bailarinas se movían para los clientes, y una barra de debidas les dejaba claro que era un burdel de mala muerte. Nashla había dicho algo sobre escuchar música del exterior, en sus días de encierro, ahora notaban de dónde provenía.

—¿Dónde está la niña que encontraron aquí? —escuchó decir a Nashla al llegar juntó a Ray.

—Hoy la han trasladado a una casa hogar—respondió Ray, quién abrió la puerta de la camioneta policial que los transportaría por la ciudad—. Gracias a un contacto de Sebastián, está en buenas manos.

Él subió a la camioneta, y al Ray cerrarla, le explicó.

—Maya ha logrado que la integren a una de las casas que ayuda, estará bien ahí en lo que encuentran a una familia que quiera adoptarla.

—¿Podemos verla?

—Si eso quieres, podemos hacerlo.

Sebastián intuyó algo en ella, era como si tuviese una extraña conexión con la niña.

En menos de veinte minutos, estuvieron frente a una casa estilo americano. Enorme, con tejas grises y paredes blancas, un hermoso jardín les daba la bienvenida, y varios juegos para niños puestos en el césped. La casa era perfecta para rehacer la vida de un niño maltratado. A simple vista se apreciaba la manera en que podían darles una vida distinta.

Nashla fue la primera en bajar de la camioneta, estaba ansiosa e impaciente por ver a la pequeña. Ray y él, la alcanzaron. Al tocar la puerta, una mujer de unos cincuenta años les abrió. Su delicado rostro, sonrisa tierna y canoso cabello, les hizo notar su dedicación por los niños.

—Buenas tardes. —Se apresuró a decir Ray—. Le hemos llamado anteriormente para pedir ver a la niña nueva que acaba de ingresar.

—Oh sí, me hablaron para informarme, pasen.

Se hizo a un lado dejándoles entrar.

—Mi nombre es María. —Se presentó.

—Soy el detective O'Brien, ella es la doctora Nashla McNeill, Y él es el abogado Sebastián Faith.

Les ofreció una sonrisa amable.

El sitio por dentro era mucho más especial que en el exterior. Una sala con varias repisas llenas de libros, colores pasteles ambientaban el interior, cuadros de piezas que hacían los niños con crayolas, y fotografías enmarcadas de niños y niñas en varias paredes de la casa. Pasillos y una escalera junto a un tubo de bomberos que parecía una diversión para los más inquietos.

Había algunas mujeres cocinando, y otras estaban en el suelo de la sala leyéndoles algo a los niños.

—Vayamos al despacho —anunció la mujer, y caminaron tras ella.

Al estar dentro María dijo:

—La pequeña está en una de las habitaciones, la hemos dejado sola por este día, necesita hacerse a la idea de su nueva vida, así que no la hostigaremos.

—¿Qué hay del informe médico? —preguntó Ray.

—Afortunadamente, no hay signos de maltrato, ni violación.

Sebastián vio que Nashla cerraba los ojos con tranquilidad.

—Pero, al parecer —prosiguió María—, estuvo estos doce años en total cautiverio, no sabe leer, ni escribir, no había visto nada del exterior, no sabía que existía algo más allá de lo que tenía dentro de ese lugar. Y, sobre todo, no está registrada, no tiene nombre, era fácil tener a una niña en esas circunstancias.

—¿Pero está bien? —cuestionó Nashla, con voz cargada de angustia.

—Sí, ella está en buen estado, al menos le daban de comer.

—Le han dicho quién fue. ¿Quién la tenía en encierro? —siseó Sebastián.

—La policía ya la tiene detenida —intervino Ray para resolver su duda.

—¿Podemos verla? —Nashla preguntó de nuevo.

—Sí, pero les pediré que no la alteren, por favor, la niña está pasando por cosas nuevas, se está acostumbrando, si me permiten la traeré para que la conozcan.

Dicho eso, María salió por la puerta.

—Me habían enviado un mensaje diciéndome que el análisis de sangre que le hicieron a la niña dio positivo con el ADN de Reed —dijo Ray, acabando con el silencio dentro.

—Así que es su hija.

—Así es.

Nashla solo los escuchó. Estaba sumida en sus propios pensamientos.

Cinco minutos después, la puerta se abrió, dejando ver la silueta de María, seguida por el cuerpo menudo de la niña. Sus enormes y hermosos ojos castaños los observaron con curiosidad. Se aferró a la mano que María le sostenía y la otra la escondió detrás de su espalda. Su cabello oscuro y liso, llegaba muy por debajo de sus hombros, haciendo resaltar su piel clara. Sus mejillas estaban rosadas, al igual que su boca perfectamente delineada. Estaba en pleno paso a la adolescencia, así que era notable el cambio en su cuerpo. Estaba vestida con unos jeans y chaqueta claros, con una camisa blanca debajo y unos tenis rosados.

—Hola —espetó Nashla, poniéndose de pie, con una sonrisa que llegó hasta sus ojos.

—Hola. —La voz temblorosa de la pequeña, dejó expuesta su inquietud y temor.

—Bueno, les presentó a Amber —anuncio María—. Ella dice que le gusta ese nombre.

—Amber es un hermoso nombre para ti —soltó Sebastián con encanto, ganándose su profunda mirada.

—Gracias —respondió dulcemente.

María, que aún estaba en el umbral con ella, caminó hasta la silla junto a Nashla y la sentó ahí.

—He traído algo para ti —dijo Nashla, rebuscando dentro de su bolso.

Una masa de cabello rubio quedó visible en su mano, después sacó por completó la muñeca que llevaba dentro.

—¿Es para mí?! —espetó con asombro y tomándola para estrecharla con fuerza contra su pecho.

—¿Te gusta?—Nashla experimentó el cielo al verla.

Amber asintió.

Desde ese instante se ganó su cariño.

Al tener su confianza mientras jugaban. Amber les contó todo, les habló de la mujer que la cuidaba, de un hombre que iba pocas veces a verlas, les dijo de la casa en que la mantenían. Dónde solo había árboles y animales de granja. Había tenido una vida distinta a muchos niños, sin embargo, no tenía ninguna malicia, su corazón era puro, sincero e ingenuo. Aunque estaba asustada porque hacía unos días la habían llevado a un lugar diferente. Después de una hora de charla, Nashla terminó separándose de ella muy a su pesar, prometiéndole que volvería pronto.

—Quiero que consigas una prueba de ADN de Amber —pidió Nashla al subir al auto de policías.

—Ya sabemos de quién es hija —repuso Ray.

—No estoy hablando de él, detective, sino de mí, quiero una prueba de ambas.

—¿Piensas que puede ser tu hija? —cuestiono Sebastián a su lado.

—Todo me lleva a ello, todo concuerda, Sebastián.

Él colocó su mano sobre la suya que estaba en su costado, y la sujetó con delicadeza.

—La conseguiré, sabremos si es tu hija, y de ser así, prometo ayudarte para que la recuperes.

La sonrisa llena de esperanza que ella le proporcionó, fue suficiente para aceptarlo todo, incluso vivir en las sombras sabiendo que ella sería feliz, aunque él no lo fuera.

Capítulo 33



La incertidumbre la estaba matando. Desde que se había practicado la prueba de ADN junto a Amber, dos días atrás, era insoportable la espera. Nashla no tenía cabeza para pensar en algo más que no fuera la duda que la carcomía. Siquiera podía prestar atención al hombre que hablaba tan lento y apenas podía entenderse mientras ella y Janine lo escuchaban leyéndoles el testamento de su madre.

Hubiese querido quedarse en Texas a esperar, pero aquello había sido decidido desde la muerte de su madre, y no había manera de posponerlo dadas la circunstancia de la salud de Gregor, el abogado de la familia. En el testamento ambas quedaban beneficiadas. La casa que habían compartido juntas desde su adolescencia sería para Janine, mientras que para ella sería la casa del lago en Esmeralda, junto a una suma de dinero que compartían entre ambas, esa había sido la petición de Stella.

—Bueno, ya leído el testamento y sabiendo que están en absoluto de acuerdo, les hago entrega de esto. — Gregor, era tan viejo que al extenderles a ambas los sobres, sus manos temblaban como una gelatina—. Me hizo prometerles que se las daría llegando el momento.

Sonrió débil, mostrando su dentadura postiza.

—Y esto es para ti —Le mostró a Nashla una caja de terciopelo negra que colocó sobre el escritorio.

Nashla la tomó, pero no hizo el intento por abrirla, sabía lo que era, esa caja guardaba algo muy preciado por su madre. Su hermana la miró con ternura, entendiendo por qué era para ella.

Ella y Janine se incorporaron de las sillas y se despidieron llevándose consigo los papeles del testamento.

—Tengo que irme a Texas —anunció bajando el último escalón de la oficina de Gregor, hacia la calle.

—Lo sé y me iré contigo. ¿No pensarás que te dejaré ir sola de nuevo?

Nashla la observó con pena.

—Solo compré un boleto de avión.

—Sabía que saldrías con eso, así que me adelanté, yo compré el mío. —Su hermana le mostró una traviesa sonrisa y el boleto de avión que sacaba de su bolso—. Juntas en todo ¿recuerdas? Además, si esa preciosa niña resulta ser mi sobrina, quiero ser la primera en abrazarla.

Descendió por las escaleras, dejándola atrás entre carcajadas.

Al final, se dirigieron al aeropuerto y tomaron el vuelo juntas hacia la esperanza más anhelada.

Dentro del avión, Nashla tuvo que consolar a Janine cuando ella leyó la carta que su madre le había escrito, la alentó a leer la suya, pero no quiso hacerlo ahí, deseaba hacerlo con la

soledad cubriéndola y dejándola disfrutar de sus palabras.

Al salir de la sala de vuelos, Sebastián las sorprendió esperándolas en la zona de llegada de vuelos. Su vestimenta habitual de traje, unido a la manera de verla, no hizo más que cortarle la respiración.

—No esperaba verte aquí —siseo Nashla recobrando la compostura, sabía que él había estado en la ciudad arreglando todo lo del permiso de la prueba el mismo día en que conoció a Amber, pero no que se quedaría e iría por ella esa noche.

Incluso habían viajado por separado el mismo día que se realizó todo.

—Quise esperar hasta este día.

—Yo le avisé que llegábamos —intervino Janine, ganándose una mirada de su parte—. Tenía que hacerlo, es tu abogado ¿no? —Se disculpó ella sin preámbulo.

Sebastián tomó de sus manos las maletas pequeñas que llevaban y las llevó hasta su auto. Al llegar e introducir las maletas en el porta equipaje, abrió la puerta de copiloto para ella, pero Nashla prefirió sentarse en la parte trasera, tomando Janine su lugar. Y desde ahí, por la ventanilla, le vio soltar un suspiro con frustración.

Notaba su hosquedad hacia él, pero a cuatro días de su boda, no podía ser diferente, ni retractarse de lo que ella misma había causado.

Después se dirigieron a la clínica de especialidades donde les entregarían los resultados. Él fue el encargado de tomarlos por haber sido una orden judicial, y ser su abogado. Cuando los tuvo en sus manos, se los entregó a ella, pero Nashla no lo abrió de inmediato a pesar de las quejas de Janine. No tenía el valor aún para saber la verdad. Y quería obtener fuerzas por si su esperanza se desvanecía, decidió hacerlo más tarde.

—Si resultan positivos, me haré cargo de todos los trámites para que esté a tu lado —argumentó Sebastián, con una pisca de positividad en su voz y viéndola con el sobre en sus manos—. Ahora necesitan descansar, las llevaré al hotel donde les hice reservaciones.

—¡Qué encantador! —exclamó Janine—. Pero primero nos llevas a cenar que muero de hambre. La comida del avión es pésima.

Janine caminó alejándose de ellos, mientras que las miradas de ambos decían más de lo que trataban de ocultar. Cenaron en uno de los lujosos restaurantes de Dallas, reconocido por su amplia variedad de carnes y vinos. Su hermana mantuvo una charla fluida con él, reían, bromeaban y compartían una ligera y apacible conversación, mientras que Nashla solo los escuchaba, había comido poco de su plato porque los nervios le impedían siquiera probar bocado.

Él le observaba de reojo, y su inquietante mirada azulada, lograba ponerla aún más estresada.

—¿Podemos irnos? —pidió dirigiéndose a él.

—Pero si tenemos tiempo.

— ¡Janine! —replicó—. Quiero irme, por favor.

Sebastián pidió la cuenta con rapidez, segundos más tarde, condujeron hasta el hotel.

Un impresionante rascacielos se asomó frente a sus ojos, Sebastián había hecho reservación en un lujoso hotel.

La habitación en el último piso, sería solo para ella.

—Si necesitas algo, cualquier cosa, estaré en la habitación de al lado —dijo él tras su espalda mientras dejaba su maleta en el suelo.

Ella se volvió a verle a los ojos y asintió.

Una electricidad placentera recorrió su cuerpo al sostenerle la mirada por un instante eterno. Sebastián parecía nervioso, lo vio separar sus labios queriendo decir algo, pero de inmediato los unió de nuevo.

—Buenas noches, que descanses. —Sebastián formó una débil sonrisa, dio vuelta sobre sus talones y cerró la puerta tras él, dejándole una oleada de sensaciones pesadas golpeándole la mente y el cuerpo.

Se quedó ahí, de pie, en el umbral de la habitación.

Recorrió sus ojos por el sitio. Una pared dividía una pequeña cantina de bar de una sala, del otro extremo se apreciaba una amplia cama italiana, colores blancos destellaba alrededor, bañera en el exterior del balcón y pisos sedosos de madera, era el lugar perfecto para dejar a un lado su inestabilidad y ceder a su inquietud.

Caminó hasta la cama y dejó caer el bolso de mano, sacando al instante los dos sobres que importaban esa noche para ella, junto a la caja de terciopelo. Sus pies, inevitablemente la llevaron hasta el balcón, sentándose sobre el sillón que había.

Respiro profundo. La noche era tan serena y tranquila que logró calmarse un poco. Miró los dos sobres y decidió abrir primero la carta de su mamá.

Para mi adorada hija:

Sé que te estarás preguntando, ¿por qué te obsequié a ti el anillo de de mi boda? No pienses mal, no es para cuando llegues a casarte, no es nada que tenga que ver con el matrimonio. Claro que tiene un significado importante para mí, es el amor y el compromiso más noble que sentí por tu padre, y no te niego que me hubiese gustado que fuese así, verte casada y enamorada, pero no, esta vez es distinto. Ese anillo, quiero que lo uses como muestra del compromiso que harás contigo misma por luchar por una vida distinta.

La vida se altera en cada respiración, Nashla, en un abrir y cerrar de ojos tenemos y perdemos. No te aferres al pasado, no mires más hacia atrás, habrá personas que te harán daño, pero no tienen por qué ganar, nunca tienen que vencer. Sé feliz, porque la felicidad está dentro de ti, solo tú eres la dueña de ella. Ama, tienes un corazón capaz de darlo todo, y lucha, lucha inalcanzablemente por tu vida. Recuerda que si vives bajo el yugo del miedo, jamás serás libré.

El dolor es solo una pérdida de tiempo, algo que interviene en tu presente. Sin embargo, el dolor también es un gran maestro. Te ha enseñado a dejar ir las oportunidades que se te presentan, nadie se cruza en tu vida por azar, sino porque está destinado a ti. Ojalá que encuentres ese amor que te mereces, que sepa lo que vales, que abrace tus cicatrices y no abra heridas nuevas. Que te diga cuánto te quiere, sin importar la hora o el momento, que te diga lo preciosas que eres aun molesta, pero que le fascine poner una sonrisa en tu rostro, y sobre todo que grite muy alto y sin miedo cuánto te ama.... Y cuando lo encuentres, cuando sepas que tu corazón ha elegido, no le dejes ir, porque te arrepentirás toda la vida de haberlo hecho.

Te quiero, nunca lo olvides, y quiero que sepas que sí volviera a tener la posibilidad de ser tu madre, lo haría sin pensarlo.

Con amor, mamá.

Nashla no había notado las lágrimas que caían de sus ojos humedeciendo sus mejillas. Cuán arrepentida estaba de haber malgastado el tiempo en no demostrarle amor. Llevó la carta a su

pecho y se permitió llorar una vez más su pérdida.

Entre lágrimas que empañaban sus ojos, y sollozos, tomó el sobre con el anhelo de que su vida tuviera ese sentido que su madre le había expresado en su carta. Rompió la orilla del papel, sacó la hoja dentro del sobre y comenzó a leer. Sus ojos se abriendo casi por completo al leer la oración que decía: *“Una alta precisión en los resultados con un porcentaje positivo”*. Amber era su hija.

De un salto se puso de pie mientras que la alegría se apoderaba de ella. Quería gritar, llorar, brincar como una niña. El corazón le palpitaba tan fuerte que parecía querer salirse de su pecho. Y algo más fuerte que ella la llevó a correr hasta la puerta, iba en busca de él, del hombre que amaba, del hombre que le ofrecía todo y que sabía que en ese momento le diría cuánto significaba para ella, le diría que estaba equivocada y que lo quería de vuelta.

Pero al estar frente a su puerta ansiosa, y tocar mientras limpiaba sus lágrimas, no esperó ver a la persona que atendió. Keily estaba en ropa interior, seductora, y con una amplia sonrisa sobre sus labios.

—¿Se te ofrece algo, Nashla?

Nashla abrió y cerró la boca sin poder decir nada. Pero fue capaz de escuchar la ducha y la música que sonaba en el interior.

—No, disculpa.

—Afortunadamente hemos terminado de hacer el amor antes de que tocaras, si no estarías tocando todavía la puerta, linda.

—Perdón, que disfruten su noche... —siseó Nashla, y se alejó de la puerta para regresar a su habitación completamente decepcionada.

Que estúpida por creer que podía ser todo tan fácil, que podría olvidar que él ya era de alguien más.

—¿¡Qué diablos haces aquí?! — soltó Sebastián con voz cargada de irritación, al ver a Keily semidesnuda en su habitación y escuchando música.

Salía de tomar una ducha con solo una toalla sobre su cintura, dejando su perfecto abdomen expuesto.

—Vine por mi futuro esposo, has estado aquí por más de cuatro días, la boda está a la vuelta de la esquina y a ti parece no importarte —exclamó ofendida.

—Deja la evasiva para después. No tienes por qué estar aquí.

—¿No tendría que estarlo si al menos llamaras!

Ella parecía molesta, pero no sabía que por dentro estaba gozosa de haber hecho creer a Nashla que estaban felices y acababan de hacer el amor. Al ver por el agujero sobre la puerta que era ella, se deshizo de su ropa y abrió. Su satisfacción fue tanta al verla irse derrotada, que no dudaba que le había quedado claro que Sebastián la quería a ella.

—No sé qué haces así —La señaló—. Pero te cambiarás y te llevaré al aeropuerto.

—¿Ni lo pienses, no me iré de aquí sino te vas conmigo! —chillo, irritándolo aún más.

Sebastián tomó ropa de su maleta, se encerró en el baño y se cambió con rapidez. Salió dispuesto a llevarla, así fuese a rastras. Entre empujones y chillidos de Keily, la sacó de la habitación. La metió al elevador, y lo hizo descender sin él adentro. Sebastián tenía que hacer algo más importante antes de irse. Con los nudillos tocó la puerta de la habitación de Nashla. Unos segundos después ella abrió, pero no le gusto ver su semblanza decaída. Incluso, el rojizo

color bajo sus pestañas le hicieron notar que había llorado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, e inconscientemente su mano se puso sobre su mejilla, pero ella retrocedió dejándola en el aire.

—Estoy bien, he abierto el sobre y...

—¿Y qué dice?

—Amber es mi hija...

La mirada de Sebastián se tornó tierna.

—La tendrás a tu lado, me aseguraré de que ella esté dónde debe estar.

—Tú tienes cosas más importantes que hacer, ya no necesito tu ayuda, me encargaré de pelear por ella, Sebastián, tú concéntrate en tu boda.

El regocijo que sentía al saber la noticia, se esfumo.

Una vez más, ella lo excluía de su vida.

—Bien, solo espero que todo se arregle, fue un gusto haberte ayudado en lo demás. —Un silencio incómodo se instaló—. Me tengo que ir, suerte.

Nashla asintió sin dejar de verle a los ojos.

Él debía dejarla e irse, pero sus pies no le obedecían.

Hasta que la voz de Keily los interrumpió.

—¿Sebastián, puedes decirme porque me dejas sola?

La mirada de Nashla fue de ella a él, y después cerró la puerta en sus narices.

Sebastián cerró los ojos, maldiciéndose. ¿Qué carajos hacía?, se dijo. Seguía luchando por algo perdido. Tomó con rabia del brazo a Keily, esta se quejó, pero le importó poco, caminó hasta el elevador y después al lobby donde registró su salida, volvió a arrastrar a Keily con él hasta el aparcamiento donde estaba su auto. Antes de bajar las escaleras subterráneas, oyó que alguien gritaba su nombre, se volvió para darse cuenta de que Ray era quién lo hacía.

—Adelántate al auto. —Le exigió a Keily, esta al verlo con el rostro malhumorado, le obedeció.

—Pensé que te quedaría más tiempo, pero me acaban de informar que dejas el hotel —dijo Ray estando a su lado.

—Ya no tengo nada que hacer aquí, además, tengo asuntos que resolver en Los Ángeles —mintió.

Ray asintió.

—Solo he traído esto. —Le extendió un CD de video.

—¿Qué es?

—¿Recuerdas que logramos obtener los vídeos de circuito cerrado de la casa de Reed? Bueno, este video no lo di como evidencia, preferiría que tú vieras qué contiene y decidas qué hacer, es un favor que te estoy haciendo, amigo.

La vista de Ray fue hasta su auto.

—Lo veré en cuanto esté en casa, ahora ¿puedo pedirte algo?

—Lo que sea.

—Ayuda a Nashla con Amber, los resultados salieron positivos y necesitará ayuda para recuperarla. Ella no quiere más mi ayuda.

—Dalo por hecho.

Ambos estrecharon sus manos como despedida, y cada uno volvió a su deber.

Sin saberlo, Ray le estaba dando en sus manos la excusa perfecta para abrir los ojos.

Capítulo 34



Le temblaban las piernas, poco faltaba para que dejaran de sostenerla. El corazón le palpitaba de manera que podía sentirlo sobre la lengua. Sus sentimientos iban de la alegría, a la exaltación, pasando por una sensación de júbilo.

Nashla observaba maravillada cómo Amber se acercaba poco y la miraba de forma dulce. Desde que la había visto por primera vez, algo muy profundo la conectó a ella. Y ahora sabía la causa. Jamás pensó que el amor que albergaba en su pecho fuera por esa pequeña que venía a cambiar aún más su vida. Era surrealista que pudiera haber pensado en ser feliz. Pero ahora la idea era real.

—Hola Amber —saludó con una enorme sonrisa al quedar frente a frente.

—¡Hola! ¡Has vuelto! —aseguró, abriendo sus ojos con asombro—. Pensé que no lo harías.

—Te prometí que lo haría, y yo cumplo mis promesas.

Amber corrió a sus brazos, fue un abrazo tan cálido que su corazón comenzó a experimentar el inmenso amor que sentía por un ser que apenas conocía, ese amor que muy pocos tenían el privilegio de sentir, y que le daba la fuerza para pelear contra quien fuese.

Janine carraspeó para llamar su atención, Nashla había perdido la noción del tiempo, se había olvidado que su hermana y su nuevo abogado estaban junto a ellas.

—Mira, te presento a mi hermana. Amber ella es Janine.

Amber tomó la mano que Janine le extendió, y repentinamente la abrazó tomándola por sorpresa. Nashla vio cómo el rostro de su hermana se tornó melancólico, y cómo sus ojos se llenaron de lágrimas. Después la miró a los ojos, y leyó en sus labios lo que decía: *mamá hubiese estado feliz*. Ella asintió acariciando el cabello de Amber aún en los brazos de Janine. Esa mañana habían estado en las oficinas de juzgados de menores, habían llevado todas las pruebas para comprobar que Amber era su hija, y la información del juicio de Reed para acelerar el proceso y poder pedir su custodia parental. El juez había sido benevolente al fallar a su favor, y para su fortuna, la niña le sería entregada en unos días. Nashla estaba feliz. Pronto la llevaría a casa.

—Tengo que hablar contigo, Amber ¿me acompañas? —Le pidió tomando una de sus manos al soltar a Janine.

La llevó a la sala dónde había juegos de mesa sobre el suelo, y algunos libros abiertos. La sentó junto a ella en el sofá de terciopelo y tomó ambas manos, mientras Janine las observaba desde lejos.

—¿Has escuchado alguna vez qué significa la palabra *mamá*?

La cabeza castaña de Amber se sacudió asintiendo.

—María me ha dicho que significa, porque yo nunca había escuchado qué era, con la mujer que vivía antes, solo la llamaba Tina.

—¿Y qué es, Amber?

La niña ladeó su cabeza, pensativa.

—Sé que es alguien que cuida de ti pase lo que pase, que te ofrece amor incondicional, que está a tu lado siempre, y que por más que yo llegue a fallar, ella nunca me juzgará ni me dejará sola.

Nashla sentía como sus ojos se escocían por las lágrimas.

—¿Y te interesaría tener una madre que cuide de ti?

—Más que nada en el mundo, siempre me sentí sola, así que sería perfecto.

—Y qué pensarías si te dijo que yo puedo cuidar de ti, que yo soy esa madre que quieres.

Los ojos de Amber comenzaron a inundarse con un brillo especial, y su labio inferior tembló.

—¿Tú eres mi mamá? —preguntó con un hilo de voz.

Ella asintió acariciándole la mejilla.

—Sí.

Amber se echó a sus brazos, la abrazó con fuerza e introdujo su rostro sobre su cuello, y lloró. Nashla la sostuvo cariñosamente, acariciando su espalda mientras lloraba con ella.

Vio a Janine saltar de alegría como una niña, limpiando sus ojos que lloraban.

Y por primera vez en muchos días regresó la paz.

Tiró de la corbata con frustración por novena vez, la lanzó al suelo con rabia, y se dejó caer en el sofá junto a la ventana. Estaba a una hora de la boda, y su vida dejaba de tener sentido más que nunca.

Se decía una y otra vez que Keily era la mejor opción para su hija, que dejaría atrás el recuerdo de Nashla, que seguiría su vida, pero no encontraba alivio de ninguna manera. Sabía por Ray que todo había salido bien, que le entregarían a Amber en unos días, y que iniciaría sin él. ¿Entonces, por qué él no podía seguir?

La puerta de su habitación se abrió, y su madre apareció.

—¿Estás listo? —Su tono irónico le molestó.

Él no respondió.

Su madre estaba vestida de negro, parecía ir a un funeral en vez de una boda. Sabía de su rotunda desaprobación, sin embargo, ahí estaba, tan incondicional.

—Cambia esa cara, deberías de estar contento, es tu boda.

—¡Mamá! —soltó con irritación—. Ahora no.

Ella ignoró su hosquedad, y tomó la corbata del suelo, después se inclinó a su altura y comenzó hacer el nudo sobre su cuello.

—Sabes que no estoy contenta con tu decisión, pero no te dejaré solo en esto —siseó con sus ojos humedecidos—. Así que ánimo, la gente ha comenzado a llegar y tienes que bajar antes que la novia.

Terminó de atar su corbata y besó su mejilla, dio una palmada sobre su pecho y le sonrió con tristeza.

—Espero seas feliz, hijo —Se dio media vuelta y salió dejándole sólo.

Aquello lo hundió más. Se llevaba a su madre y Margaret en su desdicha.

Sebastián inclinó la cabeza con la vista en el suelo, llevó sus manos a su cabello y tiró de él con fuerza.

De repente, sintió unas pequeñas manos sobre las suyas.

—No estés triste. —La voz tierna de Margaret hizo que levantara el rostro y la viera—. Si no quieres casarte con mamá, está bien, yo soy feliz si tú lo eres. —La sonrisa que le mostró logró calmar la marea de emociones abruptas que manejaban su mente.

La tomó entre sus brazos y la sostuvo contra su pecho, mientras que en sus manos se incrustaban las piedras del vestido rosa que llevaba.

«¿Cómo había dejado que eso llegara hasta allí?» «¿Cómo mentirse a sí mismo?», pensó.

Cancelaría la boda, esa era la única cosa que sabía en ese instante.

—Maggie —dijo al separarse de ella—. Ve a tu habitación, y no salgas, mi amor.

—Está bien. Y papi ¿te aconsejo algo? Busca a Nashla, ella si te hace sonreír.

Margaret le guiñó un ojo y salió por la puerta.

Su vista quedó en la mesa junto a la puerta, ahí, sobre algunos folders amarillos estaba el CD que Ray le había dado tres días antes, no tuvo el tiempo de saber qué significaban sus palabras, y por qué su necesidad en que lo viera. Se puso de pie, caminó hasta allá y tomó el CD para después ponerlo sobre el aparato de video debajo de su televisor. Le puso play en el control remoto y esperó. En segundos quedó frente a sus ojos, lo que nunca esperó ver pero que le abría la puerta a la razón.

La cámara de video enfocaba desde un ángulo alto, tanto que el panorama era amplio. Quedó a la vista la silueta de Reed paseando por la sala de lujo de su casa, él bebía de una copa, después uno de sus hombres entró por la puerta y dijo que la mujer había llegado. Le ordenó que la dejara pasar y les dejara solos. El hombre salió, segundos más tarde quedó en perspectiva la llamativa presencia de Keily frente a sus ojos. Se acercó a Reed con seducción, y depositó un beso sobre sus labios.

Sebastián sintió una repentina sacudida de odio y asco a la vez.

—Pensé que no vendrías —dijo Reed, elevando una de sus manos y acariciando el costado de su cintura sobre la tela del diminuto vestido.

—Tú quieres información, y yo la mía cariño —ronroneó subiendo la mano entre sus cuerpos y dejándola sobre su pecho.

—Te ofrezco algo de beber.

—Claro —siseó, y tomó la copa de su mano para beber de ella, mientras que dejaba que él introdujera la mano por debajo de su vestido.

—Entonces ¿qué sabes de ella? —La voz ronca y cargada de deseo en Reed hizo que Keily dejara de beber y le viera.

—¿Por dónde quieres que comience?

Él soltó una risilla.

—Por dónde quieras— murmuró besándola en los labios.

Esa situación de incitación y morbo se prolongó por un tiempo. Entre besos y caricias, Keily le dijo todo lo que sabía de Nashla, la dirección de su casa, en qué hospital trabajaba, cuánto tiempo llevaba junto a él y los días en que dormía en su casa. Reed, por su parte, le contó una historia errónea de Nashla, le dio a entender a Keily que había sido prostituta por largo tiempo, y que él había sido uno de sus clientes.

Después pasaron a lo que parecía un encuentro furtivo.

Reed la desnudó y pasó sus manos por todas las partes ocultas de Keily. Ella parecía fascinada con la situación, disfrutaba con aquello. Y ella misma se encargó de quitarle la ropa. Reed la lanzó sobre uno de los sofás de piel y la tomó a su antojo.

Sebastián vio todo paso a paso, mientras que la ira se apoderaba de él.

«¡Eres una hija de puta!», pensó.

Y en su cabeza se formó la idea perfecta para hacerla pagar.

Tomó su móvil y tecleó el número de Ray.

—Diga.

—Ray, te quiero en mi casa con la policía.

—Has visto el video ¿eh? Y tomaste la mejor decisión, una muy sensata —repuso y colgó.

Tomó el CD y salió de su recámara. Llegó hasta la planta baja donde una buena cantidad de invitados yacía. Algunos le saludaron, pero él les ignoró a la mayoría, tan solo se acercó a su madre.

—Mamá, avisa a la novia que estamos listos.

Luciana le miró extrañada, pero lo obedeció.

Él buscó uno de los televisores de la planta baja en su despacho, ya que la todos los muebles de la sala habían sido removidos para poner las sillas y mesas para la boda. Trajo consigo uno, colocándolo sobre la mesa que un mesero había puesto por sus órdenes. Introdujo el CD y en minutos todos los presentes fueron testigos de lo que él vio.

Los murmullos no se hicieron esperar, y cuando la imagen de ella estaba sobre el sofá de Reed, Keily apareció por las escaleras.

Todos los ojos la observaban, ella quedó pálida, su semblanza risueña se opacó por las sorprendidas imágenes que veía junto a los demás. Su rostro poco a poco quedó ensombrecido de pánico.

—Creíste que podías mentirme —masculló Sebastián hacia ella apretando los dientes, Luciana se puso a su lado—. Que podías venir aquí, hacer todo a tu antojo y salirte con la tuya, qué equivocada estás.

—Yo, yo no soy esa. ¡Ese video es una farsa! —gritó temerosa.

Ray entró por la puerta en ese momento, junto a varios policías.

—Ayudaste a un asesino dándole información, Nashla pudo haber muerto y te haré pagar por ello.

—¡Yo no hice nada! No puedes acusarme. ¡¿Y Margaret?! ¡¿Qué le dirás a ella?! —

—Por ella no te preocupes, te olvidará, no necesitará a una madre como tú. Solo le fingiste amor.

—Señores —habló Ray—. Llévense a esta mujer por infiltrar información a un asesino en contra de la señorita Nashla McNeill, y por ocultar a las autoridades hechos sobre el caso.

Entre forcejeos y gritos de Keily, le pusieron esposas y la subieron a un auto de policía, con la mirada atónita de los presentes.

Sebastián por fin sintió alivio, y, sobre todo, que podía respirar.

—¿Y ahora? —susurró Luciana detrás de él, mientras la gente comenzaba a retirarse.

—Ahora tengo que recuperar a la única mujer que amo, al amor de mi vida exclamó consciente de que no todo estaba perdido.

Y sonrió como nunca.

Capítulo 35



Miraba con atención los niños que corrían y reían en la banqueta frente a su calle, otros que lo hacían sobre el césped mientras que se tiraban globos llenos de agua. El clima cálido ayudaba un poco a que la tarde fuera más agradable, así que era un atardecer espléndido el que comenzaba a caer.

Pensar que en unos días tendría consigo a Amber, que correría junto a esos mismos niños, que reiría y disfrutaría de la misma manera, le ponía una sonrisa en los labios. La vida por fin le sonreía un poco, aunque muy en el fondo la melancolía se apoderaba de ella a momentos. Sebastián se estaría casando ese día, y con ello se llevaba su ilusión en el amor.

Janine asomó la cabeza por la puerta y le sonrió. Caminó hasta el sillón que se mecía y se dejó caer junto a ella.

—Se respira un aire distinto ¿verdad? Como a paz.

—Si te mantuvieras en silencio seguiría sintiéndolo, estaba bien sin ti —exclamó Nashla con sarcasmo y sonriendo con diversión.

Janine, que entró a su juego, tomó una de las almohadillas pequeñas que estaba ahí, y se la lanzó al rostro. Nashla la imitó.

Terminaron riendo como dos niñas divirtiéndose.

—Me gusta verte así, tan despreocupada, tan serena —murmuró Janine sin aliento, tratando de parar de reír.

—¿Y te gusta?

—¡Me encanta! Si mamá te viera estaría feliz.

—Lo sé...

—Sabes que incluso he pensado que ha hecho algunas travesuras allá arriba para ayudarte con Amber.

Ella sonrió viendo al cielo.

—Lo mismo he estado pensando. Algún día le agradeceré por eso.

Repentinamente Nashla se quedó en silencio y su vista quedó en el suelo.

Janine supo interpretar su quietud.

—Si yo fuera tú —le tomó una de sus manos—, me pondría de pie dejándome aquí sin importarme, subiría a mi auto, llegaría a su casa interrumpiendo y gritando: *yo me opongo*, así como en las telenovelas.

Nashla elevó la vista mientras devolvía una triste sonrisa hacia una expresiva y divertida Janine.

—Esto no es una novela. Y soy incapaz de echarle a perder su boda.

—¿Cómo sabes que él quería esto? Más bien intuyo que lo obligaste a elegir.

Ella se tomó unos segundos antes de responder.

—La primera noche que dormimos en Texas, leí la carta de mamá. ella me hizo abrir los

ojos, me hizo entender que no tenía que dejar pasar las oportunidades de la vida, así que fui al cuarto de Sebastián, quería arreglar todo, decirle que lo amaba, y que le quería en mi vida, pero alguien más abrió la puerta, era Keily casi desnuda, Janine, alardeó de haber estado con él, que eran felices.

—Y le creíste.

—La ducha se escuchaba así que fue bastante creíble.

—Piensas entonces que en verdad está siendo feliz.

Ella asintió.

Ambas se quedaron en silencio mientras soltaron un prolongado suspiro.

—¿Te darás la oportunidad al amor con alguien más?

—No lo sé. Tal vez no vuelva a encontrar a un hombre que quiera pelear por mí de la manera en que él lo hizo. Me ayudó a confiar en mí, a creer que merecía ser amada, pero la ironía es que ese mismo hombre también me está rompiendo el corazón. Me está enseñando lo que es la amargura de un adiós.

—Te recuperarás, ya lo verás. Amber te ayudará a mitigar ese dolor, eres mi guerrera, y no te rindas ahora que todo se está poniendo en su lugar. Ahora respóndeme algo ¿si él volviera a buscarte?

—Eso no ocurrirá.

—Solo escucha. Supongamos que él no hubiese decidido casarse, si te buscara ¿tú le darías una oportunidad?

Nashla se permitió recordar cómo se había dado todo con Sebastián. El primer encuentro de miradas, las cita a ciegas, su esfuerzo por conquistarla, todo lo que había hecho por ella. Cayó en cuenta de que esos ojos, esa boca, y su forma resuelta de ver la vida había sido su despertar y que volvería a vivirlo de nuevo, solo por tenerle así, de la manera más terrenal, de algo que sintió suyo, que le perteneció por primera vez.

—Tal vez —dijo, poniéndose de pie—. Pero todo eso queda en un *tal vez* porque sabemos que él se está casando en este momento.

—¿Te vas? —soltó Janine viéndola bajar las escaleras del porche y dirigirse a la chatarra que llamaba auto.

—Tengo asuntos que atender, recuerda que me tomaré unos días para estar con Amber, y quiero dejar todo en orden con mis pacientes.

—Pensé que ya estaba todo listo.

Nashla le sonrió desde su posición y sacudió la mano despidiéndose, después arrancó su auto y se alejó.

La última hora de su turno casi llegaba. No había mucho que hacer. Sin cirugías previstas, ni emergencias llamando al instante, solo le quedaba ver a sus pacientes y pasear por los pasillos, mientras dormían. Parecía que la ciudad entera había acordado no llamar la atención esa noche.

Todo estaba tranquilo. Sin embargo, ese silencio en el hospital, no hacía más que aumentar su tormento. Su cabeza era un cúmulo de pensamientos absurdos. La idea tonta que Janine le ofreció, no era absurda después de todo.

Nashla llegó hasta su consultorio. Se dejó caer en su silla mirando sus manos mientras que sus uñas golpeaban la madera.

Soltó un enorme y prolongado suspiro lleno de pesadez.

¿Qué hubiera pasado si hubiese tenido el valor para llamarle antes de la boda? ¿Sé casaría?

¿Y si no? Tenía todas aquellas preguntas sin respuesta.

Dejó caer su cabeza sobre el escritorio, la noche sé hacía larga y pesada. De pronto, una canción comenzó a escucharse por los altavoces del hospital. Nashla se incorporó extrañada. Ahí solo tenía que salir la voz de la llamada de emergencia. Se quedó quieta, y escuchó con atención lo que decían las notas de la música.

*Te mantendré a salvo
Intenta concentrarte
Extiende tu mano
¿Puedes sentir cuánto pesa?
Es el mundo entero sobre tus manos
No tengas, no tengas miedo
Nuestros errores estaban destinados a cometerse
Pero te prometo que te mantendré a salvo.
Serás un arquitecto
Así que levante tus mangas y construye
Una nueva silueta en los horizontes
No tengas, no tengas miedo
Nuestros errores estaban destinados a cometerse
Pero te prometo que te mantendré a salvo
Te mantendré a salvo.*

Alguien tocó a su puerta y se levantó para abrir, pero al hacerlo, nadie llamaba.

Sin embargo, vio unas flechas marcadas sobre el suelo, las siguió con la mirada y se perdían en un pasillo, había un letrero que decía: "Síguelas", y algo la llevó a comenzar a avanzar, al llegar al final de ese pasillo hubo más flechas que seguir y otro letrero que decía: "Vamos no te detengas, aún te falta". Nashla se sintió tonta al saber que sonreía, quizás eso ni siquiera era para ella, pero lo hizo, siguió avanzando con la música en cada altavoz, hasta que las flechas terminaron en la parte trasera del hospital, donde había un jardín que los pacientes usaban como distracción. Solo que ahora, aquel lugar estaba adornado con luces en cada árbol, aparentando que estaban colgados en el cielo. Había un camino marcado de bombillas a los costados, y ella descendió el escalón hacia el césped.

Entonces, Nashla lo vio.

Sebastián estaba ahí, de pie al final de ese camino en el centro del jardín. Vestía un esmoquin negro, sus manos estaban dentro de los bolsillos de su pantalón y la miraba como si ella fuese el sol.

No sabía interpretar la mirada que Nashla le ofrecía. Su rostro no expresó sorpresa, mientras que él era un huracán a punto de tocar tierra. Quería correr hacia ella, besarla, sostenerla entre sus brazos hasta desaparecerla en ellos, y decirle una y otra vez al oído lo mucho que la amaba. Pero optó por quedarse quieto, con la esperanza de que ella no saliera huyendo y avanzara hasta dónde estaba, y ahí, tener la suerte de ser escuchado.

Se observaron por un instante que pareció eterno.

Y el sé permitió ver con detenimiento la perfección de su cara, sus rasgos cincelados, labios carnosos y suaves, sus enormes ojos ámbar, ahora con una expresión que no fue capaz de

indagar por miedo, y algo lo llevó a darse cuenta de que, de aquella mujer de actitud adusta y ojos inexpresivos, no había quedado nada.

¡Dios! Lo volvía loco el solo imaginar tenerla sobre una cama.

Ella comenzó a caminar lentamente, prolongado el tiempo que se detuvo para él.

Al estar frente a frente, su boca fue incapaz de abrirse, su voluntad estaba en el suelo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Su voz sonó casi en un murmullo—. Pensé que en este instante tú...

—No. —La interrumpió—. No me casé.

Otra vez el duelo de miradas.

—¿Por qué?

Sebastián soltó un suspiro desde lo más profundo de su pecho.

—Dicen que uno vuelve al lugar dónde fue feliz, y tú fuiste la más grande felicidad que pude tener. Yo no la amaba, mi corazón eligió hace tiempo a su dueña.

Nashla inclinó su rostro, una mano subió a la altura de su oreja llevando el cabello detrás de ella, Sebastián lo percibió como nerviosismo.

»Cuando te conocí supe lo difícil que sería si surgía algo entre nosotros. —Sus palabras la hicieron verle—. Y decidí arriesgarme, creo que de esto se trata el amor, de saber el riesgo y asumirlo. Sé que no merezco una nueva oportunidad, que pude haber seguido insistiendo, en cambio, decidí seguir con esa farsa.

Sebastián esperó a escuchar algo de sus labios, pero ella se mantuvo en silencio sosteniéndole la mirada.

»La vida es como un viaje en autobús, Nashla, algunos comienzan el viaje junto a ti, otros se van a mitad del camino y, otros llegan para quedarse toda una vida, y yo quiero que este viaje lo hagamos juntos. Y espero que nunca te bajes. No te prometo que será perfecto, nos enojaremos y a veces querrás matarme, pero te prometo que te enamoraré cada día, cada segundo con mis cursilerías espontáneas, te prometo un *para siempre*. Sé que no será fácil, solo sé que valdrá la pena, será una ida sin retorno.

Vio por fin, cómo sus ojos se humedecían.

»Nashla, yo...

Y entonces ella colocó un dedo sobre su boca para callarle, e hizo lo que deseaba a muerte. Nashla lo tomó por el cuello atrayéndolo a ella, unió su boca a la suya y se atrevió a callarlo a besos. Besos con sabor a perdón, a deseo, pasión y amor... demasiado amor.

Sus manos tuvieron vida propia, las introdujo dentro de la bata blanca abierta, sintiendo la curva de su cintura y la piel desnuda que sobraba debajo de la blusa. Hurgó en su boca robándole el aliento, quería saciar hasta el último día perdido.

—Te amo. —Le oyó susurrar en su boca.

Era la primera vez que ella se lo decía, y le produjo una inestable e incoherente excitación de felicidad.

La alzó del suelo sin dejar de besarla, mordiendo su labio con delicadeza.

—Y yo te amo, por el resto de mis días... —Y no pudo dejar de sonreír para sus adentros.

Así, con un simple momento y un esperado beso, se experimentaba la felicidad eterna.

Capítulo 36



«Y el miedo me susurró: “Fuiste demasiado fuerte para vencerme, ahora vive”.»

Juliana Y. Velásquez

Sus miradas se observaban con devoción. Sus manos se sostenían con fuerza, perfectamente encajaban una en la otra, como si hubiesen sido hechas para estar unidas. Ambos sentían el agua sobre sus pies desnudos. La brisa del mar golpear sus rostros felices. El atardecer de la playa Esmeralda, fue escogido para unir sus vidas. Ese lugar, dónde habían descubierto que sus sentimientos eran más fuertes de lo que alguna vez imaginaron sentir.

Vestían de blanco. Ella, un sencillo vestido de encaje que dejaba sus hombros descubiertos, y una flor que adornaba su cabello recogido entre rizos. Él, un conjunto de lino y un tulipán que adornaba el bolsillo.

El cura que celebraba la boda hablaba, pero ellos no eran capaces de escuchar, estaban envueltos en su burbuja de amor, aún les era increíble creer que estuvieran ahí, de pie, con toda aquella gente que los quería, viéndolos casarse. Seis meses de largos besos, noches de *te quiero* sin tocar la piel. Habían sido suficientes para dar el siguiente paso.

Margarett estaba justo al lado de Sebastián sosteniendo los anillos, Amber al lado de Nashla con el lazo que representaba la unión para siempre. Las dos presenciaban con ansias y entusiasmo la unión de la familia que desde ese día iniciaban.

—Pequeña. —El padre se dirigió a Amber para que colocara el lazo alrededor del cuello—. Sebastián, tus votos.

Él carraspeo nervioso, pero seguro de lo que diría.

Era el turno Margarett en acercarse, le dio uno de los anillos.

Su hija le sonrió, a pesar de los días que ella padeció la ausencia de Keily, con el paso de los meses aceptó que no regresaría, y la compañía de Amber le ayudó a sobrellevarlo.

Sebastián comenzó a colocar el anillo en el dedo anular de Nashla mientras decía:

—Prometo que mi amor comprenderá, que los miedos no serán una excusa para alejarnos, sino motivos para abrazarnos más fuerte. Prometo amarte con pasión, ternura, y de todas las maneras que me sean posibles, prometo ser paciente y entender tus silencios. Prometo amarte en esta vida y el tiempo que me permitan en las que vuelva a vivir. Prometo que nuestras vidas tendrán un inicio aquí, juntos, para siempre.

Nashla sintió un nudo que se formó en su garganta.

—Ahora tú, Nashla —prosiguió el cura.

Ella tomó el otro anillo y fue introduciéndolo.

—Prometo que esto es para toda la vida, me enseñaste y me convertirte en amor y por eso lo tendrás por la eternidad. Prometo cuidar la calidez de tu corazón porque sé que es mi único hogar. Prometo llenar tus días de felicidad, y no importa quién nos quiera separar, nuestro amor

será fuerte para enfrentar cualquier obstáculo, y si algún día el destino nos separa, siempre encontraremos la forma de volver al sitio que pertenecemos. Prometo no olvidar que después de las caídas, derrotas y lágrimas, al final, la recompensa siempre será *un corazón como el tuyo*.

Sebastián le sonrió con ternura, mostrando la adoración en sus ojos.

—Por el poder que me otorga la iglesia, los declaró marido y mujer —anunció el padre—. Les presentó al señor y la señora Faith.

Los estruendosos aplausos no se hicieron esperar, Janine y Luciana no paraban de llorar y aplaudir, mientras que ellos se perdían en sus labios.

Las mesas de jardín, adornadas con flores turquesa y tintas en el centro, y manteles blancos con líneas doradas, fueron colocadas en el pequeño espacio de la parte trasera de cabaña que daba hacia el mar. Al igual que una pista debajo de la carpa, con bombillas de luces que colgaban alrededor, y un sin fin de flores en cestas que Sebastián había insistido en ordenar para la boda, todo había sido la ambientación perfecta para dos enamorados que disfrutaban de su día.

Después de las risas, abrazos, besos que ellos no dudaron en darse frente a todos, el brindis, bailar hasta que los pies no pudieron más, cortar el pastel de bodas, y lágrimas de los que compartieron algunas palabras para ellos, la fiesta llegó a su fin.

No sin antes, mostrar una sorpresa que Sebastián tenía para Nashla y las niñas. Las llevó hasta la orilla del mar, con un globo de luz para lanzarlo al cielo y que así, los cuatro pidieran un deseo.

Margarett y Amber fueron las primeras en hacerlo, cerraron sus ojos y cada una lanzó el suyo. Después, ellos lo hicieron juntos, con el mismo globo en sus manos.

Antes de lanzarlo se besaron cerrando sus promesas con la esperanza de ser cumplidas:

«Quiero verla sonreír siempre, sabiendo que yo la hago feliz», pidió él.

«Qué me ame el resto de sus días y yo le daré la vida que el anhela», pidió ella.

Llegando ese momento íntimo entre la nueva familia, todos los asistentes se fueron. Y Janine y Luciana se llevaron a las niñas esa noche, dejándoles solos en la cabaña.

Entre besos, Sebastián la tomó de la mano y la subió hacia la habitación que Nashla solía ocupar cuando estaba ahí. Solo que esa vez, él hizo un pequeño cambio en ella.

—¿Te gusta? —preguntó el desde el umbral de la habitación, con los brazos cruzados sobre su pecho.

Nashla le miró con un brillo desde los pies de la cama.

—Está hermosa —murmuro—. Tú siempre logras la manera de sorprenderme.

Le sonrió, recorriendo los ojos por el lugar; Velas alrededor. Pétalos sobre la cama que formaban un corazón con las iniciales de ambos, y había muchos más esparcidos sobre el suelo.

Incluso había una música de fondo:

*Te di todo el amor que tengo,
te di más de lo que podía dar, te di amor.
Te di todo lo que tengo dentro
y tú tomaste mi amor, tú tomaste mi amor.
¿No te conté lo que creía?
¿Dijo alguien que un amor como este no duraría?
¿No te di todo lo que tengo para dar, cariño?*

*Te di todo el amor que tengo,
te di más de lo que podía dar, te di amor.
Te di todo lo que tengo dentro
y tú tomaste mi amor, tú tomaste mi amor.*

*Sigo llorando, sigo intentando conseguirte.
No hay nada como tú y yo, cariño.
Éste es un amor poco común, un amor poco común.
Éste es un amor poco común, un amor poco común.*

Él entró de lleno a la habitación cerrando la puerta tras él, se ubicó detrás de ella y rodeó con sus brazos su cintura y llevando su cara al hueco de su cuello.

—Si no te sientes lista —Sebastián depositó un beso detrás de su oído—, podemos esperar.

Ella se volvió para quedar frente a él, subió las manos hacia su rostro y las dejó reposar en sus mejillas, diciendo:

—No tenemos por qué esperar, no hay nada que desee más que estar contigo. —Y lo besó lento, saboreando sus labios en el proceso.

Durante los meses que habían estado juntos, él fue paciente. Nunca le pidió que tuvieran intimidad. Pero esa noche no podía negar que solo quería sentir sus manos recorriendo su cuerpo.

Ambos de pie, abrazados, por un tiempo prolongado. Disfrutaron del roce de sus labios.

Las cortinas bloqueaban la luz de la luna de media noche, y los sumergía en la excitación que crecía en su interior. Él, sin pensarlo, subió sus manos por su espalda y bajó el cierre de su vestido. Ella repentinamente se detuvo a mirarle a los ojos. Después se alejó con la respiración agitada. Nashla llevó sus manos a sus pechos y tomó la tela del vestido entre sus dedos, en segundos la prenda cayó a sus pies. Le mostró sus pechos desnudos, y el ligero de encaje que llevaba debajo. Se quitó los tacones y sus dedos se introdujeron en las bragas y el ligero sacándolos por sus caderas y piernas. Dejó que se bañara de esa imagen. Dejó que viera sus cicatrices sin temor, y él supo que era el más bello ángel que había visto, con heridas, cada una de ellas de batallas ganadas.

Incrédulo ante su desnudez sintió la dureza entre sus piernas. Ella, tímida, avanzó hacia él sin decir palabra. Sebastián al tenerla cerca, elevó sus manos y se deshizo de la flor soltando todo su cabello para ver como caía entre sus pechos.

—Eres hermosa —murmuro él, viendo cómo sus ojos ámbar se oscurecían de deseo.

Ella ladeó la comisura de su boca en una sonrisa ingenua, luego pegó la frente a la suya. Con lentitud, sus dedos comenzaron a quitar los botones de su camisa hasta abrirla y dejarla caer al suelo. Las palmas de sus manos tocaron su pecho, y sintió que explotaba. Su mano se introdujo en su cabello y lo atrajo a su boca, para unir sus labios con los suyos. Sus lenguas se tocaban, la excitación aumentaba, les apretaba el vientre y les consumía las ansias.

Sebastián la sostuvo de la cintura y caminó con ella para recostarla sobre la cama. Nashla se quedó quieta, viéndolo desde abajo mientras él, abría la hebilla y el cierre del pantalón para quitarlos y dejarle ver la perfección varonil de su cuerpo. Sus amplios hombros, su cintura estrecha, un abdomen marcado, y una piel clara con unas cuantas pecas que mostraban sus hombros. Sebastián era una la clase de adonis en la tierra, que te hacía perder la razón. Él subió,

y el colchón cedió a su peso. Se colocó encima de su cuerpo y sus manos quedaron a la altura de su cabeza, después la besó. Era un beso suave, que lograba calmar esa inquietante nube que se interponía en su mente. Aquella ternura con la que era besada, logró que la melancolía le invadiera momentáneamente, y unas lágrimas cayeron por sus ojos. Él se detuvo al sentir las sobre su rostro.

—No quiero que sea por complacerme —susurró viéndola a los ojos—. Si te estoy causando daño, puedo esperar.

—No lloro porque me causes daño, Sebastián. —Nashla acarició su mejilla con la yema de sus dedos—. Me siento feliz de que por fin puedo entregarme a ti sin miedos, ahora, quita cualquier rastro del pasado en mí y muéstrame lo mucho que me amas.

Lo atrajo hacia ella, besándole con verdadera pasión.

No importaban cuántas manos habían recorrido su cuerpo antes. Con sus besos lograría arrancar cualquier pasado, con su amor lograría quitar cualquier recuerdo, y la haría suya en cuerpo y alma.

Notó el calor de su aliento recorrer su cuello. Un mordisco, sutil que no le desagradó. Ella dejó escapar un débil gemido al sentir su lengua rozar muy despacio y levemente sus pezones. El olor de su piel era agradable, le tentaba a corromperse, pero lograba contenerse. Sus labios se adueñaron de todo su cuerpo, viendo cómo estrujaba las sábanas entre sus manos, y cómo sus gemidos aumentaban. Volvió a tomar su boca. Entrelazó sus manos con las suyas. Piel contra piel. Deleitándose ambos en el roce de sus sexos. Aquel simulacro de pasión se tornó real cuando casi sin pretenderlo, él se hundió en ella penetrándola. Despacio. Dando por hecho que sería su único dueño.

Un calor intenso recorría su columna agitando su respiración. Ella levantó la espalda incorporándose para que él pudiera besar su cuello, mientras que sus uñas arañaban su espalda. Le mostraba el amor también entre sus piernas. Le mostró cada parte oculta para que fuese suya. Sus caderas se movían al compás del otro. Cada vez que la penetraba más profundamente dejaba escapar un ronco gemido que la estremecía.

Las respiraciones agitadas y los gemidos de ambos inundaron la habitación por encima de la canción que se repetía una y otra vez.

Nashla sintió que algo explotaba en su interior, y se dejó llevar por la sensación que le producía estar en los brazos de un amor sincero. Hasta que de pronto, un clímax arrebatador hizo que su cuerpo se colapsara. Y explotó soltando un gemido desde lo más profundo de su garganta que él ocultó en su boca al besarle. Él, al verla derretirse bajo su cuerpo, no pudo contenerse más y con un gruñido anunció su declive al éxtasis de la perdición. Y fueron uno solo...

Notó sus labios recorriendo los suyos, rozándose. Ella abrió sus ojos para encontrarse con unos que le mostraron amor en estado puro.

—Gracias —susurró, abrazándose más a su espalda.

—¿Por qué? —Sebastián acarició su cabello con sus dedos.

—Por amarme así, sin pedir nada a cambio.

—El corazón es desinteresado y solo sabe amar.

Ambos compartieron una sonrisa. Y para su sorpresa, ella se movió para lanzarlo de espaldas al colchón.

—No pensaras que hemos terminado —dijo, sonriendo maliciosamente.

—Esto apenas es el inicio, cariño.

Ella se inclinó y le devoró los labios.

Él la sostuvo con fuerza entre sus brazos.

Y perdieron el control, encontrándose en el frenesí de su pasión...

Epílogo



«Apegarse al amor y la esperanza, es mejor que apegarse al odio o al dolor, porque ambas penas son una carga demasiado pesada de soportar.»

Juliana Y. Velázquez.

Los vio brincar sobre la cama, correr de un lado a otro y reír como locos mientras la guerra con almohadas entre Margaret y Amber se debatía contra Sebastián. Nashla se cruzó de brazos y recargó su hombro sobre el marco de la puerta con una enorme sonrisa en el rostro. Los chillidos de ambas niñas habían llamado la atención desde la planta baja, dónde ella y Luciana compartían un café.

Hacía un año que su vida había tenido sentido... era feliz.

Si alguna vez alguien le hubiese dicho que esa era la forma de terminar sus días, no lo hubiese creído. La mujer llena de tormentos, fuera de contexto y absurdas aprehensiones, había quedado en el pasado.

Su mirada fue hacia Sebastián, y sin preámbulo, sintió una excitación que estremeció su cuerpo. Quién diría que ella se convertiría en una perversa sexual si se trataba de él. Había despertado la mujer perversa que vivió oculta por mucho tiempo, pero que ahora, no media horarios para tenerlo dispuesto.

Sin pensarlo e inesperadamente, una de sus manos bajó a su vientre y acarició con delicadeza, sonrió para sí, tenía el secreto mejor guardado, y era el día de rebelarlo.

Él, que siempre era quién la sorprendía, esta vez sería el que se llevaría la sorpresa.

Una almohada golpeó su cara trayéndola a la realidad. Nashla chilló, luego tomó la almohada del suelo y la lanzó a Sebastián. La batalla para ella comenzaba. Las almohadas volaban, las risas se incrementaban, y la alegría inundaba un poco más sus vidas.

—¡Basta! —chillo ella entre risas—. Es tarde y mañana hay escuela, a dormir señoritas.

—¡No, mamá! —soltaron al unísono ambas.

—Podemos faltar —argumento Margaret, muy segura.

—No, señorita, usted ha dicho que quiere ser médico, y los médicos somos muy responsables.

Margaret desde el primer día de la boda le había adjudicado el nombramiento como su mamá. Y Sebastián, había adoptado a Amber y dado su apellido, así que legalmente era su hija.

—Aún no, papá di algo —pidió Amber haciendo una mueca divertida.

—Hay que hacerle caso a mamá, además suelen dar demasiados problemas para despertar, así que a dormir ya.

Se recostaron en sus camas. Nashla se acercó a Margaret y le dio un beso sobre su frente, de la misma manera lo hizo con Amber.

—Buenas noches a las dos.

—Buenas noches, mamá —dijeron ambas.

Sebastián se quedó ahí, era su noche de contar cuento para dormir. Y ella se retiró a su recámara para darse una ducha antes de dormir.

Llenó la tina del baño, se deshizo de sus shorts, de la camisa de algodón, de su ropa interior, y se metió en el agua caliente con burbujas. Su cuerpo se relajó, había tenido tensión durante la cirugía que había hecho por la tarde. Por más que Sebastián se lo pedía que trabajara menos, no podía dejar de hacerlo, las jornadas pesadas ya no eran más un plan diario, pero aún trabajaba porque adoraba su vocación. Sin embargo, comenzaba a pensar si era momento de dejarlo por un tiempo.

Mientras estaba ahí, pensó en la sorpresa que había dejado en el despacho, él solía revisar documentos por la noche, y esperaba que hoy no fueran una excepción.

Veinte minutos después vio a Sebastián de pie en la puerta.

— ¿Aceptas compañía? —preguntó ansioso.

—Estaría encantada de tenerte como compañía. —Le ofreció una sonrisa juguetona.

Sebastián de inmediato se deshizo de su ropa y se metió junto a ella. Se colocó tras ella rodeándola con sus brazos, y su aliento rozó sobre su cuello.

—Sabes qué día es mañana —siseó él en su oído.

—¿Qué día es? No recuerdo. —Nashla soltó una carcajada.

—Eres malvada —exclamó divertido.

Nashla se volvió para quedar frente a frente.

—¿Crees qué podría olvidar el día de nuestra boda? Por supuesto que no, mi amor. —Y lo besó.

Ese fue el paso para que la situación se tornara excitante.

—Tengo una sorpresa irresistible para ti —murmuro él sobre sus labios que se besaban.

—También tengo uno para ti.

—¿Ah sí?

—Sí, pero si lo quieres tendrás que sobornarme. —Nashla deslizó la lengua por su labio inferior para después dar una ligera mordida placentera.

—Eres insaciable.

—Tú eres el culpable.

—Y me fascina que sea mi culpa —admitió sonriente.

Nashla se puso a horcadas sobre él, sintiendo su penetración casi al instante. El estado en que ahora se encontraba, la hacía desearlo aún más. Movi6 sus caderas lentamente. Torturándolo. Volviéndolo loco de placer. Sebastián gemía al igual que ella mientras sus enormes manos la sostenían de su trasero haciendo que el ritmo fuera en compás. Se miraban a los ojos, complacientes de disfrutar esa clase de sexo que les fascinaba, lento pero satisfactorio. La excitación crecía, aumentaba de manera que sus movimientos eran agresivos, ella tiraba de su cabello, el mordía sus pezones como consecuencia a la locura vivida. Y ambos llegaron juntos al clímax de su perdición.

—Voy al despacho, regreso en cinco minutos, mi amor —dijo él, terminando de secar su cabello con una toalla. Para después ponerse unos pantaloncillos de pijama.

—Aquí te espero —mintió, pasando por su cuerpo desnudo, una bata de seda.

Él salió de habitación, y ella con calma le siguió.

Descendió las escaleras, reprimiendo las ganas de sonreír. Escuchó a mitad del camino un grito de él. Al llegar al despacho, se detuvo en la puerta. Los globos alrededor de la caja sobre el escritorio estaban en el techo enredadas entre el candelabro de cristal. Sebastián tenía las

manos cubriendo su rostro, en una tenía dos pequeños zapatitos de bebé, en la otra, una prueba de embarazo que marcaba positivo.

Su rostro estaba descompuesto. Parecía querer llorar, reír y gritar al mismo tiempo.

Ella le sonrió desde la puerta y esperó.

—¿Dime qué no estás bromeando? —Su voz sonó casi en un murmullo.

Ella sacudió la cabeza, negando.

Él dejó caer las cosas sobre el escritorio y se abalanzó sobre ella.

Le llenó el rostro de besos desesperados. Lo hizo sobre sus ojos, sus mejillas, su boca, la frente. Y después la alzó del suelo con euforia.

—¡Papá! ¡Voy hacer papá de nuevo! —gritó.

En un instante se quedó callado viéndola a los ojos. Nashla tenía una tonta sonrisa en el rostro.

—Mi deseo se ha cumplido —murmuró.

—¿Cuál deseo?

—¿Recuerdas el deseo en nuestra boda? Yo pedí verte sonreír siempre. — Sebastián ladeo la comisura de su boca en una sonrisa seductora—. Me haces el hombre más feliz sobre la tierra.

—Ese fue mi deseo, darte todo lo que tú te merecías.

Sebastián se inclinó dándole un beso, después dejó caer sus rodillas sobre el suelo, la abrazó rodeando su vientre y comenzó a susurrarle cosas cariñosas. Nashla introdujo su mano sobre su cabello rubio y le acarició. No supo con exactitud qué le había dicho al ser que era fruto de su amor. Pero sus lágrimas al verlo le dijeron, que había hecho un pacto de amor con él.

—Nunca me arrepentiré de haber luchado por ti.

—Y yo nunca me arrepentiré de haberte dejado entrar en mi corazón, de haberme enamorado de ti.

Se incorporó y colocó las manos en su rostro, justo en sus mejillas.

—Por los días que nos queden de vida.

—Por una eternidad.

Y se fundieron en un beso lleno de amor, de ese amor que los llevó a luchar contra sus propios miedos, contra sus defectos, contra un corazón duro, y para salir triunfadores...

Agradecimientos



Gracias lector por dejarme entrar en tu lectura. Por elegir esta historia entre cientos más.

Un corazón como el tuyo, nació hace tres años, fue una historia que se cruzó en mi mente después de haber escrito la primera novela de esta serie, admito que sin querer se convirtió en una historia que solo dejé que fluyera, que Nashla y Sebastián me dejaran contar lo que querían decir. Si soy sincera, jamás pensé que se daría de la forma que fue, pero no era a consciencia, solo fluyó. Tuvo algunos cambios, si fuiste afortunado antes, de leerla cuando solo era un borrador, te darás cuenta de los nuevos cambios. Mil gracias a cada lectora que me sigue desde hace tiempo, a las que se emocionaban por tener esta historia aquí, y poder adquirirla en físico. En especial quiero hacer una mención a una de mis lectoras, una apasionada mujer que, de ser lectora, se ha convertido en una gran amiga, consejera y animadora para que toda esta locura este siendo posible, Erika (Akire) gracias por amar esta serie como lo haces, en especial a Sebastián. Por tu apoyo incondicional, y por regañarme cuando me lo merezco. Te *amo*adoro, nena.

Playlist



Just The Way You Are, Bruno Mars.
Say you Love Me, Jessie Ware.
All Of Me, John Legend
Heal, Tom Odell
When a Men Loves a Women, Percy Sledge
You And Me, You & me
Till The End, Jessi Ware
What If Love, Rhodes.
I'll Keep You Safe, Sleeping at Last
No Ordinary Love, You & Me
Say Something, Christina Aguilera

Créditos



UN CORAZÓN COMO EL TUYO

Serie California Dream

Libro 2

©2019, Juliana Velázquez

©2019 de la presente edición en castellano para todo el mundo

Edición, diseño de portada y dirección de arte: ©Tulipe Noire Studio

Primera edición: 2019

CÓDIGO DE REGISTRO: 1707092915067

Sello: Independently Published

©TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de la titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total y/o parcial, adaptación, distribución, en cualquier medio impreso y/o digital, de las obras en este perfil compartidas por cualquier medio o procedimiento. Historia original, no es adaptación, ni traducción.

TULIPE  NOIRE
DESIGN | STYLE | LOVE

www.tulipenoirestudio.com

Sigue a la autora en sus redes sociales:

[Facebook](#)

[Twitter](#)

[Instagram](#)

Contenido



[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Playlist](#)

[Créditos](#)

[Contenido](#)



©JULIANA VELÁZQUEZ
2019

